EUGENI VERDÚ



IDENTIDAD OCULTA

Rocaeditorial

Identidad oculta

Eugeni Verdú

Rocaeditorial

A mi hija Gin, alma de la novela.
A mi hermana y hermanos.

Honestidad: la mejor de todas
las artes perdidas.

MARK TWAIN

¿Eres tú ese ángel traidor, el
ángel que fue el primero en
alterar la paz y la fe del cielo,
no turbadas hasta entonces;
el que empuñando las armas y
en orgullosa rebelión
arrastró consigo a la tercera
parte de los hijos del cielo?

JOHN MILTON, *El paraíso perdido*

Nota del autor

Con esta novela he querido rendir homenaje al mundo del arte, y de ahí que cite a muchos pintores y escultores de reconocido prestigio. No obstante, en ocasiones, he decidido alterar sutilmente algunos de sus nombres o apellidos a fin de que su referencia en ciertos pasajes no pueda interpretarse como una crítica a su obra. Estas pequeñas variaciones no responden pues a un error mecanográfico, sino a una voluntad premeditada de reiterar mi admiración y respeto.

A propósito de menciones, deseo añadir que la coprotagonista, Carla, debe su nombre a mi sobrina Carlota, y a ella quiero dedicarle este personaje.

1

Barcelona, 14 de marzo de 2022, 9:00 horas

Martina degustaba el último sorbo del café con leche, ese sagrado momento en que todos pretendemos revisar el sentido de nuestra vida. Releyó los titulares del periódico, dejó un billete de cinco euros sobre la mesa y abandonó el bar. El ligero sabor amargo que impregnaba su boca la incitó a abandonarse de nuevo a sus pensamientos.

El maestro Udrev no la esperaba hasta las nueve y media, y además, siendo lunes, tampoco pasaría nada si llegaba unos minutos más tarde. De todos era sabido que el primer día de la semana era poco celebrado por el pintor. Decidió recorrer la calle tomándose su tiempo. Seguramente la recibiría en bata, con cara de pocos amigos y con una taza de té entre las manos. Luego se fumaría una pipa de tabaco perfumado, su Amsterdamer de siempre, deambularía pensativo por el amplio salón del estudio, y finalmente, como poseído por las musas, abriría los ojos de par en par, se frotaría las manos y comenzaría a dibujar. Ese era el Udrev que admiraba, el de la genialidad espontánea, sincera, sin artificios. Se sentía muy afortunada de trabajar para él.

Llegó al edificio donde el artista tenía su residencia y estudio. Saludó al conserje que estaba ordenando las cartas, básicamente publicidad inútil. Él la miró de reojo.

—No lo he visto…, debe estar arriba —balbuceó con voz de

quien asume una tarea que lo desborda.

Martina subió las escaleras al tiempo que rebuscaba las llaves en su bolso. Cuando abrió la puerta del estudio, todo era silencio y oscuridad. Al encender la luz, y de forma instintiva, pronunció el saludo habitual que, de haber obtenido respuesta, le habría permitido calibrar la ubicación del maestro:

—¡Buenos días, señor Udrev! Hace un día frío pero precioso…

No contestó nadie, y tampoco se sorprendió. Miró a su alrededor, intentando descubrir ese nuevo lienzo, escultura o simple bosquejo en el que hubiera estado trabajando durante el fin de semana. Esa era, en definitiva, su principal recompensa: adelantarse al mundo entero, ser la primera en contemplar sus obras. Tal vez su vida se reducía a eso.

Levantó la mirada al techo, una bóveda de grandes dimensiones, y se quitó el abrigo. Se sentó en su mesa de trabajo, un escritorio de cristal ubicado en el extremo de una amplia habitación, y se frotó los hombros con vigor. Sintió mucho frío ahí dentro. Encendió el ordenador y revisó la agenda. Tenía tres llamadas telefónicas que realizar: los preparativos de una conferencia, concertar la visita de un galerista y encargar nuevo material de pintura.

Pero nada podía hacer sin las instrucciones del artista.

Abrió el reproductor de música. Comprobó entonces que Udrev había estado escuchando el álbum *Poem* de Delerium, y pulsó el *play* esperando que esas notas musicales llamaran por fin la atención del artista. Luego se entretuvo leyendo los correos electrónicos hasta que, pasados unos minutos, se impacientó. Aguzó el oído en busca de alguna señal, pero todo seguía en silencio. Pensó que Udrev estaría en el otro extremo, donde tenía su vivienda. Tal vez en la ducha, en la cocina, o todavía durmiendo. No sería la primera vez que lo sorprendía en brazos de Morfeo; algo que últimamente venía siendo

habitual cuando el maestro trabajaba hasta altas horas de la madrugada. Se levantó y enfiló el corto pasillo que conducía al almacén. No supo bien por qué, tal vez solo pretendía que el ruido de sus tacones advirtiera al artista de que ella estaba ahí, esperándolo. En cuanto encendió la luz, apareció ante ella la más macabra de las visiones.

Udrev yacía sobre una inmensa mesa de madera, crucificado. Tenía las cuatro extremidades atravesadas por recias puntas de acero. Su cuerpo desnudo estaba parcialmente pintado de un azul especial, mezcla de los mismos azules con los que se identificaba su particular obra. Tenía el rostro, el pecho, los brazos y las piernas cubiertos por pequeñas estampas de papel que contenían dibujos, letras y signos, algunos medio borrados por la sangre que había manado de la herida que le habían infligido en el costado izquierdo.

Martina tuvo la tentación de aproximarse al cuerpo del maestro, pero sus piernas no le respondieron; profirió un tremendo chillido y rompió a llorar. Se llevó las manos a la cabeza y salió corriendo.

2

Barcelona, 14 de marzo, 11:30 horas

Cuando Jan Balasch entró en el edificio, se topó con un agente de Policía que intentaba tranquilizar a la secretaria de la víctima. La mujer estaba sentada en el sofá de la portería, deshecha en lágrimas, inmersa en un ataque de pánico. El conserje se afanaba en servirle una infusión, y resultaba difícil saber quién de los dos estaba más nervioso. Al final sucedió lo inevitable, y la taza acabó en el suelo. El conserje y la secretaria se disculparon mutuamente, y el hombre desapareció en busca de una fregona. Jan aprovechó para echar un vistazo al edificio. La portería estaba en consonancia con la zona alta y adinerada de la ciudad. Era amplia, forrada de espejos, algunas cámaras de vigilancia y el suelo revestido de mármol blanco. Se volvió hacia los espejos de discreto tinte ocre y se miró durante un par de segundos. La coloración de los cristales le daba a su piel un tono bronceado que poco tenía que ver con esa otra imagen de cuando hacía unas horas se afeitaba frente a su descascarado espejo y bajo un fluorescente.

Jan era de mediana estatura, más bien delgado pero de complexión fuerte, y de cabello castaño. Sin duda, su rasgo más característico era la nariz, aguileña y de unas dimensiones considerables. «Voluptuosa» era el término que empleaba para referirse a ella de forma ocurrente. Ese espejo le procuraba ahora una nariz de líneas difusas que le hicieron sentirse

mucho más atractivo. Inspeccionó el acceso del servicio y consultó los buzones. De nuevo en el portal se presentó al agente de Policía que trataba de serenar a la secretaria:

—Soy el inspector Balasch.

El agente se puso en pie, lo saludó formalmente y, tomándolo del brazo, lo apartó de la escena.

—Lo que hay arriba es una auténtica carnicería.

—Algo me han adelantado desde la central.

—Probablemente se hayan quedado cortos en la descripción —objetó con zozobra.

—¿Quién está arriba?

—Hay un agente custodiando la entrada. Todavía no ha llegado nadie. —¿Quién dio el aviso?

—El conserje —respondió señalando al hombre vestido de gris que pasaba el mocho soportando las incesantes y cansinas disculpas de la secretaria.

—Conforme, charlaré con él y luego subiré a examinar el cadáver. Si entretanto viera que la mujer se tranquiliza, me llama y trataré de conversar con ella.

Jan respiró hondo y se aproximó al conserje con la placa en la mano.

—Me dicen que usted dio el aviso a la Policía.

—Sí, así es —contestó con voz trémula.

—¿Ha estado ahí arriba?

—No —se disculpó el conserje—. Ella ha bajado presa de un ataque de nervios y…

—Comprendo, comprendo… —atajó Jan prediciendo que podía ser el inicio de una conversación tan vana como interminable—. Por cierto, veo en el buzón que Udrev ocupaba los dos pisos de la primera planta.

—Sí, la puerta de la izquierda da acceso a la vivienda, y la de la derecha corresponde al estudio —indicó el conserje.

—¿Son pisos independientes o se comunican?

—Se comunican por una galería, pero suele estar cerrada con llave.

—¿Tiene usted esa llave?

—Solo tengo las de la escalera, Udrev nunca me dio las llaves de la comunicación interior.

—¿Y la secretaria?

—Que yo sepa, solo tiene las del portal y la puerta del estudio. Jan se arrimó al mostrador y escribió unas primeras notas en su libreta.

—Le ruego que usted y la secretaria se queden en el portal, debería hacerles unas preguntas —le ordenó al conserje mientras subía las escaleras.

En el primer rellano se encontró con el agente de guardia frente a la puerta del estudio. Este le habló muy bajo, como temeroso de resucitar al muerto. Jan se puso unos guantes y accedió a la primera estancia. Era grande, repleta de lienzos; uno colocado en un gran caballete, otros sobre dos grandes mesas de trabajo y docenas de ellos en el suelo, cuidadosamente apilados. El aspecto general era de ordenada anarquía. Al fondo vio una amplia mesa de cristal impoluta, con un ordenador, una lámpara halógena, un teléfono y una agenda. A su derecha, un ventanal se abría a un patio interior parcialmente cubierto por un tejadillo, como si fuera un invernadero. Era largo y estrecho, repleto de plantas, e incluso algún que otro diminuto arbolillo. Distinguió un par de sillas y una mesa de exterior, y tras ellas una pequeña pajarera de obra que parecía vacía. Tras comprobar que ni los ventanales ni la puerta parecían forzados, regresó al estudio haciendo crujir el parqué de grandes lamas. A un lado del pasillo observó el acceso que comunicaba con la vivienda; en el lado opuesto, divisó un baño y la puerta entreabierta de la estancia donde lo aguardaba el cadáver. Un olor se hizo notorio en ese mismo punto, pero no era hedor, sino un aroma dulzón que le resultó

agradable.

Cuando traspasó el umbral, encontró a la víctima clavada en una mesa de unos tres metros de largo por dos de ancho. El agente no había exagerado ni un ápice; la escena era cruel hasta límites insospechados. Un cuerpo crucificado pintado de azul y cubierto de pedazos de papel con extraños dibujos y signos. Un pequeño siseo le advirtió que el aire acondicionado estaba en marcha. Pensó por un momento en cerrarlo, pero prefirió no alterar la escena. A los pies del cadáver había un inmenso armario que amontonaba material de pintura: botes, pinceles, un saco con arena e infinidad de pequeños tubos de pintura acrílica. Junto a la cabeza de Udrev otro gran armario, de idénticas medidas, guardaba lienzos de todos los tamaños. En ese momento oyó unas voces y volvió al vestíbulo. Acababan de llegar los de la Policía Científica, dos hombres y una mujer, y tras ellos el juez y el secretario.

Jan se presentó y, después de dar instrucciones a los de la Científica, se sentó en uno de los taburetes. Sacó la libreta de su abrigo y escribió unas notas con el oído puesto en los comentarios que bisbiseaban unos y otros. Más tarde se decidió a tentar a la suerte con la puerta que comunicaba los dos pisos. Apoyó una mano en el picaporte. Estaba abierta. La luz entraba a raudales por los ventanales iluminando una inmensa sala. Su decoración era escasa: algunos cuadros estratégicamente situados, como si de una galería de arte se tratara, flanqueados por extrañas máscaras, estatuas y fetiches. A continuación se abría otra sala, algo más reducida, tan solo ocupada por unas peanas de madera lacada que sostenían unas cabezas de Buda que se le antojaron muy antiguas. Entró en el dormitorio, en el baño y en las otras tres habitaciones de la vivienda. Todo estaba en perfecto orden, e incluso dudó que los asesinos hubieran llegado a entrar ahí.

«Alguien ha quemado incienso y ninguna cerradura ha sido

forzada», anotó en su libreta.

Ya en el portal, habló con el agente que lo custodiaba, quien con pocas palabras le indicó que esa tal Martina no se encontraba en condiciones de realizar una declaración. Jan asintió de mala gana.

—¡Está bien!, a ella y al conserje les tomaremos declaración en la comisaría.

Se dirigió al portero y le pidió su número de teléfono. En cuanto pisó la calle, se detuvo, volvió a entrar en el edificio y le preguntó al conserje:

—Veo que hay cámaras en la entrada. Necesitaremos todo el material grabado en los últimos días.

—Va a ser difícil, señor agente —replicó el hombre—. Esas cámaras no funcionan, son falsas.

—Esas cámaras no son falsas, puede estar seguro.

—Bien, falsas no serán, pero no están grabando nada.

—¿Y eso por qué? —preguntó incrédulo y de mal humor.

—Habían funcionado, pero en la última reunión de propietarios se acordó inutilizarlas temporalmente.

—¿Por alguna razón en especial?

—Al parecer, algún vecino se sintió extremadamente vigilado, ya sabe…, alguna que sube al piso con alguien que no es su marido, o un marido con una mujer diferente, o con una borrachera del veintidós…, ya me entiende. La cuestión es que quedaron en volver a tratar el asunto y provisionalmente las desconectaron.

—Ya —dijo Jan con decepción—. ¿Y usted no vio a nadie subir a casa del señor Udrev este fin de semana?

—Vivo aquí, pero los fines de semana no trabajo.

—¿Y algún ruido especial? Visto cómo ha muerto la víctima, algún ruido podría haber oído, ¿no? —dijo contrariado.

—No advertí nada, pero puedo preguntar a los vecinos…

Jan se dio la vuelta y se fue.

3

San Petersburgo, 14 de marzo, 23:45 horas

Un todoterreno UAZ se deslizó por la calle Ligovski en dirección a la estación de Moscú. Al alcanzar la avenida Nevski, uno de los ocupantes saludó con sorna al obelisco levantado en memoria del héroe de Stalingrado. Sus dos compañeros, probablemente heridos en su amor patrio, le reprocharon el gesto entre palabrotas, insultos y también algunas risotadas. El conductor giró a la derecha en dirección al río Neva. El invierno parecía cosa del pasado, ya no quedaban restos de nieve ni de hielo en la ciudad, pero a esas horas de la noche el frío parecía resurgir de las entrañas de la tierra con gran intensidad. El pasajero que ocupaba el asiento trasero tomó un sorbo de vodka y les pasó la botella de Granenych a sus compañeros. Tras rebasar los escaparates de Tiffany, el conductor redujo la velocidad y estacionó en doble fila junto a un Lada 2107. Uno de los pasajeros se bajó del todoterreno, rebuscó en el abrigo, sacó unas llaves y se subió al Lada. Con extrema rapidez lo desaparcó al tiempo que el UAZ iniciaba la maniobra para ocupar su lugar. Pero enseguida la truncó y se quedó perpendicular a la avenida. Entonces su conductor se agarró al volante con la misma fuerza que si estuviera conduciendo una segadora, metió la marcha atrás, mantuvo pisado el embrague, aceleró y, en medio de un intenso olor a goma quemada, se lanzó contra el escaparate de

la galería Vostaniya. La débil verja metálica cedió al instante destrozando el escaparate; el cristal explosionó como si hubieran lanzado una granada de mano. Para cuando la alarma alcanzó toda su potencia, el conductor del todoterreno ya había abandonado el vehículo empotrado y tomado los mandos del Lada. Entretanto, sus dos compinches, linterna en mano, se movieron hábilmente hacia la izquierda y derecha del local. En menos de un minuto salieron portando dos cuadros de medianas dimensiones y se subieron al turismo. El conductor, tras un intenso chirriar de los neumáticos, tomó rumbo a la plaza Alexander Nevski. Allí derrapó y frenó en seco. Pocos metros después, junto al puente, los tres hombres abandonaron el vehículo y descendieron los terraplenes del río Neva hasta alcanzar una embarcación. Ahí los esperaba un cuarto hombre con el motor en marcha. Ocuparon la proa, babor y estribor armados con pesados bicheros de hierro, prestos a apartar los pequeños trozos de hielo que todavía podían bajar hasta el lago. El lento runruneo de la lancha se perdió en la oscuridad.

4

Barcelona, 15 de marzo, 16:30 horas

Jan llegó a la comisaría con el rostro cansado. En el vestíbulo encontró a la recepcionista hablando por teléfono. Ella lo saludó con la mano y ensayó un repertorio de gestos cursis para indicarle que esperara. Tras desconectar el auricular le advirtió que el jefe quería hablar con él de inmediato.

«Y yo también».

El comisario Márquez lo estaba esperando con cara de pocos amigos. Se levantó pesadamente de la silla, retiró la cortina, escrutó el tiempo y se volvió a sentar. Con la mirada le indicó que tomara asiento.

—¿Qué tal ayer?

—Difícil —se limitó a comentar.

—¿Qué tenemos entre manos?

Jan intentó ganar tiempo a fin de estructurar la respuesta. Su vista se detuvo en la mesa del comisario, en los marcos de fotografías, en las estanterías repletas de expedientes, y acabó mirando el cielo a través de la misma cortina que segundos antes había retirado el comisario. No sabía bien qué responder.

—Un muerto crucificado —contestó con suma parquedad.

—Eso ya lo sé, he leído el informe de los agentes —dijo el jefe con gesto de suficiencia—. ¿Alguna idea?

—Creo que es un asesinato ritual, muy cruel.

—¿Móvil?

—No, a primera vista, y un cadáver sin móvil lo hace todo más complicado, ¿cierto? Ninguna señal de fuerza en las cosas, pero aun así tampoco podemos descartar el robo. Poco más puedo añadir hasta que no se completen las pesquisas; aunque si he de fiarme de la intuición, diría que más parece una venganza.

—¿Alguna mafia?

—Sinceramente, no lo sé, pero es muy posible.

—¿Un loco?

—Psicópata seguro, pero no un loco. Para hacer lo que hicieron se requiere de al menos tres perturbados, y poner a tres locos de acuerdo es complicado. No creo que sea el caso.

—¿Alguna sospecha, por remota que sea?

—Ninguna por el momento.

—¿Sabías quién era ese tal Udrev?

—Un pintor.

—Pintor y escultor. ¿Habías oído hablar antes de él? —preguntó el comisario mientras volvía junto a la ventana.

—Reconozco que no.

—Pues yo tampoco, pero tanto mi mujer como mi hija sí lo conocían —añadió con gesto abochornado—. Un gran pintor, según me han comentado durante el desayuno.

—¿Tendremos líos con la prensa? —preguntó Jan de improviso.

—Todavía no, pero imagino que los habrá. Ya se sabe que tienen que vender ejemplares y una muerte ritual es un *best seller*…, y si además era un artista conocido, es fácil imaginar el resto. Nuestro gabinete hará el comunicado sin entrar en más detalles ni conjeturas. Así aguantaremos hasta que desde arriba nos echen la gasolina y el mechero. Tú, ni una palabra a la prensa.

—¿Es mi caso, entonces?

—Sí, lo es. Pero vas a tener ayuda…

—¡No me jodas, Márquez! —exclamó Jan—. Soy consciente, excesivamente consciente, de que acabo de ascender, pero no me jodas. ¿Acaso no tengo tu confianza?

—La tienes, Balasch, pero yo soy el jefe y vas a tener ayuda, te guste o no.

—Mierda —susurró Jan.

—¿Has dicho algo?

—No, nada. ¿Quién será mi ayudante?

—Alguien de la Brigada de Patrimonio…

—¡Venga ya! ¿Me vas a poner para cubrirme las espaldas a un bujarrón de Patrimonio? ¿Uno de esos artistas frustrados reconvertidos en policías? ¿Voy a tener además que vigilar mi culo?

—Bujarrón no sé, pero afeminado bastante. —Se sonrió el comisario.

—¿Es una broma?

—No, es una mujer.

—¿La conoces?

—No, pero la nota de los de arriba habla de «la agente». ¿Te parece suficiente evidencia o también necesitas la talla del sujetador? Jan quiso levantarse de la silla, pero no tuvo fuerza para hacerlo. «¡Joder, joder, joder!».

—Tal vez estamos hablando de la mafia… ¿Y me ponéis a alguien de Patrimonio?

—El difunto era un artista y…

—Y también podría ser fontanero. ¿Eso qué más da?

—Los de Patrimonio todavía están cruzando datos, y es pronto para decirlo, pero cabe la posibilidad de que el asesinato esté relacionado con el robo de unas obras de arte. Así que no me jodas tú ahora. Si no hay conexión, la agente regresará a su unidad y te quedas tú solito con el muerto, ¿vale?

—¿Quién es?

—Una tal Carla, estaba prestando servicio en la costa, creo que en expolios arqueológicos submarinos. Es licenciada en Arqueología y Bellas Artes…

—Demasiados títulos para ser guapa.

—Haré que no he oído nada. Pero no debe ser tan mala cuando la Guardia Civil ha solicitado dos veces su colaboración. ¿Tienes el informe de ayer?

—No, todavía no he pasado a limpio las notas.

—Déjamelo en mi mesa antes de irte. Mañana haré las presentaciones de rigor. ¡Y quiero la máxima educación! ¿Entendido?

5

Barcelona, 16 de marzo, 9:30 horas

Jan llegó tarde al despacho del comisario, pero tuvo el acierto, al menos, de hacerlo con un elegante traje marengo; el mejor que tenía en el ropero. Márquez lo miró de abajo arriba. Jan esperaba verle arrugar el ceño reprochándole el retraso, pero para su sorpresa le dedicó una amable sonrisa que se prolongó mucho más allá de lo normal, y eso inquietó al joven inspector. La razón estaba en la media melena rubia que se giró en cuanto Márquez levantó el dedo índice. Carla extendió la mano para saludar a su nuevo compañero, y Márquez aprovechó para sonreírle con sorna: «¡Amigo, te vas a tragar todos tus comentarios de ayer!».

El inspector forzó una expresión de circunstancias mientras analizaba cada detalle de la agente. Unos ojos claros, no muy grandes pero intensos. Unos labios pálidos y la nariz pequeña le conferían una bondad que parecía reñida con esa mirada tan vivaz. Un tipo muy bonito, aunque de pecho escaso para su gusto.

—Carla ya está al corriente del caso Udrev…

—¡Debiste presenciar una escena horrible! —exclamó ella dirigiéndose a Jan. —Lo fue —admitió con aparente indiferencia.

—¿Y esos dibujos en papel que mencionas en el informe? ¿Alguna pista?

—Los tenía adheridos a la piel; eran recortes no muy grandes que contenían letras, cruces, círculos y un sinfín de cosas que no llegué a reconocer. Solicité que los fotografiasen y lo adjuntaran al informe forense.

—¿Alguna otra novedad? —le preguntó Márquez.

—Nada que añadir por ahora.

—Pues según parece —dijo Márquez cediéndole con la mirada la palabra a Carla—, este caso puede tener ramificaciones en el extranjero.

—¿Cómo es eso? —se extrañó Jan.

—No lo sabemos con certeza, pero es posible que tenga relación con un robo perpetrado en San Petersburgo —contestó ella.

—¿En Rusia? —Así es. Interpol nos ha comunicado el robo de algunas obras de Udrev expuestas en una galería de la ciudad…, en la sala Vostaniya, para ser exactos —aclaró revisando sus notas—. Esa es la razón de que yo esté aquí.

—Comprendo. ¿Algún detalle que pueda servirnos para la investigación?

—Tan solo sabemos que la galería está en la avenida principal, y que probablemente utilizaron dos vehículos, uno para practicar el alunizaje y otro en la huida.

—¿Están identificados los vehículos?

—Ambos de fabricación rusa; uno de ellos, un todoterreno militar.

—¿Huellas?

—Ninguna, solo una botella de vodka —contestó Carla.

—¿Detenidos?

—Ninguno.

—¿Y qué hacían allí las obras de Udrev?

—Le habían dedicado una exposición retrospectiva.

—¿En San Petersburgo?

—Udrev era de origen ruso y…

—¿Ruso? En la ficha policial se habla de nacionalidad española —terció Márquez con síntomas de contrariedad.

Carla les explicó que probablemente fuera uno de los llamados Niños de Rusia, evacuados durante la Guerra Civil en 1938, y que pudo regresar a España en los años cincuenta. Márquez arrugó el entrecejo, poco convencido. Carla reparó en ese gesto y de inmediato puntualizó que, por la edad del difunto, más bien podría tratarse del hijo de uno de esos expatriados, y que por lo tanto gozaría de doble nacionalidad.

—Desde luego, ese apellido no es español, pero di por supuesto que sería un nacional hijo de un emigrante ruso, ucraniano o incluso polaco —apuntó Márquez—. ¿Algún dato más?

—Estoy esperando a que Interpol pueda darnos más detalles —respondió Carla—. Han prometido llamarme esta misma mañana para ampliar la información.

—¡Pues manos a la obra! Tan solo añadir que podréis contar con el apoyo de Belloch y Navas. Ellos están ahora con el homicidio del Raval, pero en nada le dan carpetazo. De hecho, ya han empezado a colaborar en el caso.

—¿Colaborar? ¿Cuándo han empezado? —refunfuñó Jan.

—Belloch y Navas van a quedar a tus órdenes, pero he querido anticiparme, y ya que todavía no hay línea de investigación, he considerado oportuno que unas cámaras graben el funeral. Ya han hablado con el párroco y tenemos su visto bueno. ¡Hay que empezar a poner caras al expediente! —¿Cuándo es el funeral? —preguntó Carla.

—No lo sabremos hasta que llegue la hija mayor de la víctima.

Se abrió entonces un incómodo silencio.

—Quiero que compartáis la información —añadió el comisario mientras golpeaba la mesa con el dedo índice—. Si me entero de que cada uno barre para su lado, y en eso incluyo

a Belloch y Navas, os abro un expediente. Y si la que va por libre es usted, agente Janerich —pronunció Márquez con gran esfuerzo y con un ojo puesto en el expediente—, puede estar segura de que el informe que redacte para sus superiores le perjudicará muy seriamente. ¿Entendido?

Justo cuando Márquez parecía haber tomado carrerilla en su discurso, sonó el móvil de Carla. Ella se excusó susurrando: «Es Interpol». Se retiró a una esquina del despacho y atendió a su interlocutor en un inglés tan fluido y perfecto que sorprendió a Jan. Márquez no entendió una palabra y aprovechó la interrupción para advertirle a Jan: —Te he asignado este caso y te mantengo en él, pero, por favor, no me falles. Tendremos que lidiar con la prensa varias veces, con Interpol, con los de arriba y con la Brigada de… —Miró de reojo a Carla—. Ahora solo faltaría que aparezca un político corrupto —finalizó con una amarga sonrisa.

Jan asintió como un colegial regañado por su profesor. Ambos callaron en cuanto Carla se despidió de su interlocutor.

—Siento la interrupción. Los de Interpol me han ampliado información —dijo ella.

—¿Algo que debamos considerar?

—La de San Petersburgo era una retrospectiva, y lo curioso es que solo se han llevado dos cuadros de los veinticuatro expuestos.

—Imagino que los de mayor valor…

—Me temo que no —dijo ella—. Por el formato y material, dudo que fueran los más valiosos. Estaban realizados sobre papel. No se llevaron ni óleos ni acrílicos sobre lienzo. Realmente extraño. Me enviarán las imágenes de esas dos piezas por Internet.

—¿Algún dato más?

—Al parecer, la exposición en la galería Vostaniya podría tratarse de una previa a otra de mayor envergadura que iba a

organizar el Hermitage. Y eso, de ser cierto, son palabras mayores; todo un reconocimiento para Udrev.

—Pero ya gozaba de mucho prestigio —replicó Márquez—. Hasta mi hija lo conocía.

—Sí, por supuesto, pero el mundo del arte es muy complejo —puntualizó—. No hay duda de que Udrev era una firma cotizada, pero reservada a los especialistas; todavía no había llegado al gran público.

Carla les contó que Udrev se dio a conocer hacía un par de años con motivo de su intervención en un debate televisivo de máxima audiencia. Habló sobre la honestidad en el arte y eso le supuso grandes reconocimientos pero también muchas críticas. Sus comentarios desataron una polémica que duró semanas en la prensa. Así pues, Udrev era más conocido por su crítica al sistema que por su propia obra.

—¿Crítica política?

—No exactamente, más bien estaba en contra de los *lobbies* que determinan qué artistas suben y cuáles bajan, y por tanto era acérrimo enemigo de los supuestos gurús que definen aquello que es arte y lo que no; siempre guiados, unos y otros, por intereses comerciales. Huelga decir que eso no lo ayudó mucho. Y puedo intuir, aunque solo sea una teoría, que ahora los rusos y sus rublos habían apostado por él. ¡Todos los países suelen reivindicar el origen de sus artistas! España no lo había reconocido como un genio todavía, y Rusia se ha adelantado. ¿Acaso no sucedió lo mismo con Picasso en Francia?

—¿Para cuándo el primer interrogatorio? —apremió el comisario.

—Tenemos citada a la secretaria del artista dentro de un par de horas —respondió Jan mirando el reloj.

Márquez se levantó dando por terminada la reunión. Carla le estrechó la mano y salió del despacho seguida de Jan.

—Tu inglés es excepcional —acertó a decirle Jan en el

pasillo.

—Bueno, no tiene mucho mérito, lo normal si tienes un padre estadounidense y una madre catalana.

—¿Cómo se conocieron?

—En los sanfermines. —Se sonrió.

—¿Un norteamericano en Pamplona?

—Hemingway no tenía la exclusiva —respondió Carla con un guiño.

6

Barcelona, 16 de marzo, 12:00 horas

Jan abrió la carpeta con las notas que Belloch había tomado sobre los vínculos familiares de Udrev. La víctima apenas tenía familia. Los padres de Udrev habían muerto muchos años atrás y, según parecía, tampoco tenía hermanos; algo del todo razonable si se consideraba, según la teoría de Carla, que era uno de los Niños de Rusia o descendiente de alguno de ellos. «A saber cuántos hermanos o hermanastros podía haber llegado a tener sin saberlo», pensó. La esposa de Udrev había fallecido dos años antes, y habían tenido dos hijas.

La menor estaba casada con un médico estadounidense, residía en Nueva York, estaba hospitalizada y a punto de dar a luz a su primer hijo. No habían conseguido hablar con ella, pero sí con el marido. Según esas mismas notas, el futuro padre había expresado un tremendo pesar por el fallecimiento de su suegro, pero se negó a comunicárselo a su esposa, al menos hasta días después del parto. Quiso disculpar su actitud alegando que el embarazo había sido *in vitro* y repleto de complicaciones.

A la hija mayor la habían localizado en Bangkok. Recién divorciada de un conocido actor de cine británico, había decidido pasar una larga temporada en Tailandia. En cuanto recibió la noticia, había hecho las maletas y viajado a Barcelona. Llegaba esa misma tarde. Por razones obvias,

omitieron contarle los detalles.

«¿A quién le tocará el papelón de darle las explicaciones?», pensó Jan.

Así pues, y al menos por el momento, el único familiar con el que podían contar era esa hija mayor, y, a la vista de su perfil de trotamundos, poco podría aportar a la investigación, salvo que, contra pronóstico, padre e hija hubieran tenido un asiduo contacto telefónico, tal vez incluso por Skype o WhatsApp. Esa extraña proximidad distante. El inspector abrazó esa posibilidad como quien se agarra a un clavo ardiendo.

Carla ocupaba en esos momentos el despacho de Márquez. Frente a ella tenía a Martina, la secretaria personal de la víctima. Era una mujer de mediana edad que debió de gozar de un irresistible atractivo en tiempos pretéritos. Delgada en exceso, de larga melena negra, ojos azules y delicada piel blanca; cuyo rostro parecía atrapado por las oscuras ojeras del horror experimentado. Aún ahora seguía sollozando de forma intermitente. Su bolso estaba a rebosar de clínex usados.

Las primeras palabras de Carla fueron para consolarla. Luego le ofreció un vaso de agua y con extrema delicadeza le preguntó por sus tareas como secretaria de Udrev. Martina contó que se limitaba a proveerlo de material de pintura, atender las llamadas, redactar correos electrónicos y concertar entrevistas con galeristas y coleccionistas. De hacer caso a sus palabras, su cometido era anodino e insignificante; pero según iba avanzando la conversación, Carla pudo sacar en claro que esa mujer no solo había sido la agenda viviente del artista, sino también su puntal en todo lo concerniente a la preparación de exposiciones, contratos de venta, facturación e incluso a la revisión de los textos incluidos en las publicaciones sobre la obra de Udrev. Así pues, lo había sido todo en los últimos cinco años.

—¿Y ahora qué haré? —se preguntó acariciándose el

lagrimal con una toallita de papel.

—A eso no le puedo responder. ¿No tenía ningún marchante? —preguntó Carla.

—Sí, lo tuvo. Era un joven que funcionaba bien cuando quería, y por desgracia quería muy pocas veces. Era una caja de sorpresas. Udrev llegó a rescindirle el contrato dos veces en un mismo día, y otras tantas lo volvió a contratar. Lo sacaba de quicio, pero era efectivo. Sufría continuos altibajos…

—¿Drogas? ¿Cocaína? —insinuó Carla—. Me refiero al marchante.

—No le sé decir, aunque creo sinceramente que todo se reducía a un grave trastorno bipolar. Él fue quien llevó la representación del maestro hasta que la enfermedad se complicó…

—¿La del marchante?

Martina asintió e hizo un gesto con el que le dio a entender que ese hombre nunca le había inspirado confianza. Le contó que el marchante había sufrido una serie de extraños y repetidos accidentes: en coche, en moto y un tercer percance en el baño. Lo intervinieron quirúrgicamente de varias fracturas, estuvo un año de baja y un buen día se presentó en el estudio para entregarle la dimisión. Alegó una extraña enfermedad del cerebro, una de esas dolencias con un nombre bastante complicado que Martina no atinaba a recordar.

—Quizá esté ahora muerto… —añadió con despreocupación.

—¿No han mantenido el contacto?

—No, se evaporó sin más. Más tarde surgió una mujer joven, también tendría unos treinta y pico años. Udrev me la presentó como su nueva marchante, pero resultó ser un fracaso. ¡Sabía de pintura lo que yo de electrónica! —Sonrió tímidamente por primera vez—. Para mí…

—¿Qué? —la animó Carla a continuar.

—No sabía nada de nada. Creo que simplemente pretendía al

maestro —concluyó Martina de forma tajante e incluso con cierto desdén—. Apenas duró un año al servicio de Udrev, el tiempo que tardó en aparecer Nat.

—¿Una nueva marchante?

—No, Natalia Bruguer era…, no sé cómo decirlo…

—¿La pareja de Udrev?

—No exactamente. Era una amiga especial, ya me entiende. Creo que fue ella quien convenció a Udrev de que prescindiera de los servicios de la anterior marchante.

—Esa Nat y Udrev, ¿vivían juntos?

—No no…, bueno, tal vez algún fin de semana. Era habitual que viniera a buscarlo al estudio para salir a comer o cenar. En fin, lo normal entre amigos —pretendió disculparlos con poca convicción.

A Carla no le hizo falta mucho para comprender que esa tal Nat y Udrev habían mantenido una relación definida como *living apart together*, y que, por alguna razón, Martina tampoco la tenía en gran estima.

—¿Y qué sabe de ella? ¿Dónde la podemos encontrar?

—En Barcelona, y aunque desconozco la dirección, intuyo que debe vivir bastante cerca de Udrev, seguramente en el mismo barrio. No le puedo decir más, no me gusta meterme en asuntos personales, pero sé que hace unos días se fue de vacaciones a Ibiza.

—¿Sin Udrev?

—Hacían vidas independientes, ya se lo he dicho. Además, Udrev estaba proyectando un mural para el Museo de Historia y no iba precisamente sobrado de tiempo. Si lo desea, le puedo pasar su número de teléfono.

En ese instante Jan entró en el despacho con aire inquieto y anudándose la corbata. Saludó a Martina con cordialidad y de reojo miró a Carla. Ella le devolvió la mirada con un gesto que venía a expresar: «La cosa marcha». El inspector dejó que Carla

continuara con el interrogatorio, pero en cuanto intuyó los derroteros de la conversación decidió intervenir:

—Huérfano de padre y madre, sin hermanos, viudo y con dos hijas. ¿Es así? —dijo con tal rotundidad que se ganó una mueca de desaprobación de Carla. —Sí, así es —respondió Martina atemorizada.

—¿Qué relación mantenía con sus hijas?

—Excelente —aseguró la secretaria a la defensiva y con una determinación poco habitual en ella—. Alma y Chantal son unas chicas estupendas, aunque lógicamente ellas tienen su vida; a Udrev le hubiera gustado verlas con más frecuencia. —Martina sollozó y tomó un pañuelo de papel de su bolso.

—La mayor llegará esta tarde —manifestó Jan.

—Ay, Alma, he hablado con ella por teléfono y me ha suplicado que me encargue de todo lo referente al funeral y entierro. ¡Pobrecillas! Perder a un padre y de esta manera… ¿Saben ellas cómo ha sucedido? —añadió entre sollozos.

—No, todavía desconocen los detalles —respondió Carla mientras le acercaba el vaso de agua.

—Querían y admiraban mucho a su padre. Se veían poco, es cierto, pero su relación era muy intensa. ¿Qué será de ellas sin padre y sin madre? Habrán perdido a los dos en un abrir y cerrar de ojos, en apenas dos años —añadió sonándose la nariz.

—¿En qué situación quedarán? Me refiero a la económica —aclaró Jan.

—No creo que eso sea para ellas un problema —dijo Martina contrariada, como si la pregunta estuviera de más en esas circunstancias—. El padre tiene, bueno, tenía algunas propiedades y unos buenos ahorros. Además, se supone que heredarán toda su obra, y a Udrev, entre lo que tenía en el estudio y la obra prestada o en depósito, todavía le quedaban muchos cuadros y esculturas por vender, y eso es bastante dinero. Bueno, aunque todo dependerá del testamento, ¿no?

¿Me equivoco? ¿Ha dejado algo a Nat? —se preguntó de forma súbita.

—No sabemos nada al respecto —contestó Carla.

—¿Y qué debo hacer? ¿A quién debo presentar las cuentas?

—No se preocupe por eso ahora. En su momento se lo comunicarán —matizó Jan.

—Leo en el informe que ayer estuvo con uno de nuestros agentes en el estudio, y al parecer no ha echado nada en falta, ¿es así? —preguntó Carla.

—Aparentemente todo estaba en su sitio, pero necesitaría más tiempo para verificarlo… Sinceramente, solo pensaba en irme de allí.

—¿Guardaba Udrev dinero en metálico? —preguntó Carla.

—Nunca vi ninguna caja fuerte, ni me consta que escondiera dinero en la casa.

—Cuando abrió el estudio de Udrev, ¿recuerda si la puerta estaba cerrada con llave?

—Pues a decir verdad, creo que no. Aunque eso era frecuente, porque Udrev era muy olvidadizo.

—¿Pudo por descuido dejarla abierta la empleada del hogar?

—No, ella solo viene dos días a la semana, los lunes y miércoles por la tarde, y siempre abro y cierro yo.

—¿Merece su confianza?

—Absolutamente, la conozco hace más de veinte años. Jan levantó el dedo índice antes de formular otra pregunta:

—¿Quiénes han sido las amistades de Udrev?

—Amistades, a cientos, pero ya sabe que muchas son superficiales, otras interesadas y solo unas pocas son realmente sinceras. Además, el maestro estaba volcado en su pintura, y no era muy dado al ocio.

—¿Nos puede dar algún nombre?

—En tiempos más recientes, uno de los más asiduos era el señor Turó, un marchante de arte primitivo; creo que es con

quien más confianza tenía —acertó a decir tras unos momentos de reflexión—. También Batlle y Overmars, un par de coleccionistas privados. Quizá incluiría a algún director de museo y tres o cuatro galeristas, no más.

—¿Sería tan amable de confeccionarnos una lista de esos nombres y la forma de contactar con ellos? —solicitó Jan extendiéndole un folio de papel—. Empiece con ese tal Turó.

—Sí, claro —contestó Martina sacando su agenda del bolso y dejando caer al suelo tres pañuelos usados.

—¿Hay alguien que pudiera odiarlo hasta el extremo de haber deseado su muerte? —añadió Jan sin más circunloquios.

—Sinceramente, no. Mire, el mundo del arte es complicado, poco o nada es lo que parece, y desde luego hay rencillas, enemistades y grandes intereses económicos. Así pues, no es el paraíso prometido, pero llegar a este extremo es inimaginable.

—Entiendo —asintió Jan—. Solo añadir que, como es lógico, el estudio y la vivienda han quedado precintados y no podrá acudir allí si no es acompañada de uno de nosotros. Supongo que en un futuro serán las hijas de Udrev quienes deban autorizarla. —Me hago cargo —admitió lacónicamente.

—Nos ha sido de gran ayuda —manifestó Jan mientras se levantaba y le estrechaba la mano—. Como puede imaginar, debe estar disponible para cualquier otra consulta que pudiéramos precisar.

—Sí, por supuesto.

Jan y Carla acompañaron a la secretaria hasta la puerta, y Jan volvió a estrecharle la mano. Cuando se quedaron solos, dieron un repaso a las declaraciones de Martina. Por un momento consideraron la posibilidad de que tras ese asesinato pudiera haber un interés hereditario, pero acabaron negando con la cabeza. Un crimen tan horrendo casaba mal con un problema sucesorio.

—Esta mujer estaba enamorada de Udrev —susurró Carla.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque soy mujer…

—Dile a Belloch que confirme si esa tal Nat realmente ha estado en Ibiza —interrumpió Jan.

7

Barcelona, 16 de marzo, 17:00 horas

Jan y Carla se adentraron en un agradable callejón peatonal jalonado por pequeños árboles. Les sorprendió comprobar que, pese a encontrarse en el corazón de la ciudad, nunca antes habían estado ahí. Se detuvieron frente al portal número 8 y echaron a suertes quién de los dos llamaba al interfono.

—¿Señor Turó? —preguntó Carla.

—Sí, dígame —respondió una afable voz masculina.

—Somos los detectives del caso Udrev. Le hemos llamado este mediodía…

—Tomen el ascensor que encontrarán a la derecha en el portal —se limitó a decir mientras el interfono anunciaba mecánicamente: «La puerta está abierta».

El ascensor titubeó varias veces antes de arrancar y otras tantas cada vez que rebasaba una planta. Uno y otro se miraron con disimulada inquietud. Al salir de la cabina, vieron al señor Turó esperándolos en el rellano, vestido con una americana de Armani, una camisa blanca y un *jean*. Probablemente, y aunque se conservara muy bien, demasiado informal para los cerca de setenta años que tenía.

—Por favor, síganme —indicó Turó sin prestar atención a las placas que los policías le mostraban.

Turó vivía en un *loft* acondicionado como galería de arte primitivo. Un sinfín de máscaras africanas, estatuas y fetiches

surgían de las tinieblas, todos alzados sobre sus correspondientes peanas, iluminados por pequeños puntos de luz.

Jan y Carla lo siguieron sin perder detalle y se acomodaron en un gran sofá dispuesto en el centro. Turó aproximó con gran destreza un sillón de piel y se sentó frente a ellos.

—La señorita Martina nos habló de la gran amistad que mantenía con el señor Udrev y, sinceramente…, crea que lo sentimos mucho —empezó con tiento Carla.

Turó se aproximó las gafas a los ojos intentando disimular su tristeza. Frunció el ceño, se palpó la frente y se mordió los labios.

—En verdad era un buen amigo, y todavía no puedo hacerme a la idea de que ya no esté con nosotros. Lo echaré mucho en falta —dijo con gran esfuerzo.

—¿Qué relación tenía con el señor Udrev? —terció Jan sin más preámbulos ante la mirada de reproche de Carla.

—Nos unía una gran amistad, aunque nuestra relación inicial fue puramente comercial, era mi cliente. —Sonrió.

Turó rememoró que los había presentado un amigo común, otro marchante. Udrev andaba por aquel entonces buscando piezas de arte precolombino, y Turó tenía alguna en venta.

—Con el tiempo fue entrando en la magia de África, Oceanía e incluso de la India —comentó mientras con la mano mostraba las máscaras que los rodeaban—. Y a fe mía que llegó a saber muchísimo. Así fue como nació una gran amistad; cosas del destino, sin duda.

—¿Cuánto hace de eso?

—Estamos hablando de un montón de años, probablemente de principios de los noventa. Hace pues unos treinta años, ¿no? —se preguntó a sí mismo con gesto sorprendido.

—¿Tenía algún tipo de problema con alguien o con algo? —le planteó Carla.

—Dudo que tuviera alguno, y de haberlo tenido me lo hubiera contado, teníamos mucha confianza.

—¿Qué es lo que preocupaba a Udrev?

—Vender cuadros. —Se sonrió Turó—. Siempre me decía: «Necesito vender arte para comprar más arte». —Entonces, ¿ningún enemigo? —tanteó Jan.

—No, al menos que yo conozca.

—¿Tenía deudas?

—Lo dudo mucho, nunca me expresó ningún agobio al respecto. No iba con su forma de ser. Es más, incluso se molestaba cada vez que le proponía venderle alguna de mis piezas a plazos. No lo conseguí jamás.

—¿Nunca? —insistió Jan.

—¡Miren ustedes! —exclamó Turó con energía—, hace años que me dedico a esto y no necesito más de un minuto para saber a ciencia cierta los clientes que tienen dinero y los que no, y también los que, aun teniéndolo, viven por encima de sus posibilidades. Udrev compraba con el dinero en la mano, y si no lo tenía, se jo…, se fastidiaba —corrigió Turó pidiendo disculpas con la mirada a Carla—. Era muy estricto consigo mismo.

—¿Qué sabe de su familia? ¿Le comentó si tenía problemas?

—Me habló en varias ocasiones de temas familiares, pero jamás dio a entender que hubiera disputas o enredos. Era una familia muy unida, y la distancia no fue nunca un problema en la relación de Udrev con sus hijas. Tuve ocasión de conocer a las dos.

—¿También a Chantal?

—Sé que ustedes no están aquí para expresarme sus condolencias —apostilló con cierta irritación—, sino para encontrar alguna pista que ayude a identificar al culpable, y yo haré lo que haga falta por colaborar. Ahora bien, y perdonen mi injerencia, no creo que encuentren al asesino entre amigos,

acreedores y familiares.

—Somos de la misma opinión —terció Carla—, pero como puede imaginar debemos analizar todas las posibilidades…

—Comprendo, comprendo —se disculpó Turó—. ¿Desean tomar algo? ¿Cerveza, agua, Coca-Cola?

—No, muchas gracias —contestaron al unísono.

—¿Les importa si fumo?

—No, por Dios —exclamó Carla—. Está usted en su casa. —Sonrió.

—Si desean fumar, pueden hacerlo, como pueden imaginar no tengo inconveniente.

—¿De verdad no le molesta? —insistió Carla.

—No, en absoluto —respondió mientras encendía un pitillo, centraba el cenicero en la mesa y esbozaba una sonrisa cómplice.

Jan sacó de su americana un cigarrillo electrónico y Carla un paquete de Marlboro Gold. Los tres aspiraron vapor y humo, y al poco sus rostros parecieron adoptar una expresión más relajada.

—¿Qué tipo de conversaciones mantenía con Udrev?

—Principalmente sobre arte primitivo, pero no era una simple relación entre galerista y cliente. Muchas veces lo llamaba simplemente para decirle que me había llegado una pieza especial; que la comprara o no daba igual. Lo excitante era analizar juntos las obras de arte, fuere la que fuere. A ambos nos fascinaba estudiarlas con detalle: comprobar la clase de madera en que está trabajada, los detalles del pelo, las orejas, el reverso, en fin, calibrar los pormenores y su conjunto. Sabía mucho de muchas cosas y, además, tenía una facilidad innata para reconocer la estética de cualquier obra, y sobre todo para analizar su autenticidad.

—¿Se refiere a piezas verdaderas o falsas? —lo interrumpió Carla.

—En efecto…, como en todo, hay obras buenas y malas.

—¿Podría concretar un poco?

—Bueno, no es raro que alguien venga con una pieza que considera buena, y resulta ser un mero *souvenir*. Aunque esto no suele ser un problema, porque por lo general es gente bien intencionada y la pieza se delata a sí misma. La cuestión se complica cuando aparecen con imitaciones más o menos correctas, y ya no digamos cuando lo que ofrecen es una buena falsificación; eso sí puede llegar a ser un quebradero de cabeza. Ahí es donde te juegas la profesionalidad a una sola carta.

—¿Podría Udrev haber certificado una obra mala como buena, o viceversa? —tanteó Jan.

—No lo creo, sinceramente.

—Pero tal vez…

—La firma de Udrev tenía precio cuando estaba estampada en sus obras, pero por mucho que supiera, su rúbrica no tenía valor alguno en una certificación de arte primitivo —aseguró Turó—. A lo sumo, pudo colaborar con alguien. Como hizo conmigo hace ya unos años…

—¿Emitieron una certificación conjunta?

—No, nada de eso, simplemente se prestó a descifrar los glifos de un plato maya. ¿Saben a qué me refiero?

—Sí. Pero ¿Udrev sabía interpretar los jeroglíficos maya? —preguntó Carla con incredulidad.

—Tenía algunos conocimientos y era un pasaje breve; además, poseía una especial curiosidad y paciencia. Ese plato se subastó meses después en Londres, y ningún especialista puso reparos a la traducción, al menos hasta hoy, y de eso hace muchos años. —Sonrió complacido.

A continuación abrió un cajón del aparador y les mostró un pliego fotocopiado, profusamente ilustrado con dibujos a lápiz, en el que Udrev, a modo de tesis, explicaba que el origen de las culturas precolombinas, en especial de la olmeca y la maya,

debía buscarse en la dinastía Shang de China. Una completa sucesión de esbozos demostraban la metamorfosis del *taotie* chino; la forma en que ese motivo asiático acababa por convertirse en el principal glifo de esas culturas americanas. Nadie parecía haberse dado cuenta de que ese era, ni más ni menos, el símbolo sagrado del Nuevo Mundo.

Turó dejó el pliego sobre la mesa, apagó el cigarrillo y se incorporó con agilidad del sofá. Se aproximó a un mueble de estilo Imperio y lo abrió. Estaba repleto de figuritas de todos los estilos: romanas, egipcias, etruscas y un largo etcétera que Carla contempló con embelesamiento. Turó tomó un pequeño objeto y se lo entregó a ella.

—Como verán, se trata de un anillo de grandes dimensiones. ¿Qué ven en él?

Carla lo cogió con gran cuidado y lo observó con detalle. La estructura era muy tosca, confeccionada en hierro y adornos de bronce. En la parte superior tenía una pequeña cajita incrustada, y en su tapa figuraba un gran árbol frutal flanqueado por dos estrellas. Tras pedir permiso a Turó con la mirada, la abrió. Estaba vacía, y su interior venía forrado con un antiguo terciopelo granate. Allí apenas cabían dos monedas de cinco céntimos de euro, una al lado de otra.

Desde un borde del anillo emergía la figura cincelada de un hombre sentado en el suelo, con atavíos árabes, que parecía estar tocando un instrumento musical. Tras él se abría una puerta y al fondo Carla pudo apreciar un jardín con una palmera en su centro. Debajo de ella distinguió el rostro de una cabeza humana horrible, mezcla de diablo con cornamenta y Medusa. En el borde opuesto del anillo, una mujer llevaba un pato en los brazos y junto a ella se apreciaban varios ánades más con los cuellos estirados, como si estuvieran demandando comida.

—La verdad es que poco puedo decir —reconoció mientras le

pasaba el anillo a su compañero.

—Le sucede lo mismo que a mí —confesó Turó—. Tan solo supe apreciar que era un anillo extraño, pero nada más. Sin embargo, a Udrev le bastaron dos minutos para determinar que estaba relacionado con la cábala y las sefirot, las diez esferas del Árbol de la Vida.

—Perdón, pero no sé de qué está hablando —dijo Jan con timidez.

—El Árbol de la Vida probablemente sea uno de los símbolos cabalísticos más importantes del judaísmo, y suele representarse con una serie de esferas y líneas que simbolizan un estadio místico que permite aproximarnos a Dios. Si lo desean, puedo leerles el correo electrónico que Udrev me remitió dos días después de inspeccionar el anillo. Sin duda, sus conclusiones les resultarán útiles para valorar su especial intuición.

—Sí, por supuesto —contestó Carla con interés. Turó se giró hacia el mueble, sacó una carpeta del cajón principal y se sentó de nuevo en el sillón.

—Previamente debo advertirles, a fin de que puedan valorar también su forma de ser, que una vez examinado el anillo, Udrev apenas se despidió de mí. Se marchó a su casa pensativo, como abstraído. Al rato me llamó con cierto desasosiego…

—¿Qué le pasaba? —interrumpió Carla con expectación. —Nada —se sonrió—, simplemente me preguntó cuántos supuestos patos aparecían representados. Yo le contesté que cinco. Udrev parecía escéptico y me dijo que algo no le cuadraba. Me ofrecí entonces a enviarle por correo electrónico varias fotos del anillo. Esta fue su respuesta.

Turó se ciñó las gafas, puso la hoja frente a sus ojos, aclaró la voz y leyó con mucha solemnidad:

Efectivamente el anillo está vinculado a la cábala y a las sefirot del

Árbol de la Vida, pero como verás se concreta en algo más específico. Te parecerá un detalle sin importancia, pero no son patos, sino ocas. Y aunque imagino que mi apreciación te resultará *a priori* una nimiedad, esa diferencia es básica para deducir que ese anillo nos remite al Juego de la Oca, pero no entendido como pasatiempo sino a su aspecto cabalístico, al juego iniciático. Si te fijas bien, no aparecen cinco sino siete ocas, incluida la que lleva la mujer en sus brazos. Y son precisamente siete porque las catorce ocas que tiene el tablero deben interpretarse como dos grupos, para señalar la dualidad (ventura-desventura, verdad-mentira…).

Valga decir al respecto que la adaptación cristiana del Juego de la Oca (hay evidencias de que ya existía en el 3500 a. C.) proviene de los templarios, quienes se sirvieron de él para encriptar el Camino de Santiago (de hecho, a los peregrinos los guiaban las estrellas por la noche y las migraciones de las ocas durante el día). Por esa razón en el tablero hay posadas, cárceles, etcétera.

Son siete porque en la cábala se corresponde con la séptima sefirá: el Triunfo. Representa el esfuerzo dirigido a un fin determinado y que se manifiesta en los siete días de la creación, las siete notas musicales o los siete colores del arcoíris. En el tarot se corresponde con el séptimo arcano mayor: el Triunfo (o el Carro). Y en el zodíaco, con el signo Piscis. Por esa razón son dos grupos de siete ocas las que ayudan al *peregrino* a alcanzar el triunfo final; trece de ellas lo conducirán por el aire, el viento y el agua sorteando los obstáculos hasta llegar a la mansión de la número catorce, ahí donde reside el profundo misterio, aquel que solo la oca central podrá revelar.

Recuerda igualmente que el tablero tiene 64 casillas, pero la última no está numerada. Solo se numeran hasta la 63. ¿Por qué son 64? La respuesta: 64 = 6 + 4 = 10, y 1 + 0 = 1, que es el número del Creador.

Turó dejó de leer, le arrebató el anillo a Jan y con su dedo índice señaló las ocas a las que Udrev aludía en su carta. Luego se lo devolvió al inspector y retomó la lectura.

En el borde opuesto hay un ser barbado con cuernos que representa al minotauro, el animal que esperaba impaciente en el laberinto de Creta

(tablero) para devorar a sus visitantes. Es decir, representa la muerte, que aparece en una de las casillas del juego, y que evidentemente también representa la muerte espiritual de aquellos que no superan las pruebas y pierden el juego; esos nunca tendrán el conocimiento de la luz-verdad.

El otro dibujo no representa (como erróneamente pensamos) a un músico con una flauta, sino a un personaje que está fumando en una gran pipa algún tipo de sustancia y se identifica con el jugador que espera ganar, superar las pruebas iniciáticas y pasar al Jardín de la Oca (léase el edén, la verdad, el conocimiento, el Árbol de la Vida o el *hortus conclusus*…, que en definitiva representan lo mismo) que aparece dibujado tras él, simbolizado por esa gran puerta con una palmera en su centro.

Explicado todo lo anterior, me resulta ahora evidente que el grabado que aparece en la tapa, ese árbol y las dos estrellas que lo flanquean, no se refiere a un escudo nobiliario, sino que representa el Campus Stellae, es decir, Santiago de Compostela.

Recuérdame que te hable otro día de su leyenda. No creo que ese anillo pueda ser templario, más bien opino que es muy posterior, probablemente del siglo XVI o XVII. Tal vez perteneciera a una orden *sucesora* de los templarios vinculada al Camino de Santiago. El hecho de que sea un anillo implicaría que se llevaba en las peregrinaciones (portátil, por así decirlo) para jugar iniciáticamente durante la ruta. Por ello no me extrañaría nada que en el interior de la minúscula cajita se guardaran los dados.

Busca y encontrarás…

Enigma resuelto.

El tipo que poseyó ese anillo sabía bien lo que tenía.

—¡Este era Udrev! —sentenció Turó—. Capaz de ver lo que otros ni siquiera pueden intuir —dijo oprimiéndose los lagrimales con los dedos.

—Me parece increíble la forma en que Udrev llegó a deducir tanto con tan poco —comentó Jan mientras revisaba una y otra vez el anillo.

Carla estaba fascinada.

—¿Así que tras ese anillo se esconde la versión mística del Juego de la Oca? —preguntó—. ¿Eso es lo que oculta un entretenimiento aparentemente tan infantil? ¿Acaso Udrev era especialista en semiótica, alquimia o ciencias ocultas?

—No, simplemente tenía una sensibilidad e intuición fuera de lo común, por eso era un artista. Días después de la interpretación de Udrev, cuando solicité referencias del anillo, me comunicaron que el anterior propietario, ya fallecido, tenía la casa repleta de símbolos y signos heurísticos, cabalísticos, mágicos y del tarot. Así pues, mi amigo estaba en lo cierto.

—¿Nos podría entregar una copia de ese correo? —le preguntó Jan.

Turó asintió y se desplazó a su ordenador. Buscó en sus archivos, lo imprimió y se lo entregó a Jan con una discreta sonrisa.

—Háblenos de su pintura —le pidió Carla.

—No es una tarea fácil —dijo tras reflexionar unos instantes.

—Por lo general se le identifica con el arte abstracto. ¿No es así? —apuntó Jan.

—Calificar la obra de Udrev como abstracta sería tanto como insultar al maestro, pues tras cada trazo o pincelada, por insignificante que pareciese, había una profunda reflexión; nada sobraba pero tampoco faltaba nada —sentenció.

Lo que más admiraba de Udrev era su capacidad de sintetizar los elementos artísticos primitivos, los tatuajes, los signos y demás expresiones de las tribus y culturas antiguas; sabía plasmar en un lienzo el pensamiento de la humanidad en tiempos y lugares muy distantes.

—Como él decía, todos los pueblos se parecen más de lo que a simple vista podemos creer; las preocupaciones del ser humano han sido siempre las mismas desde tiempos remotos. Pueden imaginar que disfruté mucho a su lado —añadió mientras señalaba de nuevo las máscaras y fetiches que

parecían acecharlos.

—Comprendo —dijo Jan convencido—. ¿Y de política? ¿Qué pensaba Udrev al respecto?

—No se alienaba ni con unos ni con otros. Todo le parecía una inmensa mentira, un mercadeo de votos tras el que pulula esa asquerosa corrupción; creo que lo mismo que pensamos todos nosotros —afirmó encogiéndose de hombros—. Se preguntaba con frecuencia cómo podíamos acabar con los políticos…

—¿Nunca se pronunció políticamente? ¿Pudo molestar a alguien con su obra o sus manifestaciones? —insistió Jan.

—No lo creo, su obra era más filosófica que ideológica. Recuerdo que hace un tiempo me habló de realizar una serie de pinturas más reivindicativas.

—¿Podría concretarnos algo?

—Tenía previsto pintar unos cuadros que denunciaran la situación política, económica y social con inclusión de unos textos muy directos, incluso escabrosos. Me comentó que no serían citas literales sino en clave; no sé muy bien a qué se refería.

—¿Los llegó a pintar?

—Creo que no, al menos yo nunca los vi.

8

Barcelona, 17 de marzo, 21:30 horas

Jan estaba yéndose a casa cuando sonó su teléfono móvil. Se detuvo bajo una farola y miró de reojo la pantalla. Era Carla, y tentado estuvo de no contestar, pero le venció la curiosidad. «¿Qué demonios querrá a estas horas?». —¿Carla? —preguntó con artificial cortesía.

—Hola. ¿Dónde estás?

—A dos manzanas de mi casa.

—Pues yo…, todavía en la comisaría —se lamentó ella.

—¿A estas horas? ¿Cómo es eso? —preguntó sorprendido. «Ya está intentando sumar puntos delante de Márquez».

—Estaba enviando un correo electrónico a mis superiores. Ya sabes, un pequeño informe de nuestras actuaciones; mera rutina.

—Y has pensado que podríamos ir a cenar juntos —bromeó Jan.

—No —contestó entre risas—, tus compañeros forenses me han dado el informe y…

—¿A ti? ¿Lo has abierto? —preguntó con rudeza.

—Pues sí —reconoció con cierta prevención—. Me han encargado que te lo haga llegar.

—¿Y qué dice?

—Estoy aturdida con las imágenes, creo que deberíamos hablar.

—¿Tan grave es?

—No te quepa ninguna duda. He analizado las fotos de esas estampas y grabados, y todavía no doy crédito. ¿Te parece que nos veamos en la comisaría?

—¿Ahora?, pero si estoy llegando a casa.

—Es muy importante —insistió ella.

Jan miró a su alrededor.

—¿Te gusta la comida japonesa? —preguntó convencido de que la respuesta sería afirmativa.

—Sí, claro.

—Pues vente a casa y estudiamos el dosier.

—Por amor de Dios, ¿me estás proponiendo una cita romántica? —preguntó ella con gracejo.

—Una cena sí, pero dudo que pueda ser romántica. Por lo que me estás diciendo, no creo que estemos para muchos cortejos.

—¿Vas a cocinar tú?

—No, voy a pedirlo —dijo Jan encaminándose al restaurante de la esquina opuesta.

—En ese caso, acepto —comentó Carla—. Pásame tu dirección por el móvil. ¿Nos vemos dentro de una hora?

—Conforme.

Jan cruzó la calle y entró en el restaurante japonés. Se hizo con unas piezas de sushi y maki, un tataki de atún y dos raciones de yakisoba de pollo. Ya en la caja, mientras estaba pagando, se agenció una botella de sake. Lo cierto es que odiaba el pescado crudo, pero sabía que solía agradar al paladar femenino. En cuanto llegó a casa, abandonó la pistola en lo alto de una estantería, se puso ropa más cómoda y se apresuró a adecentar el apartamento. Era pequeño: un salón con cocina americana, un dormitorio, un baño y un minúsculo cuarto diseñado como habitación de invitados pero reconvertido en almacén. En última instancia decidió hacer la

cama. «Nunca se sabe», se dijo mientras estiraba las sábanas.

Carla llegó un poco antes de lo anunciado. Jan la encontró diferente. Era obvio que no había podido cambiarse de ropa, y aun así le pareció más atractiva de lo habitual. La miró de reojo hasta caer en la cuenta de que se había maquillado. La invitó a sentarse frente a una mesa metálica de diseño y encendió la lámpara halógena.

—Bien, ¡dispara!

—Empiezo por ese informe —dijo Carla extendiéndole un sobre—. Según el forense, Udrev murió desangrado sobre la una del mediodía del domingo.

—Había sangre en la escena del crimen, pero no la suficiente para que se desangrase allí… —Porque lo desangraron antes de morir…

—¡Pero ya digo en mi informe que apenas había sangre! ¡Ni en el suelo ni en las paredes!

—¿No me estás entendiendo? Lo que quiero decir es que extrajeron la sangre…

—¡No me jodas que estamos hablando de vampiros! —la interrumpió Jan.

—Confío en que no, se la extrajeron con una jeringa. De ahí que los antebrazos presenten dos punzamientos e importantes hematomas. También se aprecia un pequeño pinchazo en el dorso de la mano.

—¿Lo anestesiaron?

—Sí, según el forense, probablemente emplearon keta. Es decir, lo durmieron, le sacaron la sangre y murió, pero no sufrió.

—Un detalle. Así que los asesinos montaron una escena de una crueldad inusitada, pero se tomaron la molestia de no hacerle sufrir. ¿Y la herida en el costado?

—Ya estaba bajo los efectos de la anestesia. Tal vez fuera *post mortem*, al igual que la crucifixión, pero no me atrevo a

afirmarlo; debió ser todo muy lento…, imagino que agonizó sin dolor durante varios minutos.

Jan releyó el informe forense con incredulidad. Murmuraba palabras incomprensibles, y de vez en cuando levantaba la vista para cerciorarse de que Carla, a quien ni siquiera oía respirar, seguía ahí.

—Su cuerpo estaba pintado de azul, no creo que pueda borrar nunca esa imagen…

—Sí, pero solo por delante, no la espalda —precisó Carla—. Lo que indica que quizá lo embadurnaron ya crucificado en la mesa.

—¿Y un azul que no comercializa ningún fabricante conocido? —preguntó Jan releyendo el informe.

—Siendo pintor, tal vez lo elaborase él mismo; imagino que es la pintura que tenían a mano los asesinos —sugirió ella.

—¿Por qué acrílica?

—Seguramente porque seca más rápido.

—¿Para qué pintarlo?

—Como mínimo, la usaron como aglutinante para pegarle esas estampas a la piel.

—¿Y qué hay de esas estampas?

—Utilizaron papel de acuarela y papel de grabado, dependiendo de si el dibujo era a tinta o impreso. No sé exactamente cómo llamarlos. ¿Estampas? ¿Grabados? ¿Ilustraciones? ¿Dibujos? —se preguntó ella.

—¿Cuántas personas debieron participar en ese ritual?

—No menos de tres —aseveró Carla.

Jan se apoyó en el respaldo de la silla y miró el techo.

—No comprendo nada. ¿Por qué tanta brutalidad con un hombre tan mayor?

—Pues me temo que todavía entenderás menos cuando leas este otro dosier —anunció ella entregándole un segundo sobre.

—Doy por hecho que te lo has leído, ¿cierto?

—Creo que me vas conociendo. —Se sonrió Carla—. Pero si te parece, mejor lo comentamos tras la cena. Es posible que después de ver las imágenes se te quite el apetito.

Jan aceptó el trato y se levantó de la silla dispuesto a preparar la mesa. Carla se prestó a ayudarlo, pero él se negó cortésmente. En un momento dispuso de los manteles individuales y sirvió los platos. Ambos juguetearon con los palillos alternando el sushi y el maki mientras hablaban de la infancia: Carla, muy proclive a recordar, y él, muy decidido a olvidar sus primeras vivencias. Cuando Jan regresó de la cocina con el tataki y con el yakisoba recalentado en el microondas, y ya animados por las copitas de sake, la conversación derivó a la esfera sentimental. Jan sacó en claro que Carla, de treinta años, había tenido pareja; un militar que llegó incluso a regalarle el anillo de compromiso, pero que murió en una acción humanitaria en Afganistán. Lo conoció en la base militar de Rota y era como ella pero al revés, es decir, de padre español y madre estadounidense. Todavía era reciente, y entonces fue ella quien optó por cambiar de tema. Carla, por su parte, concluyó que él era un soltero seudoprofesional, un buen tipo que por razones todavía no confesadas parecía no fiarse de ninguna mujer. Dedujo igualmente que, a sus treinta y seis años recién cumplidos, era huérfano de madre y de padre.

Sobraba yakisoba para dar y vender. Jan le ofreció una nueva ración, y ella la rehusó. Sin mediar más palabras, Jan desplazó todos los platos al extremo opuesto de la mesa, retuvo los dos vasitos de sake y extendió la mano para que Carla le tendiera el segundo sobre. Contenía un montón de fotografías, que Jan miró con atención y finalmente las depositó sobre la mesa.

—No cabe duda de que tu equipo ha hecho un buen trabajo —musitó ella.

Jan no contestó y se limitó a ordenar las fotos con gran

excitación. Tras observarlas detenidamente, exclamó contrariado:

—¿Qué coño significa esto? ¿Has podido sacar algo en claro de este puzle?

—Solo en parte.

—Te escucho.

—Si empezamos por la foto de la cabeza, en el pómulo derecho le dejaron el dibujo de una flor que parece la del cerezo…

—¿Alguna connotación especial?

—Sí, podría representar el distintivo de los samuráis según el código Bushido.

—¿Mafia japonesa? —Me temo que es mucho más complicado. La segunda es de la frente —dijo ella acercándole la fotografía— y representa una corona de espinas.

Luego se refirió a la tercera foto, la que mostraba la estampa colocada sobre los labios. En esta aparecía el símbolo hindú Om, la sílaba sagrada, el primer sonido del que emergen todos los demás, ya sea música o lenguaje, así como la mayoría de los mantras, y habitualmente empleado para iniciarse en la meditación.

—También se le conoce como *pranava mantra*, que podría traducirse como ‘rumor vibrante’, probablemente por ese motivo se lo depositaron en los labios.

—¿Dónde has aprendido todo esto?

—Me he preparado la reunión —afirmó con modestia.

Jan tomó la siguiente fotografía. El abdomen de la víctima tenía adheridas unas estampas con cuadrados que albergaban distintas formas geométricas. Bajo ellas estaba escrito: «213 cubes».

—¿Te sugiere algo? —preguntó con la mirada perdida.

Ella negó con un leve movimiento de la cabeza y tomó un sorbo de sake. Jan la imitó y a continuación se dirigió a la

cocina en busca de un paquete de cigarrillos y un cenicero. Le ofreció uno a Carla y se lo encendió.

—¿No fumabas cigarrillos electrónicos?

—Solo cuando estoy de servicio —adujo con fina ironía—. ¿Seguimos? —sugirió con un tono de estar superado por las circunstancias.

Jan examinó las fotografías de los brazos. Les dio vueltas y más vueltas intentando reconocer los símbolos dibujados en las estampas: un árbol, líneas, puntos y círculos. Miró de reojo a su compañera y advirtió que sonreía discretamente. Carraspeó y la interrogó con la mirada.

—Se trata de símbolos alquimistas y el Árbol de la Vida, con las sefirot —dijo ella señalando con el dedo.

—Esta tarde Turó ha mencionado eso mismo. ¿Casualidad?

—Creo poco en las casualidades —dijo Carla mientras ordenaba los mechones que le caían por la frente. Jan apiló las fotos ya examinadas y desplegó el resto bajo la intensa luz halógena.

—¿Qué me dices de las piernas? ¿Más cruces?

—Parece una cruz, pero es el plano de planta de una iglesia.

—¿La has podido identificar?

—¡Jan, por amor de Dios, solo he contado con un par de horas!

—Pues habrá que ponerse a ello.

—No será fácil. ¿Te imaginas el trabajo que supone confrontar los planos de las iglesias europeas de ese mismo estilo? Eso suponiendo que circunscribamos el área a Europa.

—¿Y el otro tobillo?

—Dos columnas y un arco —determinó Carla—. La única singularidad es que una columna parece románica y la otra gótica, tal vez barroca.

—Bien, nos queda el tórax: una copa y un pájaro —concluyó Jan.

—Opino que son las estampas más complejas. Es evidente que la copa simboliza el santo grial, y ese pájaro al que tú te refieres es un pelícano.

—¿Qué pinta un pelícano en todo esto?

—Pues creo que es la figura principal del puzle, por eso la han colocado sobre el corazón de la víctima. Había visto esta imagen en los bestiarios medievales europeos…

—¿Y qué tiene de singular para que ocupe un espacio tan relevante?

—En primer lugar, ese pelícano aparece picándose el pecho, autolesionándose, hasta producirse una herida de donde brota un chorro de sangre. En segundo lugar, está rodeado de unos polluelos que precisamente se alimentan de esa sangre. Es decir, el pelícano ofrece su propia vida a las crías. Esa imagen, trasladada a la religión cristiana, se transformó en el símbolo de la pasión, la eucaristía y la resurrección.

—Entonces, ¿representa a Cristo?

Carla le confirmó el paralelismo entre el sacrificio del pelícano progenitor y el que Cristo realizó vertiendo su sangre para la salvación de los hombres en la vida eterna. Carla sacó su bloc de notas, pasó varias páginas, se acercó a la lámpara y leyó:

> Santo Tomás de Aquino, siglo XIII, quinta estrofa de su himno *Adoro te devote* (Te adoro con devoción) dedicado al santísimo sacramento:
> *Pie pellicane, Iesu Domine,*
> *me immundum munda tuo sanguine*
> *cuius una stilla salvum facere*
> *totum mundum quit ab omni scelere.*

—¿Y en cristiano? —protestó Jan.

—«Pelícano bueno, señor Jesús, límpiame de lo inmundo con tu sangre, de la que una sola gota puede salvar de todos los

crímenes al mundo entero» —tradujo ella con solemnidad.

—Complicado, ¿no? —se preguntó Jan—, pero hay que reconocer que el pelícano, la sangre y el crimen encajan muy bien en este caso.

Carla le explicó que los alquimistas también adoptaron el pelícano cristiano para representar la piedra filosofal, y que la misma leyenda aparecía en el *Speculum Ecclesiae*, escrito por un benedictino del siglo XII, Honorio de Autum.

—Todas esas estampas e imágenes parecen la «tarjeta de visita» de una banda mafiosa muy especial, ¿no crees?

—No es una banda, es un ritual —objetó ella.

—¿Tienes más sorpresas? —bromeó Jan mientras se encendía otro cigarrillo.

—No, por el momento. —Carla sonrió al tiempo que miraba su reloj de pulsera—. Es muy tarde y debo irme.

—¡Dios, es casi la una de la madrugada! ¿Te acompaño a tu casa?

—No hace falta, ya voy bien acompañada —dijo palpándose las lumbares y exhibiendo la pistola.

—¡Soy un pésimo anfitrión! Tenía que haberte ofrecido un sitio donde dejar el arma —se excusó abochornado.

—Me he sentido más segura llevándola encima. ¡No creo que seas de fiar! —exclamó con una sonrisa que Jan secundó—. Te has enfadado, ¿verdad?

—¿Cuándo?

—Cuando te he dicho que me habían entregado el informe.

—Bueno…, un poco —reconoció—. Sabrás que me acaban de ascender a inspector, y eso no ha sentado nada bien a algún compañero. Hay muchas rencillas y… digamos que a veces soy más susceptible de lo que debiera.

Carla tomó un taxi. Durante el trayecto reflexionó sobre el perfil de Jan. No era mal tipo, pero se veía a la legua que era un lobo solitario; probablemente habría sufrido de mal de

amores.

—¡Buf! —exclamó de forma inadvertida.

—¿Me ha dicho algo? —preguntó el taxista.

—No, nada. ¡Hace mucho frío en la calle! —acertó a improvisar mientras se frotaba las manos de forma exagerada.

También se hacía evidente que Jan era parco en palabras, pero tal vez era de los que hablan poco, acumulan información y, después de un *self-brainstorming*, acaban por unir todos los cabos. Tal vez…

9

Barcelona, 18 de marzo, 12:00 horas

La placita de la iglesia fue cambiando lentamente de color. Primero la alfombra de terciopelo rojo se encargó de romper el triste gris de los adoquines; luego unos enormes ramos de flores pincelaron la entrada del templo. Finalmente, como pequeñas hormigas de distintos colores, los asistentes formaron corros junto a un enjuto limonero, ávidos por impregnarse de ese tenue sol de primavera, como si precisaran absorber toda su luz antes de entrar en la iglesia. Las incipientes hojas de los árboles parecían querer hablar de vida, pero las campanadas sonaban a muerte.

Jan y Carla se situaron discretamente a ambos lados de la entrada, tras los ramos. Sus compañeros Belloch y Navas llevaban ya unas horas en el interior del templo preparando las cámaras. A las doce en punto metieron el féretro, y tras él entró Alma acompañada de tres amigas. La hija de Udrev tenía un andar altivo, con la barbilla levantada y los ojos cubiertos por unas grandes gafas negras de Chanel. Su rubia melena se deslizaba en el aire como si flotara, logrando ralentizar la imagen de forma casi imposible. Jan la contempló con admiración.

Los policías pudieron reconocer al alcalde seguido de una pequeña escolta, y tras ellos al consejero de Cultura acompañado de su esposa. Luego desfilaron un sinfín de

personajes singulares. Algunos vestían de negro, otros con discretos grises y unos pocos llevaban ropas de alegres colores. Por sus atuendos y peinados, podría decirse que buena parte de las trescientas personas congregadas pertenecían al mundo de la cultura: galeristas, pintores, actores, escritores, músicos, directores de museo, arquitectos, críticos, fotógrafos, editores y periodistas. Los últimos en entrar en la iglesia fueron los vestigios de la *gauche divine* barcelonesa, enzarzados en una animada conversación. Los técnicos de las dos unidades móviles de televisión se quedaron fuera fumando.

«¿Quién es quién en ese *totum revolutum*?», pensó Jan.

Él y Carla entraron por separado. Jan dirigió sus pasos hacia la nave izquierda y se fundió con la multitud que atendía la ceremonia de pie. Carla lo hizo por la derecha, con la intención de quedar discretamente apostada junto a una columna, pero a los pocos metros de rebasar la última fila de bancos una ancianita le dedicó un cariñoso siseo acompañado de gestos infantiles con los que indicaba el hueco que tenía a su lado. Carla se acercó y, por educación, se sentó a su vera.

Pasados unos minutos, el párroco inició un sermón largo e intenso. Sus palabras pusieron de manifiesto que había conocido muy de cerca a Udrev, o que alguien le había informado cumplidamente. Desde el púlpito movía la cabeza de izquierda a derecha, y de vez en cuando lanzaba una compasiva mirada a Alma Udrev. Disertó con voz modulada sobre la figura del difunto, su voluntad de trabajo, su exquisita sensibilidad y amplios conocimientos, y al final, con especial énfasis, elogió el mensaje que, a su modo de ver, impregnaba todas sus obras: «El hombre y la incesante búsqueda de Dios a través de los tiempos». Con esa frase el párroco consiguió llevar el sermón a su terreno y se arrancó a recitar unas estudiadas frases sobre la bondad divina y la resurrección.

Las tenues luces del exterior empezaron a deslizarse sobre las

columnas hasta descansar sobre el ataúd. Jan miraba de reojo a su alrededor intentando identificar rostros, expresiones y gestos que pudieran arrojarle un poco de claridad en un caso en el que todo eran sombras. «Márquez ha acertado una vez más disponiendo esas cámaras», tuvo que reconocer.

Terminado el sermón, una de las acompañantes de Alma Udrev se levantó y se dirigió al púlpito; tras situarse frente al micrófono, agradeció a todos su asistencia en catalán, español e inglés y pronunció unas extrañas frases a modo de oración particular que nadie pareció entender. Los compases del *Réquiem* de Mozart acompañaron al féretro al exterior.

Alma Udrev había dispuesto que el entierro se realizara en la más estricta intimidad, pero aun así Jan quiso que Belloch estuviera presente en el cementerio: «Basta con saber cuántos han ido y si alguien está fuera de lugar. Ya me entiendes. Hay quien afirma que el asesino es el último en despedir a su víctima», le dijo. Belloch refunfuñó e hizo aspavientos de contrariedad. A Jan no le gustó el gesto.

—A ver si te pierdes por aquellas tristes calles y te quedas allí para siempre —masculló. —¿Quedarme?, ni muerto —replicó Belloch.

Carla y Jan vieron marchar el coche fúnebre, y tras él un suntuoso Mercedes negro que transportaba a la hija del difunto.

—Tendremos que darnos prisa con los vídeos si queremos que Alma Udrev nos ayude a identificar a los asistentes —susurró Carla.

—¿Prisa? ¿Por qué? —replicó Jan.

—Porque Martina acaba de comentarme que Alma partirá a Estados Unidos dentro de dos o tres días.

—¿Tan rápido?

—Quiere estar junto a su hermana. Imagino que esperará a

que dé a luz para contarle lo sucedido.

«Vaya papelón».

10

Filadelfia, 21 de marzo, 21:00 horas

Una furgoneta de la compañía de gas enfiló perezosamente Chestnut Hill. Tras subir y bajar esa calle, estacionó frente a la residencia de Denis Crawford. El conductor se abrió la cremallera del anorak y respiró profundamente.

Su acompañante tomó los prismáticos de visión nocturna, enfocó la casa y se detuvo en una habitación del ala izquierda. La luz interior perfilaba las sombras de dos personas: se trataba del matrimonio formado por la cocinera y el mayordomo de Crawford. El edificio central parecía desierto, y algo más allá, en el ala derecha, descubrió una luz débil en la habitación superior. Entretanto, el tercer pasajero ojeaba desde el asiento trasero, con una linterna de led, los planos de la mansión. Transcurrió más de una hora hasta que la luz del matrimonio se apagó.

—Ha llegado el momento —musitó el hombre de los prismáticos mientras entregaba un pequeño mando al compañero de atrás.

—¿Qué es esto?

—El mando de la alarma. ¿O acaso pretendíais entrar a tiros?

—¡Mierda! ¿De dónde habéis sacado este chisme?

—De la hija menor de Crawford.

—¿No me jodas que le habéis robado el bolso?

—¿Por quién nos tomas?

—¿Entonces?

—Cuarenta y ocho horas de seguimiento es más que suficiente para saber que esa dama tiene la mala costumbre de dejar el mando en la guantera del coche. —Sonrió con vanidad.

—¿Y no lo va a echar en falta?

—No lo creo —respondió con sorna—. En estos momentos está cenando en Nueva York con un apuesto pretendiente…, y a buen seguro que pasará con él toda la noche.

—¿Un cómplice?

—No hagas más preguntas. Basta que sepas que esta madrugada serás tú quien vuelva a dejar el mando en el coche de esa señora. —¿Y por qué no se me ha informado antes?

—Porque las órdenes que tengo son informarte al ritmo que estime conveniente. Eso es todo. Y ahora atiende: la letra G abre la verja que lleva hasta el aparcamiento, las letras PK abren el garaje, y desde allí desconectaremos alarmas y los sensores de las áreas F y R-1. ¿Entendido?

—De acuerdo.

—¡Pues adelante! —ordenó mientras abría con sigilo la puerta de la furgoneta y le instaba al conductor a que aguardara ahí sentado.

Los dos hombres se internaron en el jardín y siguieron el camino hasta el garaje. Una vez allí, abrieron la puerta con el mando y sortearon uno por uno el sinfín de coches de los Crawford: un Jaguar XKR, un Porsche Macan, un antiguo BMW 650, un Ford Mustang del 64 y un par de Mercedes de gran tamaño. Tras desconectar las alarmas mediante el control remoto, subieron una escalera interior hasta un gran salón. Las luces piloto de los detectores volumétricos empezaron a iluminarse aquí y allá. Los asaltantes se detuvieron y contuvieron la respiración hasta cerciorarse de que la alarma estaba neutralizada. Al instante llegaron hasta sus oídos los compases de una pieza musical. Eso significaba que Denis

Crawford estaba en la planta superior escuchando alguna de sus óperas favoritas. Hubieran preferido encontrarlo durmiendo, pero ese imprevisto tampoco suponía un gran inconveniente.

Tomaron la escalinata que conducía a sus aposentos y se agazaparon junto a la puerta. Uno de ellos sacó una pistola automática del anorak y entró en la habitación. Crawford, ensimismado, ni se enteró. Lo encontraron de espaldas, de pie junto a un tocadiscos de altas prestaciones, extasiado con el suave movimiento del vinilo. Ambos se sentaron en un diván y esperaron pacientemente a que Crawford se diera la vuelta. Pero eso no sucedió. Finalmente, el que portaba el arma decidió susurrar su nombre.

—¡Santo Dios! —exclamó el viejo en cuanto se volvió, dejando caer la funda del vinilo del *Turandot* de Puccini. Los dos hombres se incorporaron y lo conminaron a que se sentara en el diván. Crawford los obedeció con gesto sereno y pausado; debía tener casi ochenta años.

—Sabía que vendríais, sabía que antes o después os enviarían a por mí —musitó sin pestañear mientras se reclinaba en el diván. Uno de los intrusos bajó el volumen del equipo de música y se sentó frente a él en una banqueta.

—Entonces sabrá por qué estamos aquí.

—Imagino que sí, pero desconozco el desenlace. Ya le dije a quien os envía que no puedo pagar las deudas. ¿Les han encargado eliminarme?

—Siento decirle que nos traen sin cuidado sus deudas; venimos a por ese maldito cuadro. ¿Va a colaborar? —le preguntó uno de ellos mientras le mostraba una fotografía.

Crawford no supo disimular su sorpresa. Los asaltantes lo miraron con impaciencia.

—¿Tiene o no esa maldita pintura? —le interrogaron casi al unísono.

—Así es —se limitó a contestar el anciano.

—¿Dónde la tiene?

—En mi estudio.

—¡Muéstrenosla!

Crawford se incorporó despacio y abrió de par en par la puerta corredera que daba acceso al estudio. Oprimió uno a uno los seis interruptores e iluminó una enorme sala con las paredes literalmente forradas de cuadros. Avanzó con pasos cortos y lentos hasta situarse frente a uno de ellos y lo miró con embelesamiento. —Aquí lo tienen —exclamó con cierta vanidad.

Uno de los asaltantes se afanó en compararlo con la fotografía que acababa de sacar del bolsillo de su gabán.

—¿Está conectado a alguna alarma? —le preguntó el otro sin bajar la pistola.

Crawford negó con la cabeza. El que llevaba la fotografía de referencia se aproximó a la pared y enfocó con la linterna la parte posterior del cuadro a fin de comprobar si el anciano decía la verdad. Al ver que no había detectores de contacto, lo agarró con ambas manos. Su compañero llevó a Crawford de nuevo al diván y lo obligó a tomar asiento. Se dirigió luego al equipo de música y subió el volumen. *Nessun dorma!... Ma il mio mistero è chiuso in me, il nome mio nessun saprà!*, resonó en el dormitorio.

El individuo se situó tras Crawford y sin mediar palabra le disparó en la sien. Desenroscó el silenciador, limpió el arma y la depositó en el suelo, bajo la mano del anciano.

—No sé si va a convencer a la Policía la teoría del suicidio —murmuró con indiferencia el que cargaba el cuadro.

—Pasado mañana se filtrará la noticia de que las industrias Crawford no han podido superar las auditorías externas. Supongo que eso ayudará.

11

Barcelona, 22 de marzo, 16:00 horas

Márquez, a la vista de los derroteros que tomaba el caso, y vislumbrando que la adscripción de Carla a la Unidad podría prolongarse más de lo previsto, le había ordenado a Jan que improvisara un hueco para ella en la misma planta de la comisaría. Jan y Navas se emplearon en reubicar tres archivadores y un par de taquillas hasta conseguir crear un pequeño espacio en la misma estancia que compartían Belloch, el propio Navas y otro agente que llevaba dos meses de baja por una fractura de mandíbula; una lesión afortunada, considerando que el delincuente le había atizado en la cara con el poste de una señalización de prohibido aparcar. Además, Jan mandó a los de mantenimiento que retiraran una gran fotocopiadora Xerox que nunca nadie había visto funcionar, y también una impresora láser en blanco y negro que quedó en desuso desde que se redefinió por tercera vez la red informática del edificio. Los mismos de mantenimiento, haciendo gala de una iniciativa impropia de ellos —y probablemente deslumbrados por la agraciada figura de Carla—, atinaron a subir del almacén una pequeña y moderna mesa de cristal, que casaba muy mal con el mobiliario de la comisaría, una lámpara de pie y una silla de despacho de polipiel negra. También le instalaron un teléfono conectado con la centralita y verificaron la conexión a Internet.

El resultado fue un habitáculo alargado de unos seis metros cuadrados que a Carla le pareció la jaula de un zoo. La única buena noticia era que quedaba fuera de las miradas furtivas de sus compañeros, y en especial de ese Belloch, que se asemejaba a un sátiro más que a un policía. Probablemente era uno de esos tipos que, cuando adulaban a una mujer con la expresión «¡Qué piernas tan bonitas!», era simplemente para añadir «¿A qué hora abren?».

Jan, sin mediar palabra, y con rostro inexpresivo —probablemente para que su gesto no pudiera ser malinterpretado por nadie—, remató la faena con una plantita que le habían regalado en Navidad y que por alguna razón incomprensible seguía viva. Carla la aceptó con gesto de extrañeza, el mismo de una niña cuando un desconocido le ofrece una golosina. La colocó en una esquina de la mesa y tomó asiento en su nuevo despacho con un leve ademán protocolario. Jan le sonrió levemente y dio una palmada con la que indicaba que debían retomar el caso Udrev:

—No sé la razón, pero la prensa se está comportando demasiado bien, tanto antes como después del funeral.

—¡Será que tendréis un buen gabinete de prensa! —opinó Carla.

—Lo dudo —masculló él.

Jan estaba sorprendido. «Asesinato en extrañas circunstancias», era el texto más sensacionalista que había atinado a leer. La prensa parecía más preocupada por informar sobre quiénes eran los asistentes al funeral que por el asesinato en sí.

—¡En fin, mejor así! No quiero ni pensar lo que pasará cuando se enteren de los detalles macabros…

—Los informativos de televisión han sido igualmente escuetos —agregó ella.

Jan hizo un gesto afirmativo y se dispuso a abandonar el

despacho.

—¿Tienes diez minutos? Tengo algo más que comentarte sobre esas estampas del cadáver —preguntó Carla indicándole con la vista que era mejor hacerlo en otro lugar.

—Sí, claro, dame unos segundos para entregar un informe a Márquez y la relación de llamadas pendientes a Belloch; son urgentes. Te espero en mi despacho. ¿Te encargas de los cafés?

Carla dirigió sus pasos a la máquina expendedora de café, un chisme variable e incierto. De tener un día de suerte, su sabor llegaría a ser aceptable; de lo contrario, dispensaba un café con exóticas notas de té, tila, poleo o simple aguachirle, dependía de la elección del usuario anterior. Carla tomó asiento frente a la mesa de Jan, dejó los vasitos de plástico, miró el reloj y curioseó discretamente los documentos a la vista. Sorbió una cucharita de café y creyó adivinar un ligero matiz de lácteo acaramelado que no le disgustó. Estaba revisando su bloc cuando entró Jan con gesto cansado.

—¿Qué novedades tienes? —preguntó dando un primer sorbo a su café.

—Es sobre ese pelícano. He tenido acceso a más documentación, y… creo que no te va a gustar.

—Eso suena a complicación, ¿verdad?

—En efecto, así es. El pelícano es uno de los principales símbolos de los rosacruces y constituye el emblema del grado diez y ocho de la masonería escocesa —explicitó leyendo sus notas.

—¡No me jodas! Ahora los masones…

—Sabía que no te gustaría. Para los masones, cuando el pelícano se abre las entrañas para alimentar con su sangre a los polluelos simboliza la consagración a la Gran Obra, y para algunas facciones de la masonería, es expresión de la muerte y la resurrección en su sentido más cabalístico. —¿Y a qué se refiere ese sentido cabalístico?

—En nuestro caso, creo que debemos interpretarlo como la más alta expresión del amor y servicio desinteresado a los demás: el sacrificio —matizó Carla.

—¿Eso es lo que crees que hicieron con Udrev? ¿Sacrificarlo?

—Eso me temo —dijo Carla lamiendo los restos de azúcar de la cucharilla.

Jan se levantó de su sillón con gesto preocupado y se metió las manos en los bolsillos. Respiró profundamente y se quedó pensativo; parecía en trance. Al poco se acercó a la ventana y la abrió de par en par.

—Jan, hace frío —le reprochó Carla.

—Voy a fumar, y no quiero que el despacho apeste más de la cuenta —dijo con determinación.

—¡Pero eso contraviene las normas!

—Me importa muy poco. Si quieres fumar, hazlo. Es mi despacho y asumo la responsabilidad.

—¿Y tu cigarrillo electrónico? —preguntó con tacto.

—Sin batería.

Carla lo miró desconcertada. Tras dudar unos instantes abrió el bolso, sacó un paquete de cigarrillos y se encendió uno. Decidió acercarse a la ventana. Estuvieron uno junto a otro sin hablarse. Jan estaba muy tenso. Dio unas caladas, lanzó la colilla a la calle y volvió a sentarse.

—Desde que estuvimos en casa analizando las fotos, me asaltan las dudas —reconoció Jan—. No sé cómo decirlo para no ofenderte, pero sin pretender menospreciar tu trabajo, que es excelente —puntualizó con una sonrisa sincera—, me resisto a pensar que este caso pueda tomar unos derroteros tan complejos…

—¿Te refieres a las estampas y su significado? —lo interrumpió.

—Sí, así es.

—Pero a cada momento constatamos que una cosa lleva a la

otra…

—Precisamente por eso, porque es lo único que tenemos. Ni tan siquiera existe móvil ni sospechoso. ¿Por qué no le pegaron un tiro en la cabeza? ¿Por qué no lo acuchillaron en un callejón del Barrio Chino? ¡Ris, ras! Un fiambre sin móvil aparente y tema resuelto. Reconozco que me hubiera gustado prescindir…

—¿De mí? —insinuó Carla con un nudo en la garganta.

—No, eso nunca. —Replicó de inmediato y con sonrojo—. Lo que quiero decir es que me esfuerzo en llevar el caso desde la óptica habitual… Quiero decir que, aunque en ocasiones te he escuchado con cierta incredulidad, ahora me doy cuenta de que no hay elección. Debemos seguir tu camino.

—¿Y eso te molesta?

—En absoluto. Simplemente me supera.

—Saldremos de esta, no te preocupes —lo animó Carla—. ¡Venga, vete a casa y descansa!

—Vete tú, yo me quedaré todavía un rato. Tengo que despachar todos estos papeles —dijo mirando su mesa e inspirando profundamente.

Carla estaba indecisa. Pensaba que debería quedarse, pero optó por hacerle caso; sería lo más correcto. Se aproximó a Jan y le dio una suave palmada en el hombro.

—Mañana nos vemos —susurró al tiempo que cruzaba el umbral.

Jan se quedó ensimismado. Se encendió otro cigarrillo y no se tomó ni la molestia de abrir la ventana. Le había dicho la verdad: ese caso lo superaba. Llevaba días intentando convencerse de que, pese a tratarse de un macabro crimen ritual, a la postre acabaría resolviéndose como de costumbre: un móvil evidente, un par de sospechosos, algunos interrogatorios, los seguimientos de rigor y finalmente las detenciones; la parte del proceso que más le agradaba. Esa era la rutina habitual, pero… «¡Mierda!». Su primer caso como

inspector y tenía que ser diferente. Quiso imaginar cómo habrían enfocado el caso sus antiguos jefes, pero ni por esas se le ocurrió nada.

—Estoy igual que el primer día, ¡con un simple cadáver! —pronunció en voz alta.

Se imaginó siendo el hazmerreír de sus compañeros, especialmente de los envidiosos obsesionados en desprestigiarlo a toda costa. Y de esos había unos cuantos, especialmente el imbécil de Belloch. Afortunadamente el comisario Márquez era un buen tipo. Pero ¿hasta cuándo confiaría en él? ¿Y Carla? ¿Quién de sus compañeros había necesitado nunca de un especialista en arqueología y bellas artes? ¡Por Dios! Estaba convencido de que era la comidilla de la comisaría. Y, para colmo de males, sabía que sin ella no tenía nada que hacer. ¿Qué coño entendía él de esos dibujos sobre la cábala y de los masones? ¡Y del pelícano ese! ¿Por qué narices Márquez le había puesto a Carla al lado desde el primer momento? Intuición. Tal vez ser buen jefe era solo cuestión de intuición.

Se levantó, tomó el abrigo y salió dejando todos los documentos sobre la mesa, igual que los había encontrado.

12

Barcelona, 23 de marzo, 10:30 horas

Carla se encontraba en su despacho degustando el tercer café del día, el segundo de la inestable máquina de la comisaría. Llevaba ya unos días junto a ella, y no pudo menos que reconocer que sus sabores cambiantes le proporcionaban la primera emoción de la jornada. Se encontraba enganchada, como cualquier hijo de vecino lo estaría a una máquina tragaperras, al bingo o la ruleta. Había salido la noche anterior con unas amigas a las que hacía tiempo que no veía. La cena dio paso a una primera copa, y esta a una segunda en Luz de Gas, un antiguo teatro reconvertido en discoteca donde, a pesar del volumen de la música, lo importante no era bailar, sino establecer adecuadamente los movimientos rituales de apareamiento. Carla no era una asidua ni ansiaba un revolcón, y mucho menos esperaba encontrar allí al hombre de su vida, pero como esa máquina de café, el juego era el juego, y ese local poseía todos los elementos de un casino. Siendo mujer y bonita, la partida estaba ganada: docenas de moscones a los que despachar entre sorbo y sorbo.

El teléfono de su mesa sonó por primera vez. Carla lo miró como si fuera un bicho raro. Pensó que se trataría de una llamada de comprobación del servicio de mantenimiento y levantó el auricular.

—¿La señorita Ja-ne-rich? —preguntó una voz femenina con

un ímprobo esfuerzo de pronunciación.

—Soy yo —respondió con vacilación.

—Le paso una llamada.

—¿Janerich? Soy Martina Güell, la secretaria de Udrev.

—Hola, Martina, dígame.

—Tan solo le llamo para confirmarle que tanto Alma como yo podremos estar en la comisaría esta tarde, sobre las cinco.

—¡Excelente! —acertó a decir Carla—. Procuraremos tener todo preparado para el reconocimiento.

—Se lo agradeceremos. Como puede imaginar, ni ella ni yo estamos en las mejores condiciones y cuanto antes… —Comprendo, comprendo.

—Por cierto, he recordado algo que tal vez pueda ser de su interés. Seguramente será una tontería, pero…

—Dígame —instó Carla mientras se afanaba por tomar notas.

—Es sobre Overmars. Me llamó el jueves anterior al suceso para citarse con Udrev…

—¿Y nos lo dice ahora? —la interrumpió Carla—. ¿Cuándo se vieron?

—No lo sé. Tan solo me dijo que tenían que verse ese fin de semana; Overmars llegaba a Barcelona el viernes por la mañana y regresaba a Holanda el lunes.

—¿Dejó pues la cita abierta?

—Sí, así fue.

—¿Y qué más le comentó Overmars?

—Nada más…, bueno, en realidad no hablé con Overmars sino con su secretaria, y así se lo comuniqué a Udrev.

—Entiendo. ¿Y le anunció el motivo de la visita?

—Su secretaria comentó que Overmars estaba interesado en adquirir un par de piezas de Udrev, nada más. Seguramente querría ver las últimas obras y negociar un buen precio. Pero ¿no pensará que Overmars pueda tener alguna relación con lo sucedido? Era un gran admirador del maestro.

Tras finalizar la conversación, Carla se precipitó al despacho de Jan preguntándose insistentemente: «¿Es esta la primera pista?». El inspector la escuchó atónito, cerró los puños y golpeó suavemente la mesa conteniendo su rabia.

—¡Por Dios! ¿Y esa Martina lo dice ahora y como si tal cosa?

—Es razonable pensar que ha estado bajo un fuerte *shock* y olvidara ese detalle —acertó a justificar Carla.

—Prepara la reunión de esta tarde y yo me ocupo de decirle a Belloch que se trabaje a ese tal Overmars —ordenó Jan con determinación.

Aprovechó que se había quedado solo para abrir la ventana y fumarse un cigarrillo. Necesitaba reflexionar sobre si ese Overmars podría ser la piedra angular de la investigación. En realidad, ansiaba que así fuera.

Llegado el mediodía, Jan le propuso a Carla ir a una cafetería que quedaba a tres calles de la comisaría. Durante la comida no hablaron mucho. Jan quería saber más de ella, e intentó introducir un par de temas personales en la conversación, pero los excesos de la noche anterior habían dejado muda a Carla. Apenas probó bocado: una empanadilla, una cerveza y un café doble. Parecía ensimismada, aletargada como un reptil en invierno.

Cuando regresaron a la comisaría, se sentaron frente a dos grandes monitores en el Departamento de Audio y Vídeo. Enseguida pudieron constatar el gran trabajo que los técnicos habían realizado con las imágenes tomadas por Belloch y Navas. En la pantalla de la izquierda se proyectó a cámara rápida una cuidada edición de las grabaciones en el interior del templo, mientras que en el monitor de la derecha iban apareciendo imágenes fijas con el rostro de los asistentes debidamente redefinidos. Por operatividad, habían omitido a los varones que en apariencia fuesen mayores de setenta años y a las mujeres que pudieran superar los sesenta y cinco. La criba

no era definitiva, pensaban seguir trabajando en ese segundo grupo de mayor edad, pero resultaba inevitable esa preselección si querían mostrar esa misma tarde las imágenes a Alma Udrev y Martina Güell, aunque, a decir verdad, dudaban de que esas dos mujeres fueran capaces de reconocer a algún sospechoso entre tal gentío. En cualquier caso, confiaban en que, al menos, la hija del difunto viajaría a Estados Unidos con la tranquilidad de saber que la Policía estaba tomándose el crimen muy en serio.

Cuando ambas mujeres llegaron, Carla advirtió que era la hija quien llevaba del brazo a Martina, y no a la inversa. Los ojos de Alma estaban tristes y descuidados, limpios y sin asomo de maquillaje. No obstante, supo dedicar una amable sonrisa a todos los presentes. Luego tomó asiento frente a las pantallas mientras Martina se acomodaba a su lado. Las primeras imágenes provocaron que una larga lágrima recorriera la mejilla de la hija del difunto; pero solo fue una. Sin embargo, Martina lloró hasta la extenuación. Docenas de pañuelos de papel iban y venían de su bolso a lo Mary Poppins.

Al poco de iniciar la sesión, el azar quiso que apareciera el rostro de Nat Bruguer, lo que propició un indiferente comentario de Alma:

—La novia de mi padre. Tuve ocasión de hablar muchas veces con ella, y más durante estos últimos días, pero sinceramente aún no sé qué tipo de persona es. Me dijo que estaba en Ibiza cuando sucedió todo…

—¿Tiene algún derecho en la herencia de su padre? —se interesó Jan.

—El notario nos ha manifestado verbalmente que las únicas herederas somos las hijas.

Docenas de hombres y mujeres siguieron desfilando por el monitor. A los pocos minutos ambas reconocieron la imagen de Batlle, el coleccionista que a decir de Martina era un entusiasta

de Udrev pero, por contra, al artista le repelía su mera presencia. Al parecer, los comentarios que Batlle realizaba sobre la técnica y significación de las pinturas irritaban enormemente al maestro. Era capaz de hablarle a Udrev sobre los puntos de fuga y perspectivas de un cuadro aunque la obra careciera de ellos. Udrev nunca supo por qué le compraba sus obras si apenas las entendía.

—¿Le compró muchas?

—Alguna que otra, por lo general de pequeño formato. Probablemente tenga mucho dinero, pero se transformaba en un miserable cuando negociaba el precio —agregó Martina con desdén—. Regateaba una y otra vez hasta dejar a Udrev extenuado; entonces aprovechaba el momento para cerrar el trato.

—Recuerdo que mi padre se ponía de mal humor cuando Martina le anunciaba su visita, y por lo general quería que fuera ella quien lo despachara —añadió Alma.

—No obstante, usted incluyó a Batlle como una de sus amistades —objetó Jan con la mirada puesta en Martina.

—Lo incluí dentro del círculo de relaciones frecuentes, pero no pretendí calificarlo de amigo. Lamento haberle inducido a error. Y ya que hablamos de él, me viene ahora a la memoria que ese Batlle iba detrás de una escultura que no creo haber visto después de…

—¿Está segura?

—Por supuesto. Era una pieza en madera de unos veinticinco o treinta centímetros pintada en blanco y negro. Uno de esos fetiches africanos en los que Udrev estaba trabajando últimamente. Y por Dios que esa escultura se hacía ver, infundía mucho respeto.

—¿Está convencida de lo que dice? —repitió Jan.

—Absolutamente. El viernes, cuando me marché al mediodía, la pieza estaba sobre una de las mesas accesorias del estudio;

pero el lunes ya no la vi. En la posterior inspección que me solicitaron tampoco, y por tanto imagino que no pudo ser inventariada por ustedes, ¿no?

Jan se limitó a tomar unas notas con especial ímpetu.

La pantalla siguió mostrando imágenes de artistas, algún directivo de museo, críticos de arte y galeristas. Las dos mujeres identificaron a muchos, a veces con su nombre completo, la mayoría solo con su apellido o el cargo que ostentaban. Pero una imagen hizo torcer el gesto de Alma y Martina: la de un tal De Bruyn.

—Mala gente —atinó a decir Alma con la total aprobación de Martina.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Jan.

—Es un galerista belga afincado en Sitges. Recuerdo que se quedó con obra de mi padre y no la pagó —dijo Alma buscando la confirmación de Martina.

—Ese De Bruyn pretendió ejercer de marchante de Udrev, pero resultó ser un truhan… Estaba compinchado con un tal Allan Hamilton, un británico —añadió Martina.

—¿Y cómo acabó?

—Udrev recuperó algunas obras, pero no todas —confirmó la secretaria.

—Pues tendremos que investigarlo —finalizó Carla.

Las imágenes se iban sucediendo sin descanso. De vez en cuando, tras pulsar la tecla del ordenador, Carla se dirigía a la impresora, recogía la foto y la unía con un clip a la nota que acababa de tomar. Al poco apareció la imagen de Turó, a quien todos conocían.

—Un buen amigo de mi padre —expresó Alma con cariño—. Gran persona, excepto que le gustan en demasía las mujeres, y besucón hasta lo indecible. —Se sonrió.

—Precisamente era quien le abastecía de esculturas…

—No entiendo —objetó Jan—. Si Udrev era el artista, ¿qué

es lo que le suministraba Turó?

Martina les explicó que Udrev se propuso hacer una serie escultórica de fetiches africanos, pero no deseó crearlos de la nada, sino a partir de materiales que ya estuvieran investidos de la magia y el poder original, y Turó fue quien se los proporcionó. Precisamente la figura que pretendía adquirir Batlle pertenecía a esa serie.

Carla y Jan abrieron un pequeño paréntesis para ofrecer agua a sus interlocutoras y tomar algunas notas; la última del inspector rezaba: «Volver a interrogar a Turó».

—Parece que Overmars no estuvo presente en el funeral —comentó Carla.

—Al menos, no lo vimos, supusimos que estaría en Holanda —respondió Martina.

En ese instante Jan apagó la pantalla dando por finalizada la sesión.

—Que alguien quisiera acabar con la vida de mi padre es un absurdo —dijo Alma con aflicción—, pero que además lo hicieran de esa forma tan salvaje es del todo inverosímil. A cada momento pienso que fue un error. ¿Qué daño podía haberles hecho un artista?

—Comprendo —dijo Carla cariacontecida—. A todos nos sorprende lo sucedido, pero ¿hay algo que su padre pudiera haber dicho o hecho capaz de desencadenar esa tragedia? Tal vez algo que supiera y perjudicara a un tercero… Después de meditar unos instantes, Alma negó con la cabeza.

Martina pareció dudar, elevó la mirada al techo y se decidió a intervenir. Según la secretaria, Udrev había tenido algún que otro problema con ciertos marchantes o galeristas, pero por lo general las complicaciones se reducían, como en el caso de De Bruyn, a impagos de obras o discusiones sobre el mal estado en que se recibían después del transporte. Eran incidentes puntuales que se resolvían sin problemas. La única gran

contrariedad, y esa la vivió recientemente, fue con ocasión de los pedidos de unos galeristas estadounidenses: Aaron Zimmerman, George Clay y Kenneth Johnson.

—¿Cuál fue el motivo?

—Algo muy extraño —dijo Martina arrugando la nariz.

Explicó que los tres parecían haberse puesto de acuerdo en solicitarle un gran número de obras. Como era habitual, la secretaria les remitió por Internet el catálogo con los detalles de los lienzos, básicamente las medidas y la técnica empleada, adjuntando las fotografías de cada uno. Con esos dosieres, los galeristas dieron a elegir a sus clientes, hicieron el pedido y Udrev les envió las obras. Se trataba pues de una venta en firme.

—Entonces, ¿los galeristas se quedaron con el dinero? —preguntó Jan.

—Ese no fue el problema, lo llamativo es que llegamos a enviarles doce obras bajo pedido, y solo se quedaron cuatro; nos devolvieron el resto aduciendo que el cliente ya no las quería.

—¿Por algún motivo especial?

—Tonterías tales como que no eran del tamaño anunciado, que si los colores no se ajustaban a la realidad… ¡Pero si la ficha que enviábamos era completa y correcta! ¡Y las fotos eran en alta definición y tomando el módulo blanco habitual para que no se desvíe el color! —defendió Martina moviendo con agitación sus ojos azules—. Udrev se alarmó mucho, convencido de que estarían haciendo algún tipo de reproducción ilegítima, y llegó a contratar un abogado en Estados Unidos.

—¿Cómo terminó el asunto?

—Pagaron religiosamente las cuatro obras, devolvieron el resto y, evidentemente, asumieron los portes de ida y vuelta. El abogado supervisó todo el proceso de devolución y aseguró que

no se habían realizado reproducciones. Algo muy extraño y que nunca entendimos —subrayó.

—Desearía que nos confeccionara una relación de los coleccionistas o galeristas que adquirieron obras de Udrev, especialmente de esa última serie de esculturas —le solicitó Carla a Martina—. Tiene registro de las facturas, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió Martina.

Alma hacía ya un rato que consultaba discretamente su reloj. Carla reparó en ello y miró a Jan hasta que este golpeó la mesa con suavidad y se levantó con las notas en la mano. Alma se movió con extrema delicadeza y lentitud, y ya en pie interrogó con la mirada a Martina, con un gesto que podía interpretarse como: «¿Algún otro detalle que comentar a los policías?». Martina negó con la cabeza y encogió levemente los hombros. Los cuatro se dieron educadamente la mano y se despidieron.

—Ojalá todo esto tenga una explicación —dijo Alma desde la puerta con un hilo de voz que por primera vez dejó traslucir temor y fragilidad—. Seguro que debió tratarse de un error, pero ¿quién me puede asegurar que no sea yo la siguiente de la lista?

Los policías adoptaron una artificial mueca de despreocupación con la que pretendieron tranquilizar a Alma, pero se vieron obligados a considerar esa posibilidad: «¿Y si el asesinato de Udrev debía ser interpretado como un acto de venganza contra su hija?», reflexionó Jan. «¿Ha sido Alma la que ha desencadenado el asesinato de su padre?», se preguntó Carla.

En cuanto cruzaron el umbral, Jan expresó en voz alta su primera urgencia:

—Hazme un favor y recuérdale a Belloch que tenemos pendiente de confirmar si esa Nat estaba en Ibiza.

13

Barcelona, 24 de marzo, 11:20 horas

Belloch enfiló el pasillo que conducía al despacho de Jan, frenó sus pasos ante el cubículo de Carla y golpeó con los nudillos uno de los armarios metálicos.

—¡Dentro de diez segundos en el despacho de Balasch! —vociferó con ínfulas de comisario jefe.

Carla se levantó como un resorte y fue tras Belloch, que llamó a la puerta del inspector y entró sin esperar respuesta. Jan lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Qué sucede?

—Es sobre Overmars… —musitó Belloch.

—¿Ya tenemos noticias? No sabía que los de Interpol fueran tan rápidos —comentó con ironía.

—Ha sido fácil, ellos también lo están investigando.

—¿Homicidio? ¿Robo?

—Nada de eso —negó Belloch con la cabeza—. Por blanqueo de capitales.

—¿Blanqueo? —exclamó Jan con sorpresa.

—Eso indican, pero no está fichado, al menos de momento. Las pesquisas se centran en un tal Van der Veen, un magnate de ese país a quien ese Overmars pudiere haberle vendido algunas obras de arte sospechosas.

—¿Robadas?

—El informe no dice nada del origen de las obras, se

cuestiona la forma de pago, probablemente hubo dinero negro de por medio, incluso tal vez se pagara parte en algún paraíso fiscal. —¿Se dice qué cuadros eran? —terció Carla.

—Uno de un tal Willem de Kooning y el otro de Pollock —leyó Belloch con harta dificultad.

Jan miró a Carla con la cara de un niño que solo se sabe la lección a medias. Ella le respondió con una mueca con la que quiso darle a entender su extraordinario valor.

—¿Alguna obra de Udrev?

—Ninguna.

—¿Y respecto a lo que nos atañe? —preguntó Jan.

—Hemos hablado con Overmars. Estaba en Holanda y no sabía nada de la muerte de Udrev.

—¿Y qué iba a decir? ¿Que lo mató él? —preguntó Jan con sorna.

—Negó haber llamado a Udrev, al menos desde el pasado mes. Y lo más importante: no tiene secretaria.

—¡Joder! —exclamó Jan—. Entonces, ¿quién coño habló con Martina para anunciarle la llegada de Overmars a Barcelona? ¡Eso no es posible!

—Pues me temo que dice la verdad. Interpol tiene registradas todas las llamadas de Overmars, tanto del teléfono fijo como de su móvil, y no hay ninguna realizada a Udrev. Es más, no estableció ninguna comunicación con España en los diez días anteriores al asesinato.

—¿Tal vez llamara desde otro número?

—Overmars no se movió de su casa en Haarlem, cerca de Ámsterdam, en los cinco días previos al asesinato de Udrev, y el teléfono desde donde se efectúo la llamada a Udrev ha sido localizado en la ciudad de Groninga, al norte del país. —¿Y a quién corresponde ese número?

—Es un teléfono público.

—¡Joder, joder! ¿Qué cojones está pasando? De acuerdo,

Belloch —dijo Jan con resignación—, abandona por el momento esa línea de investigación y céntrate en la novia de la víctima. —Ya he hecho las comprobaciones: Nat Bruguer estaba en Ibiza el día del asesinato.

—O sea, que tiene coartada. —Se hospedó en un hotel de lujo en la ciudad de Ibiza,

acompañada de un hombre.

—¡Coño, no me jodas que le ponía los cuernos a Udrev! —Diría que sí; ella hizo la reserva, pero fue él quien

pagó con la tarjeta de crédito.

—¿Sabes el nombre de su amante?

—Un tal Batlle… —¿Pere Batlle? —preguntó Jan mientras revolvía las

notas que tenía sobre la mesa.

—Así es.

—¡Hay que joderse! Está bien, Belloch, buen trabajo. El agente abandonó el despacho con muestras de complacencia, pero Jan se levantó de repente y fue tras sus pasos.

—¡Belloch! —le gritó en el pasillo. —¿Qué sucede? —le preguntó el agente desde el otro

extremo.

—¿Por qué Groninga? —Creo que no te entiendo —acertó a decir Belloch

mientras se acercaba al inspector. —Consulta con Interpol, habla con el propio Overmars si es necesario y pregúntale discretamente si tiene algo en esa ciudad, una segunda residencia, una galería, no sé, cualquier cosa que lo relacione con ella. Jan volvió a entrar en su despacho y Carla se sentó frente a él.

—Hay que reconocer que ha hecho un buen trabajo —comentó ella—. Habrá que informar a Márquez…

—No te preocupes por eso —la interrumpió—, puedes imaginar que Márquez ya debe estar al corriente de todo. Menudo es Belloch para ponerse medallas…

—¿Qué quieres que escriba en el informe? —preguntó Carla.

—Que en breve citaremos a Nat y a Batlle.

—¿Y de Overmars? Algo tendremos que decir. Jan tomó un papel y empezó a garabatear nombres y fechas. Carla lo vio tan abstraído que decidió abandonar el despacho. Empezaba a conocer a Jan, y era consciente de que estaba de más.

14

Barcelona, 24 de marzo, 15:00 horas

Esa tarde, al entrar en el despacho, Jan encontró sobre su mesa el informe de la declaración del conserje y de los vecinos del edificio. Tras dejar el abrigo en un respaldo, lo leyó con atención. Tal y como el portero le advirtió, las cámaras de vídeo no estaban operativas por decisión de la comunidad de propietarios; un acuerdo tomado seis meses antes, por lo que difícilmente podía ponerse en relación con el asesinato. Para colmo de males, ningún vecino se había cruzado en la escalera con extraños durante aquel fin de semana. Y en lo tocante a los ruidos que necesariamente debieron producirse cuando crucificaron a Udrev, solo el vecino que vivía dos plantas más arriba manifestó haber oído golpes; algo que por desgracia venía siendo habitual, pues en el local que quedaba bajo la vivienda del artista estaban realizando obras de rehabilitación. Según dijo, estuvo tentado de bajar a la calle para llamar la atención a los operarios —dado que era un día festivo—, pero a los cinco minutos cesaron los porrazos y desistió. Recordaba que los golpes se produjeron entre las doce y la una del mediodía del domingo, la misma hora que la establecida por el forense. El resto de los vecinos no oyeron nada: o habían salido a comer o decidieron marcharse de Barcelona el fin de semana. Jan maldijo su mala suerte, una vez más. O bien los asesinos habían considerado todas las circunstancias, o estas les

resultaron favorables. Seguía siendo un misterio la forma en que pudieron acceder a la casa de Udrev sin forzar puertas ni ventanas.

Al poco entró Belloch. Lo miró con una expresión que venía a decir «Tengo malas noticias y te vas a joder».

—Es sobre Overmars —empezó el agente al tiempo que Carla se incorporaba a la conversación.

—¿Y?

—Ni una sola conexión entre la ciudad de Groninga y este coleccionista.

—¿Nada? —preguntó Jan con desaliento.

—Dicho por el propio Overmars y confirmado por la Interpol: ninguna propiedad, ninguna segunda residencia ni alquiler, ningún negocio, ni tampoco familiar o amante. Nada de nada.

—Difícil nos lo ponen, ¿verdad? —masculló Jan mirando a ambos.

Belloch se limitó a asentir mientras dejaba sobre la mesa una carpeta con la transcripción de la conversación que había mantenido con Overmars, las copias de los correos electrónicos cruzados con Interpol y varias notas de los registros de propiedad de Groninga. Jan ni las miró. Belloch se despidió recordándoles que las declaraciones de Nat Bruguer y Pere Batlle estaban previstas para el día siguiente. En cuanto los pasos de Belloch se perdieron por el pasillo, Jan le preguntó a Carla:

—¿Qué opinas?

—Que nos quedamos sin sospechoso. —Hay algo que aún me desconcierta más.

—¿Qué?

—Era un gran sospechoso. Lo tenía todo para ser nuestro

mejor candidato, lo cual me lleva a pensar que muy probablemente no es una casualidad.

—Agradeceré que te expliques mejor.

—Sí, claro —se disculpó Jan mientras abría un expediente y releía sus notas personales.

Sacó un cigarrillo pero no lo encendió. Jugueteó con él entre las manos e inspiró profundamente antes de plantear sus conclusiones: el coleccionista Overmars no estaba vinculado con el asesinato de Udrev, pero quien acabó con su vida sí conocía directa o indirectamente a Overmars. Sabía pues de sus relaciones con Udrev y también de los problemas de Overmars con la justicia de su país. Resultaba fácil prever que si lo condenaban por delito económico, entraría en la cárcel, y, por tanto, conseguirían aislarlo, lo cual le hubiera dificultado tremendamente su defensa en el caso Udrev. Incluso podría haber entrado en prisión sin fianza antes del juicio. Había sido elegido como cabeza de turco para desviar la atención de la Policía.

—Entonces, ¿crees que la llamada telefónica desde Groninga forma parte del complot? —preguntó Carla.

—Eso pienso. El asesino precisaba concertar una entrevista con Udrev, y qué mejor que reflejar en la pantalla del teléfono de Martina un prefijo de Holanda para hacerle creer que estaba hablando con alguien del entorno de Overmars. Un segundo detalle es que llamara en su nombre una falsa secretaria. De ese modo, al tiempo que conseguían la entrevista lo estaban inculpando.

—Y por esa razón Udrev les abrió desde el interfono con total confianza, y luego les franqueó sin más el paso a su domicilio —concluyó Carla.

—Así es, el asesino se hizo pasar por Overmars, ni más ni menos —estableció Jan.

—Un plan muy perverso, pero ¿dónde buscamos? Jan rompió

el cigarrillo, se restregó los ojos y se sumió en uno de sus tradicionales silencios. Necesitaba confirmar su teoría.

—Lamento interrumpirte en las reflexiones —se excusó Carla mirando su reloj de pulsera—, pero en menos de media hora tenemos la segunda entrevista con el señor Turó.

—¡Mierda! —exclamó Jan mientras se incorporaba de la silla.

Jan y Carla salieron de la comisaría con paso rápido hacia el domicilio de Turó. Se levantó un fuerte viento, Carla rebuscó en los bolsillos de su abrigo un coletero con el que despejarse la frente. El paseo les sirvió para redefinir la magnitud que estaba tomando el caso. Hasta ese momento, si descartaban el robo, el crimen ritual de Udrev solo podía explicarse como un acto de venganza llevado a cabo por un demente y sus acólitos; un asesinato ritual complejo, pero tan fanático como impulsivo. Sin embargo, ahora esa llamada desde Groninga dejaba al descubierto un plan mucho más elaborado; y eso, forzosamente, cambiaba el rumbo de la investigación.

15

Barcelona, 24 de marzo, 18:00 horas

Turó los recibió con una amplia sonrisa y la misma chaqueta de Armani de la última vez. Se mostró complacido de recibirlos de nuevo. Le gustaba ser escuchado y, además, sabía atraer la atención de sus oyentes. —¿Tienen alguna novedad sobre mi amigo Udrev?

—Por el momento, solo conjeturas —afirmó Jan—. Puede imaginarse que en un crimen de esas características los avances son lentos, y cada extremo debemos confirmarlo por activa y por pasiva.

—Entiendo. Pero alguna teoría tendrán rondándoles la cabeza… ¿Un móvil? ¿Un culpable? —intentó sonsacarles Turó.

—Estamos trabajando con varias líneas de investigación y debemos mantener ciertas reservas —se excusó Carla.

—Entonces, ustedes dirán —añadió ofreciendo el sofá a los policías.

—Quisiéramos anticiparle que tal vez las preguntas que le hagamos puedan parecer un tanto extrañas extraídas de su contexto, pero le rogamos su máxima colaboración —le dijo Carla.

Turó los miró con cierta intranquilidad, quizá temiendo que pudiera estar en la lista provisional de sospechosos.

—En nuestra primera reunión —introdujo Jan con tiento— nos habló de la preocupación de Udrev por la cábala y todo eso

relacionado con el esoterismo…

—¿Van por ahí sus preguntas? —dijo Turó con alivio—. Bien, yo no diría que el tema le preocupara en exceso. Tal vez a mí sí, pero no a él.

—Entonces, ¿por qué Udrev sabía tanto de todo eso?

—Ya les dije que tenía una sensibilidad y una intuición especiales, y sobre todo una curiosidad inmensa por el saber.

—¿Le consta que tuviera relaciones con grupos o sectas que practiquen esas ciencias?

—No, nunca me habló de ello —respondió Turó con extrañeza—. Pero ¿por qué me preguntan por esos temas?

—Como imaginará, hay muchos aspectos del caso que no podemos revelar, pero varios detalles apuntan en esa dirección.

—Me dejan atónito —acertó a decir Turó—. No sé qué relación pueda tener su muerte con todo eso. Ya les he dicho que Udrev tenía un enorme afán por aprender cualquier cosa relacionada con la espiritualidad del hombre, y eso incluye la religión, la magia, el esoterismo o la antropología…, pero nunca me dio a entender que pudiera practicar…, en fin, hasta dudo que conociera su carta astral…

Carla, que estaba simultáneamente releyendo sus notas sobre los dibujos hallados sobre el cuerpo del artista, decidió interrumpirlo:

—¿Mostraba algún interés especial por los templarios, el santo grial o los masones?

—Sí, claro que le interesaban, pero no eran ninguna obsesión. Tan pronto hablábamos del santo grial como de los rituales de los tsogo o de los dogón.

—¿Tsogo? ¿Dogón? —preguntó Jan.

—Tribus africanas —contestó Turó con suficiencia.

—¿Qué tipo de rituales?

—De purificación, de iniciación, de la conexión con los antepasados y también del poder de los fetiches. Precisamente

sobre ello versaron nuestras últimas conversaciones.

—Adelante, por favor —lo animó Carla al recordar que Martina les había hablado de esculturas inspiradas en fetiches.

—Verán, Udrev se propuso hacer una serie escultórica para una nueva exposición. La quería titular «La magia o el eterno mensaje». Bueno, ese fue uno de tantos títulos que barajó, pero desconozco si fue el definitivo. Empezó a tallar alguna escultura en bloques de madera que acababa de comprar, pero al poco me llamó por teléfono para decirme que no podía seguir trabajando con maderas que no le hablasen…; quería trabajar sobre piezas ya utilizadas en la Antigüedad, y por tanto investidas de todo su poder y magia original. —Algo nos explicó su secretaria, pero no acabo de entenderlo —terció Jan —. Si las piezas ya existían, entonces ¿qué pretendía Udrev?

—Está claro que todavía no conocen la obra de Udrev —dijo Turó con cierto reproche.

Les hizo saber que Udrev pretendía que sus esculturas contemporáneas pudieran rivalizar en potencia y expresión con los primitivos modelos de África. Por esa razón necesitaba originales que poder modificar, seccionar y manipular; solo así podía expresar lo que atesoraba su mente. Udrev, además de aunar arte y antropología, disfrutaba también de una enorme capacidad de síntesis; la necesaria para alcanzar a plasmar el significado oculto que escondía la estatuaria primitiva africana.

—Entiendo —dijo Carla con un interés que Jan no parecía compartir.

—Udrev me explicó las teorías filosóficas que quería transmitir en sus obras.

Se animó a hablarles del filósofo Derrida, de la descomposición de la estructura del lenguaje y de las diferentes significaciones de un texto. Turó opinaba que Udrev estaba haciendo lo mismo que Derrida, pero con los volúmenes y las formas.

—Se oponía al logocentrismo porque nos impide apreciar la historia desde otro punto de vista que no sea el nuestro. Udrev pretendía combatir, como Derrida, nuestra incapacidad para percibir hechos o ideas expresadas en lenguas y culturas diferentes a la occidental. Esa era la razón por la que necesitaba deconstruir, quería descomponer la estructura para dar valor propio a los símbolos y significados; una obra que resultara indesligable del exterior, es decir, de la creencia que da lugar a ella.

—Un proceso creativo extraordinario —reconoció Carla embelesada.

Hacía rato que el inspector había desconectado, pero no se atrevió a interrumpir a Turó, convencido de que en cualquier momento se haría la luz, y que ese hombre acabaría por ofrecerles una pista que les allanara el camino. Turó reparó en el semblante disipado de Jan y estableció un breve paréntesis, el justo para sacar un paquete de cigarrillos de su americana, ofrecérselo a los policías —que rehusaron con afabilidad— y encenderse uno.

—Comprendo que cuanto digo no es fácil de asimilar —se disculpó Turó—. A mí, a pesar de estar al tanto de los secretos de Udrev, me costó mucho tiempo entenderlo.

—¿A qué secretos se refiere? —le preguntó Jan.

—A los significados de su obra —respondió Turó con toda naturalidad, exhalando el humo—. Como pueden entender, y por razón de mi especialidad, estoy al tanto de esos simbolismos, al menos de algunos.

—¿Como cuáles? —incidió Jan presuponiendo que había llegado el momento de sacar algo en claro.

Turó se dirigió ufano a una de las esquinas de la estancia y se detuvo ante una gran máscara de madera.

—Esta es una pieza de los fang, una *ngil* —dijo pasando repetidamente su mano sobre la frente de madera, como si

quisiera lustrarla.

No sin cierta vanidad, les reveló que cuando Udrev trabajaba con una máscara similar no era por mero capricho, sino porque estas *ngil* eran las empleadas por las sociedades secretas de los fang para descubrir, juzgar y anular el poder de los brujos que habían abandonado la magia blanca en pos del lado oscuro, de la magia negra. Algo parecido ocurría cuando Udrev trabajaba un *byeri* de esa misma tribu. Esas esculturas, en tanto personificaban a los guardianes de reliquias, eran utilizadas por el artista para conectar los dos mundos, el material y el espiritual, el de los vivos y el de los muertos. Turó remató su intervención señalando que cuando Udrev amordazaba y ataba con cadenas y cuerdas ciertos fetiches, lo hacía para impedir que pudieran desatar su ira, para tratar de sujetar su poder. Así pues su obra estaba repleta de guiños que muy pocos, solo especialistas o expertos coleccionistas, podían entender.

—Y usted era el único que le facilitaba esas figuras y fetiches —quiso reconfirmar Jan.

—Así me lo dio a entender, y les aseguro que no era empresa fácil. El nivel de exigencia de Udrev era tal que no se contentaba con cualquier cosa. Quería fetiches antiguos, o al menos usados durante largo tiempo, y, por supuesto, que gozaran de cánones perfectos. ¡Pero esos ejemplares, amigos míos, valen una fortuna! —exclamó enérgicamente—. Es por eso por lo que me vi inmerso en la complicada tarea de encontrar piezas que fueran lo suficientemente buenas para él y al mismo tiempo económicas para poderlas manipular sin cometer un sacrilegio.

—¿Y qué tipo de piezas le suministró?

—La mayor parte eran *byeris* de los fang y algunos fetiches kongo y songye. Sin duda, Udrev había centrado su atención, y no por casualidad, en las artes posiblemente más admiradas y deseadas de África, las que mayor poder espiritual irradian. Por

cierto…

Turó se dirigió con gran ceremonia al mismo mueble estilo Imperio del que la vez anterior sacó el extraño anillo. Volvió junto a ellos con una pequeña figura humana de madera. Toda ella mostraba una extraña tensión; tenía los ojos abiertos, como si estuviera en alerta, y su frente estaba decorada con plumas exóticas donde predominaban los azules y verdes esmeraldas. En uno de los brazos portaba una lanza en actitud amenazante, y en el abdomen tenía encastrado un viejo y desgastado espejo cuadrado de no más de tres centímetros de lado. Turó la posó sobre la mesa y se sentó en su sillón.

—Este es un fetiche kongo, similar a los que les hablaba. ¡Una joya!

—¡Realmente da miedo! —exclamó Jan—. ¿Qué valor puede tener en el mercado?

—En épocas difíciles como la que vivimos, entre los veinticinco y treinta mil euros. En los momentos de más euforia, el doble.

—Eso es mucho dinero…

—Tiene una *provenance* extraordinaria, no es la mejor del mundo, pero extraordinaria en cualquier caso —quiso justificar el marchante.

Tal vez arrepentido de haber dado a los policías el precio de su tesoro, Turó tomó de nuevo el fetiche con suma delicadeza, volvió al armario y lo depositó a buen recaudo.

—¿Y por qué ese espejo en el estómago? —preguntó Carla hipnotizada.

—Es donde se guarda la carga mágica, ahí es donde reside toda su potencia, en el abdomen —resolvió Turó con énfasis.

El marchante les explicó que los espejos son las superficies donde se refleja el otro mundo, el ojo a través del cual las divinidades pueden ver nuestra naturaleza terrenal, y donde los iniciados, habitualmente bajo el efecto de poderosas drogas, se

contemplan desnudos e inertes para explorar su otro yo. Para Udrev tenían también una significación ambivalente: estar en el mundo material o espiritual dependía exclusivamente de nuestra posición respecto al objeto.

—Pero ¿en qué consiste la carga mágica? —preguntó Carla.

Turó esbozó una tenue sonrisa, se acarició las comisuras de los labios y, con gran ceremonia, les hizo saber que esa carga mágica por lo general no es otra cosa que simples retales de ropa o mechones de pelo, objetos vulgares que los rituales secretos convertían en reliquias sagradas; así se transformaban en seres animados, en el espíritu de algo o de alguien. Ahí reside su fuerza. A los kongo, la combinación de esas reliquias y el espejo les permitía repeler las fuerzas diabólicas, o provocar el más terrible de los daños a quien se viera reflejado en él. De nuevo, la ambivalencia. Los teke guardaban la carga mágica tras un sencillo empaste de arcilla, y los songye, bajo el cuerno que se incrusta en la cabeza del fetiche, normalmente de algún pequeño antílope.

—Realmente fascinante —no pudo menos que expresar Carla.

—Por desgracia, ese fue mi último trabajo para Udrev —resumió Turó con gesto triste—. Estuve buscando aquí y allá hasta dar con las piezas que me había solicitado, e incluso me dediqué a restaurar algunas. Recuerdo, precisamente, que uno de los kongo que le proporcioné tenía el espejo despegado. Me ofrecí a recolocarlo en el abdomen, pero Udrev no quiso. Me pidió que se lo pusiera en una cajita de cartón, junto al botecito que contenía las resinas naturales que usan los indígenas para engarzarlo. —¿Y eso? —preguntó Jan con gesto extraño.

—Porque imagino que todavía tenía que manipular la pieza, supongo que seccionarla, trabajarla o pintarla, vaya usted a saber. En definitiva, corría más riesgo de romperse montada que por separado; por eso quiso encargarse personalmente de

hacerlo. También mencionó que quería aprovechar la oquedad de esas cargas mágicas para introducir notas.

—¿Notas? ¿De qué tipo? —preguntó Jan con inusitada emoción, como si le hubieran despertado de un extraño letargo.

—Ni idea —se sinceró Turó—, pero una vez rechazó uno de los fetiches que le ofrecí porque el orificio le resultaba pequeño para su legado artístico. No sé a qué se referiría…

—¿Alguna intuición? —insistió Jan.

—Ninguna, Udrev era capaz de todo.

—¿Con cuántas obras contaba esa serie de esculturas? —preguntó Carla.

—Creo que siete, tal vez ocho —dijo Turó tras cerrar los ojos—. Pero la cantidad no es lo importante, sino la calidad —los reprendió—. Udrev era un auténtico artista, y no como esos que enlatan una mierda y dicen que es arte; perdón por lo de mierda.

A decir de Turó, no había duda de que Udrev hubiera podido limitarse a pintar sobre un lienzo ese u otro fetiche mediante técnicas más convencionales, o esculpir su obra sobre materiales modernos, pero se habría traicionado, habría caído en la trampa del logocentrismo. Precisamente para evitarlo decidió valerse de esos materiales antiguos con los que transportarnos al pasado, una forma con la que adormecer nuestra conciencia platónico-hegeliana y ofrecernos la visión de la naturaleza humana desde una óptica diferente, desde ese otro lado, sin la contaminación que impregna nuestro pensamiento y sociedad.

—Es ahí donde Udrev nos desnuda sin distinguir colores ni credos —concluyó el marchante.

—Simplemente maravilloso —concluyó Carla.

Jan se levantó súbitamente del sofá. Carla lo miró con sorpresa, e incluso con desagrado, pero reprimió cualquier comentario; por su semblante intuyó que ya no aguantaba más

tiempo ahí. Tal vez, vista la ansiedad que desprendían sus ojos, había llegado a alguna conclusión que deseaba corroborar. Carla se situó junto a él. Turó abandonó perezosamente el sillón. —Probablemente tengan muchas otras ocupaciones —musitó Turó—, pero si me lo permiten les desearía comentar una última anécdota. No les robaré más tiempo, se lo prometo.

—Usted dirá —repuso Jan con pocas ganas.

—No hace muchos años Udrev se enamoró de una obra de arte hindú. Era una pieza de mármol del siglo XIII, una representación de la diosa Parvati, la esposa de Shiva y madre de Ganesha —aclaró con la misma naturalidad que si estuviera presentando a su familia—. La pieza era hermosa, rezumaba espiritualidad: *Om nritya ganapataye namaha* —pronunció con la entonación de un mantra—; pero lo que enamoró a Udrev no fue la pieza en sí. Le entusiasmó la particularidad de que en la frente de la diosa alguien, probablemente un monje, siglos después, le había incrustado de forma poco ortodoxa una *moonstone*…

—¿Una piedra lunar? —tradujo Jan con extrañeza.

—O claro de luna —ilustró Carla.

—En efecto, un claro de luna manchado de rojo —asintió Turó—, igual que ese *bindi* que lucen en la frente algunas mujeres de la India: símbolo de la diosa Parvati, de la energía femenina y el tercer ojo del alma que nos permite ver cosas que otros no pueden ver.

—Sé a lo que se refiere —apuntó Jan con cierta complacencia.

—Pues lo más relevante para Udrev no era poseerla por el mero placer de gozar de su visión, sino para estudiarla y descubrir la razón por la que en un momento de la historia alguien decidió incrustar esa piedra. ¿Cuál fue el cambio religioso que llevó a un desconocido a trasmutar la personalidad de Parvati? Ese era el verdadero Udrev. —¿Y lo

llegó a descubrir? —preguntó Carla.

—Tampoco lo sé —reconoció Turó—. Aunque probablemente ahora sí lo sepa —añadió señalando a lo alto con el índice.

—Ha sido un placer volver a conversar con usted —se despidió Carla mientras le tendía la mano.

—Deseo sinceramente haberles sido de ayuda —añadió Turó estrechando la mano de Jan. En cuanto bajaron a la calle y se ciñeron los abrigos, caminaron uno junto a otro en silencio durante unos cuantos metros. Carla se animó a preguntar:

—¿Alguna idea?

—Nada en concreto. ¿Y tú?

—Que Turó profesaba una gran devoción por Udrev, lo cual lo deja al margen del caso.

—Salvo que sea un gran actor —matizó Jan.

—¿Dudas de él? —exclamó con la misma porción de asombro que de contrariedad.

—No, no dudo de Turó, pero soy poco aficionado a los descartes —sentenció el inspector.

—¿Volvemos a comisaría?

—No, ya hemos tenido bastante por hoy —dijo Jan mirando el reloj y dedicándole una amable sonrisa.

El viento seguía soplando con fuerza. Carla se subió la solapa del abrigo al tiempo que se quitaba el coletero. Poco antes de despedirse, y con los mechones ocultando su rostro, musitó con timidez:

—Creo que me he enamorado.

—¿De Turó? —Se sonrió Jan.

—¡No! —respondió con una fuerte risotada.

—¿Entonces?

—De Udrev.

—Llegas un poco tarde, ¿no te parece? —dijo con otra carcajada.

—Es que todo lo que cuentan de él está envuelto en misterio,

misticismo, pasión…, no sé bien cómo definirlo. Resulta tan atrayente… —No creo que Nat piense lo mismo.

—Mucho me temo que esa mujer nunca se enamoró del artista. Vislumbro que todo lo que deseaba era notoriedad, y muy probablemente también su dinero.

16

Barcelona, 25 de marzo, 10:45 horas

El comisario Márquez entró en el despacho del inspector Balasch como un elefante en una cacharrería. Era su estilo habitual, tan grotesco como deliberado. Sabía bien que adornando su estatura y volumen con esa gesticulación descoordinada conseguía achantar a cualquiera. Las buenas lenguas decían que pesaría unos ciento veinte kilos; las malas, ciento cincuenta.

—Los del juzgado nos están reclamando un informe

—dijo Márquez con las dos manos abiertas, las palmas hacia arriba y los ojos como platos.

—Ya lo imagino —respondió Balasch—. Pero ¿qué quieres que diga? ¿Que no tenemos nada? ¿Que lo de Overmars es humo?

Márquez se sentó con gesto cansino. Hablaron de nuevo sobre Overmars —nada que el jefe no supiera—, también de Turó y de algunos de los personajes que Alma Udrev y Martina Güell habían identificado. El panorama era desolador.

—Sé que estás trabajando mucho, pero necesitamos algún resultado —exigió Márquez.

—Lo sé, pero no puedo inventarme una historia a gusto del fiscal. ¿Para qué? ¿Para que más tarde, en fase de instrucción, nos digan que lo hemos hecho mal? ¿Para que en el juicio aparezca un abogado del montón y nos desmonte los informes?

Dentro de unos minutos tomaré declaración a Nat Bruguer y Pere Batlle, y dudo mucho que saque algo más que una entretenida historia de cuernos…

—Lo imagino —apostilló Márquez.

—Y mi intuición me dice —continuó Jan— que, salvo que ese par de tortolitos resulten ser de una secta satánica, la resolución del asunto nos va a caer un poco más lejos.

—¿A qué te refieres?

—A la luz de la llamada de Groninga, mucho me temo que esta trama no termine en nuestras fronteras. Se nos están escapando muchas cosas, demasiadas. Ojalá hubieran matado a Udrev de un navajazo en una calle del Raval, pero esas malditas estampas del demonio…; esa firma no coincide con ninguna mafia o secta conocida, y sin embargo ahí está, apuntando a alguien que debe sentirse muy seguro, convencido de que nunca daremos con él. ¿Y la sangre? ¿Quién en su sano juicio anestesia a su víctima para sacarle la sangre y luego crucificarlo? Y si hablamos de vampiros, ¿qué mierda de vampiro termina por crucificar a su víctima? Nada tiene pies ni cabeza…

—¿Y tu chica, Carla? —sondeó Márquez tratando de cambiar de tema ante el pesimismo de Jan.

—Que vale —se limitó a decir.

—Viniendo de ti, es un cumplido. —Sonrió el jefe.

—Vale, pero para el arte —puntualizó Jan.

—No seas injusto con ella, sus informes son extraordinariamente minuciosos…

—Está bien, reconozco que fue un acierto —se sinceró Jan tras devolverle la sonrisa—. Es competente, pero no es policía como tú o como yo…

—Nadie lo pretende —lo interrumpió Márquez—. Su función es otra.

—Lo sé, pero hasta que no vea la luz en este asunto, poco

quiero entender de arte.

—¿Encargo a Belloch el informe judicial y tú te dedicas a hacer cantar a esos tortolitos? —le ofreció Márquez con gesto afable.

—Te lo agradeceré, una consideración por tu parte —dijo Jan tras un largo suspiro.

—Por cierto, procura que la declaración de esa pareja sea informal…, ya sabes, al estilo de testigos voluntarios: sin transcripción ni grabación, tampoco abogado.

—¿Y si exigen asistencia letrada?

—Pues los citas otro día, y entonces cumpliremos con todas las formalidades, incluida la grabación y el envío de la transcripción al juzgado. Ellos verán lo que prefieren.

Carla apareció súbitamente, como si hubiera presentido que había sido objeto de conversación, y les anunció que Nat Bruguer y Pere Batlle aguardaban en la sala de espera.

Márquez les dedicó una expresión con la que parecía desearles suerte y se marchó a su despacho con los mismos movimientos desordenados con los que había entrado.

—¿Quieres que esté presente en la declaración? —preguntó Carla con tiento.

—Sí, por supuesto.

—Imagino que los escucharemos por separado. ¿Con quién prefieres hablar primero?

—Con Nat Bruguer —contestó Jan con rotundidad.

—¿Seguro? Tal vez sería mejor empezar con Batlle…

—¿Por alguna razón especial?

—Bueno…, ya se sabe que en eso de amores, desamores y cuernos los hombres son más tontorrones —alegó la agente con una maliciosa sonrisa.

—No me cabe duda, pero en este caso estoy convencido de que es mejor empezar por la mujer. Creo que es ella la que domina la situación.

ϒ

Nat Bruguer entró en el despacho de Jan con la mirada perdida, probablemente una expresión ensayada. Era delgada, rubia y con el pelo recogido en una coleta de colegiala. Ese detalle la hacía mucho más joven, y ella lo sabía. No había ningún rasgo que la definiera como guapa, pero era atractiva, y más con ese tenue bronceado que lucía. En cuanto le estrechó la mano, Jan le musitó su condolencia. Pensó que eso era lo correcto, ya fuera novia, pareja o amante. Nat respondió con un gesto lacónico y atormentado; sin duda, igualmente ensayado. En cuanto se sentó, Carla se acomodó a su lado a fin de crear un clima de confianza.

Nat vivía en una casa de la ciudad, heredada de sus padres. También por herencia era propietaria de dos pisos que tenía arrendados y le proporcionaban unos ingresos mensuales con los que vivir sin apuros.

La conversación saltó de pregunta en respuesta a una gran velocidad. Era evidente que Jan sabía hacerlo. Cada tres o cuatro preguntas, volvía a repetir alguna anterior, a fin de intentar pillarla en algún renuncio. Pero Nat no cayó en ninguna incoherencia. Jan se interesó por el carácter de Udrev, su forma de pensar, sus amistades y, por supuesto, cualquier posible enemigo. Nat contestó con más o menos detalles, pero no aportó nada nuevo. Su relación con Udrev era, tal y como había vaticinado Carla, un *living apart together*. Lo había admirado profundamente, e incluso llegó a amarlo a su manera, aunque según manifestó nunca pasó a más. Su mayor logro fue conseguir adaptarse a los bohemios horarios del artista. Udrev era un hombre fácil de tratar, pero de difícil convivencia. En cualquier momento se arrancaba a pintar, y ya nadie lo podía separar del lienzo hasta que consideraba finalizada la obra. Se olvidaba de su entorno, e incluso de sí

mismo. No comía, no cenaba y, si era preciso, tampoco dormía.

Carla intervino para preguntar sobre la relación de Nat con las hijas del difunto, y ahí pudieron percibir que no todo era tan idílico. Se tenían aprecio, pero eran rivales, y no solo por pueriles celos emocionales, también habían competido por intereses materiales. Nat trató de disimular, pero acabó por reconocer que había ansiado ser depositaria de las obras del artista, e incluso aspiró a una porción de la herencia, aunque nunca pasó de un simple anhelo. Les aseguró que fue el propio Udrev quien tiempo atrás le hizo ver que todo se lo reservaba a sus hijas. Así las cosas, a lo máximo que ambicionaba era a poseer alguna escultura que guardaba en su estudio; tal vez ese sería todo el legado que recibiría. Destilaba una leve amargura por no convertirse siquiera en titular de los derechos de reproducción de la obra de Udrev; algo que le hubiera permitido nadar en la abundancia de por vida.

Jan reservó para el final la tanda de preguntas sobre su vínculo con Batlle. Ella negó cualquier relación que no fuera la simple amistad, pero enrojeció cuando Jan hizo alusión al fin de semana que habían pasado juntos en Ibiza.

—Fue un encuentro casual —manifestó Nat con el gesto alterado.

—¿En el mismo hotel? —insistió el policía.

—Sí, por eso digo lo de casual.

—¿Y en la misma habitación? —volvió a preguntar Jan mostrándole una copia de la factura. —Eso no fue así —aseguró ella con sofoco.

—Los datos que tenemos es que usted reservó una habitación doble, la factura está a su nombre, y sin embargo la pagó Batlle con su tarjeta. Igual que los billetes de avión. Creo que no hay nada casual.

Nat Bruguer ni siquiera contestó y a Jan tampoco pareció importarle. Ese *affaire* no aportaba nada al caso. Además,

enterada como estaba de que quedaba al margen de la herencia, poco podían haberle guiado los motivos económicos para inducir al asesinato de Udrev. ¿Por venganza? Difícilmente. Quizá, al ver que su sueño se esfumaba se decidió a tentar la suerte con otros hombres; eso era todo.

Carla la acompañó a la sala de espera y regresó al despacho de Jan con Pere Batlle. A un año de cumplir los sesenta y cinco, su aspecto era el de un galán de antaño: pelo canoso peinado hacia atrás, ojos melancólicos, y enfundado en un impecable traje de lana negro. Su Rolex Submariner de bisel verde combinaba a la perfección con su corbata. Hijo de un importante industrial textil de Barcelona, se había dedicado a bien vivir desde que vendió la fábrica a un grupo empresarial francés. De eso ya hacía veinte años.

Jan tenía preparado el guion para encauzar la conversación. Era una lista anárquica, con notas desperdigadas aquí y allá, pero exhaustiva. Con el apoyo de Carla fueron deslavazando la vida y milagros de ese hombre que a cada minuto creyó sentirse más minúsculo. Cuando le preguntaron por Ibiza y Nat Bruguer, convencido de que ella había reconocido los hechos, asintió a todo y admitió que eran pareja.

—Pero usted era amigo de Udrev. ¿Por qué robarle la novia? —le preguntó Carla.

—Por Udrev sentí auténtica admiración, como persona y como artista. Era un genio inigualable, pero…

—Pero ¿qué? —lo interrumpió Jan con vehemencia, a fin de evitar que se saliera por la tangente.

Batlle reconoció que era un incondicional del arte de Udrev, y probablemente tenerlo tan próximo y asequible había incrementado aún más el deseo de coleccionar obra suya. Adquirir piezas a los propios autores, y no a través de intermediarios, le había permitido conocer mejor la razón y significado de la obra. Pero lamentablemente Udrev lo evitaba,

tal vez lo consideraba un palurdo que no conocía la motivación y simbología de su obra, que carecía de méritos para poseer su arte.

—Ignoro por qué, pero… estar al lado de Nat me permitía tener esa parte de Udrev que tanto admiraba. No sé cómo explicarlo… —agregó con mohín lastimero.

—Lo entiendo —apuntó Carla sintiendo lástima por ese hombre.

—Pero yo sí sé de arte —puntualizó con énfasis—, mucho más que tantos y tantos críticos e historiadores de postín.

—¿Cuál fue su última adquisición? —lo sondeó Jan sin más ambages.

—Una escultura en madera.

—¿De su última serie? ¿Uno de esos fetiches? —preguntó Carla.

—Así es —reconoció Batlle.

—¿Alguno con un espejo en el estómago?

—En efecto —respondió Batlle sorprendido de que los policías pudieran estar al tanto.

—¿Y cuándo la adquirió? Batlle se puso nervioso y empezó a sudar a borbotones. Se balanceó y se aflojó el nudo de la corbata.

—Poco antes de su muerte —reconoció con apocamiento.

—¿Se la compró directamente a Udrev?

—Así fue.

—Mire, señor Batlle, la vivienda de Udrev cuenta con cámaras de vigilancia, y con solo revisar el vídeo le podremos decir el día, la hora y el minuto en los que usted lo visitó —mintió Jan—. Así pues, mejor será que nos concrete el día y la hora exacta.

—Fue el viernes, el viernes por la tarde, poco antes de marcharme a Ibiza —reconoció con los ojos brillantes y temblorosos.

—¿Dos días antes de su muerte?

—Sí.

—Pues lamento decirle que muy probablemente fuera usted el último en ver con vida a Udrev.

—¿Sospechan de mí? Pero ¿cómo iba yo a matar al maestro? —dijo conmocionado.

—Verá, hemos confirmado que faltaba de su estudio una de sus últimas esculturas, y parece que es la que tiene usted.

—Me temo que sí —dijo entre sollozos.

—¡Pues peor nos lo pone! ¿Y cómo concertó la entrevista con Udrev? No hay registro de llamadas suyas a Udrev ni a la inversa.

—A través de Nat Bruguer —reconoció cabizbajo.

—¿La señora Bruguer intervenía como marchante? —preguntó Carla con sorpresa.

—En mi caso sí.

—Le ruego que se explique —exigió Jan frunciendo el ceño.

—Ya se lo he dicho. Yo quería comprarle obra, pero Udrev ponía todo tipo de trabas, y más si se trataba de creación reciente. Así que aproveché mi relación con Nat para que lo convenciese. No había mala fe, se lo aseguro; confiaba en que ella encontraría el modo de persuadirlo.

—¿Le pagaba a Nat por esas gestiones?

—No, aunque el viaje a Ibiza era mi regalo por haber cerrado la operación.

—¿Hubo obsequios anteriores?

—Sí, algún otro viaje, un reloj…, solo presentes de agradecimiento.

—¿Cómo vio a Udrev la tarde del viernes?

—Muy tranquilo. Me saludó educadamente, pero sin ningún tipo de cordialidad. Señaló la escultura que tenía apartada sobre una mesa y desapareció. Me quedé solo, tomé la escultura y cerré la puerta. Eso es todo, no estuve ni dos

minutos. Lo pueden comprobar con esos vídeos que tienen —añadió con un suspiro de alivio, como si acabara de encontrar la prueba exculpatoria.

—¿Le pareció que había alguien con él?

—No vi a nadie ni oí ninguna voz.

—¿Pagó la escultura?

—No exactamente, lo acordado es que contactara la siguiente semana con la secretaria de Udrev para que me hiciera la factura.

—¿Y el dinero?

—Se lo di a Nat Bruguer para que se lo entregara a Udrev o a su secretaria.

—Lo cual le ha sido imposible hacer, y por tanto ese dinero será de los herederos —sugirió Jan.

—Sí, claro.

Jan forzó un silencio para reflexionar. Tenía claro que ese pobre hombre nada tenía que ver con el crimen; pero se encontraba tan acogotado que podría disponer de él como y cuando quisiera.

—Creo que comprenderá que su situación es más bien complicada.

—Imagino —dijo volviendo a perlar su frente de sudor frío.

—Verá —añadió Jan en un tono más confidencial—, para hoy tenemos que emitir el informe a la Fiscalía y, dado que le hemos tomado declaración, su nombre y el de la señora Bruguer deberían aparecer en él, e imagino que eso no será de su agrado. Ya sabe, lista de testigos, sospechosos, juzgados, más declaraciones, e incluso, tal vez…, la prensa. Le propongo un trato, válido solo mientras las pruebas le mantengan al margen del asesinato.

—¿Informe a la Fiscalía? Pero me indicaron que esta entrevista o declaración, llámela como quiera, era voluntaria, que ni siquiera iba a transcribirse —objetó Batlle tratando de

disimular su tribulación.

—Y así es, precisamente por eso puedo hacerle la propuesta.

—Usted dirá —dijo precipitadamente, con un aliento de esperanza.

—Podría fechar el informe para el fiscal a día de ayer, y en consecuencia sus declaraciones todavía no se habrían producido; por tanto, ni siquiera sus nombres tendrían que aparecer en él.

—Usted dirá —repitió Batlle con expectación.

—Eso sería posible siempre y cuando, primero, ni usted ni la señora Bruguer salgan de Barcelona sin nuestra autorización. Segundo, que esta tarde me deje sobre esta misma mesa la maldita escultura —dijo Jan con el dedo índice sobre el tablero—. Deberá considerarla provisionalmente requisada y a disposición de la Policía. ¿Hay acuerdo?

—Esta misma tarde la tendrá aquí —dijo Batlle con alivio.

17

Barcelona, 29 de marzo, 18:45 horas

Hacía ya cuatro días que Pere Batlle, asustado como un conejo, había dejado la escultura en el despacho del inspector Jan Balasch. Ahí estaba, sobre uno de los archivadores metálicos, cuidadosamente envuelta en papel de burbujas color marrón. Jan estuvo varias veces tentado de abrir el paquete, pero el ritmo de las pesquisas aún no le había dado un minuto de descanso; tampoco un mísero avance. Parecía como si un denso manto de niebla hubiera caído sobre la escena del crimen y velado el rostro de sus autores.

Una vez descartado Overmars, e investigadas las personas más allegadas a la víctima, nada tenían, y su frustración era proporcional a las diversas líneas de investigación que habían quedado abiertas a instancias del comisario Márquez. A Carla le encomendó la misión de establecer el seguimiento de los flujos de la obra de Udrev: los cuadros que habían sido objeto de préstamo entre museos, la identificación de los galeristas y coleccionistas más activos, las pautas de oferta y demanda, los precios y un sinfín de variables que pudieran proporcionarles un móvil. Jan se había encargado de rastrear los contactos que les había suministrado la secretaria. Había tardado varios días en descartar a cinco de los siete galeristas que mantuvieron contactos con Udrev en los últimos tres años; no tenían antecedentes ni motivos aparentes para estar involucrados.

Solo De Bruyn y Allan Hamilton —tal y como ya les contó Martina— tenían un pasado comprometido. El primero estaba fichado y, aunque parecía haberse rehabilitado desde que se estableció en Sitges, de eso hacía cinco años, Jan creyó oportuno recabar nuevos informes de Interpol y de la Policía belga antes de descartarlo; aún estaba pendiente de recibir esos datos. Del británico Hamilton había sabido que llegó a ser condenado por tráfico de obras falsificadas, especialmente pintura expresionista alemana. Probablemente por esa razón ya hacía más de un año que se había instalado en China, a la búsqueda de nuevos mercados. No sabía si sus actividades en aquel país eran legales o ilegales, pero creyó que su distanciamiento del mercado europeo y su absoluta desvinculación con Udrev en los últimos tiempos hacían innecesarias más averiguaciones.

Jan miró la escultura un par de veces, dejó atrás los titubeos y fue a por ella. La dispuso sobre su mesa y le quitó el envoltorio con sumo cuidado. Ante él apareció una extraña y tosca figura de madera pintada de blanco con infinidad de clavos hendidos en su cuerpo. Tal y como le había explicado Turó, sobre el estómago tenía un espejo adherido con una resina de color oscuro. Los ojos, también realizados con pequeños trozos elípticos de cristal, parecían mirarlo fijamente, emitiendo intrigantes destellos; lo cierto es que tenía un aspecto siniestro.

La tomó en su mano y la agitó esperando oír algún tintineo que confirmara que su interior albergaba alguna de esas notas a las que refirió Turó; pero no percibió nada.

«¿Acaso pretendías tener un golpe de suerte?».

La volvió a depositar en la mesa frente a él y la miró fijamente durante un buen rato.

«¿Todavía no te han enseñado a hablar?».

Jan recordó entonces el antiguo estuche de afeitar de su

antecesor, el jubilado Valls, de quien había heredado la mesa de despacho. Rebuscó los cajones laterales del escritorio y lo encontró en el último compartimento, junto a un desodorante de barra caducado, una grapadora que no funcionaba y un par de llaveros horribles; recuerdos de la Virgen de Fátima y la ciudad de Marbella. Abrió el estuche con cierta aprensión, tomó la maquinilla y extrajo la hoja de afeitar, ya oxidada. No estaba muy seguro de que su decisión fuera la más acertada, pero se persuadió de que no tenía otra elección. Además, quiso pensar que si acababa en un estropicio, siempre podría contar con Turó para reparar los daños.

Jan clavó el filo de la cuchilla en el intersticio entre el espejo y la madera, y lo resiguió quebrando de un extremo a otro la resina ya solidificada. Hizo lo mismo con los otros tres laterales y, valiéndose de la misma cuchilla, levantó el pedacito de espejo y lo retiró.

Encontró una especie de algodón oscuro que extrajo con los dedos dejando al descubierto algo que le dejó maravillado. Udrev había depositado en la oquedad un *pendrive*. Estaba cruzado en diagonal y sujeto a presión gracias a dos pequeñas muescas que el artista había realizado en la madera. Jan miró la memoria USB con los ojos fuera de sus órbitas, y un sudor frío perló su frente. «¡Joder con Udrev!». Se levantó bruscamente y fue a buscar a Carla.

—Ven a mi despacho inmediatamente —le ordenó sin más explicaciones.

Carla lo siguió sin atreverse a preguntar. En cuanto ella reparó en el fetiche y el agujero que había quedado descubierto en su estómago, no pudo más que llevarse las manos a la boca.

—¡Por Dios! ¿Qué has hecho, Jan?

—Abrirlo y encontrar esto —dijo mientras le mostraba el *pendrive*.

—¿Estás de guasa?

—Tu amigo Udrev colocó este chisme dentro del fetiche.

—Pero ¿por qué iba a hacer eso?

—No lo sé, pero lo podremos descubrir en unos instantes —dijo Jan mientras orientaba el monitor para que Carla pudiera verlo.

Jan, pese a su agitación, quiso respetar escrupulosamente los protocolos que tantas veces les repetía el técnico informático. Conectó el *pendrive* en el ordenador e inmediatamente le aplicó el programa que informó de la capacidad disponible, la utilizada, el número de archivos y la compatibilidad USB. Luego le pasó un antivirus.

—¡Vía libre! —exclamó Jan. —Prefiero no esperar nada, tal vez tan solo sea la última broma pesada del artista —apostilló ella con recelo.

—O tal vez la solución a nuestros problemas —respondió él con desconocido optimismo.

Jan abrió el primero de los archivos: una fotografía en blanco y negro reproducía una carta manuscrita en inglés dirigida a una tal señora Breusen. Llevaba fecha de 19 de marzo de 1956 y, pese a tratarse con seguridad de una copia efectuada con papel calco de la época, tenía estampada la firma original de Udrev. Los policías perfilaron una mueca de desencanto. «¿Qué podía aportar a la investigación una carta del año 1956?», se preguntó Jan.

El siguiente archivo contenía un vídeo con imágenes oscilantes y una calidad bastante deficiente, muy descoloridas y con excesos de magenta. Sin duda, se trataba de una vieja película, tal vez de formato super-8, y por tanto muda. La primera escena mostraba a un Udrev muy joven, tanto que en un principio les costó reconocerlo. El artista se hallaba en un taller que con toda seguridad no era el más reciente. La cámara se aproximaba a su mesa y enfocaba una serie de bocetos. El pintor hablaba a la cámara y exhibía el dibujo en el que estaba

trabajando. El vídeo se interrumpió durante un par de segundos, y de nuevo enfocó a Udrev pero ahora sosteniendo un lienzo. En esta ocasión, la cámara parecía estar fija, probablemente sobre un trípode. Era el propio pintor quien se alejaba y acercaba con el lienzo en las manos, lo depositaba en un caballete, tomaba un periódico y lo mostraba en primer plano a la cámara. El óleo representaba la figura oscura de un hombre entre dos árboles, en medio de un campo, con gruesos trazos blancos, rosas, amarillos y verdes. Después Udrev se mojaba el dedo índice con la pintura del fondo del cuadro y dejaba su huella digital en la esquina inferior derecha. En la tercera toma, a buen seguro algunos días después, cuando su huella ya se había secado —detalle que corroboraba el cambio de indumentaria de Udrev—, el maestro pintaba con el mismo tono sobre la huella y uniformaba el fondo hasta hacerla desaparecer.

Jan y Carla detuvieron media docena de veces las imágenes hasta confirmar que el periódico era un ejemplar del diario *Le Figaro* de fecha 16 de marzo de 1956, es decir, pocos días antes de la carta. Ambos policías se miraron con desánimo. Sin duda, eso no era lo que esperaban.

—Me temo que tenías razón, y esta ha sido la última broma de Udrev —dijo Jan decepcionado.

Carla no le contestó, se situó frente al ordenador y se dedicó a revisar detenidamente el vídeo. Paraba la imagen, la hacía retroceder y la avanzaba. Eligió una secuencia y capturó la pantalla. Luego dio la orden de imprimirla y la volvió a mirar con atención.

—Hay algo que no me cuadra —musitó.

—¿Qué es?

—Todavía no lo sé. Dame unos minutos. ¿Te parece si entretanto vas a buscar un par de cafés a esa endiablada máquina? —le pidió Carla mientras minimizaba la pantalla y

entraba en Internet.

—¿A estas horas de la noche?

—Y qué más da la hora; es momento de pensar y tenemos que estar bien despiertos.

Jan se fue en busca de los cafés. A su regreso, Carla seguía ojeando webs de arte y examinando sucesivas imágenes de pinturas, hasta que se detuvo en una y la imprimió.

—¿Te apetece fumar? —preguntó ella levantándose y abriendo la ventana.

—Ya veo que a ti sí.

—Tú también querrás fumar cuando te explique lo que tengo entre manos —dijo ella con atisbo de solemnidad mientras confrontaba las dos hojas impresas.

Jan abrió la ventana, le ofreció un cigarrillo a Carla, se lo encendió y le dijo con impaciencia:

—Tú dirás.

—¿Conoces a Beacon?

—Creo que sí, pero…

—Es uno de los más grandes pintores del siglo XX, la excelencia de la excelencia, maestro entre maestros —lo interrumpió ella.

—Probablemente por eso me suena —contestó él expresando el fastidio que le suponía que a cada momento pusieran a prueba sus conocimientos sobre pintura.

—Esta es la obra que Udrev nos muestra en su *pendrive* —afirmó Carla poniendo una de las imágenes sobre la mesa.

—Conforme —acertó a decir Jan sin saber el tipo de juego que le proponía.

—Y esta de aquí es una obra de Beacon. ¡Son las mismas! —dijo tras poner una al lado de otra—. ¿Es o no increíble?

—Se me hace difícil de entender —reconoció Jan—. A simple vista parecen iguales.

—Son idénticas, salvo que la de Udrev no aparece firmada, y

la de Beacon sí.

—¿Una falsificación?

—Intuyo que es mucho más complicado que una mera falsificación.

—¿Qué hubiera impedido que un artista del talento de Udrev pudiera haber falsificado una obra de Beacon? Quizá recibiera el encargo de realizar una copia —estableció el agente con naturalidad.

—No es una copia —determinó Carla con rotundidad. —¿En qué te basas para estar tan segura? —preguntó Jan con reticencia.

—Porque en el vídeo de Udrev aparece un periódico fechado el 16 de marzo de 1956, y el cuadro atribuido a Beacon está fechado en 1957, un año más tarde. Eso se señala en su biografía…

—Bien, pero eso no es garantía suficiente. Esa película pudo ser manipulada, ya entonces, o bien ahora con algún programa de digitalización de imágenes. En cuanto al periódico…

—Sinceramente, no creo que exista manipulación, e intuyo que esa carta nos podrá ayudar. Te pediría que pongas en la pantalla ese segundo archivo que Udrev incluyó en el *pendrive* —propuso ella. Al comprobar que estaba redactada en inglés, Jan giró completamente el monitor hacia Carla.

—La carta va dirigida a una tal señora Breusen, no tengo ni idea de quién pueda ser —admitió Carla—. El texto viene a decir: «Estimada señora: Adjunto le remito en papel un nuevo boceto coloreado con mi propuesta, deseando sea de su agrado. Comprobará que las líneas y los volúmenes siguen los mismos patrones de las anteriores obras que le he remitido. De obtener su conformidad, ruego me haga llegar como de costumbre la cantidad de 5000 pesetas y a vuelta de correo le enviaré el óleo con las medidas 198 x 142, que ya tengo terminado. Postdata: Comprendo que tanto este óleo como los otros tres de la serie,

como encargos personales que son, y una vez remunerados, quedarán desvinculados de mi persona, pero aun así desearía, en lo posible, conocer su destino». ¿No te parece esto una prueba definitiva? —exclamó Carla.

—¿Tu conclusión? —preguntó Jan tocándose el pelo.

Carla se hundió en el respaldo, dio una última calada a su cigarrillo y lo apagó. Permaneció un buen rato cavilando. Mientras visionaba el vídeo, había tenido una corazonada. Ahora creía estar en condiciones de poder darle forma y sentido.

—Pienso que esa tal Breusen, probablemente una galerista, le solicitó a Udrev que creara un nuevo estilo, un patrón que seguir por otro pintor que a la postre se llevó la gloria, en este caso Beacon.

—O sea, ¿estás diciendo que el estilo de Beacon no es original, es tan solo una copia de un estilo ideado por Udrev?

—Eso parece.

—Me cuesta creer que Udrev se limitara a aceptar el papel de *negro*, de mero espectador de los triunfos ajenos —reflexionó Jan con desconcierto—, por mucho que en aquel momento pudieran significarle esas cinco mil pesetas.

—A mí me causa hasta vergüenza ajena —dijo Carla con indignación.

—¿Estás convencida?

—No alcanzo a ver otra conclusión; es todo cuanto puede colegirse de ese *pendrive*…, y lo cierto es que tampoco me extraña. Debía estar tan seguro de su genialidad que poco le importó que otro supuesto maestro se arrogara la originalidad. ¡No creo que yo lo hubiera soportado! Contemplar cómo alguien pasaba a ser un *superstar* sabiendo que era un don nadie, un simple copista de ese nuevo estilo.

—Probablemente tampoco fuera consciente en aquel momento de la trascendencia de sus actos; difícilmente Udrev

podía imaginar que ese pintor llegaría a la cúspide —atemperó Jan.

—Quizá tengas razón, pero consciente o no, realidad solo hay una, y eso obligaría a reescribir la historia de la pintura contemporánea. —Es una teoría muy convincente, pero…

—Si no tienes suficiente, imagino que ahí estará el cuadro, esperando a que descubramos la huella dactilar que estampó Udrev.

—¿Es eso posible?

—Por supuesto, hoy es fácil descubrir las capas superpuestas; lo que no tengo tan claro es que el museo de turno nos conceda autorización para hacerlo, y menos si les avanzamos que es para discutir la autoría de un cuadro como ese. Jan miró por la ventana y puso los brazos en jarra.

—Eso del mercado del arte no creo que llegue a entenderlo nunca —afirmó tras unos segundos de reflexión—. Además, personalmente ese cuadro de Beacon no me gusta nada, incluso me resulta desagradable. ¿Quién decide qué es una maravilla y qué no?

—Yo estudié Bellas Artes y, obviamente, en su momento también me sentí tentada a pintar. Lo hice sin ninguna pretensión, y pronto advertí que no valía para eso. Pero lo que me jodió es que mis profesores se afanaron en repetirme una y otra vez que mis obras no aportaban nada nuevo. Parece que en este mundo prima más la originalidad, aunque sea una mierda, que la técnica.

—Original o no, si yo compro un buen coche, siempre será un buen coche. Lo mismo vale para una televisión, un reloj o incluso un grupo musical o un cantante…

—Estoy de acuerdo con todo menos en los cantantes, porque no son tantos los que componen su propia música —matizó Carla.

En opinión de la agente, todo en este mundo podía ser

medido de forma objetiva, todo menos el arte; el arte juega con la emoción, y eso es siempre algo estrictamente subjetivo. Y por si fuera poco, la mayor parte de las veces son los propios gurús quienes se encargan de que incluso lo subjetivo se manifieste como una verdad sublime y absoluta. Es un negocio como cualquier otro.

—¿Qué puede valer esa obra de Beacon? —Unos cuarenta millones de euros, por lo bajo.

—¿Puede ese *pendrive* haber desencadenado el asesinato de Udrev? —preguntó Jan.

—No lo sé, pero al menos es una pista. La única que tenemos.

—¿Cuántas esculturas pueden llevar incorporado esos chismes y cuántas personas estarán al tanto de su contenido? De saberse la verdad, hay mucho dinero en juego, ¿cierto? —preguntó Jan con recelo.

—Ni te lo imaginas, sería una bomba en medio de un polvorín.

—Pues es necesario saber cuántas esculturas de Udrev hay en el mercado. ¿Te encargas de hablar con Martina?

—Me pongo con ello mañana mismo.

—Ha sido un excelente trabajo —reconoció Jan con espontaneidad.

18

Barcelona, 30 de marzo, 10:45 horas

El comisario Márquez no supo disimular su expresión de asombro; las conclusiones a las que habían llegado Jan y Carla lo sobrepasaban. No supo decirles si ese hallazgo era bueno o malo. Probó a sopesar la cuestión en todas las posiciones posibles: de pie, reclinado en la ventana y sentado en su sillón, pero ni así atinó a dar con las consecuencias que podía acarrear. Decidió callar, puso sus enormes manos sobre los hombros de los agentes y los felicitó con gesto preocupado.

Carla se citó esa tarde con Martina en un bar de la Rambla Catalunya, muy cerca de donde se aglutinaban la mayor parte de las galerías de arte. La conversación giró en torno a las esculturas de Udrev.

—¿Cuántas eran? —preguntó la policía.

—Recuerdo cinco —respondió Martina sin estar muy convencida.

—Pero el señor Turó nos habló de siete, tal vez ocho —insistió Carla.

—Tal vez esas fueran las previsiones de Udrev, pero no recuerdo más; lo siento. ¿Por qué es tan importante? —preguntó con nerviosismo antes de dar un sorbo al café.

—Supongamos que en efecto solo hubiera cinco, y una de ellas la tenemos nosotros…

—¿La tienen ustedes? ¿Cómo?

—Lo lamento, información reservada —argumentó la agente haciendo un tremendo esfuerzo por silenciar el *affaire* de Batlle y el hallazgo del *pendrive*—. La cuestión es: en el caso de que tuviéramos una, ¿dónde están las otras cuatro?

Martina hizo memoria y le aseguró que una de ellas la adquirió un galerista ruso que dijo estar estrechamente vinculado al museo del Hermitage, y otras dos se las vendieron a coleccionistas privados, un inglés y un estadounidense; pero no recordaba sus nombres.

—Bien, en todo caso tendríamos identificadas cuatro de las esculturas, pero ¿y la quinta? ¿Dónde está? —insistió Carla. —No lo sé, tal vez se quedó en el estudio.

—¿Recuerda si las facturas las emitió a personas físicas o fueron sociedades?

—No le sabría decir, tendría que consultarlo en el ordenador.

Carla le propuso ir juntas de inmediato. Martina se atragantó con el último sorbo de café.

—¿Está segura? Quizá otro día, es todo tan reciente…

—Será solo un par de minutos, y nos puede ahorrar mucho trabajo, además, está lo de esa escultura… —esgrimió Carla.

Al cabo de media hora las dos mujeres se apearon del taxi frente al domicilio de Udrev. Martina miró la fachada, bajó la cabeza y negó varias veces.

—No sé si podré entrar ahí —murmuró.

Carla la tomó del brazo, la metió en el portal y solo se desenganchó de ella cuando le mostró sus credenciales al conserje para que le entregara las llaves. La Policía ya había retirado los precintos y parecía que nunca hubiera pasado nada. Al abrir la puerta y encender las luces, Martina no pudo reprimir su emoción y sollozó. Carla la empujó con delicadeza al interior. El silencio era absoluto. Martina miró a Carla con temor, como si la muerte las rondara cerca.

—No quiero pasar de aquí —dijo señalando su antiguo

escritorio. Carla le encendió el ordenador. En cuanto acabó de cargar el sistema operativo, Martina preguntó:

—¿Seguro que puedo usarlo?

—Sí, claro, lo está haciendo con mi autorización, y además la Policía Científica hace ya unos días que terminó sus investigaciones. No se preocupe por nada. Martina abrió la carpeta de facturación y el correo electrónico, al tiempo que tomaba unas notas en su libreta.

—El ruso es un tal Iván Kozlov, el británico, Mike Waitley y el estadounidense, James Ray —le informó a los pocos minutos —. En la nota le incluyo las direcciones de correo electrónico —dijo arrancando la hoja de su libreta y entregándosela con mano temblorosa.

—¿Y qué hay de la quinta escultura? —insistió Carla. Martina la miró como si se le hubiera caído el cielo encima. Resignada, abrió los armarios que había al fondo.

—Esas son las otras dos piezas que a Udrev no le dio tiempo a comenzar —dijo señalando dos fetiches en un estante—. Al igual que los otros, también se los proporcionó el señor Turó.

—Pero ¿y esa otra quinta escultura? —repitió la agente. Martina siguió abriendo armarios y rebuscando en el interior, hasta que creyó reconocerla en una balda. La tomó y se la tendió a Carla.

—Aquí la tiene —dijo deseando sacársela de encima.

Carla retrocedió instintivamente ante una espantosa figura humana de madera pintada en un potente color azul y con un cuerno incrustado verticalmente sobre la cabeza.

—¡Dios! ¡Parece el mismísimo Satán! —exclamó atemorizada —. ¿Seguro que es esta?

—Completamente.

—¿Y por qué estaba en el armario y no sobre la mesa?

—Porque no está acabada…, le falta montar la peana — justificó con naturalidad.

—Me la tendría que llevar para realizar unas comprobaciones. ¿Tiene algún plástico con burbujas y una bolsa?

Martina escudriñó un cajón, sacó una bolsa y se ofreció a embalarla.

En cuanto abandonaron el estudio de Udrev, Carla quiso acompañar a Martina a su casa, pero la secretaria declinó la atención. Se excusó alegando que tenía que recoger en la lavandería un par de vestidos.

Carla tuvo la intención de ir a la comisaría, pero al mirar el reloj concluyó que ya era muy tarde. Con toda probabilidad, Jan ya se habría ido. Aun así, alentada por su hallazgo, tomó la escultura bajo el brazo y le envió un sucinto mensaje al móvil:

«Buenas noticias. Tengo lo que buscábamos».

19

Barcelona, 31 de marzo, 9:30 horas

Cuando Jan llegó a la comisaría encontró la escultura envuelta sobre su mesa. Carla la había dejado allí hacía apenas diez minutos. El inspector retiró el envoltorio con ceremonia y también con cierto recelo. Ante él apareció un fetiche con un añejo taparrabos de tela y un pequeño cuerno de gacela clavado en la cabeza. Salió precipitadamente en busca de Carla y con un simple ademán le indicó que fuera a su despacho.

Jan rebuscó de nuevo en el último cajón y tomó la cuchilla de afeitar. Examinó con cierta animadversión el cuerno que emergía de la cabeza y efectuó una incisión para reseguir la junta de resina y trazar todo el círculo de su base. Carla lo miraba con expectación. El inspector asió el cuerno y tiró de él como si estuviera descorchando una botella de cava. El asta cedió con facilidad dejando al descubierto un pedazo de espuma gris. Al retirarla, apareció un *pendrive* introducido verticalmente. «¿Cuál será ahora la sorpresa?», pensó Carla como poseída por un hechizo.

A Jan le faltó tiempo para introducirlo en su ordenador. Después del fastidioso protocolo de seguridad, abrió la carpeta de archivos. En esta ocasión no se trataba de ningún vídeo, sino de varias fotografías que parecían corresponder a dos series distintas. Unas iban numeradas del uno al seis y las otras se iniciaban con las tres primeras letras del alfabeto. La serie

inicial contenía imágenes de bocetos a lápiz y carbón que representaban una sucesión de líneas curvas y rectas que no supieron identificar, y que a su vez iban acompañadas de números y notas manuscritas. En la penúltima de las imágenes aparecía Udrev junto a una escultura, probablemente una maqueta de yeso, repleta de agujeros y formas onduladas, cóncavas y convexas; unas líneas indefinidas pero extraordinariamente compensadas que le otorgaban una singular armonía. Sin duda se trataba de la prueba final en tres dimensiones de los esbozos que habían visualizado.

—Parece obra de Picasso —probó a decir Jan con gesto dubitativo. —Tiene algo de picassiano, pero son mucho más abstractas —esgrimió Carla.

La última fotografía reproducía una breve carta redactada en inglés y que iba dirigida al propio Udrev. Carla se situó detrás de Jan, miró la pantalla del ordenador y la tradujo:

—«Mi esposa y yo le agradecemos enormemente la atención que nos dispensó en París. Conforme a nuestra última conversación, y revisando las notas que me entregó, debo admitir el acierto de sus planteamientos. Las maquetas moldeadas en arcilla y yeso me permiten obtener los resultados en bronce que tantos dolores de cabeza me han producido. Mi última prueba del moldeo en arena ha permitido hacer realidad su obra con los acabados deseados. Le saluda muy cordialmente. Firmado: H. Moor».

—¿H. Moor? —preguntó Jan.

—Henry Moor —estableció Carla sin pestañear.

—¿El escultor?

—En efecto, probablemente uno de los tres escultores más representativos del pasado siglo.

—¿Entonces?

—Parece que estamos ante el mismo caso del pintor Beacon.

—¿Otra vez Udrev a la sombra de los más grandes?

Carla se limitó a gesticular enérgicamente incitándolo a que abriera sin más dilación los archivos de la serie alfabética. Los dos primeros contenían sendas imágenes. Una de ellas mostraba a Udrev sujetando una escultura realizada con algún material blanquecino que no supieron identificar. Representaba una figura humana alargada, más un monigote que otra cosa, que caminaba con una amplia y pesada zancada, como si le resultara imposible levantar los pies del suelo. La segunda imagen era idéntica, pero realizada en hierro o bronce.

—¿La estructura de una escultura humana? —se arriesgó a decir Jan.

—¿Estructura? —se preguntó ella conteniendo la risa—. Lo que tú llamas *estructura* se subastó en Londres hace ya unos años por algo más de setenta y cuatro millones de euros.

—¿Así, sin añadirle nada más? —preguntó incrédulo.

—Tal cual —confirmó ella—. Esta es nada más y nada menos que una pieza del gran Giacomo.

—Veo imprescindible que me des alguna lección de arte, porque sigo sin entender nada —reconoció él con una avergonzada sonrisa. La última de las imágenes volvía a reproducir una carta, en esta ocasión redactada en español. Ambos pudieron leer:

Estimado compañero:

Desde nuestro encuentro en Montparnasse, tienes a nuestro freudiano amigo Giacomo más feliz que un tonto con un lápiz. Su mujer está hastiada de posar horas y horas para que al final la dibuje como una de esas esmirriadas figuras de bronce de los dogón que le llegaste a perfilar con la plumilla. Está tan ufano con tus propuestas artísticas que amenaza con irte a ver a Barcelona. No sé cómo lo harás para soportar a ese revolucionario surrealista. Ahora, cuando esto te escribo me sonrío, pero me compadezco de ti. No quisiera estar en tu piel. Avísame cuando amenace con ir a Barcelona, y tal vez me llegue

hasta ahí para cargar algunas noches con él y así hacerte más llevadera su estancia. Tu amigo,

PABLO

—¡Tengo la sospecha de que ese Pablo es Picasso! —exclamó Jan.

—Quizá sí, y lo cierto es que Picasso y Giacomo eran amigos, pero tal vez todo sea una simple casualidad —observó Carla con reserva.

—Hay que admitir que este Udrev es una continua caja de sorpresas —concluyó Jan con un gesto de preocupación.

—Imaginemos que todas las esculturas de esa serie llevan un *pendrive* igual a los dos que hemos analizado. ¿Te das cuenta de lo que tenemos entre manos? Beacon, Moor y Giacomo. ¿Cuántos artistas consagrados tomaron las ideas de Udrev? ¿Para cuántos de ellos trabajó?

—Algo habrá que decirle al jefe Márquez —determinó él tras un largo suspiro.

Jan tomó el teléfono y contactó con la secretaria de Márquez; esta le indicó que todavía se encontraba en su despacho, pero por poco tiempo, debía reunirse con altos funcionarios del Ministerio del Interior y una delegación de jueces. Jan y Carla salieron con paso rápido hacia el despacho de Márquez. El comisario los recibió con la chaqueta puesta y releyendo unos informes de última hora.

—Tengo el tiempo justo —les dijo guardando los papeles en su cartera—. ¿Alguna novedad con Udrev?

—Hemos dado con otra escultura, y también incorpora un *pendrive* —le informó Jan.

—¡Dios! ¿Y qué contiene esta vez?

—Obras de Henry Moor, Giacomo y una carta que induciría a pensar que Udrev era amigo de Picasso.

—¡Mierda! —exclamó Márquez—. ¿Es que nadie me va a dar

un respiro? —dijo ciñéndose el nudo de la corbata—. Me suenan ese Moor y el tal Giacomo, lo cual no me tranquiliza en absoluto. ¿Alguien me resume sus vidas y milagros? —preguntó mirando a Carla.

—Dos de los escultores más reconocidos del siglo XX, ambos ya fallecidos —trató de resumir ella.

—¿Alguna conclusión? —preguntó Márquez a la par que daba un último sorbo a su café.

—Si tuviéramos en nuestro poder todos esos *pendrives*, seguro que podríamos dar un paso de gigante en la investigación —valoró Jan—. Tenemos la corazonada de que si Udrev decidió introducirlos en esos fetiches era precisamente para tratar de informar sobre una trama…, algo de lo que podríamos tirar del hilo…

—¿Qué proponéis?

—Analizar las otras esculturas, las que vendió antes de morir —planteó Carla con timidez.

—¿Y cómo pretendéis conseguirlo?

—Tal vez con una orden judicial, un mandamiento que nos permita incautar temporalmente esas otras piezas y comprobar sus contenidos —dijo Jan con decisión.

—¿Estáis de broma? ¿Una comisión rogatoria para ir requisando piezas de arte a museos y coleccionistas privados? —preguntó Márquez rascándose nerviosamente la frente.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —dijo Jan con gesto desesperado.

—¡Está bien, está bien! Lo consultaré con el juez que instruye el caso. Es probable que lo vea dentro de unos minutos, y si no fuera él quien acuda a la comisión, pediré consejo a alguno de sus compañeros —dijo Márquez abandonando el despacho con paso precipitado.

20

Barcelona, 1 de abril, 9:00 horas

Nada más llegar a la comisaría, los dos policías quedaron apostados en el pasillo, junto a la máquina de café, pendientes de que Márquez hiciera su aparición. Al poco lo vieron salir del ascensor con su particular y tambaleante caminar. Tiraron al cubo de basura las tazas de ese café infame y fueron tras él.

—¿Alguna noticia del juez? —preguntó Jan ya en el despacho del comisario.

—No lo va a hacer.

—¿Cómo que no? ¿Por qué?

—En primer lugar, porque considera que no forma parte de la investigación…

—¿Cómo? —exclamó Jan arrugando el entrecejo.

—Entiende que esas esculturas nada tienen que ver con el asesinato de Udrev —respondió Márquez de mala gana—. En segundo lugar, porque la información que puedan contener no es concluyente, y por último, porque no tenemos seguridad de que cada escultura contenga uno de esos malditos *pendrives*. ¡Ah, y se me olvidaba! También porque vuestra corazonada puede acabar destruyendo varias obras de arte. ¿Suficiente?

—Pero eso es absurdo —respondió Jan con rabia.

—Me temo que a su señoría también le tiemblan las piernas —añadió Márquez—. Y en parte lo comprendo. Sabed que expedir un mandamiento y una comisión rogatoria es tanto

como comprometer a los estamentos judiciales de todos los países implicados y también a Interpol. ¿Y si luego no hay nada de nada? ¡Haría el mayor de los ridículos! En fin, que no nos lo va a conceder. Lo siento de veras.

Alguien llamó a la puerta y al instante hizo su aparición la secretaria de Márquez, que le entregó a su jefe una gruesa carpeta.

—Nos lo acaba de enviar nuestro Departamento de Comunicación. Es la prensa de esta misma mañana —susurró.

Márquez despidió con un gesto a la secretaria y abrió con desgana el cartapacio. Contenía los ejemplares de tres diarios nacionales. —¡Maldición! —exclamó a los pocos segundos—. La noticia de Udrev ya se ha filtrado.

—¿Alguna otra reseña relacionada con el asesinato? —preguntó Carla con candidez.

—Mucho peor. Lo que ha trascendido es el asunto de los *pendrives* —manifestó el comisario esparciendo los periódicos sobre la mesa.

Jan y Carla los ojearon con los ojos fuera de sus órbitas. Los rotativos titulaban: «Udrev pone en jaque el mundo del arte», «Caso Udrev: un legado mortífero» y «El asesinato de Udrev descubre el lado oscuro del arte». Cada uno de los tres periódicos le dedicaba una página entera, debidamente ilustrada con algún retrato de archivo y fotografías de su obra. Los artículos, tras recordar las extrañas circunstancias del asesinato, hacían hincapié en las últimas pesquisas de la Policía, informando con todo lujo de detalles sobre el contenido del primer *pendrive* y anticipando la existencia de un segundo del que nadie sabía a cuántos otros artistas podría implicar. A partir de ahí daban pábulo a todo tipo de teorías sobre el móvil del crimen; tesis avaladas por otros tantos comentarios de especialistas de arte. Afortunadamente, los periodistas nada decían sobre su crucifixión y las estampas sobre su cuerpo. Era

de suponer que seguían desconociendo los pormenores.

—¿Quién ha filtrado la noticia? —preguntó Jan con enfado.

—Cómo lo voy a saber —se quejó Márquez.

—Ha sido Belloch, seguro que ha sido él —dijo Jan hecho un manojo de nervios.

—¡Deja a Belloch en paz! —gritó Márquez—. Ese hombre es un buen policía, y la bronca que os traigáis entre tú y él me trae sin cuidado.

—Entonces, ¿quién? —replicó Jan—. Los únicos que conocen los detalles de la investigación somos nosotros, Belloch y Navas.

—Y mi secretaria y el juez y los funcionarios del juzgado… ¡Cualquiera puede haber sido! —concluyó Márquez señalando la puerta con el dedo índice.

—Habrá que ver lo que dicen en radio y televisión —añadió Carla en un intento de suavizar la tensión. Jan se marchó a su despacho de pésimo humor, dejó el expediente sobre la mesa y se repanchingó en su silla. Al poco entró Carla.

—Nos han jodido —murmuró él.

—Tal vez sea bueno que haya trascendido la noticia —dijo ella tratando de ver el lado positivo.

—¿Bueno? No veo qué pueda tener de bueno que en este momento de la investigación medio mundo se entere de que Udrev pudo estar tras esos artistas *superstars*.

—Precisamente por la gravedad de las implicaciones quizá alguien se vea obligado a mover ficha. Cabe la posibilidad de que ellos mismos se pongan en evidencia.

—Creo que no hacemos nada aquí —la interrumpió Jan tomando el abrigo.

—¿Dónde vas?

—Me apetece estar en cualquier sitio menos entre estas cuatro paredes.

—¿Te acompaño?

—Como desees —dijo Jan todavía enojado.

Esperó a que Carla fuera a por su abrigo y ambos bajaron a la calle. Ella se dejó guiar, y a no más de tres manzanas Jan se detuvo ante la puerta de un bar y respiró profundamente.

—¿Te apetece una copa?

—Todavía estamos de servicio —se excusó Carla.

—¿Y si te dijera que ahí dentro nos aguardan los asesinos de Udrev con las manos apoyadas sobre la barra, esperando a que los esposemos? —añadió con una irónica sonrisa.

El local era horrible, una tasca de mala muerte; apenas sin iluminación, sucia y grasienta. En cuanto se acomodaron, él pidió una cerveza, y ella, probablemente por no incumplir las normas, otra sin alcohol.

—¿Es aquí donde te refugias después de un mal día?

Jan no contestó. Golpeó suavemente la mesa con la mano y luego se restregó las yemas de los dedos, como si quisiera calibrar el grado de suciedad. Una vez más, se sentía un extraño en ese caso. Barajó la posibilidad de que tal vez fuera él quien no acababa de encajar. Era tanto lo que ignoraba del mundo del arte que temía equivocarse en sus decisiones.

—Hablando de arte, ¿por qué Turó le dio tanta importancia a eso de la *provenance*? —preguntó Jan.

—Porque conocer la identidad de los anteriores propietarios nos puede proporcionar una pista sobre su autenticidad; aunque la cuestión es bastante más compleja.

Jan le dio un primer sorbo a la cerveza, pidió al camarero unas aceitunas y, moviendo repetidamente el dedo índice, le dio a entender a Carla que hiciera el favor de seguir con la explicación. Ella añadió que, salvo el artista, que por lo general lo único que anhela es subsistir pintando, los demás personajes que pululan a su alrededor solo pretenden hacer dinero; eran muy pocos quienes se involucran por amor al arte. Así pues, el término *provenance* había devenido en un plus que encarecía el

producto. Cuantos más propietarios afamados hubieran poseído una pieza, ya fueran artistas de cine, aristócratas, magnates o demás gente con glamur, mejor currículo para la obra y mayor precio.

—No resulta muy lógico —argumentó Jan—. Entendería, por ejemplo, que una guitarra eléctrica Fender Telecaster, fabricada en Estados Unidos en los años sesenta, pueda triplicar su valor si lleva la firma de Keith Richards, e incluso multiplicarlo por diez si perteneció al músico. A fin de cuentas, es un instrumento fabricado en serie y lo importante es esa *provenance*, pero ¿una pintura o escultura? Eso son obras únicas, ¿no? A Carla le sorprendió ese razonamiento, tan simple como certero. Se tomó un trago y asintió con la cabeza.

—Hay muchos tramposos en este *business*, y no solo los intermediarios pecan de codicia —añadió—. Sin duda, hay buenos artistas que también son honestos, pero otros, como es lógico, sucumben a la tentación.

—¿Los artistas también?

Carla meditó la respuesta y decidió empezar por Duchamp. A su entender, desde que ese pintor hiciera una reproducción de la *Mona Lisa* de Leonardo con perilla y bigote, e iniciara los *ready-made*, una pomposa forma para definir el empleo con fines artísticos de objetos tan comunes como un urinario, se acuñó un nuevo concepto al que decidieron llamar *arte transgresor*, y con él se abrió la veda para que un montón de seudoartistas carentes de talento fueran adorados como semidioses. Eso, por no hablar de las *performances* o instalaciones efímeras, que por lo general eran verdaderos bodrios.

Carla decidió ilustrar la cuestión con aquella trabajadora de la limpieza de un museo alemán que decidió eliminar unas horribles manchas que advirtió en una de las obras expuestas. La pobre mujer jamás pudo imaginar que precisamente aquella

roña conformaba la pieza *Wenn es anfängt durch die decke zu tropen* ('Cuando empieza a gotear el techo') del artista Martin Kippenberger, valorada en unos ochocientos mil euros.

—¡Qué desdichada! —exclamó Jan con una risotada.

—¿Qué dirías de un tipo que introduce en una gran caja transparente la cabeza de una vaca con gusanos y cientos de moscas revoloteando?

—Que debe tratarse de un carnicero.

—¿Y de quien mete un gran tiburón en una pecera gigante llena de formol?

—Que es un taxidermista.

Carla no pudo evitar una sonora carcajada. Negó con la cabeza una y otra vez, antes de explicarle que en ambos casos estaba hablando de obras de un tal Herst, el artista vivo más cotizado del momento. Hacía unos años el tipo manifestó que jamás expondría en la Tate Modern. Entonces pensaba que los museos solo eran para artistas muertos y prefirió vender sus obras a través de una prestigiosa casa de subastas desafiando así las reglas tradicionales del mercado del arte. Sin duda, una operación muy atrevida, pero perfectamente calculada. Nadie supo bien cómo lo hicieron, pero vendió todo a precios desorbitados, y hoy la obra de Herst ocupa un lugar preferente en la Tate Modern. Allí tiene expuestas sus creaciones: vitrinas llenas de medicinas, un botiquín de metal con más de seis mil píldoras de colores y unos ceniceros gigantes repletos de colillas de Marlboro.

—No entiendo cómo a eso le llaman arte —comentó Jan.

—Y lo peor de todo es que el tiburón original tuvo que ser sustituido por otro ejemplar debido a su avanzado estado de descomposición; imagínate lo malo que debería de ser el taxidermista que contrató. —Se carcajeó.

—Recuerdo haber oído algo de esto, pero ¿ese tipo no recibe críticas?

—Claro que sí, pero cada crítica negativa lo hace más comercial, acaba resultando una promoción continua a coste cero. Hace unos años, en la entrada de la galería se colgó un cartel que rezaba: «El contenido de esta exhibición puede provocar *shock*, vómito, confusión, pánico, euforia y ansiedad. Si sufre de presión alta o desorden nervioso, mejor será que consulte a un médico antes de ver la muestra». ¿Qué sucedió? Pues que miles de necios se dieron de bofetadas por entrar; así pues, poco se puede hacer mientras exista tanto tonto en la faz de la Tierra.

—No me refería al público, sino a los críticos especializados.

Ella le hizo saber que son muchos sus detractores; varios dicen de Herst que no sabe ni pintar ni esculpir, y que su único mérito es tener bajo sus órdenes a un centenar de obreros que plasman sus ideas. Alguien equiparó su producción con las hipotecas *subprime*; y por lo general los especialistas están de acuerdo en que es un *bluff*, pero aun así la maquinaria está tan perfectamente engrasada que no hay crítica que le afecte; su obra sigue moviendo un sinfín de millones, y nada hace pensar que la burbuja vaya a pinchar. Es un excelente producto de márquetin que además cuenta con el misterioso apoyo de ciertas instituciones y medios de comunicación. No en vano su mentor fue uno de los más reconocidos publicistas del mundo. Nada es casual.

—Lo más triste es que Herst no es un caso aislado —enfatizó ella—. Los hay a cientos. ¿Qué dirías de un supuesto artista que enlata sus propios excrementos?

—Que es un guarro de solemnidad —respondió Jan con una mueca de asco.

—Pues estamos hablando de Manzoni, y esa fétida obra le costó casi treinta mil euros a la Tate Gallery de Londres, e imagino que cifras parecidas les supuso al Museu d'Art Contemporani de Barcelona, al centro Georges Pompidou de

París y al MOMA de Nueva York. Pero lo más gracioso es que esas instituciones han visto multiplicada su inversión. ¿Puedes creer que una de esas latas se subastó recientemente por unos trescientos mil dólares? Ese Manzoni ofreció mierda y así lo explicitó al etiquetar las latas con el texto «Mierda de artista», y aun con todo la vendió al precio del oro según la cotización del día. Dicen que alguno de esos envases ha explotado por la expansión de los gases —añadió Carla con un gesto mezcla de ironía y repugnancia—, pero debe tratarse de una leyenda urbana, pues lo más probable es que ni siquiera utilizara sus restos orgánicos sino yeso. Debía costarle demasiado trabajo lo de evacuar…

Jan rompió en una risotada que le hizo atragantarse con la cerveza.

—Hacía mucho tiempo que nadie me hacía reír tan a gusto —dijo secándose los lagrimales con la servilleta de papel.

—Imagino —apuntó Carla— que, con los ejemplos que te acabo de dar, ya no te extrañará que el arte conceptual llegue a considerar como obra maestra la pila de ladrillos que expuso Carl Andre, que la torre de papel higiénico de Martin Creed pueda costar noventa mil euros, que Cattelan cuelgue muñecos y caballos disecados del techo, o que Ofili monte sus obras sobre bases de caca de elefante… En fin, creo que existen solo para dar placer a la sensibilidad morbosa de la actual sociedad de masas; diría que no son más que una actualización de esas antiguas barracas de feria que exhibían a seres monstruosos o deformes. —Carla miró el reloj y emitió un chasquido con la boca—. Debo marcharme.

—Pensaba que podríamos comer juntos…

—Lo lamento, pero tengo que pasar por el supermercado sin falta. Ya seguiremos con este tema, ¿te parece?

—¿Puedo insistir?

—Imposible, de veras. Si no voy a comprar, me quedaré sin

el desayuno de mañana, y esa es para mí la comida más importante del día. Además, tengo interés en las noticias del mediodía en televisión. Tal vez digan algo sobre Udrev. ¿Nos veremos luego en comisaría?

Jan esperó a que Carla saliera del bar para trastear con su teléfono móvil. Jugueteó con Instagram y Twitter durante unos minutos, y luego envió por WhatsApp unos mensajes a un par de amigos del instituto a quienes propuso ir a comer.

21

Londres, 5 de abril, 11:00 horas

La secretaria, con un traje chaqueta de color gris y raya diplomática, se adelantó a la comitiva para encender las luces de la sala de juntas de la firma de abogados Goldman & Roth. Esa no era ni con mucho la firma más importante de Inglaterra, pero su supuesta imparcialidad le había hecho ser unánimemente elegida por las entidades más influyentes del mundo del arte.

Allí estaban sentados los delegados de las dos mayores casas de subastas, escoltados por sus asesores jurídicos; solo un letrado por bando, según lo convenido. A su lado tomaron asiento dos hombres y una mujer en calidad de propietarios de las tres galerías más reputadas de Estados Unidos y Europa. Frente a ellos, y con esa perenne sonrisa tan característica, un individuo de rasgos asiáticos representaba a un banco japonés, el comisionado de una compañía aseguradora suiza y los respectivos delegados de tres fondos de inversiones —uno estadounidense, otro británico y un tercero israelí—. Compartían la cabecera de la mesa una funcionaria de los museos británicos y el secretario de la embajada rusa en Londres.

—En primer lugar, deseo agradecerles el esfuerzo que han realizado para coordinar sus agendas —los saludó a todos Arthur Doyle, el abogado más prestigioso de la firma, con un

inglés tan británico como irritante—. Sabemos que no ha sido tarea fácil.

Los asistentes se miraron unos a otros con un semblante protocolario, fingiendo no conocerse, pero a ninguno le hizo falta entregar su tarjeta de visita. Todos sabían quién era quién en esa reunión.

—Como deducirán de las conversaciones preliminares que hemos mantenido con ustedes —continuó explicando Doyle—, el caso Udrev requiere de una actuación conjunta. Unos y otros se miraron, pero sus diferentes expresiones evidenciaron que no había unanimidad. Doyle reparó en ello y retomó la palabra de inmediato:

—Algunos de ustedes propusieron neutralizar las noticias con contrainformación, mediante artículos e intervenciones públicas que pusieran en cuestión los hechos, e incluso con métodos para desacreditar al informante, pero en el caso Udrev no es posible. Lamentablemente, las fuentes de información no proceden de periodistas, historiadores ni críticos de arte, sino de la Policía española, y como saben está perfectamente documentada. Nada se puede hacer al respecto.

—Pero si no intervenimos, las consecuencias pueden ser catastróficas —interrumpió uno de los representantes de las casas de subastas—. Nunca antes había pasado algo igual. —Tal vez en música… —aventuró Doyle.

—Si se refiere a Milli Vanilli —intervino con sorna e indiscutible acento alemán uno de los galeristas—, no le voy a negar las similitudes, pero la gran diferencia es que aquel fraude recayó en miles de seguidores, vulgares fans que no se habían gastado más de un puñado de dólares en sus discos…, pero ahora ¿quién les dice a mis coleccionistas, básicamente inversionistas y magnates, que sus cuadros ya no son de Beacon? ¿Cómo les explico que sus adquisiciones han perdido el noventa por ciento de su valor de la noche a la mañana? Me

acusarán de fraude y me enviarán derecho a la cárcel. Eso es lo que harán.

—No es fraude —replicó uno de los abogados con voz distendida—. Todas las firmas de las obras son auténticas y están verificadas por especialistas.

—Además —añadió el delegado de una de las casas de subastas—, nuestras ventas siempre se realizan según los términos y condiciones que se expresan en los catálogos y en las facturas. Lo que se vende es «tal cual es», nosotros no entramos a valorar nada más —quiso justificar con poco convencimiento.

—Lamento decirle —intervino Doyle con la vista puesta en el subastero— que los términos y condiciones de venta «tal cual es» a los que usted se refiere pueden argumentarse cuando los objetos son antigüedades egipcias, asiáticas o precolombinas, por lo general anónimas, pero no cuando las obras vienen firmadas.

—En efecto, las firmas tal vez sean auténticas, pero la obra no. Y de eso somos todos culpables, no se confunda —argumentó el alemán—. Tras cada venta hay certificados de autenticidad, estudios de nuestros críticos, historiadores, especialistas, museos… ¿Acaso ninguno de ellos advirtió que, por mucha firma original que presenten, los materiales, los lienzos e incluso algunas pinceladas no eran los usuales de los artistas a quienes se les atribuyen?

—Pero solo afecta a una pequeña porción de las obras, especialmente de la primera época —se defendió un galerista.

—¿Van ustedes ahora a intentar escurrir el bulto? —preguntó el japonés mirando a unos y a otros con gesto severo—. ¿Pretenden no tener ninguna responsabilidad después de publicar las obras a bombo y platillo en sus ostentosos catálogos y en los medios de comunicación? ¿Intentan soslayar las componendas secretas que se han procurado?

—Estoy con usted —añadió un representante de los fondos de inversiones—, por mucho que solo afecte a unas pocas obras, es todo el producto el que se resiente; se viene abajo la mismísima originalidad del estilo.

Los representantes de las casas de subastas se palparon la frente al mismo tiempo con gesto nervioso, sabedores de que sus cuentas de resultados no eran un portento; y si el asiático estaba en la reunión no era por cortesía, sino por imposición de su banco acreedor. Como anfitrión, Doyle intentó encauzar la reunión:

—Nadie sabe a ciencia cierta lo que sucederá, pero estamos aquí precisamente para tratar de controlar la situación. Nada podrá impedir que los propietarios que se sientan estafados entablen acciones judiciales contra nosotros, pero llegado el caso tendremos que defendernos urdiendo un frente común; en ese momento es cuando nuestros bancos, aseguradoras y medios deberán presionar a jueces, e incluso a los gobiernos, a fin de que los coleccionistas se achanten ante las dificultades. Nuestra misión deberá consistir en hostigar a los tribunales para que exijan pruebas imposibles, que inviertan la carga probatoria, que rechacen los medios propuestos por los demandantes y que se inhiban por cuestiones procesales estúpidas; pamplinas que acaben conformando una jurisprudencia que nos resulte favorable. No digo nada nuevo, a fin de cuentas es lo mismo que ha sucedido con las estafas bancarias y financieras…, eso los frenará.

—¿Y los museos? ¿Cómo nos resarcimos? —preguntó la funcionaria británica.

—No creo que a la opinión pública y al ciudadano de a pie les quite el sueño conocer el destino de las inversiones públicas. Cierto que los ministerios de Cultura se llevarán las manos a la cabeza, pero estoy convencido de que en cuestión de días se olvidarán del asunto; poco o nada les importará que

sus fondos artísticos disminuyan una décima su valor contable. Y además, como digo, ahí es donde gobiernos y prensa deberán intervenir para diluir el escándalo —concluyó Doyle.

Los presentes miraron con desdén a la funcionaria dando a entender que ojalá todos sus dolores de cabeza fueran tan simples. Ella dio un apresurado sorbo a su taza de té.

—Sin embargo —refutó el galerista estadounidense—, es harto probable que nosotros, así como los fondos de inversiones y demás intermediarios tengamos que responder ante la ley. No sé lo que pasará con ustedes —dijo mirando a Doyle—, pero en mi país los coleccionistas se nos tirarán a la yugular reclamando la nulidad de las ventas, solicitando la devolución del importe y el rembolso de las comisiones más los intereses. ¡Y eso sin considerar el descrédito que supondrá para todos nosotros! Imagino que nunca más podremos colocar obras de Beacon.

—Como he dicho, todo dependerá de la presión que ejerzan nuestros *lobbies* —arbitró Doyle evitando entrar en la polémica, ciñéndose el nudo de su solemne corbata roja.

El apoderado del fondo de inversiones israelí, que aún no había abierto la boca, se puso en pie con la taza de café en la mano y rodeó la mesa. Unos y otros se miraron con perplejidad.

—Bien, evidentemente poco hay que añadir en el caso de que nos lluevan las demandas —empezó diciendo—, tan solo nos quedará mover los hilos para que, como bien apunta nuestro anfitrión, los tribunales desestimen las reclamaciones o reduzcan las indemnizaciones al mínimo. Pero esa es una conducta pasiva, y tal vez demasiado conservadora.

—¿Qué propone? —preguntó el japonés.

—Una gestión más dinámica, algo que nos permita seguir haciendo lo que mejor sabemos hacer: ganar dinero. Al menos, el suficiente para compensar las eventuales pérdidas. Los

asistentes lo observaron con atención, rogando con la mirada que continuara con la explicación. El israelí se sirvió otra taza de café y volvió a sentarse.

—Partamos de la premisa de que Udrev es por fortuna un artista fallecido, me refiero a que su obra es la que es, tenemos una producción perfectamente delimitada. En segundo lugar, ese Udrev fue un pintor excelente, y si nunca ha sido reconocida su auténtica valía no ha sido por falta de talento, sino por su particular mala relación con galeristas y marchantes, y también, así debemos reconocerlo —añadió el israelí con un falso tono de arrepentimiento—, porque nuestras estrategias e intereses comerciales estaban en otros autores. En tercer y último lugar, su obra todavía tiene un precio muy asequible.

Entonces carraspeó, bebió un poco de agua y concluyó diciendo que lo que tenían ante sí era un nuevo producto, una gran marca, y dependía de ellos que entrara o no en los círculos del arte como una nueva estrella. A fin de cuentas, solo le harían justicia. Udrev era ya una leyenda que pedía a gritos cotizar como el que más. Una vez fallecido, contaba con todos los requisitos, y si ellos decidían que únicamente estaba un peldaño por debajo de Picasso, el público diría amén, y los inversores y museos también.

Los presentes hicieron sus cábalas.

—¿Y cuál es el pacto? —preguntó uno de los abogados de las casas de subastas.

—Hagan lo que han hecho toda la vida: comprar barato para revender a precios desorbitados —propuso el israelí—. Pónganse a buscar y comprar obra. Dentro de unos meses, no más de tres, lancen una campaña a través de críticos, historiadores, periodistas, Internet, televisión, todo lo que se les ocurra. Convenzan también a los principales museos del acierto de programar exposiciones con la obra de Udrev y, finalmente,

coloquen a bombo y platillo alguna de sus obras en las más prestigiosas subastas…

—Pero nosotros… —masculló uno de los subasteros.

—¡Ahora me van a venir con remilgos! —lo interrumpió el israelí con tono airado—. Me temo que no estoy diciendo nada que ustedes no conozcan ya a la perfección. Pongan un par de sus obras en esos hermosos catálogos que editan, también en sus páginas web, y suban la puja hasta precios descabellados, y aunque sea con falsos postores o perdiendo dinero, adjudiquen las obras. ¡No es tan difícil de entender!

Los subasteros miraron al banquero con estupefacción, sin saber bien cómo reaccionar. El japonés cerró los ojos y asintió con un leve movimiento de cabeza. El resto lo secundó paulatinamente. A la vista de la aprobación que se traslucía en el rostro de todos los presentes, Doyle retomó la palabra:

—¿Alguna otra cuestión que deba ser debatida antes de levantar la sesión?

La funcionaria británica se acarició el mentón y cruzó una mirada cómplice con los galeristas.

—Tal vez sería necesario que previamente alguien nos confirme si efectivamente el Hermitage tenía ya programada una exposición de Udrev. Creo que esa es la razón de que el secretario de la embajada rusa esté aquí —dijo la mujer con gesto avieso, mirando de reojo al aludido.

—En efecto —reconoció el ruso tras vacilar unos segundos—, el Hermitage tiene programada esa exposición y está prevista su inauguración dentro de un mes y medio.

—¿Tal vez una casualidad? —preguntó la británica con retintín.

—Deben saber que Udrev, aunque nacionalizado español, es de origen ruso, y por lo tanto no es de extrañar que la dirección del museo creyera acertado reconocer los méritos artísticos de un compatriota.

—Tal vez, pero parece extraña tanta coincidencia —refutó ella con fina ironía.

—Pueden creerme, reconozco que la muerte del artista pueda resultarles una fatal casualidad, pero todo es…

—¿Y lo sucedido en la galería Vostaniya? ¿Ese robo de dos obras de Udrev es también una fatal coincidencia? —lo interrumpió.

El ruso jugueteó nerviosamente con el bolígrafo y bebió un sorbo de agua, dándose tiempo a pensar la respuesta más adecuada:

—Reconozco, en honor a la verdad, que nuestros servicios de inteligencia investigaron ese asunto. Bien pudiera ser que algún miembro del consejo de dirección cometiera la imprudencia de comentar la programación de Udrev con terceros, y tal vez llegara a oídos de algún indeseable… ¡En fin, tampoco era un secreto de Estado! Reconozco que no fue lo correcto, pero deben considerarlo una anécdota.

—¿Y del robo? ¿Qué más se conoce? —incidió de nuevo la británica.

—Nada se ha sabido de sus autores, sin duda unos profesionales…

—Al margen del Hermitage, ¿le consta de alguna galería rusa que haya acumulado obra de Udrev? —preguntó el galerista estadounidense.

—Sinceramente, no estoy al corriente —se disculpó el ruso con la vista puesta en la mesa.

—En cualquier caso —dijo la británica dirigiéndose a todos los asistentes—, en mi opinión, y como medida preventiva, se haría necesario que el Hermitage postergara esa exposición hasta dentro de tres meses, el tiempo necesario para que el resto podamos hacer acopio de la obra de Udrev. De lo contrario, sería jugar con ventaja y eso no sería justo; todos debemos comenzar en igualdad de condiciones.

—Tal vez ustedes podrían convencer al Hermitage —le sugirió Doyle al ruso.

El secretario de la embajada se limitó a asentir en silencio. El abogado realizó una llamada interior desde el teléfono de sobremesa, y al punto entraron las secretarias del bufete. Con gran protocolo, se afanaron en acompañar a los asistentes de dos en dos hasta la salida. Doyle miró a las empleadas con atención, esperando que recordaran las instrucciones recibidas; era necesario que la sala se desalojara según el orden previsto. Finalmente quedaron el secretario de la embajada rusa, Evgeni Morózov, más conocido en las noches londinenses como Zhenya, y dos galeristas, el británico James Lang y su colega alemán, de ascendencia suiza, Dieter Bischberger. Doyle les sonrió con artificio y les entregó su tarjeta.

—Ruego que esta tarde contacten con mi secretaria. Ella les dirá el lugar y la hora.

22

Londres, 5 de abril, 19:30 horas

La noche era fría y húmeda. Había llovido durante todo el día, y, tras un breve paréntesis, el aguacero arreciaba de nuevo. Los invitados se refugiaron bajo sus paraguas hasta alcanzar el cobertizo de una espléndida mansión próxima a Oxford Street. No tenía la apariencia de un hotel ni tampoco de un restaurante, nada que lo identificase como un establecimiento público. Tras su bella fachada victoriana se escondía un espacio exclusivo destinado a reuniones y fiestas privadas de la aristocracia. Su alquiler, por horas, costaba un dineral, pero la firma de abogados Goldman & Roth consideró que podía ser una inversión rentable.

Arthur Doyle los recibió en un inmenso salón decorado con unos cuadros que todos, a excepción del anfitrión, acertaron a atribuir a la escuela de la Hermandad Prerrafaelita. El último en llegar fue Evgeni Morózov, que se deshizo en disculpas y trató de justificar su retraso escudándose en los muchos imprevistos que a diario surgían en la embajada. Nadie lo creyó. Su aliento apestaba a alcohol y una minúscula mácula de carmín manchaba el cuello de su camisa. Bischberger y Lang se limitaron a mirarlo con indiferencia. Doyle acompañó a sus tres invitados hasta el comedor y los sentó ante una delicada mesa de estilo Chippendale, vestida con finos manteles y una magnífica cristalería. El sumiller los introdujo brevemente en

los vinos catalanes que había elegido para la ocasión. Según él, lo mejor de las tierras del Priorat y Montsant. Morózov lo observó con gesto impaciente, deseando que se dejara de tanta palabra y diera comienzo la cata.

Para bien del anfitrión, resultó ser una cena plácida, trufada de conversaciones intrascendentes. El arte fue el tema principal, pero también las finanzas. En cualquier caso, nadie quiso defender posiciones encontradas. Todos se esforzaron en compartir sus puntos de vista adoptando perspectivas ambiguas. Se sucedió una menestra de verduras y un guisado de ave que todos alabaron unánimemente.

El sumiller volvió a hacer acto de presencia. Tras interesarse por las opiniones de los comensales, y siguiendo la línea propuesta, les presentó dos de sus cavas preferidos: el Turó d’en Mota de 1999 y el Gramona Enoteca Brut Nature de 2002. Les rogó que tuvieran a bien deleitarse con las sutiles diferencias entre ambos.

Terminados los postres —un pudin *sticky toffee* tradicional relleno de helado de vainilla—, el abogado condujo a sus invitados al salón contiguo. El espacio estaba presidido por una enorme chimenea; junto a ella uno de los camareros se empleaba en atizar el fuego. Doyle ofreció a Bischberger y Lang que tomaran asiento en un sofá Chesterfield, con sus brazos curvos, respaldo bajo y un tapizado capitoné; resplandecía como si lo hubieran acabado de encerar. Doyle indicó con la mirada a Morózov que ocupara la butaca frente a ellos, y él se instaló en el sillón dispuesto en el otro extremo. Los camareros dejaron el café, el té, la jarrita de leche y los licores en la mesita que había junto a la chimenea, y abandonaron la sala en perfecto orden y silencio. El abogado jugueteó unos instantes con la cucharilla de café y dio un breve sorbo a su taza.

—¿Qué opinión les merece la reunión de hace unas horas? —sondeó con tiento.

—Muy interesante la aportación de ese financiero…

—valoró Lang respaldado por la autoridad que le confería su importante galería.

—Imagino que se refiere al señor Malkvich —puntualizó Doyle—. Debería estar aquí, pero esta misma noche partía para las islas Caimán.

—Comprendo…, lo que desconozco es si todos compartimos la misma opinión que Malkvich —expuso Bischberger con desconfianza. Doyle advirtió la cautela del galerista alemán y se estiró en busca de otro azucarillo.

—Aquí estamos todos en el mismo barco, y por lo tanto podemos hablar sin tapujos.

—Disculpe, pero todavía no sé exactamente a quién representa —planteó Bischberger muy poco convencido—. ¿Tal vez a las casas de subastas?

—Lamento no poder contestarle —se disculpó el abogado—. Les ruego que lo consideren un secreto profesional, pero sí les diré que los intereses de mi representado y los suyos son los mismos. Y añado también que ninguno de mis servicios les va a suponer un desembolso. Mis honorarios ya han sido abonados.

—No dudo de usted —manifestó Lang—, pero antes de seguir la conversación desearía que Morózov pudiera confirmarnos la versión que antes nos ha ofrecido sobre el robo de la galería Vostaniya. Hacía ya rato que el ruso parecía ligeramente afectado por el alcohol. Aun así, dio un nuevo sorbo a la copa de cava que arrastraba desde los postres.

—No les he ocultado nada.

—¿El Hermitage está implicado en ese robo? —preguntó Lang con una mueca severa.

—En absoluto. ¿Cómo puede decir eso? —soltó Morózov con tono airado.

—¿Seguro que no hay conexión entre ese alunizaje y la exposición proyectada? ¿Hay alguien que esté acumulando

obra de Udrev? —insistió Lang esperando que el alcohol aflojara la lengua del secretario de la embajada.

—Puedo aseverar que no hay ninguna vinculación; lo contrario sería absurdo. El museo ya tiene obra suficiente, y si el ideólogo de ese robo fuera un galerista ruso, descuiden porque antes o después sabremos de quién se trata y lo atraparemos. Ruego consideren ese tema zanjado.

—¿Qué medidas han tomado? —planteó Lang.

—Saben mejor que yo que esas obras robadas de Udrev están catalogadas, por lo tanto asumo el compromiso personal de que sus imágenes y detalles lleguen a todas y cada una de las comisarías rusas, y también a Interpol. Pueden estar seguros, que, una vez incluidas en la relación de obras de arte robadas, aquel que las haya sustraído no podrá exportarlas jamás —determinó Morózov con una autoridad que a los presentes les recordó las peores épocas comunistas de su país.

—No pretendo dudar de su palabra —intervino Bischberger con extrema delicadeza—, pero entenderá que nos sea difícil adivinar lo que pueda haber tras ese robo. ¿Por qué precisamente esos dos cuadros? A buen seguro que en Rusia tienen obras de Udrev mucho más valiosas que las sustraídas. ¿Y si se trata de un robo por encargo?

—Reconozco que, de ser así, todo sería más complicado. Pero aun en ese supuesto creo que debería bastarles mi palabra.

Doyle se percató de que la conversación se había convertido en un interrogatorio, y las respuestas del ruso continuarían girando en torno a una espiral que no conduciría a nada. Muy probablemente Morózov les estaba siendo sincero, y de no serlo, tampoco conseguirían hacerle cambiar de actitud. El simple conteo de las copas ingeridas por el ruso le advirtió que ese hombre llevaba tanto alcohol en sangre como el que pudieran sumar el resto de los invitados. Todos sabían que Morózov era un profesional, ya fuere de la política como del

alcohol: por mucho que siguiera bebiendo ya no iba a aflojar más información. Doyle decidió que era el momento de cambiar el hilo de la conversación desviándola hacia la segunda de las cuestiones que tenía en mente, pero antes debía deshacerse de Morózov. Su presencia ya no era necesaria, e incluso poco conveniente. Lo hizo con toda la sutileza de la que fue capaz.

—¿Tal vez le han sometido a un interrogatorio un tanto excesivo? —se excusó mostrándole una amplia sonrisa—. Pero debe hacerse cargo, cualquier precaución es poca. Si lo desea, podemos dar por zanjado el asunto y ya no le robaremos más tiempo. Seguro que mañana le esperan un sinfín de asuntos en la embajada.

Morózov aceptó la proposición con otra gran sonrisa, encantado de verse liberado de esas interpelaciones. Dio un último sorbo a su copa de cava y llamó a su chófer desde el teléfono móvil. Doyle lo acompañó hasta la puerta y esperó junto a él hasta que apareció el coche oficial. Cuando vio al chófer desplegar un enorme paraguas, se despidió de Morózov y volvió a reunirse con el resto de los invitados.

—Como habrán podido comprobar, he estimado conveniente soslayar la cuestión de los *pendrives* durante la reunión de esta mañana —retomó Doyle con un gesto de alivio.

—¿Acaso alguien no estaba informado? Bastaba con leer la noticia en prensa —manifestó Bischberger con gesto incómodo.

—En efecto, todos los presentes sabían de su existencia, y precisamente por eso estaban allí, pero mi representado me solicitó que en la medida de lo posible no entrara en ese detalle a fin de evitar eventuales implicaciones y responsabilidades. Lo comprenden, ¿no?

—Mejor así, demasiada gente en esa reunión —asintió Lang.

—Bien, como todos sabemos, ese primer *pendrive* pone en cuestión al pintor Beacon, pero hay una última noticia al

respecto —anunció Doyle.

—¿Cuál? —dijeron los dos al unísono.

—Hace apenas unas horas me han informado confidencialmente de que un segundo *pendrive* pone también en duda la obra de otros dos artistas: Henry Moor y Giacomo.

—¡Santo cielo!, ellos también —exclamó Lang.

Bischberger se recostó en el sofá, y un frío sudor perló su frente, como si de golpe le hubiera sacudido una fiebre tropical. Lang le dedicó un gesto de conmiseración. Sabía bien que el alemán era quien más obra de Giacomo había colocado en el mercado. Bischberger se palpó el pecho, inclinó la cabeza hacia delante, miró al frente con la mirada extraviada y tomó la palabra:

—¿Se conoce el contenido íntegro de ese *pendrive*? ¿A qué obras o periodos artísticos afecta? —preguntó con voz frágil.

—No tengo más detalles —se lamentó Doyle—. Ha quedado en poder de la Policía española, e intuyo que costará mucho obtener la información completa.

Bischberger se volvió a recostar en el sofá y maldijo el día en que, guiado por el amor patrio que destilaba su media sangre suiza, apostó por el también helvético Giacomo.

—Lo siento —dijo Doyle—, pero eso ya no lo podemos evitar. Lo que sí está en nuestras manos es hacer lo imposible para frenar esa sangría.

—¿Hay más? —preguntó Bischberger con preocupación.

—Los especialistas consultados estiman que Udrev realizó otras dos, tres o tal vez cuatro esculturas de la misma serie. Ya sé que no es un dato muy preciso, pero es todo lo que sabemos.

—¿Está diciendo que esas otras esculturas contienen similares *pendrives*?

—Es más que probable.

—¡Maldito demonio! A saber a cuántos otros artistas habrá implicado. Si Udrev ha querido vengarse de nosotros,

reconozco que lo ha conseguido con creces —prorrumpió Lang encolerizado—. Esto va a ser una ruleta rusa. ¿Cuántos de nosotros vamos a caer? Nuestra reputación se va directamente al carajo.

—Nuestra reputación y también nuestro dinero —se lamentó Bischberger—. Mi último Giacomo lo coloqué por cincuenta y cinco millones de euros —reconoció como si confesara su más íntimo secreto.

—De eso se trata, y por eso los he convocado aquí —proclamó Doyle con artificial optimismo.

—Usted dirá —articuló Lang expectante. Doyle se dirigió a la chimenea y añadió dos troncos al fuego. Volvió a su butaca y acarició el respaldo.

—Lo diré sin rodeos. Se trata de hacer lo preciso, dentro de la ley o al margen de ella —subrayó—, para apoderarse de esas malditas esculturas y de todo lo que contengan, y debe hacerse muy rápido, antes de que otros, incluida la Policía, puedan dar con ellas. Esa es la única forma de silenciar para siempre los secretos de Udrev. Ustedes están aquí en su propio nombre y también como representantes de los suyos, y ahora les toca decidir.

—¿Quién se va a encargar? —preguntó Lang.

—Quien sea está ahora en este mismo edificio, esperando la decisión de ustedes dos para iniciar la operación mañana mismo.

Lang y Bischberger se miraron desconcertados. Se conocían muy poco, apenas se habían tratado en un par de ocasiones, pero en ese momento se veían compelidos a jugar la misma partida de cartas, y también con fuego. Bischberger se sabía implicado a causa de la obra de Giacomo, pero era consciente de que podía verse comprometido en otros muchos frentes. Lang todavía estaba limpio, pero no sabía por cuánto tiempo. Como acababa de decir Doyle, nadie conocía el número de

artistas complicados en el caso.

—Díganos antes su nombre —exigió Bischberger.

—No lo voy a hacer —respondió Doyle—. ¿Qué ganarían con saberlo? Mejor guardar su anonimato.

—No me gusta confiar en alguien que no sé quién es —refutó Bischberger.

—Solo les diré que es de los nuestros, todos ustedes lo conocen, y él también a ustedes. Trató a Udrev personalmente e incluso trabajó para él de forma esporádica. Sin duda, es la persona más apta de la que disponemos. De hecho, ya ha empezado a trabajar en el asunto.

—¿Y el precio? —preguntó Lang.

—Exclusivamente los costes, ya hemos pactado que no se llevará una sola libra a su bolsillo.

—Entonces, ¿para qué se implica?

—Por honor.

—¿Y los costes estimados?

—Nadie lo puede saber aún. Si estamos a tiempo de adquirir alguna de esas esculturas, su coste será exclusivamente el precio pagado. Si no es posible, deberemos afrontar el gasto que suponga la contratación de otros profesionales.

Creo que me entienden —añadió de forma enigmática.

—¿Cómo nos comunicaremos con usted?

—Lo haré yo, pero les advierto que solo les diré el número de esculturas recuperadas y los artistas comprometidos. Nada más.

23

Verges (Baix Empordà), 9 de abril, 19:15 horas

El Range Rover abandonó la carretera y tomó un camino de tierra. Tras él, un sedán negro estacionó en el mismo cruce bloqueando el acceso.

El todoterreno redujo la velocidad y, tras salvar los primeros baches, apagó las luces dejándose guiar por la mortecina luz del crepúsculo. A escasos metros alcanzaron a ver la silueta de una antigua casa de campo.

—¡Detente frente a la verja! —ordenó el que ocupaba el asiento del acompañante y vestía una parka militar y un gorro de lana negro.

El chófer giró la llave de contacto y esperaron a que el silencio se restableciera. Los cuatro ocupantes escudriñaron el exterior a través de las ventanillas. Tras la verja se esbozaba un gran jardín bordeado de cipreses, un viejo pozo y al fondo una torre de defensa medieval adosada a una amplia masía. Solo una lánguida bombilla iluminaba la entrada principal. Al momento oyeron unos lejanos ladridos que se hicieron más intensos. El perro frenó su carrera tras la verja, enmudeció unos segundos y volvió a ladrar como un poseso.

—¡Por amor de Dios, que alguien haga callar a ese animal! —ordenó con rabia el individuo de la parka, que ejercía de cabecilla.

Uno de los pasajeros de atrás abrió la puerta del vehículo y

se llevó la mano a la pechera del abrigo. Tras oírse una pequeña detonación, el animal gimió y calló. El jefe rebuscó en sus bolsillos un manojo de llaves que entregó a uno de sus subordinados.

—¡Abrid la verja!

En cuanto la traspasaron, uno de los hombres ayudó a su colega a retirar al perro que yacía en la entrada. Lo metieron en una gran bolsa y la llevaron al maletero. El cabecilla se apeó y, tras anudarse un fular en el cuello y calarse el gorro negro hasta las cejas, se encaminó con paso resuelto hacia la casa. Marchaba con una tranquilidad pasmosa, con la seguridad de que en ese momento la masía estaba desierta. Los otros dos lo siguieron a escasa distancia; el conductor se quedó al volante. Al llegar bajo la luz del porche, el cabecilla se limitó a levantar la mano y señalar con el dedo índice la cerradura. Al instante, uno de sus acompañantes probó a embocar las llaves y tras un par de intentos abrió la puerta. Ya en su interior, el jefe se quitó el gorro y ordenó encender las linternas.

—Ya sabéis lo que estamos buscando, así pues, no toquéis nada. Solo quiero esa maldita escultura. ¿Entendido?

El grupo deambuló por un gran salón circundado de arcos de piedra, para luego adentrarse en las habitaciones contiguas. Más tarde subieron a la segunda planta, rebasaron el distribuidor y se toparon con una gran estancia de altísimos techos. Iluminaron metódicamente las paredes de izquierda a derecha hasta que los haces de luz acabaron deteniéndose en una peana de madera. El hombre de la parka revisó un documento que sacó del bolsillo y señaló una extraña escultura.

24

Barcelona, 14 de abril, 15:00 horas

Llevaban ya muchos días en el dique seco. Por mucho empeño que pusieran, y por más que Márquez les apretara las tuercas, Jan y Carla no avanzaban. Seguían sin tener nada, todas sus pesquisas parecían topar contra farallones invisibles.

Descartado Allan Hamilton, voluntariamente desterrado en China —en lo que más bien parecía una *mise en scène*—, habían dirigido las indagaciones hacia su excompañero De Bruyn. El belga afincado en Sitges, a pocos kilómetros de Barcelona, poseía un historial alarmante. Ya en su declaración, la secretaria de Udrev lo había tachado de truhan, pero ese resultó ser un calificativo benévolo a la vista de sus antecedentes en Interpol: condenado por cómplice en la falsificación y contrabando de piezas de arte, extorsión, retención ilegítima de obras de diversos artistas, emisión de certificados de autenticidad falsos y numerosos impagos. Un delincuente de guante blanco que, no sin apuros, había logrado evitar la cárcel, siempre *in extremis*, pactando su colaboración con los fiscales. Probablemente su exilio a Sitges no era más que una operación de lavado de imagen; una maniobra demasiado parecida a la de su excompinche británico. ¿La diferencia entre ambos? Para Jan era tan solo una cuestión semántica. Tanto uno como otro habían querido poner tierra de por medio con la intención de acabar haciendo los mismos

negocios sucios, pero en el caso de De Bruyn, sin renunciar a la buena vida y al sol que le proporcionaba esa población costera. Navas, el compañero de Jan, llegó incluso a visitar el domicilio del belga, pero no lo encontró en casa. Posteriores investigaciones confirmaron que había viajado a Londres sin reservar billete de vuelta.

Tampoco Zimmerman, Clay y Johnson, los últimos galeristas con los que Udrev mantuvo relaciones comerciales, parecían ser agua clara, pero las autoridades estadounidenses se estaban tomando su tiempo y la documentación nunca acababa de llegar. Esa circunstancia solo tenía dos lecturas posibles: o bien a los yanquis les traía al pairo el caso, o bien se lo estaban tomando muy en serio y, tarde o temprano, acabarían por enviarles un minucioso informe, trufado de datos y referencias. Eso es lo que esperaban.

El comisario Márquez llamó a Jan y Carla por el teléfono interno y los citó *ipso facto* en su despacho. Ambos pensaron que les iba a caer una de las reprimendas tan habituales en los últimos días. Acudieron cabizbajos, dispuestos a soportar su sermón. Márquez los mandó sentarse frente a él.

—Ha desaparecido un perro y quiero que os encarguéis vosotros del asunto —les ordenó Márquez. «El jefe se ha levantado hoy gilipollas», pensó Jan. «Me están despidiendo», concluyó Carla.

—¿Es guasa o nos estás relevando del caso Udrev? —preguntó Jan de pésimo humor.

—No, en absoluto.

—¿Entonces? —intervino Carla todavía con un nudo en la garganta.

—La desaparición del animal ha tenido lugar en la segunda residencia del artista —aclaró Márquez.

—¿Otra residencia? ¿Cómo es que nadie nos ha advertido de que la tenía? —preguntó Jan con perplejidad.

—La propiedad todavía está registrada a nombre de la difunta mujer de Udrev, esa es la razón por la que no aparece en ningún informe policial.

—Pero ni Alma Udrev ni su secretaria nos hablaron de ella —se quejó Jan.

—También hay que saber preguntar —les reprochó Márquez.

—¿Dónde está esa residencia?

—Cerca de un pueblo llamado Verges, en Girona, a algo más de una hora de Barcelona.

A decir de Márquez, se trataba de la masía donde Udrev pasaba los veranos, normalmente desde finales de junio hasta principios de octubre, una larga temporada en la que el artista se retiraba del mundanal ruido. La Policía Local, al corriente de las noticias, había dado por sentado que esta desaparición estaría vinculada con el caso Udrev y contactó con la comisaría. Tanta eficacia y competencia hizo que Márquez se sonriera; ya nadie lo engañaba. Era obvio que a la Policía Local de Verges poco le importaba que estuviera o no vinculado al expediente Udrev; solo pretendían pasar la patata caliente y archivar la denuncia.

—Tampoco es tan extraño que desaparezca un perro —apuntó Jan.

—No lo es, pero según la denuncia el animal es un pastor alemán fiel y bien instruido que nunca antes se había escapado de la casa.

«Seguramente por razón de una perra», dedujo Jan con sonrisa larvada.

—¿Cuándo desapareció? —preguntó Carla.

—Creo que hace cinco o seis noches —dijo Márquez tratando de localizar la fecha en el informe—, lo echaron en falta al regresar de las compras semanales que realizan en los centros comerciales a las afueras de Figueres.

—¿Robaron en la casa?

—No han puesto denuncia por ese concepto —confirmó con la vista fija en el escrito—. Pero hay algo más, es probable que también haya desaparecido una mujer, todavía no está confirmado pero tiene trazas de que así sea, y eso sí sería muy grave.

—¿Quién? —preguntó Carla.

—Una emigrante marroquí que trabajaba como empleada del hogar en la masía. La última vez que la vieron fue el día antes de la desaparición del perro. No han vuelto a saber de ella.

—¿Alguna relación entre las dos desapariciones?

—sondeó Carla.

—No, en principio, pero esto es lo que quiero que investiguéis.

—¿Salimos mañana para allá?

—No, ahora mismo —sentenció Márquez.

—Pero es algo tarde —objetó Jan mirando su reloj de pulsera —. Llegaríamos ya al atardecer.

—Iréis ahora, entre otras cosas porque mañana es Viernes Santo, día festivo salvo que te corresponda estar de guardia —dijo Márquez mirando a Jan—. Además, imagino que tendréis ganas de acabar cuanto antes y regresar para el fin de semana. Así pues, decidle a mi secretaria que os reserve un hotel cercano y que haga las gestiones para que os cedan un coche de paisano. Mañana a esta misma hora quiero que me llaméis para decirme que lo sabéis todo, absolutamente todo, de esas dos desapariciones y si están o no relacionadas con Udrev. ¿Entendido? —dijo entregando a Jan una copia del informe.

Jan y Carla se dieron el tiempo justo para preparar una bolsa de viaje y regresar a la comisaría en poco más de una hora.

No tuvieron mucha suerte con el coche; lo más confortable que encontraron fue un Renault Megane con más de siete años y cien mil kilómetros. En cuanto enfilaron la autopista AP-7, Carla se encargó de conectar un GPS de quita y pon, y

establecer el punto de destino.

Durante un buen rato, uno y otro guardaron silencio, presuponiendo que cada uno estaría especulando sobre lo sucedido en Verges. Pero la realidad era muy diferente. Ambos se sentían extraños y ridículos metidos en el coche, como si fueran un par de tortolitos escapando de Barcelona para pasar la Semana Santa en un hotelito. Jan decidió romper ese mutismo:

—Reconozco que me sorprendió tu exposición sobre el arte moderno.

—Es un mundo complejo —dijo Carla aclarándose la garganta—; muy diferente al de la literatura, donde por muy recomendada que pueda ser una novela, si no está bien escrita o carece de una buena historia, ni gustará ni se venderá. —Se carcajeó.

—No lo dudo, pero tus comentarios también destilaban cierto enfado, como si estuvieras en guerra con el mundo del arte —dijo Jan tamborileando en el volante.

Carla reconoció estar hastiada de esa parte de la sociedad que se permitía el lujo de abrazar expresiones artísticas carentes de los valores estéticos que siempre han distinguido el arte de cualquier otra manifestación humana. Culpó de ello a esa seudofilosofía que concedía a la palabra —que definió como *discurso intelectual*— la posibilidad de cambiar la realidad de un objeto otorgándole características invisibles; así, es la palabra la que interpreta la imagen con explicaciones inexistentes. A partir del momento en que ese discurso intelectual toma forma, es el *show business* quien decide por real decreto las obras que son arte y las que no, y su dictamen pasa a convertirse en dogma. Ese es el trabajo de los gurús. La segunda parte del negocio es simple márquetin, y para ello nada mejor que confundir la calidad con el precio.

—¿Qué problema hay en poner a las obras unos precios tan

desmedidos como artificiales? —se preguntó Carla.

—¿Fijar los precios a capricho?, algún valor de referencia tendrán, ¿no? —replicó Jan mientras probaba las luces largas y cortas del vehículo.

—El comprador no suele ser un experto, sino alguien que solo pretende demostrar su capacidad económica.

—¡Pues que se compren un coche! —exclamó Jan dando un suave manotazo al volante, harto de conducir esa tartana.

—Eso ya lo hacen, pero a partir del segundo Ferrari, ¿qué compras? —se volvió a preguntar.

Para Carla la respuesta estaba en que ya nadie puede adquirir un Goya, un Velázquez o un Rembrandt, y ya no solo por sus precios desorbitados, sino porque no hay obra de ellos en el mercado. Así pues el negocio no está en Goya, sino en artistas recientes con una gran capacidad de producción. A los elegidos se les promociona sin importar en exceso su talento pictórico, hasta convertirlos en objetos de lujo. Ese es el negocio y el nicho de mercado, lo más parecido a una cadena de producción, y por tanto el factor tiempo es fundamental. No pueden esperarse a que un artista estudie las técnicas, las perfeccione y finalmente demuestre su valía. Eso requiere de un proceso demasiado largo y costoso, poco rentable. De ahí que se permita que los artistas carezcan de técnica y proceso intelectual; de esa forma cualquier objeto puede aspirar a ser arte. Lo único que se necesita es un especialista que le añada un discurso apropiado, ya sea moral, social o político.

—Y pobre de ti si los contradices, porque entonces te llaman ignorante —añadió—; y eso no es más que un chantaje, una forma de someter nuestro intelecto. Así pues, el único que se equivoca es el espectador, ya que el artista y su obra son infalibles. A toda bazofia se le puede dar una metáfora o un mensaje.

—¿Algo que ver con el caso Udrev?

—Los mensajes de Udrev están precisamente denunciando estas conductas y a los artistas de dudoso mérito que alguien se encargó de elevar a los altares.

—Espero que no consideres a Picasso uno de esos —dijo Jan con gesto turbado.

—¡No, por Dios!

Carla reparó en que había sido demasiado vehemente, o cuando menos imprecisa; no cabía generalizar. Era evidente que ese no era el caso de Picasso, Dalí, Miró, Pollock o Kandinsky, la personificación de la excelencia, hijos de una época en que el arte caminaba de la mano de un mundo cambiante, convulsionado por las guerras. Pero el enquistamiento del modo de vida había provocado una degeneración de conceptos. Una cosa era que el arte del siglo XX, ya desde sus inicios, se caracterizara por no poseer un código único, homogéneo —a diferencia de lo que sucedía en la tradición clásica—, y otra muy distinta que en la actualidad se basase en el escándalo y la transgresión permanentes. Probablemente se tendría que volver a definir la palabra *arte*, pero esa tarea no iba a ser fácil. Requeriría relegar al olvido la basura estética, desoír su promoción mediática y separar lo trascendente de lo vulgar. Por desgracia, la armonía y la belleza eran obviadas, e incluso despreciadas y pervertidas. Había surgido un nuevo espécimen cultural que encontraba en la trasgresión su razón de ser.

Si la firma del autor es la única distinción entre el trabajo de un aficionado y el de un artista reputado, si todo es arte, puede que nada lo sea.

A Jan le encantaba el tono que empleaba Carla cuando parecía enfadada con el mundo. Era vehemente pero dulce a la vez.

—¿Y Udrev cómo encaja en todo esto? —quiso concluir.

—¡Mal, muy mal! —Se sonrió ella—. Pero creo que nadie

asesina a un pintor por mostrarse crítico con el sistema. Simplemente se le arrincona, como efectivamente hicieron con él.

Carla reparó en que quizá esa no fuera la conclusión más acertada. En el caso Udrev todo parecía diferente. ¡Esas malditas esculturas y los *pendrives* subvertían el orden establecido hasta cotas insospechadas! ¿Y si alguien más conocía lo que ocultaban esas memorias USB? ¿Asesinaría por ello? Todo parecía indicar que sí.

25

Verges, 14 de abril, 18:30 horas

El GPS portátil pareció volverse loco. La pantalla empezó a pixelar hasta acabar formando una gran mancha negra. Carla, con una mueca cansina, decidió desconectar el aparato.

En las proximidades de Verges vieron tanta gente al pie de la cuneta que llegaron a temer que algo grave había pasado, tal vez un accidente. Con las luces de las primeras casas, repararon en que esa multitud acudía a algún tipo de festejo. Jan se armó de paciencia, sorteó con tiento a docenas de peatones y fue a toparse con un grupo de soldados romanos ataviados con sus lanzas, armaduras y cascos.

—¿Estamos en Roma? Creo que ese maldito GPS nos la ha jugado —dijo Jan con guasa.

—Tal vez nos ha trasladado en el tiempo —comentó Carla con la misma sorna.

—Ya es mala suerte coincidir con una procesión de Semana Santa. No vamos sobrados de tiempo —se lamentó el inspector.

Jan siguió las señalizaciones hasta llegar a las dependencias de la Policía Local. Después de mostrar sus credenciales, el agente de guardia les entregó una copia de la denuncia presentada por los masoveros por la desaparición del perro, y también la de los padres de Fátima, la empleada del hogar que seguía sin dar señales de vida. Jan y Carla, pese a llevar ya una copia, las aceptaron por simple cortesía. Jan trató de entablar

una charla informativa con el policía, pero este se mostró esquivo.

—Imagino que se habrán encontrado con *les manages* —les dijo.

—*¿Manages?* —preguntó Carla.

—Los romanos —aclaró como quien dice la mayor de las obviedades—. Dentro de unas horas tendrá lugar la representación de la pasión y a medianoche la Dansa. El Jueves Santo es nuestra fiesta más importante y tenemos el pueblo a rebosar de visitantes. Me gustaría estar con ustedes más tiempo, pero creo que esta noche va a ser imposible. ¿Les parece que nos veamos mañana? Prometo ayudarles en lo que necesiten.

Jan y Carla le preguntaron por la ubicación de la casa de Udrev, y supieron que quedaba a las afueras del pueblo, apenas a dos kilómetros. Según el policía local, no tenía pérdida pero, tal vez por sentirse culpable de no atenderlos debidamente, salió a la calle, emitió un agudo silbido y con la mano le indicó a un joven que se acercara. Habló con él y le entregó unas llaves. El mozo montó una escúter de cuatro tiempos pintada de blanco con rayas de color amarillo fosforescente. Tras indicarles con gestos que lo siguieran, atravesó el núcleo urbano y los guio hasta un punto en que la carretera se convertía en una pista de tierra. Ahí se detuvo.

—Sigan ese camino, y a los pocos metros encontrarán la casa a mano izquierda —dijo al tiempo que efectuaba un saludo casi militar y se despedía.

En apenas un par de minutos, rebasaron una gran verja abierta de par en par. La tarde había caído, pero todavía disfrutaron de claridad suficiente como para observar el jardín que se abría frente a ellos, y tras él la casa del artista. Carla no

pudo reprimir su emoción al identificar una antigua torre de vigilancia que tentativamente dató en el siglo XIV o XV, y a la que se le adosaban dos edificaciones más bajas: una masía y unas dependencias que posiblemente antaño fueron establos, hoy convertidos en vivienda. El caminito, de pequeñas piedras rosadas, moría junto a un viejo pozo, y tras él se divisaba la entrada principal. Al poco de detener el vehículo, salió a su encuentro el matrimonio de masoveros. Tendrían más de sesenta años y los miraron con cierta alarma. Carla fue la primera en presentar sus credenciales. El matrimonio pareció respirar con alivio.

—Después de lo sucedido, no vivimos muy tranquilos —reconoció la mujer. Los invitaron a entrar en su vivienda, sin duda la más sencilla de las edificaciones. Carla pudo confirmar que había sido un establo; incluso habían conservado los comederos del ganado. A decir de sus anfitriones, Udrev la había remodelado hacía unos diez años con un gusto exquisito.

—Lo queríamos mucho —murmuró la masovera con gesto afligido.

Su esposo asintió con la cabeza, pero no se atrevió a interrumpir a su mujer.

—Va a estar siempre entre nosotros, lo añoraremos demasiado —añadió secándose el lagrimal—. Y sus hijas, ¿cómo están? Deben haber quedado desconsoladas… Todavía las recuerdo de chiquillas correteando por el jardín. Tenían una verdadera fijación por asomarse al pozo; creo que solo lo hacían para que saliéramos corriendo tras ellas. —Se sonrió—. Eran como mis hijas. Hablé con Alma el día del funeral, me explicó el difícil embarazo de su hermana y…, en fin, tan solo espero que se quieran hacer cargo de esta casa. No sabemos lo que va a ser de nosotros.

Los masoveros les ofrecieron algo de beber. Todo cuanto pudieron decirles sobre la desaparición del perro, de nombre

Ness, no les aportó nada nuevo a la investigación. En cuanto a Fátima, la joven marroquí, hija de unos inmigrantes que llevaban años establecidos en el pueblo, nunca les había dado problemas, ni a ellos ni a sus padres.

—Ya saben, son musulmanes y la familia lo es todo para ellos —explicitó el marido.

Ciertamente, para Carla ese era el dato más preocupante. Si se hubiera tratado de una chica europea o americana, tal vez su desaparición podría tener otras causas, probablemente amorosas, pero con una musulmana se hacía más difícil entenderlo. «Salvo que se hubiere enamorado de un católico y sus padres no aprobaran su relación», reflexionó. Indagaron sobre la posible radicalización religiosa de la joven, pero el matrimonio fue unánime al contestar que era *bona gent* y que esa posibilidad no les podía entrar en la cabeza. Carla no dudó de ellos; a fin de cuentas Verges era una población pequeña y tranquila; y, como en todos los pueblos, unos y otros se sabían al dedillo la historia del vecino.

Fátima iba a casa de Udrev para realizar tareas domésticas dos días a la semana. Llegaba muy pronto, sobre las siete de la mañana, y se ponía a limpiar la masía. Más tarde, a través de la puerta interior, se desplazaba a la torre medieval, donde el artista había dispuesto su estudio y la habitación principal. Cuando finalizaba las tareas, cerraba la casa y atravesaba el jardín hasta la vivienda de los masoveros. Allí le preparaban un copioso tentempié, y acababa su jornada ayudando al matrimonio en la limpieza de la masovería, una vivienda de unos cien metros cuadrados distribuidos en dos plantas.

—¿A qué hora suele terminar? —preguntó Jan.

—Normalmente sobre la una o dos del mediodía. A veces, principalmente en verano y durante el ramadán —dijo la mujer como quien confiesa un secreto—, nos pide permiso para dar una cabezadita de media hora; su padre la tiene un poco

esclavizada.

—Deduzco que tiene las llaves de la puerta principal —dijo Jan.

—Solo las de la masía. Las nuestras nunca llegamos a dárselas.

—¿Y cómo se desplaza hasta aquí? —preguntó Jan.

—Andando, no son más de quince minutos desde el pueblo. Aunque en alguna ocasión su padre o hermano la han traído en moto.

—¿Tienen alguna idea del motivo de su desaparición? ¿Malos tratos? ¿Un amor? ¿Nunca les confesó alguna intimidad que pueda ponernos sobre una pista? —quiso saber Jan.

—Lo mismo nos preguntaron los policías que vinieron desde Girona, pero la verdad es que nada más podemos añadir —dijo la masovera con la aquiescencia de su esposo.

Jan reparó entonces en que la desaparición de la joven no era de su estricta competencia, al menos en cuanto no se demostrara que pudiera estar en relación directa con el asesinato de Udrev; decidió no hacer más preguntas al respecto. Carla se mantuvo en silencio, tomando notas y disfrutando del recogimiento que le ofrecía la estrecha y larga bóveda bajo la que se encontraban.

—Vemos que no han denunciado ningún robo. ¿No han echado nada en falta? —preguntó Jan.

—La masía y la torre son muy grandes y todavía no las hemos podido examinar a fondo, pero las cerraduras están intactas, por lo que creemos que no ha llegado a entrar nadie —dedujo el masovero.

—¿Les importa si lo revisamos nosotros? —propuso Jan.

Los masoveros asintieron de buen grado y los acompañaron hasta la masía. La mujer sacó un arete de llaves, abrió la puerta y se apresuró a encender todas las luces. Carla quedó hipnotizada al ver los densos muros, los arcos y las columnas

que se sucedían en cada estancia. Traspiraban arte e historia por todos sus resquicios. Quiso detenerse para observar la exquisitez de los ventanales, pero Jan no le dio respiro. La tomó del brazo y la llevó de habitación en habitación revisando puertas y postigos. Carla sacó de su bolso una pequeña cámara fotográfica y captó varias imágenes. No había duda de que Udrev era un artista incluso decorando la casa. Muebles modernos de cristal y hierro cuidadamente iluminados por infinidad de puntos de luz. Pero con todo, esa maravilla llegó a parecerle insignificante cuando accedieron a la torre. A Carla se le abrieron los ojos como platos al distinguir dos ventanales góticos, un arco ojival y una bóveda de crucería. Pensó que lo difícil ahí era no inspirarse. Reparó en que, aunque la parte principal del edificio correspondía a la Baja Edad Media, alguna zona escondía elementos románicos muy anteriores, tal vez de principios del siglo XII. Estaba embelesada.

Jan, sin embargo, no estaba para muchas contemplaciones; tras subir a la segunda planta, el matrimonio descorrió una gran reja, similar a las de unas mazmorras. Ese era el estudio del artista. La estancia era circular y de bóveda elevadísima, con un ventanal gótico tan grande como el que pudiera tener una iglesia. Jan examinó las mesas sobre las que todavía descansaban varios bocetos a lápiz y hurgó en los cajones y armarios.

—No veo pinturas ni esculturas. ¿Dónde las guardaba? —preguntó con extrañeza.

—Los únicos cuadros que hay son esas dos inmensas telas que han podido ver colgadas en las salas de la masía —respondió el masovero.

—¿Y los que pintaba cada temporada? ¿Dónde están?

—Antes de marchar solía venir una empresa de transporte y se los llevaba a su estudio de Barcelona.

Jan se detuvo frente a un pedestal de madera y examinó su

superficie. Los rastros de polvo le indicaron que ahí recientemente había estado expuesta alguna pieza.

—¿Y aquí? ¿Qué había?

—Creo que nada —dijo la masovera mirando a su esposo.

—¿Seguro?

—Diría que no —volvió a manifestar la mujer.

—¿No habría aquí una de esas esculturas? —preguntó Carla al tiempo que rebuscaba su teléfono móvil dentro del bolso hasta encontrar las imágenes de las dos piezas recuperadas—. ¿Alguna parecida a estas?

El masovero las observó detenidamente.

—Creo que tienen razón, aquí estaba una de esas figuras.

—¿Antes o después de que Udrev regresara a Barcelona? —preguntó Carla.

—Cuando marchó, la dejó aquí.

—Perdone, pero ese detalle es de suma importancia. ¿Está seguro? —insistió Carla.

El masovero recordó que la empresa de transporte que contrataba Udrev a final de temporada arrambló con todo; incluso con esa escultura. Y entonces Udrev le mandó ir a la furgoneta para recuperarla.

—¿Por alguna razón especial?

—Dijo que la pieza no estaba acabada. Por fortuna, aún permanecía en el asiento del conductor a la espera de embalarla adecuadamente. La cogí y la volví a dejar en ese pedestal. Era muy parecida a la que me han enseñado, pero sin pintar —concluyó el hombre.

—Mi marido está en lo cierto —terció ella con gesto avergonzado—. Yo misma pasé la escoba por el estudio una vez que los del transporte se marcharon. Lo dejaron todo patas arriba. ¡Ya sabemos cómo son! Y recuerdo que aquí estaba —dijo señalando el pedestal—. Ruego disculpen nuestra memoria, pero es que ya hace medio año de eso…

—No se preocupen —dijo Carla—. ¿Y qué sucedió con la escultura?

—Aquí quedó —respondió el hombre con rotundidad.

—¿Udrev no se la llevó? —preguntó Jan con impaciencia.

—No, definitivamente no —contestó el masovero—. El señor Udrev regresó ese mismo día a Barcelona en el AVE, y yo lo acompañé a la estación de Figueres en nuestro coche. Aquel día el maestro llevaba lo puesto, ni una maleta ni bolsa de mano. Por tanto, no la pudo llevar encima.

—Y cuando marchó el señor Udrev, yo misma cerré la casa —añadió su mujer.

—Entonces, ¿es posible que la robaran? —preguntó Jan.

—Eso es lo que parece —asintió el masovero con cara de circunstancias.

—¿Y nadie ha entrado en la torre desde entonces? —preguntó el inspector.

—Solo nosotros y Fátima. —¿Y ella pudo sustraerla? —sondeó Carla.

—Lo dudo mucho, por no decir que se me antoja imposible. ¿Para qué? El señor Udrev la habría echado en falta nada más llegar. Todo lo que habría conseguido es que la despidiéramos y perdiera el sueldo; su padre la habría matado a palos. No es que sea mala persona, pero menudo es cuando hay dinero por medio. Tiene a su mujer y a todos sus hijos trabajando para él. Solo les sonríe cuando le llevan la paga…, ya sabe cómo piensan esas gentes —agregó sin poder evitar cierta displicencia.

En ese momento sonó el móvil de Carla. Miró la pantalla, aceptó la llamada y se acercó al ventanal en busca de mejor cobertura, al tiempo que le susurró a Jan: «Es la comisaría». Un par de minutos después le dijo que los de administración no habían conseguido reservar ningún hotel para esa noche, ni siquiera un mísero hostal. Verges estaba hasta los topes, y la

única posibilidad era una casa rural a más de cincuenta kilómetros. Jan no pudo disimular su ira.

—Ni eso saben hacer esos calientasillas —murmuró.

El matrimonio lo miró con compasión y murmuraron entre ellos unos segundos.

—No les podemos invitar a cenar porque no tenemos nada preparado —se excusó la mujer—, pero lo que es dormir, en un periquete les monto dos habitaciones. Aquí tienen camas de sobra donde elegir.

Jan y Carla denegaron la invitación. Pero la mujer y su marido insistieron en que no les iba a suponer ningún problema.

—Como cenar tienen que cenar, mi consejo es que vayan al pueblo a tomar algo, y de paso aprovechan para disfrutar de nuestro Jueves Santo. Es un auténtico espectáculo, cientos de personas vienen expresamente a verlo.

—Algo nos ha dicho el policía local —repuso Jan.

—Podrán ver la pasión de Cristo en la plaza Mayor, y luego la Dansa de la Mort —sugirió el masovero.

—Suena realmente tétrico —dijo Carla escenificando un estremecimiento.

—No le falta razón. —Se sonrió él—. Es una danza antiquísima, cuyos primeros vestigios escritos datan de 1666, una reminiscencia de nuestros ritos ancestrales con los difuntos. Aunque hay quien dice que se originó mucho antes, tras las epidemias de la peste bubónica del siglo XIV.

Jan supuso que iba a ser difícil negar a una historiadora del arte la posibilidad de dormir en un torreón medieval y disfrutar de los valores antropológicos de esa danza. Además, tampoco le apetecía conducir otros cincuenta kilómetros para acabar regresando al día siguiente.

—De acuerdo —resolvió—, pero solo porque mañana tenemos que vernos con la Policía Local.

La masovera se llevó amablemente a Carla a la masía contigua, subieron a la segunda planta y le indicó las dos habitaciones que dejaría preparadas. En cuanto cerró la casa, le entregó un juego de llaves.

—Pueden regresar a la hora que quieran —le susurró al oído.

26

Verges, 14 de abril, 21:10 horas

Jan condujo por el camino de tierra entre baches y charcos hasta alcanzar la carretera. En cuanto oyó el suave rodar de los neumáticos sobre el asfalto, sus cavilaciones volvieron a girar en torno a la escultura desaparecida. —Estoy convencido de que por fin tenemos algo, pero no sé qué es —dijo en voz alta sin apartar la vista de la calzada.

—De creer en la inocencia de esa tal Fátima, y también en la de los masoveros, está claro que hay un tercer personaje —respondió Carla.

—¡Probablemente más de uno!

—¿Eso crees?

Jan atinó a poner en relación los hechos, uno tras otro, para acabar concluyendo que, si alguien se adueñó de las llaves de Fátima, tuvo que hacerle un seguimiento previo. De igual modo, esa misma persona debió vigilar los movimientos de los masoveros y, llegando a considerar que el perro resultaba un inconveniente, decidió neutralizarlo. Por último, con las llaves en su poder, sin masoveros y sin perro que lo incordiase entró en la torre y perpetró el hurto.

—¡Por esa razón se me antoja demasiado trabajo para una sola persona! —enfatizó.

—No niego que puedas tener razón, pero, un poco rebuscado, ¿no? —replicó ella.

—Lo sería para cualquier delincuente habitual, pero no para quien solo tiene como objetivo esa escultura…, porque eso es lo único que han robado —dijo encogiéndose de hombros y golpeando el volante con la mano.

Entonces oyeron un enorme zumbido, un impacto en la carrocería, y a continuación su vehículo se estremeció como si un huracán lo hubiera zarandeado. Décimas de segundos después vieron cómo una sombra oscura aparecía ante el parabrisas y se evaporaba en el horizonte de la carretera.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Carla con un vuelco en el corazón y tentando la pistola que llevaba en el bolso.

—¡Vaya hijo de puta! —gritó Jan—. Ese cabrón nos ha adelantado a casi doscientos kilómetros por hora en una carretera comarcal y sin luces. Ha pasado a un dedo de nuestro coche, ¡nos ha arrancado el retrovisor izquierdo! —dijo mirando a través de la ventanilla. Jan pisó a fondo, puso las luces largas y trató de perseguir al vehículo, pero al poco decidió levantar el pie del acelerador.

—¿No vas a ir tras él? —le reprochó Carla.

—¿Con este coche? Para cuando lleguemos a Verges, ese tipo ya estará en El Port de la Selva. —Sonrió forzadamente.

—Habrá sido uno de esos gamberros que van de juerga a la Costa Brava —dijo Carla volviendo a introducir el arma en el bolso.

—Hace tan solo un momento he visto las luces de un coche en el retrovisor, pero luego ha desaparecido; creo que era el mismo. ¿Has podido ver la matrícula?

—Lo siento, ha sido todo tan rápido… —se lamentó ella.

Era tal la cantidad de asistentes a las fiestas de Verges que se vieron obligados a dejar el vehículo en un improvisado aparcamiento a las afueras. Minutos después el problema fue conseguir un rincón en algún restaurante del pueblo. Tuvieron que esperar hasta las diez de la noche, hora en que los

visitantes acudían en masa a ver la representación de la pasión, para hacerse con una pequeña mesa. Pidieron un par de cervezas, unas patatas bravas y una tabla de embutidos con pan y tomate.

Tras abonar la cuenta, y ya en la calle, sintieron que se precipitaban en la boca del lobo, en la oscuridad más absoluta. Todas las luces del centro del pueblo estaban apagadas; las calles, como hacía siglos, quedaron tan solo iluminadas por antorchas y lámparas de aceite. El realismo era asombroso. Carla retuvo a Jan del brazo y le rogó que le diera unos minutos para leer a la luz de su móvil un panfleto del espectáculo que había recogido en la barra del bar. Jan aprovechó para fumarse un cigarrillo.

Poco después dirigieron sus pasos a la plaza Mayor. Allí se habían congregado cientos de personas para contemplar la representación de los últimos días de la vida de Jesús: el misterio de la pasión. Llegaron muy tarde, ya cuando los actores estaban escenificando el huerto de Getsemaní. Era tal la multitud que no pudieron más que asomar la cabeza unos breves instantes. Tuvieron que contentarse con tomar asiento en una sinuosa calle adyacente y oír de lejos el espectáculo.

Después de unos sonados aplausos, ante el decorado natural de la muralla y las torres fortificadas medievales, dio inicio la última de las escenas: la lectura de la sentencia de Poncio Pilato, la condena a muerte de Jesucristo.

—Cuando termine este acto, iniciarán la procesión de la Vía Dolorosa, la representación del camino que hizo Jesús hasta el Calvario —anunció Carla—. Y ya que poco más podemos ver, ¿te parece si buscamos algún punto del recorrido donde podamos contemplar la procesión?

Deambularon por el pueblo casi a oscuras, buscando un recoveco en sus estrechas callejuelas. Llegaron a un tramo en el que la calle se sumergía en un pequeño túnel y ahí, justo en la

entrada, decidieron quedarse. Tras un buen rato de espera vieron llegar a los primeros personajes. Carla y Jan se rencontraron con los romanos —o *les manages*, como allí los llamaban—, y tras ellos la conmovedora e impactante figura de Jesús con la cruz a cuestas. Le seguían la Verónica y un sinfín de figuras evangélicas ricamente ataviadas, que a la luz de los escuálidos candiles adquirían una credibilidad prodigiosa.

Tras un largo paréntesis, percibieron los golpes de un timbal. Un sonido seco, singularmente sordo y poco elaborado, parecido a aquel con el que antaño se anunciaba la decapitación de un reo condenado a muerte. Entre el humo de las antorchas surgieron de la nada cinco figuras humanas enfundadas en un maillot negro sobre el que se dibujaban los huesos del esqueleto. Todos llevaban el rostro cubierto con una calavera. El primero portaba una guadaña en sus manos con la frase *Nemini parco* ('No perdono a nadie') inscrita en su mango. El segundo, que ejercía de eje central de la danza, enarbolaba una bandera con dos tibias y la frase *Lo temps és breu* ('El tiempo es breve'). A su lado, otros esqueletos sostenían en sendos platillos los restos de ceniza con los que dejar constancia del triste destino de nuestro cuerpo mortal. El último portaba un reloj sin manecillas que recordaba el paso inexorable del tiempo.

El fúnebre cortejo lo completaban otros cinco personajes vestidos con negras túnicas y capuchas moradas. El que tocaba el timbal dejó súbitamente de golpearlo, el resto de los encapuchados frenaron la marcha y mantuvieron en alto las antorchas a fin de proyectar sobre los espectadores las alargadas sombras de esos espectros.

Se detuvieron frente a Carla y se hizo el silencio. La miraron con aire desafiante hasta que el tambor reanudó su ritmo. El eco parecía multiplicar por diez cada golpe: en ese instante dio comienzo la Dansa de la Mort. Los esqueletos iniciaron un

singular baile, unos saltos acompasados sin floritura alguna. Por su altura y constitución, se podía deducir que dos de los danzantes eran adultos y los otros niños. El del reloj sin agujas a cada salto señalaba con el dedo índice una hora aleatoria, para remarcar que la muerte nos puede sorprender en cualquier momento; la triste realidad de nuestro tiempo caduco. Con cada salto, la comparsa avanzaba unos metros. A los pocos minutos los esqueletos acabaron por desaparecer en la oscuridad, igual que habían llegado, al son de la misma danza tétrica y agónica.

—¿Qué te ha parecido? —susurró Jan sorprendido.

Carla le sonrió todavía hechizada. Era más un ritual que una danza; un rito que a buen seguro poco tenía que ver con el cristianismo. Tal vez la Iglesia posteriormente se lo apropió, como tantas otras veces, pero sus raíces debían buscarse en el drama de lo mundano, seguramente en las calamidades que trajo la peste negra y que asoló Europa en el siglo XIV, y, por qué no, probablemente superpuesto al ancestral culto a los difuntos.

Jan escuchó con atención la explicación de su compañera, acabó por esbozar una sonrisa cansada y se rascó los ojos.

—Es ya la una de la madrugada, y creo que debemos regresar a nuestro improvisado hostal —propuso.

Carla asintió, y tomaron rumbo al aparcamiento de las afueras de la villa. La oscuridad era tan profunda que no supieron orientarse entre las angostas callejuelas, que cada vez se les antojaron más solitarias. Carla propuso regresar al bar donde habían cenado y desde allí retomar el camino de vuelta, pero Jan se empeñó en mantener la dirección, convencido de que podrían ahorrarse una larga caminata. Carla siguió los pasos de su compañero maldiciendo en silencio su tozudez. «Los hombres son todos iguales, incapaces de consultar un plano ni reconocer que se han perdido», se repitió media

docena de veces, igual que un mantra.

A los pocos minutos ella creyó sentir unos pasos detrás. Se giró, pero no vio a nadie. Más tarde percibió otro ruido y volvió a darse la vuelta. Entonces vislumbró una sombra que al momento se desvaneció.

—¿Es posible que alguien nos esté siguiendo? —susurró a Jan al tiempo que miraba de nuevo atrás.

—Tal vez uno de esos romanos se ha encariñado de ti

—respondió conteniendo la risa.

—No sé si será un romano, pero estoy segura de que tras nosotros viene alguien —insistió Carla. Después de doblar un recodo descendieron por una calle de gran pendiente que moría en un descampado, y a lo lejos divisaron el aparcamiento. —¡Ahí lo tenemos! —dijo Jan con gesto ufano.

—¡Dios existe! —expresó ella con un suspiro de alivio.

Al aproximarse al vehículo, y justo cuando Jan pulsaba el mando a distancia y Carla procedía a abrir la puerta, apareció tras ella una figura humana con una capucha de color morado, igual que las de la procesión, y con el rostro oculto bajo un pasamontañas negro. Tomó a Carla por el cuello y le puso un cuchillo en la yugular.

—Hay alguien que quiere hablar con vosotros —dijo el individuo con calma.

De las sombras emergieron otros dos encapuchados. Uno se situó tras Jan y le encañonó la nuca. El inspector sintió una fuerte presión sobre las cervicales y alzó las manos. El tercer encapuchado se detuvo junto al maletero.

—Creo que se están metiendo en asuntos que no les conciernen, y hay alguien que está preocupado… —dijo el individuo con acento probablemente sudamericano.

Carla trató de zafarse, pero sintió que la navaja le oprimía la mandíbula con más fuerza. A pesar de ello, y viéndose libre de una mano, decidió deslizarla sigilosamente en su bolso, liberó

el seguro de su arma y la amartilló lentamente. Sin más movimiento, y sin sacar la pistola, se limitó a apuntar hacia atrás y efectuó un disparo. Su captor voló herido de muerte, estampándose contra el vehículo estacionado a su espalda. Jan aprovechó para tomar del brazo al encapuchado que lo encañonaba y lo empujó violentamente contra la ventanilla del coche. El individuo se quedó aturdido en el suelo, pero seguía empuñando la pistola automática. Jan se palpó su arma, alojada junto a los riñones, la sacó con un rápido movimiento, le apuntó y conminó al agresor a que soltara el arma. El encapuchado negó con la cabeza con una mirada que parecía decir: «Vamos a morir los dos». Jan dudó unos instantes, pero ante la amenaza le descerrajó un tiro en el pecho.

El tercer encapuchado aprovechó para huir a toda prisa. Jan le dio el alto, disparó al aire y, antes de que pudiera desvanecerse en la oscuridad, apuntó a las piernas. El hombre cayó herido en el suelo. Jan se acercó, lo registró, lanzó la pistola que llevaba unos metros más allá y le sacó el pasamontañas. Su aspecto, en efecto, era el de un sudamericano, de anchos pómulos y ojos negros, que torcía el gesto de dolor.

—¿Quién te envía? —preguntó mostrándole la placa.

—No lo sé.

—Puedo llamar a la ambulancia e intentar parar la hemorragia, o quedarme quieto, y eso depende de ti. ¿Quién te envía? —repitió.

—Un europeo…, un europeo del norte con acento francés. No sé nada más —dijo con voz vacilante.

—Existen millones de europeos del norte —replicó Jan.

—Un caballero alto, muy elegante, que parecía estar relacionado con el mundo del arte; tal vez un perista… Carla iluminó la escena con su móvil.

—¿Qué hay de los otros dos? —preguntó Jan sin apartar la

mirada del malhechor.

—Están muertos —respondió ella con la respiración entrecortada.

—Pues aquí tengo a otro que también va a morir, salvo que se decida a hablar —dijo Jan con rotundidad—. ¿Tienes el teléfono de la Policía Local? —le preguntó a Carla.

—Sí, lo tengo grabado en el móvil. El inspector agarró del mentón al tipo que todavía yacía en el suelo, obligándolo a que lo mirara a los ojos.

—¡Ya has oído a mi compañera! —le gritó—. De ella depende que una ambulancia te atienda en menos de cinco minutos y te salve la vida. ¿Quieres o no quieres colaborar? No me importa esperar a ver cómo te desangras.

—Le juro que no conozco su nombre.

—Supongo que al menos sabrás cuál era el encargo —preguntó con ironía. —Debíamos apoderarnos de una escultura… —¿Una obra de Udrev? —lo interrumpió Jan.

—Así es.

—¿Quién la tiene?

—Hicimos el trabajo y se la dimos a ese tipo europeo…

—¿Dónde?

—Acordamos la entrega en una gasolinera cercana a La Bisbal y él nos pagó el precio acordado. Un hurto, simplemente eso.

—¿Solo un hurto? ¿Y las llaves? ¿Cómo las conseguisteis? ¿Se las robasteis a la empleada del hogar? —Jan agitó la cabeza del delincuente.

—No lo sé, nosotros solo queríamos parlamentar con ustedes…

—¿Pretendes que me lo crea? ¿Me consideras tan rematadamente tonto? Me temo que dentro de unos minutos te vas a quedar tan blanco como la cera…

—Ni siquiera sabíamos que ustedes fueran policías, créame.

Alguien nos dijo que estaban haciendo preguntas sobre ese Udrev y solo pretendimos amedrentarlos.

—¿Quién te lo dijo?

—Victor, el mismo que se encargó de las llaves —reconoció doliéndose de la rodilla. —¿Y quién es ese?

—El que le ha encañonado.

—Demasiado fácil cargarle las culpas a un fiambre, ¿no te parece? ¿Y la joven desaparecida?

—De eso también se encargó ese tipo.

—¿Está viva?

—Victor tan solo tenía que robarle las llaves, pero la mujer se resistió. Fue un error, la golpeó demasiado fuerte... ¡Esos kosovares son unos estúpidos!

—Entonces, ¿está muerta? —preguntó Jan.

—Creo que sí.

—¿Y su cuerpo?

—La abordamos en la carretera, a muy pocos metros de la casa de Udrev. Ese idiota la golpeó varias veces, y al ver que había perdido el sentido y no respiraba, decidió dejarla en el bosque, muy cerca de la cuneta. Nadie tenía intención de matarla. Solo queríamos las llaves, pero las cosas salieron mal.

—¿La abandonasteis allí?

—Sí, nos asustamos y huimos.

—Me temo que me estás contando una milonga, y ya no te queda mucho tiempo...

—Le juro que estoy diciendo la verdad.

—¿Y ese tal Victor era el jefe de la banda?

—Sí, él lo organizó todo.

—¡Venga, no me fastidies! Resulta que Victor es el jefe, pero el que llevaba la voz cantante para parlamentar con nosotros eras tú. ¡Eso no se lo creerá ni el juez más bisoño! —exclamó Jan—. Me temo que estás agotando nuestra paciencia y que te vamos a dejar aquí solito para que te acabes de desangrar —lo

amenazó alejándose un par de metros.

—Victor obedecía las órdenes de otro kosovar amigo suyo —añadió convencido de que lo iban a dejar allí—, él fue quien nos presentó al europeo. A mí me eligieron para negociar con ustedes porque hablo español, por nada más…

—¿Le estás colgando el muerto a ese kosovar? ¿Pretendes irte de rositas?

—No, en absoluto.

—¿Y el nombre de ese otro kosovar?, el del supuesto jefe y socio de Victor.

—No lo sé, pero si revisan el teléfono móvil de Victor es probable que tenga su número.

—¿Y de Udrev también os encargasteis vosotros? ¿Lo asesinasteis?

—No sé de qué me habla. El tema de la escultura fue el primer y único encargo que recibimos de ese europeo. Nunca antes habíamos trabajado para él…, ni tampoco hemos matado a nadie.

—Parece que a la chica sí.

—Eso fue un accidente, ya se lo he dicho. Yo nunca he ido más allá del trapicheo, de hurtos y tirones.

—Bien, eso será fácil de comprobar —dijo Jan mientras se agachaba de nuevo, destripaba el pasamontañas y le hacía un pequeño torniquete.

Luego se giró hacia Carla y le pidió que llamara a la Policía Local.

—Diles que manden una ambulancia.

Cuando Carla se pegó el móvil a la oreja, Jan observó que tenía el rostro ensangrentado.

—¡Por Dios! ¿Estás herida?

Carla se llevó la mano al lóbulo de la oreja, se miró los dedos manchados de rojo y asintió. Jan le sujetó suavemente la cabeza y la iluminó con su teléfono.

—Creo que te han herido detrás de la oreja, seguramente con el cuchillo, pero no parece que sea grave. ¿Te duele?

—Un poco —reconoció ella—. Debe haber sido en el momento del disparo. El cuchillo lo tenía en ese lado —acertó a decir todavía con el susto en el cuerpo y con la frente bañada en sudor.

Jan buscó en el bolso de Carla, que aún olía a pólvora, tomó un pañuelo y le presionó la herida. Ella miró el bolso agujereado con cara disgustada.

—Has estado muy bien —la animó—; una decisión muy acertada, te felicito.

«Un par de ovarios», hubiera deseado decir.

—¿Crees que el departamento me pagará el bolso? —Se sonrió.

—Espero que sí, y de lo contrario, no te preocupes, correrá de mi cuenta —dijo devolviéndole la sonrisa.

Jan tomó el móvil de Carla y llamó a la Policía Local.

—Llega una ambulancia en cinco minutos —anunció tras la llamada—. Te curarán la herida, verás cómo no serán más de tres puntitos de sutura… Me alegra que Márquez te incorporase al caso —añadió con tal espontaneidad que Carla se sonrojó.

El inspector miró con desdén al delincuente, ocupado en sujetarse el torniquete.

—¿Todavía no te has muerto?

—Creo que estoy a punto de perder el sentido…

«Eso ya lo perdiste cuando naciste, pedazo de cabrón», se calló haciendo esfuerzos por morderse la lengua.

—Si aguantas otros cinco minutos, tal vez sea tu día de suerte; porque es evidente que tus dos compinches no la han tenido.

27

Sitges, 19 de abril, 10:10 horas

*D*e Bruyn dejó que el teléfono sonara hasta cinco veces antes de descolgar el auricular. Escuchó, articuló unas pocas palabras, torció el gesto y se palpó la sien. A los pocos segundos cortó la comunicación y blasfemó impasible en varios idiomas. Se hundió lentamente en el sofá, puso los pies sobre la mesilla del salón y observó el lustre de sus zapatos.

—*C'est fini, c'est la vie*.

El belga comenzó entonces a reírse de forma desmesurada, como si sufriera un ataque de histeria. Sentía la necesidad de carcajearse cada vez que pronunciaba esas palabras. Las repitió varias veces, e incluso trató de entonarlas con diferentes melodías. Luego esnifó otra raya de coca y se metió en la ducha, ensayando la misma frase según los diferentes géneros musicales que le venían a la cabeza.

Se vistió de forma impecable: un traje de Kiton, una corbata y zapatos de Gucci, un bello fular floreado y un sombrero Panamá de Brent Black. Por último se ciñó su Rolex Daytona de oro y envió un mensaje a Londres con las mismas palabras que insistentemente le rondaban la cabeza.

En cuanto salió de su chalé, se dirigió risueño a su oficina bancaria. Pidió entrevistarse con el director y se encerró en su despacho. Le ordenó una serie de importantes transacciones, de lo más variopintas, y finalmente le preguntó:

—¿Qué remanente queda en mi cuenta corriente?

—Algo más de doce mil euros.

—Lo deseo ahora y en efectivo —ordenó como si estuviera jugando en el casino.

Tras abandonar el banco, se deslizó alegremente hasta el paseo. Admiró el mar y se esforzó por verse a sí mismo dentro de ese paisaje. Se sintió feliz de que la brisa le acariciara el rostro y que, de vez en cuando, sintiera su sombrero tenso, a punto de echar a volar. Vagó por las callejuelas interiores y dejó saldadas dos pequeñas deudas que tenía contraídas. La primera, de apenas cien euros, con el bar donde a diario iba a tomar el vermut, y la segunda, de casi dos mil euros, con el ebanista que le había enmarcado sus recientes adquisiciones pictóricas. Comió algo en uno de los restaurantes del paseo, y ya con el café, recordó la película *Providence* de Alain Resnais, interpretada por John Gielgud y Dirk Bogarde. Por afinidad, le vino a la memoria *La grande bouffe*, de sus admirados Marcello Mastroianni y Ugo Tognazzi. Se dedicó entonces a diseñar el menú de esa noche. Sería algo grande.

De vuelta a casa, se detuvo en la vinoteca y adquirió un vino blanco de Sauternes. La dependienta le quiso encasquetar un Pingus, pero él, fiel a *Providence*, lo rechazó. Tenía que ser blanco y bueno, aunque ese Sauternes le resultaba demasiado dulzón. Después eligió un champán Louis Roederer Cristal Rosé 2002 y una lata minúscula de caviar iraní. Pagó en efectivo y se dirigió a la mejor pescadería de la villa. Habló relajadamente con la *mestressa,* su querida Joana. De Bruyn se decantó por unas enormes gambas, pero Joana no se lo recomendó.

—En menos de una hora me llegarán unas cigalas que le volverán loco —aconsejó.

El belga asintió como si de una orden papal se tratara.

—¿Algún centollo hembra, nécoras, ostras o percebes? —preguntó.

—Los centollos y las ostras me llegan también esta tarde, directamente de Galicia —apostilló—. Respondo del mayorista. Las nécoras y percebes, mejor lo dejamos para otro día —susurró Joana guiñándole un ojo a escondidas, evitando que la viera el resto de la clientela.

—¿Me lo pueden llevar a casa?

—Por supuesto, señor De Bruyn, faltaría más.

—Por favor, no se olvide; doy una fiesta y si me falla, no sabría qué hacer. —No se apure, lo tendrá todo antes de las ocho de esta tarde.

El belga marchó ufano y se caló el sombrero. Se deslizó por el casco antiguo hasta la iglesia parroquial de San Bartolomé y Santa Tecla. Admiró uno de sus laterales y se detuvo frente a la fachada principal. Se sentó junto al muro que se elevaba sobre el mar y se fumó un cigarrillo. Deseaba contemplar el templo barroco sintiendo las olas romper a sus espaldas. Le gustaba mucho esa iglesia, pero en ese momento prefirió fantasear, retroceder en el tiempo e imaginarla vestida de románico y gótico. A los pocos minutos, al ver su fantasía agotada, apagó el cigarrillo, tiró la colilla en una papelera de la placita y tomó rumbo a la calle del Pecado. Un nombre, sin duda, explícito por definición; era el centro del ocio nocturno.

De Bruyn se detuvo frente a un local que lucía un rótulo de neón fucsia. La Belle Vie era un prostíbulo con pretensiones. Hacía mucho tiempo que no lo visitaba, pero guardaba un grato recuerdo, y pensó que esa noche necesitaría buena compañía. Además, era obvio que ese día se había enamorado de la palabra *vie*. —*C'est fini, c'est la vie* —volvió a canturrear.

Una mujer bellamente ajada, de poco más de cincuenta años, se levantó al verlo entrar. Él se quitó el sombrero, la saludó y, siguiendo sus indicaciones, tomó asiento en un salón contiguo. La mujer lo invitó a tomar alguna bebida, pero el belga se excusó.

—¿Desea alguna señorita en particular?

—La verdad es que no tengo ninguna preferencia, mientras sea joven, bella y bien dispuesta para asistir a una fiesta. —Se sonrió.

—Pues entonces no vamos a tener ningún problema. Dispongo de las *escorts* más maravillosas que pueda imaginar. ¿Para cuándo? —Para esta noche, es una celebración privada.

—¿Será mucho tiempo? Debe saber que las tarifas son por horas completas.

—Pues no lo sé a ciencia cierta, pero si lo desea puedo adelantarle el importe de… ¿tres horas? ¿Cuatro? —planteó De Bruyn sacando la cartera.

—Será suficiente con que me adelante una hora, el resto se lo entrega a la señorita al finalizar el servicio.

—Sería preciso que estuviera dispuesta a practicar BDSM.

—Eso cuesta más dinero y lógicamente reduce el número de candidatas. Este no es un local con tal especialidad.

—Bueno, todo lo que solicito es alguien que ejerza de *domina*, yo sería el sumiso. Niñerías que no pueden molestar a nadie. Tiene mi palabra —añadió con naturalidad.

—Seguro que no haría daño a mis señoritas, ¿verdad?

—En absoluto —le aseguró De Bruyn entregándole un billete de quinientos euros—. ¿Le parece bien así?

Al poco aparecieron cuatro señoritas, unas más vestidas que otras. La primera en presentarse fue África, una mujer de raza negra que se le antojó excesivamente rolliza y curva. La segunda, una asiática pequeñita y de risa nerviosa, que estimó demasiado frágil. La tercera, una mujer blanca, rubia y alta, probablemente de Europa del Este. Y por último, una caribeña de tez oscura y cabello pajizo endiabladamente ensortijado.

—Tengo otras diez señoritas, pero creo que estas cuatro son las que mejor se adaptan a su perfil…, son nuestras embajadoras.

—Todas son muy bonitas —dijo temiendo ofender a las recién presentadas—. Me resulta muy difícil elegir, pero creo que me decantaré por la última. —¿Por María?

—Sí, por ella —dijo señalándola tímidamente.

De Bruyn siempre había preferido las mujeres de raza blanca, pero en esta ocasión entendió que no había color; nunca mejor dicho. María era con diferencia la más bella. Poseía unas facciones muy bonitas, unos ojos extrañamente claros, una melena salvaje que ocultaba un largo cuello y unas hermosas clavículas. Su cuerpo era escultural. Ella le sonrió afablemente. A una señal de la madama, se despidieron una a una con unos estudiados movimientos de caderas. De Bruyn anotó en un papel la hora y la dirección, y lo dejó sobre la mesa.

—¿A las nueve? —preguntó la alcahueta.

—Sin falta. Doy una cena y desearía que fuera muy puntual.

—Allí estará, descuide.

El belga miró su Daytona y le sorprendió que fueran ya las seis de la tarde. Las luces o simplemente el aire de primavera lo habían confundido. De regreso a su casa quiso detenerse de nuevo en el paseo marítimo. Admiró el mar durante un par de minutos y respiró profundamente. Vio a unos niños jugando al fútbol frente a él y decidió saltar a la arena. Se aproximó a la orilla y mojó una mano en el agua. Luego se llevó el dedo a la lengua para degustar el sabor a sal. De nuevo le vino a la cabeza esa maldita frase y la canturreó adaptándola a la primera melodía que le pasó por la cabeza.

Poco después de colocar las bebidas en la nevera y ducharse, le sobresaltó el timbre del interfono. Se trataba del mozo de la pescadería. Pagó en efectivo y le dio una generosa propina. Acompañó al chaval hasta la puerta y, después de despedirse, se sentó en el jardín a fumar un cigarrillo. A las cuatro caladas, lo apagó súbitamente, sabedor de que tenía todavía mucho que hacer en la cocina. Para cuando llegó María, puntual a su cita

de las nueve, De Bruyn ya tenía preparada la mesa. Había dejado las ostras abiertas sobre hielo picado, el centollo troceado y la salsa del changurro servida en el mismo caparazón. Las botellas de vino y champán reposaban en sendos botelleros cargados de hielo; todo ello iluminado con cuatro pequeñas velas. En una mesilla auxiliar había dispuesto el caviar, presentado sobre una arqueta de metal dorado de Caspian Pearl. Las cigalas las dejó en la cocina, preparadas para cocinarlas a la plancha justo antes de servirlas.

María, o comoquiera que realmente se llamara, se sorprendió al verse sola. Se había vestido con un sencillo pero elegante traje de noche negro. No le había resultado muy caro, pero demasiado precioso para no lucirlo entre más gente.

—¿Soy la primera?

—La primera y la única —respondió el belga con una sonrisa.

—Pensaba que se trataba de una fiesta y…

—¡Y lo es!, pero solo para dos. Lo lamento —añadió con mueca afligida—, tal vez debería habérselo advertido antes.

—No, no es ningún problema, y menos con estas exquisiteces sobre la mesa —dijo ella con una mirada tan golosa como incrédula.

El belga puso uno de sus cedés favoritos: una selección personal de música chill. Suspiró cuando se iniciaron los compases de la canción *No ordinary morning*, de Chicane. Le recordaba la cálida atmósfera de Ibiza. Nunca se explicó la razón por la que ese grupo había acertado a escribir una canción tan sencilla y bonita, y a la par tan diferente a la habitual porquería que componían: por lo general, una música *trance* del todo infumable salvo cuando llevaba la nariz empolvada. María resultó ser un encanto. Natural, relajada, risueña y realmente bonita. Tan hermosa como exótica. De Bruyn, más por educación que por otra cosa, no se animó a

conversar sobre ciertos temas. Le hubiera hablado de cine, de libros y de pintura, pero temió dejarla en evidencia. Así pues, hablaron de *la vie*, sin duda su tema favorito del día, y de eso la chica sabía mucho, tal vez más que él. De forma serena y divertida, María fue desvelando su sentido de la vida. No estaba en los planes de De Bruyn enamorarse, pero su atractivo físico y su espontánea naturalidad estuvieron a punto de hacerle sucumbir. Para cuando sonó *Kissing*, de Bliss, ambos estaban sentados frente a las cigalas recién cocinadas. Ciertamente, su querida Joana le había aconsejado el mejor manjar.

Con mucho alcohol ya en el cuerpo, De Bruyn se disculpó para ir al baño. Aprovechó para meterse otra raya de coca y una pastilla de Cialis. Cuando regresó al salón, se encontró a María bailando lentamente con una copa de champán en la mano. Él la imitó, y al poco la tomó de la cintura y la animó a contornearse como si fuera un reptil. Ella se apartó la melena y dejó su precioso cuello al descubierto. El hombre lo besó con pasión. Luego tomó la copa de su mano, la abandonó en una estantería y la abrazó dulcemente. Besó sus labios y empezó a tentarle el cuerpo. Ella sonreía con cierto azoramiento, igual que haría una mujer enamorada que se entrega por vez primera a su amante. De Bruyn no llegó a saber si, como una buena profesional, era maestra en el arte de fingir, o si realmente se encontraba a gusto entre sus brazos. Estuvo tentado a preguntarle, pero temió la respuesta porque podría complicarle la vida. Y sobre su vida ya había decidido.

La tomó de las muñecas, la llevó hasta el sofá y la desnudó deteniendo la mirada en ese prodigio de clavículas, hombros, pechos y cintura. Cuando le acarició el pubis, María se estremeció. De Bruyn jugó con esa rajita casi imberbe hasta que sintió que el cuerpo de María empezaba a temblar, pequeños espasmos que iban y venían al mismo ritmo que la música.

Continuó dándole placer hasta que los gemidos se transformaron en gritos e intensos jadeos. Finalmente eclosionó en un maravilloso rugido que murió de golpe, como si se hubiera quedado inconsciente. De Bruyn la continuó acariciando hasta que, ya rehecha, ella sonrió y fue a buscar su bolso. Tomó un preservativo y, con gran ritual, se brindó a ponérselo. De Bruyn la penetró varias veces hasta que se irguió mansamente, le besó la frente y desapareció unos segundos. Volvió con dos copas de champán, una bolsa de plástico y una gruesa cuerda de algodón.

—Desearía un *breathplay* —dijo con cierta timidez—. Imagino que ya te han advertido de mis preferencias.

—Sí, algo me dijeron, pero debes saber que yo no realizo estas prácticas.

—No te preocupes, solo yo lo haré.

—¿Y qué debo hacer?

—Únicamente colocarme la bolsa en la cabeza y anudarme la soga en el cuello. Tan solo deseo incrementar el placer sexual.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó con voz trémula.

—Hasta que golpee el sofá con la mano y grite la palabra de seguridad. Pero no te apures, soy de los que aguanta mucho la respiración.

—¿Y esa palabra? —preguntó ella con inquietud.

De Bruyn bebió lentamente de su copa.

—¿Te parece bien *arte*?

—De acuerdo, pero debes saber que eso conlleva un complemento en la tarifa. El belga desapareció de nuevo, fue a su dormitorio, escribió una nota en un pósit, tomó dos billetes de quinientos euros de su cartera y los dobló. Al poco regresó al salón, se los mostró a María y los metió en su bolso.

—¿Está bien así?

—Gracias.

De Bruyn fue hasta el equipo de música, seleccionó la

canción *Under the water* de un tal Brother Brown, cantada por Frank'ee, y tarareó su primera estrofa:

I can't breathe here anymore
It's been like that for a while
Everything seems strange to me
I feel like a newborn child…

Se sentó junto a ella, la miró con inusitada ternura, la besó en los labios y se tendió boca arriba en el sofá. Hizo gestos para que cabalgara sobre él. En cuanto la penetró de nuevo, cerró los ojos, esbozó una melancólica sonrisa, tomó el minúsculo tanga negro que María había abandonado bajo los cojines del sofá, lo estrujó y se lo introdujo disimuladamente en la boca. Luego se enfundó la bolsa en la cabeza. Ella le ató la soga al cuello. Lo hizo con delicadeza, casi con lástima, pero él, no sintiendo la presión deseada, tomó los dos extremos y se los ciñó fuertemente. María inició entonces su cabalgar.

28

Barcelona, 20 de abril, 9:20 horas

Esa mañana de un miércoles lluvioso y frío parecía que la primavera quisiera desandar el camino y regresar al invierno. Un día de esos en los que el optimismo no aflora espontáneamente en nadie. Jan se había prestado a acompañar a Carla en coche para que le hicieran la primera cura.

Llegaron pronto a la clínica, a una hora en la que por fortuna la sala de espera estaba casi vacía. Cuando le quitaron el vendaje, ella pidió un espejo. Le pareció que la herida estaba todavía fea, pero la enfermera le aseguró que seguía su curso normal. Jan le insistió en que podía tomarse el día libre, a fin de cuentas estaba de baja. Pero Carla se negó; odiaba que pudieran compadecerla más que a un hombre.

Al llegar a comisaría, se encontraron a Márquez, Belloch, Navas y un par de agentes más esperándolos junto a la máquina de café. No fue una casualidad; Jan los había avisado de su llegada por medio de un mensaje. Carla les sonrió intentando en vano disimular la venda de la oreja bajo su melena. El comisario Márquez inició un sordo aplauso que inmediatamente fue secundado por el resto; incluso el propio Belloch, con expresión forzada, los felicitó.

—Tendré que pasar una temporadita sin ponerme los pendientes —dijo ella.

Márquez se interesó por la herida y luego, tomando a ambos

por los hombros, los condujo hasta su despacho.

—Al parecer, tampoco ha resultado tan negativo que se filtrara la noticia a la prensa —les dijo Márquez repanchigándose en su sillón—. Es evidente que alguien se sintió aludido.

—Eso cabe deducir —respondió Jan.

—Bien —atajó Márquez, en un intento de evitar de nuevo el previsible debate sobre el origen de la filtración—, sea lo que fuere, lo que sí tenemos claro es que el tipo que detuvisteis ha confirmado muchos extremos de la investigación. Todavía no sabemos si ha dicho toda la verdad o solo medias verdades, pero las piezas del puzle

cuadran bastante bien. —¿Qué se sabe del detenido? —preguntó Jan.

—Ese y su compinche fiambre, el que hirió a Carla, son delincuentes sudamericanos de poca monta. Ya habían sido detenidos por varios hurtos y dos robos con fuerza.

—Eso es lo que me confesó —reconoció Jan extrañado de que le hubiera dicho la verdad desde un primer momento—. ¿Y el otro?

—El otro fiambre, ese tal Victor, tenía peores antecedentes. Era miembro de una banda albanokosovar conocida en la zona por sus asaltos a viviendas aisladas. Bastante más violento que los otros dos.

—Casan mal, ¿no? ¿Unos sudamericanos enredados con un kosovar?

—Sí, pero eso es lo que se deduce del interrogatorio.

Todo apuntaba a que el kosovar estaba a las órdenes de un enigmático compatriota suyo. Muy probablemente fuera ese quien recibió el encargo de hacerse con la escultura de Udrev y se lo propuso a Victor. Lo debieron considerar un trabajo fácil y decidieron actuar sin contar con el resto de la banda balcánica.

—Un dinerillo rápido que podía hacerse en *petit comité* —

razonó Márquez—. Los sudamericanos les debían resultar más baratos. ¿Para qué ir a medias con sus compañeros kosovares si el hurto no requería de ningún kaláshnikov?

—¿Qué hay del teléfono móvil de Victor? Imagino que ya dispondremos de la relación de las llamadas entrantes y salientes.

—Hay algún problemilla… —respondió el jefe.

Por desgracia, el delincuente llevaba el teléfono en la pechera y la bala de Jan le dio de pleno. Márquez se lo había entregado a los técnicos para que intentaran resucitarlo, o al menos para que rescatasen el mayor número de datos.

—¿Hay posibilidades? Será esencial si queremos descubrir al jefe de la banda —planteó Jan.

—Son optimistas, pero ya se sabe que a los informáticos les gusta darse importancia y rodearse de misterio.

—¿Qué hay de Fátima? —preguntó Carla.

—Han encontrado el cadáver muy cerca de la casa de Udrev, pero todavía nos falta el informe de la autopsia.

—¡Pobrecilla! —exclamó Carla—. ¿Y el perro?

—Nadie tiene noticia —dijo Márquez encogiéndose de hombros.

—¿Y de la escultura?

—Que se la entregaron a ese europeo, lo mismo que os dijo. Nada más.

—¿Hay fondos en el departamento para comprarle un bolso a Carla? —consultó Jan con ironía.

Márquez miró al techo con intención de soltar una carcajada cuando entró Belloch con rostro excitado.

—Lamento la interrupción, jefe, pero hay noticias de De Bruyn.

—¿Qué sucede?

—Lo han encontrado muerto.

—¿Muerto el galerista que pretendió ser marchante de

Udrev?

—En efecto —confirmó Belloch. Jan y Carla se miraron con expectación y al unísono los dos pronunciaron sin vocalizar la palabra *mierda*.

—Explícate, por favor —pidió Márquez.

—Desde que Interpol nos confirmara sus antecedentes por falsificación y contrabando de piezas de arte…

—¡Todo eso ya lo sé! —exclamó Márquez.

—Le hicimos un par de visitas a su casa de Sitges pero nunca lo encontramos. En la última ocasión había viajado a Londres sin reservar billete de vuelta…

—¡Al grano!

—Nuestros colegas del aeropuerto de Barcelona nos facilitaron una foto extraída de un vídeo rutinario el día que embarcaba para Inglaterra. —Belloch se la tendió al comisario.

—Parece un dandi —comentó Márquez pasándole la foto a Jan.

—Esta mañana Navas y yo teníamos previsto volver a Sitges por tercera vez y, conforme al protocolo, se lo hemos comunicado a la Policía Local. Nos han informado de que murió ayer.

—¿Cómo murió? —preguntó Jan.

—Asfixiado.

—¿Lo han asesinado?

—Creemos que no. Estaba con una prostituta de lujo.

—¿Tal vez mandaron a la prostituta para que lo asesinara?

—Fue ella quien avisó a la Policía. —Pero eso no quita que fuera ella —refutó Jan.

—La chica informó de que él la eligió, y no a la inversa. Los de la Policía Local han hablado con la encargada del burdel y ha confirmado la versión. Además, hay que considerar que, según evidencias y la confesión de la prostituta, murió practicando hipoxifilia, o asfixia sexual —dijo Belloch.

«Con lo difícil que está echar un polvo, y algunos se complican la vida en plena faena», pensó Jan.

—¿Se le fue de las manos?

—Es lo que pensamos en un primer momento, pero ahora creemos que no fue un accidente. De Bruyn le pagó con billetes, y entre ellos adjuntó un pósit escrito de su puño y letra que exculpa a la joven.

—¿Qué ponía?

Belloch revolvió los papeles del informe y leyó: «De haberte encontrado antes, tal vez todo hubiera sido diferente. Lo lamento. *C'est fini, c'est la vie*». —¿Se ha comprobado la letra de De Bruyn?

—Sí, no hay ninguna duda al respecto.

—Pues esa chica ha tenido un golpe de suerte; se hubiera podido meter en un buen lío —se decidió a comentar Carla.

—¿Seguro que De Bruyn y la chica no se conocían de nada?

—De nada —confirmó Belloch.

—¿Cabe entender entonces que decidiera despedirse de la vida de forma voluntaria? —planteó Márquez.

—Casi con toda seguridad. Por la mañana realizó unas importantes transacciones bancarias y por la noche montó una fiesta para dos por todo lo alto. Un banquete de lujo, que incluía alcohol y cocaína.

—¿Coca también?

—Cocaína rosada, tenía para ponerse hasta el culo.

«Polvo somos, del polvo venimos y en polvo nos convertiremos», añadió Jan para sí mismo y preguntó:

—¿Cómo regresó de Londres?

—Todo lo que tenemos registrado es un billete de Eurostar, de Londres a París. Nada más.

—¿Se sabe algo sobre sus actividades en Londres, a quién visitó o con quién se entrevistó?

—No por el momento. Belloch le entregó el expediente al

comisario, que le preguntó si tenía algo que añadir. Belloch negó con la cabeza y abandonó el despacho.

—Tenía que estar muy jodidamente atrapado para decidir suicidarse —estableció Jan—. ¿Quién le tendría tan pillado de los huevos como para inducirlo a tomar esa determinación?

—No hay que descartar que fuera una decisión propia… —insinuó Carla.

—Quizá, pero de lo que no hay duda es de que en Londres sucedió algo —interrumpió Jan—, y descubrirlo va a ser tarea complicada, sino imposible. Si fue en avión pero regresó en el Eurostar sería por una razón concreta.

—Tal vez tenía que verse con alguien en París. Tratándose de un galerista, nada tendría de extraño —propuso Márquez.

—Ya, pero no me encaja —rebatió Jan.

—No descarto que visitara a alguien en París, pero lo más probable es que decidiera regresar a Barcelona en coche. De ser así, nada nos impide ubicarlo en La Bisbal pocos días después. En este caso, la confesión de nuestro agresor sería creíble —sugirió Carla con perspicacia.

—Es posible que tengas razón —subrayó Jan—. En La Bisbal bien pudieron entregarle la escultura y luego siguió rumbo a Sitges.

—Pero si ya tenía la escultura, ¿por qué suicidarse?

—Alguien pudo advertirle de que sus sicarios tropezaron con nosotros, que uno había quedado con vida, y supuso que a través de ese sudamericano podríamos llegar a él —concluyó Jan.

—Reconozco que es una buena hipótesis, pero por ahora solo son conjeturas que deberéis confirmar. Os doy una semana, si para entonces no traéis novedades, me temo que tendré que cerrar el caso —sentenció Márquez.

—¿Solo una semana? —preguntó Jan con rabia—. ¡Resulta obvio que en esta trama hay más gente implicada! De entrada,

ese enigmático kosovar.

—No lo dudo, pero entreveo que el hilo se ha roto.

—Pero por fin tenemos una pista fiable —se quejó Jan.

—De ahí, precisamente, que os conceda una semana. Espero que comprendáis que también hay otros casos y necesito a Belloch y Navas; a fin de cuentas, el balance es correcto: dos víctimas inocentes, un suicidio, dos delincuentes fiambres y un detenido que probablemente se quede cojo para el resto de sus días. Buen momento para dar carpetazo —estableció Márquez cerrando el expediente y entregándoselo a Jan.

29

Cayo Vizcaíno, Miami, 21 de abril, 17:20 horas

El velero llevaba cuatro días fondeado en Hurricane Harbor, una pequeña bahía que se abría paso entre los islotes de Cayo Vizcaíno y Mashta Island, frente a las costas de Miami.

Generalmente, por las mañanas, permanecía anclado en las orillas de Mashta, con la proa orientada a Harbor Drive. A mediodía se desplazaba hasta Nixon Beach o hacia South Florida Basin, según el estado del mar y el humor de sus tripulantes; un par de colombianos muy poco avezados en los aparejos de vela. Esa era la razón por la que siempre se valían del pequeño motor de la embarcación, y de que lo máximo que osaban izar era el pabellón. Tiraban las cañas durante dos o tres horas, bebían cerveza, se daban un chapuzón y luego, invariablemente, regresaban a Hurricane Harbor. Al atardecer se desplazaban apenas media milla para fondear tras la bocana, lejos de los embarcaderos, en tierra de nadie. Una forma sutil de evitar el recelo del vecindario de las lujosas residencias que una tras otra, hasta algo más de cuarenta, jalonaban la bahía. Palmeras, embarcaderos privados, piscinas y grandes extensiones de césped se sucedían en perfecto orden. Todo era silencio, todo a excepción de la algarabía sinfónica de los pelícanos.

Los colombianos repetían la rutina a diario, y su única preocupación era tener a la vista la residencia de verano de los

Coleman, una mansión que se alzaba como un faro en la noche: sus paredes rojas y tejados blancos eran únicos en el barrio.

Esos sujetos comían, cenaban y dormían en la embarcación. Evitaron el contacto con la gente, con todos a excepción de Andy, un negro de gran parecido con el actor Forest Whitaker; incluso tenía, como él, un párpado más caído que otro. Lo siguieron en dos ocasiones hasta los centros comerciales de Crandon Boulevard. Aprovecharon precisamente ese parecido para iniciar el movimiento de aproximación. Le pidieron selfis y autógrafos fingiendo confundirlo con el artista. Andy se sintió halagado. Para cuando el equívoco se desveló, ya habían conseguido invitarlo a una cerveza; se citaron al día siguiente para merendar en el Starbucks que quedaba junto al Square Shopping Center.

Andy Whitaker, como lo llamaban con guasa, era el chófer de los Coleman, y al mismo tiempo ejercía de vigilante y jardinero de la mansión. Soltero, orondo y feliz, vivía en una pequeña casita anexa al garaje de los Coleman, junto a la entrada principal, a la que se accedía desde la calle Harbor Drive. Los Coleman eran una familia adinerada que tenía su residencia habitual en Nueva York. Sus muchos negocios e influencias políticas los forzaron a disponer de guardias de seguridad día y noche, pero eso era en la Gran Manzana, no en la isla. Nada pintaban los escoltas en un cayo tranquilo, sin problemas, repleto de familias con niños. Todo el sistema de seguridad se reducía a una sencilla alarma. Andy disponía de una pantalla en su dormitorio; allí se registraban las imágenes de las cuatro cámaras de seguridad donde identificar la causa que hiciera saltar la alarma; hasta la fecha siempre falsos avisos, normalmente pelícanos que habían hecho sonar las perimetrales.

Al tercer día de esa primera cerveza, los colombianos ya conocían todo sobre los Coleman. Andy les confesó que se

sentía por fin relajado: el matrimonio y una de sus hijas se habían ido a Aspen, en Colorado, con el pretexto de finiquitar la temporada de esquí. Los otros hijos habían regresado a Nueva York, aunque, para desgracia de Andy, podían aparecer por Cayo Vizcaíno en cualquier momento. Eran muy aficionados a organizar fiestas en la casa, verdaderas bacanales que, en ausencia de sus padres, podían durar hasta tres días. Sabían que a Andy se le podía comprar el silencio con una sola botella de whisky, un truco infalible si además era de la marca Templeton Rye. Así pues, y mientras esos niñatos no se presentasen por ahí, la casa solo la ocupaban él y Daylin, una empleada de hogar de origen cubano. A sus nuevos amigos les fue fácil deducir que ambos se aliviaban las calenturas. La otra mujer que había aparecido en escena tras los prismáticos era una interina que solo acudía por las mañanas; al menos, mientras no se volviera a reunir la familia en Miami. Al día siguiente los sudamericanos se dejaron caer por el embarcadero privado de los Coleman. Andy bajó hasta el pantalán y los saludó efusivamente.

—¿Un paseo hasta el restaurante Boater's Grill? —gritó uno de ellos sin bajarse del velero.

Andy los miró entusiasmado. Había oído de sus jefes que ese era un local maravilloso, pero nunca había tenido ocasión de visitarlo. Se sintió tentado, pero declinó la invitación.

—No puedo dejar la casa vacía. Además, Daylin ha ido al médico y he quedado en recogerla dentro de una hora en Mount Sinai, en Crandon Boulevard.

Los colombianos vieron cómo Andy abandonaba el embarcadero y marchaba cabizbajo hacia el garaje. El tranquilo pasear de Andy por el jardín les advirtió de que no había ninguna alarma conectada en ese momento. Los colombianos lanzaron las defensas del casco, amarraron un cabo y dejaron el motor en marcha. Ambos fueron tras él.

A Andy, o lo que quedó de su cuerpo, lo encontraron tres días después, en el parque natural de Bill Baggs, flotando en uno de los serpenteantes meandros del manglar.

30

Barcelona, 22 de abril, 12:45 horas

Carla se dirigió al despacho de Jan y se sentó frente a él. El inspector la miró con aire tranquilo, como si el ultimátum que les había dado el comisario no fuera con él, pero la tensión de su rostro acabó por delatarlo. Ese era su primer caso importante, lo tenía en mantillas y le quedaban pocos días para darle forma o cerrarlo definitivamente. Ella, antes o después, acabaría por irse, pero él se quedaría ahí, con el expediente sin resolver y el sambenito colgado.

—¿Tienes algo nuevo? Yo no he podido hacer nada más que redactar los informes —se excusó Jan señalando la ingente cantidad de papeles que tenía sobre la mesa.

—La muerte de Udrev es todavía muy reciente, pero según algunos galeristas que he consultado, la demanda y los precios de su obra ya se han incrementado —le informó Carla.

—Algo lógico, ¿no?

—No siempre —refutó ella—. La obra de Tàpies, por ejemplo, no experimentó ningún incremento sensible ni a su muerte ni meses después. El mercado del arte tardó un tiempo en reaccionar.

—¿Alguna razón?

—Tal vez demasiada producción y una oferta excesiva.

—¿Deduzco entonces que con Udrev sucede todo lo contrario?

—Sin duda; un pintor infravalorado y por tanto con mucho recorrido por delante. Sospecho que el mercado ya está tomando posiciones. Hay un inconmensurable dinero que ganar, e intuyo que los inversores están poniendo los huevos en diferentes cestas.

—¿Tal vez para equilibrar los perjuicios que les puedan ocasionar las bajadas de precios de Beacon, Moor y Giacomo?

—Cierto.

Jan se ensimismó pensando que con gusto renunciaría al sueldo de un mes por disponer de los medios necesarios para rastrear todas las transacciones de ese confuso mercado; sin duda, un sueño imposible. —Me ha dicho Navas que en el registro de la casa de De Bruyn han localizado un ordenador portátil —dijo Jan cambiando de tema—. Lo están analizando, pero, por el momento, nada relevante, a excepción de un listado…

—También a mí me han dado una copia de ese listado, y de esto precisamente te quería hablar —dijo ella abriendo una carpeta.

—No he entendido nada de esas letras y números, aunque reconozco que tampoco le he podido dedicar mucho tiempo — avanzó Jan.

Carla puso el listado sobre la mesa y señaló las líneas que había subrayado.

0026 Udrev 80f 0,3-0,5 Fon. SPG Stock
0035 Udrev 60f 0,2-0,3 Fon. SPG Stock
0056 Beacon 30p 26-28 Caisse SSS Stock
0075 Beacon 40f 34… Vendu
0081 Beacon 25p 20-22 Col. P. (Favre) FRN
0087 Beacon 20p 18-20 Caisse SSS Stock
0096 Beacon 40f 32… Vendu

Jan examinó la lista, pero, al margen de los nombres de

Udrev y Beacon, siguió sin entender nada. Carla decidió aventurar su hipótesis. A su entender, ese croquis funcionaba como una chuleta, una relación rápida del material que De Bruyn tenía a su disposición o, en su caso, de aquel que había vendido. Después de un detallado análisis de cada asiento, concluyó que las cifras que seguían al nombre de los artistas indicaban las medidas del lienzo, así por ejemplo, un 80f, era un «80 figura» equivalente a 146 x 114 centímetros. El siguiente dígito reflejaba el valor estimado del cuadro, o el precio por el que se había vendido; la siguiente columna se refería a la localización, y la última, al país donde estaba disponible.

—Sigo sin entender esas abreviaciones —arguyó Jan.

—De Bruyn era belga, por lo que debes pensar en francés —le recordó—. La conclusión es que tenía dos Udrev propios en SPG, es decir, en Espagne; vendió dos Beacon por 34 y 32 millones, no sé si en dólares o euros —aclaró—; tenía otro localizado en una colección privada francesa, probablemente de un tal Favre, y lo más importante, otros dos disponibles en una caja fuerte…

—¿De SSS? —preguntó Jan.

—Suisse —atajó ella—. ¿Dónde si no tendrías una caja fuerte?

Jan fijó de nuevo la mirada en el croquis, tratando de encontrar alguna pega a esa interpretación. Pero no supo. Se recostó en el asiento, caviló y terminó por ofrecer un cansado gesto de admiración.

—Mi enhorabuena. De estar en lo cierto, y creo que lo estás, parece claro que De Bruyn estaba bien atrapado: dos Beacon vendidos y tres por colocar.

Belloch entró en el despacho con un expediente en la mano, moviéndolo como si se abanicase.

—Traigo más información sobre De Bruyn —interrumpió con

aire importante.

—De él estábamos hablando —respondió Carla.

—Pues lo que os traigo os va a gustar…, o no.

Belloch, como era habitual en él, hizo un gran circunloquio para terminar informándoles de que en la autopsia habían encontrado un *pendrive* en el estómago.

—¿Se tragó un cacharrito de estos? —murmuró Jan con sorpresa y agitando entre sus dedos su *pendrive* personal.

—No tiene mucho mérito. Mide poco más de tres centímetros de largo por uno de ancho. Como una patata frita, pero un poquito más gruesa —dijo Belloch riéndose de su propia gracia.

—¿Y la escultura?

—No se sabe nada, pero según parece, De Bruyn remitió días antes de morir un paquete al extranjero, tal vez se tratara de esa escultura.

—¿Dónde?

—A Londres.

—¿Algún dato más concreto?

—No por el momento, pero intuyo que va a ser difícil conocer su destinatario porque lo remitió a un apartado postal.

El agente les informó de que el *pendrive* había quedado en muy mal estado; era muy probable que el mismo De Bruyn hubiera tratado de borrarlo antes de ingerirlo. Los del departamento informático habían hecho todo lo posible para recuperar los datos, aunque con poco éxito. Estimaron que había albergado entre seis y nueve archivos, pero solo habían podido reconstruir uno. Belloch dejó el expediente sobre la mesa, miró con cara de circunstancia a Jan y se marchó con aire despreocupado, como si eso no fuera con él. El expediente incluía la transcripción en castellano original de la carta rescatada del *pendrive*. Jan procedió a leerla en voz alta:

Estimado Pablo:

Ese Yves es un charlatán que no merece más reconocimiento. ¿A quién se le ocurre hacer una exposición en la galería de Iris sin nada que exponer? Ni cuadros ni esculturas, nada de nada. El local desnudo y las paredes blancas. Siquiera se molestó en pintarlas de algún color. Tal vez de ese azul que tan insistentemente quiere conseguir. Pero es tan necio que ni los colores sabe elaborar. Tampoco su amigo, ese químico de pacotilla, da con el tono adecuado. Ha recurrido a mí para que les solucione la papeleta. Ya le he dicho que la fórmula debe ser diferente si se aplica sobre lienzo, yeso o sobre tabla. Pero ¿puedes creer que todavía duda? Y ahora que le he enviado las muestras y la composición, tiene la cara dura de decirme que quiere registrarlo. ¿Registrar un color? Una vez tienes el pigmento, es tan fácil como tantear con un aglutinante de acetato de polivinilo, alcohol etílico y acetato de etilo. Así se consigue ese maldito azul ultramar. ¡Ya no sabe cómo llamar la atención! Lo mejor que puede hacer es asociarse con Lucio, pedirle que le acuchille el lienzo y lo bauticen como *Concetto Spaziale (Blue)*. Créeme, Pablo, que una vez repuesto de tanta tontería, ahora, cuando esto escribo, me estoy riendo con ganas. ¿O debería llorar?

—La carta es del año 1958 —añadió Jan sin darle mayor importancia.

—Pues Yves acabó registrando el color —aseveró Carla tomando el documento.

—¿Alguien conocido ese Yves?

—Otro de los grandes —le respondió Carla.

—¿Y esos otros nombres? ¿Otra vez Pablo?

—Lucio también pertenece al olimpo pictórico, y probablemente ese Pablo sea de nuevo Picasso, pero me temo que eso no lo sabremos nunca —añadió releyendo la carta.

—¿Algo más de relevancia?

—Que De Bruyn también poseía dos Yves en algún lugar de Suiza —dijo mientras los marcaba en el listado.

—¿Cuántos más habrá como De Bruyn? —se preguntó Jan—. ¿A cuántos les deben estar temblando las piernas? Intuyo que si

viajó a Londres, lo hizo para contactar con otro afectado. Pero ¿cómo confirmarlo?

Jan tomó un papel y empezó a garabatear unos nombres. Ella, consciente de que iba a entrar en uno de sus particulares trances, se levantó. Él abrió un cajón, tomó una rosa envuelta en celofán y se la entregó.

—Sant Jordi es mañana…

«Aún resultará que tras ese trozo de hielo palpita un corazón romántico», pensó Carla.

31

Nueva York, 25 de abril, 18:45 horas

*D*an Levinson había soñado desde niño con ser lo que Schliemann fue para Troya, o Stephens para la cultura maya, pero todo quedó en un sueño. Nunca alcanzó el reconocimiento ansiado, ni tan siquiera llegó a publicar nada relevante. Culpó a sus padres de su desgracia; de que solo pudieran costearle los estudios de Arqueología en una universidad humilde. Tal vez por esa razón acabó dando clases en una universidad igualmente mediocre. Tenía madera de arqueólogo —o eso pensaba hasta que perdió la fe en sí mismo— y además poseía intuición, pero por esas cosas de la vida, la suerte le había sido esquiva. Tampoco sus clases sobre las culturas precolombinas consiguieron despertar la pasión de sus pupilos. Así fue como, tras cinco años dedicados a la docencia, el consejo rector lo puso de patitas en la calle. Tampoco le importó. Su visión romántica de la arqueología no encajaba en las aulas.

Trapicheó durante unos años, entre autentificaciones y certificaciones dudosas, asesorando a algún que otro coleccionista y mediando en la compraventa de antigüedades. De tanto en tanto viajaba a México, se perdía por las provincias de Veracruz y Tabasco hasta dar en el mercado negro con una pieza olmeca que luego vendía a algún oscuro galerista estadounidense. Así vio transcurrir los años hasta que la American Arts & Antiquities Foundation reparó en él. Desde un

primer momento, Dan advirtió que esa organización no era precisamente la más transparente del mundo, pero si algo necesitaba era dinero, y esa fundación estaba dispuesta a pagarle muy bien. Lo sometieron a un sinfín de pruebas técnicas, en especial de topografía. Para su fortuna, esa era una ciencia que dominaba. Se manejaba como pez en el agua con las curvas de nivel y las coordenadas. Además tenía imaginación.

Al poco de ser contratado, sus sospechas se vieron confirmadas. La American Arts & Antiquities resultó ser una tapadera, no para ganar dinero, sino para servir a los deseos filantrópicos de su presidente, Angus Fletcher. Un magnate que no discernía entre el bien y el mal cuando hablaba de antigüedades. Perdía literalmente el culo y la cabeza por poseerlas; necesitaba admirarlas en privado y soñar historias con ellas.

Levinson estaba en la planta veinte del lujoso edificio de la fundación. Se había abstraído admirando el atardecer desde los inmensos ventanales, pensando que le acabarían encomendando el mismo trabajo del último año: viajar a Italia, navegar por las islas que emergen entre la península y Córcega, hacer volar los drones, tomar imágenes en alta definición y estudiar luego milímetro a milímetro los planos. Se trataba de escudriñar cualquier sombra, montículo o línea extraña que pudiera revelar la existencia bajo tierra de tumbas etruscas.

A partir del momento en que la prospección resultaba positiva, se abría un largo proceso. En primer lugar, fondeaban el barco en mar abierto, frente a la costa, y un par de miembros de la tripulación desembarcaban como turistas en el puerto más cercano. Visitaban los museos provinciales y sondeaban si había mercado negro en la zona; con esa información definían el grado de calidad de las obras locales. El propio Levinson se encargaba de evaluar esos datos y de determinar el interés del

futuro yacimiento. Más tarde pasaba toda la información al equipo de Fletcher y estos decidían su viabilidad. Por último, obtenida la conformidad del magnate, un equipo de abogados se desplazaba a las islas, buscaban a los propietarios de los terrenos y, con un fajo de billetes sobre la mesa, intentaban convencerlos de que vendieran sus propiedades. Fletcher sabía que su actuación iba contra todas las leyes, nacionales e internacionales, pero convertirse en propietario del sitio arqueológico permitía limpiar conciencias y aliviar culpabilidades; no la suya, porque no la tenía, sino la que pudieran tener sus empleados. Y lo más importante, una vez asentado en su nueva finca, quedaba legitimado para mover cuanta tierra quisiera, y solo la Policía y una orden judicial podían frenarlo. Cuando eso pasaba, mandaba llamar de nuevo a sus abogados para que defendieran la legitimidad de sus excavaciones. Por lo general, les bastaba con aducir que estaban explorando yacimientos acuíferos o reconstruyendo bancales.

Fuere lo que fuere, a Dan Levinson le suponían diez mil dólares al mes, más los viajes y manutención pagados, y una cantidad variable en función de los resultados, que quedaba supeditada a la discrecionalidad de Fletcher; algo difícil de predecir, pues el magnate no tenía un baremo definido. Ese hombre no pretendía oro o piedras preciosas; le traían sin cuidado. Todo cuanto deseaba era dar con alguna pieza que le llegara al alma, simplemente. Y eso dependía de su variable capricho.

Una cálida voz lo devolvió a la realidad. La secretaria entonó su nombre como hacía mucho que nadie lo pronunciaba. La siguió hasta un enorme despacho plagado de antigüedades. Al fondo, tras una mesa de cristal, estaba Fletcher. Dan advirtió que estaba muy desmejorado; las arrugas que surcaban su piel eran como las de un pergamino plisado, y sus pequeños ojos de

un gris difuso parecían suplicar una tregua al tiempo.

—¡Profesor!, qué gusto volverle a ver —dijo Fletcher con una sonrisa sincera y lacerada.

—El placer es mío —respondió Levinson estrechándole la mano.

—Probablemente hará ya un año que no nos veíamos.

—Un año y medio —puntualizó el arqueólogo.

—Hizo un gran trabajo —afirmó el magnate mientras lo invitaba a sentarse mediante un gesto cortés—. ¡No me canso de admirar el dios Apolo que encontró! ¡Fascinante!

—Una pieza maravillosa, digna del mejor museo. ¿Volvemos a las islas? —preguntó Levinson sin poder ocultar su ansiedad.
—Iremos, pero no volveremos —estableció Fletcher con aire misterioso.

—Creo que no le comprendo.

—Quiero decirle que iremos a unas islas, pero no volveremos al Mediterráneo.

—¿Dónde, entonces?

—A Gran Bretaña, concretamente a Escocia.

—¿Escocia? —se preguntó con sorpresa el arqueólogo—. ¿En qué puedo servirle allí?

—En mucho más de lo que pueda usted imaginar, pero permítame que por el momento no le dé más información. Puedo asegurarle que mi cautela no es un mero antojo. ¿Está usted disponible?

—Sí, claro que sí.

—Recopile toda la información que pueda sobre la capilla Rosslyn, y estúdiela con detalle. Trabaje con la cimática, las resonancias, los cubos musicales…, no deje nada al azar.

—¿Y para cuándo?

—No se preocupe, le mandaré llamar con tiempo. Tan solo advertirle que en esta ocasión viajaremos juntos.

Dan Levinson abandonó el despacho sumido en un mar de

dudas. La noticia de que el magnate viajaría con el equipo le había extrañado sobremanera. Fletcher nunca se desplazaba a los yacimientos; una forma de evitar su implicación directa si lo sorprendían acometiendo sus expolios. Pero ¿y en Roslin? ¿Una iglesia gótica? ¿Le encargarían explorar el subsuelo? Levinson estaba aturdido.

32

Barcelona, 26 de abril, 11:15 horas

Jan tuvo que participar en un operativo ajeno a su departamento y llegó a la comisaría un par de horas más tarde de lo habitual. Nada más quitarse el abrigo, convocó a Belloch y Navas para recabar más información sobre ese kosovar, el supuesto jefe de la banda que los atacó en Verges y que probablemente entregó la escultura robada a De Bruyn.

La noticia, lamentablemente, es que no había noticia. Ninguna pista. A decir de Navas, el delincuente se cuidó mucho de cortar los vínculos, de no dejar rastro. Se había hecho invisible. Además, el número de teléfono que su compinche Victor tenía grabado en el móvil correspondía a una de tantas tarjetas obtenidas en el mercado negro, las de usar y tirar; y por lo visto ya se había desecho de ella. Del fardo que De Bruyn había enviado a Londres tampoco se sabía nada. Otro tanto sucedía con las llamadas que el belga pudiera haber realizado en los últimos días.

Jan se sentía de nuevo perdido. Lo sucedido en Verges había supuesto un giro de los acontecimientos, pero volvía a estar igual que antes, sin hilo del que tirar. Acarició la idea, aunque fuera por primera vez, de seguir los consejos de su jefe y rendirse, dar el caso por cerrado. Recordó las palabras de Márquez, y lo cierto es que dos malhechores abatidos, otro herido y un implicado suicida tampoco era un mal expediente.

No lo iban a condecorar, de eso estaba convencido, pero atinó a pensar que para ser su primer caso como inspector esa tarjeta de presentación tampoco le desmerecía.

Las pesquisas de Carla marchaban por derroteros muy diferentes. Llevaba ya desde finales de marzo trabajando una nueva línea de investigación, que tenía su origen en los comunicados que le habían remitido desde Washington los de la IOCC (Interpol Operations and Command Center). Aquellos informes le hicieron concebir esperanzas; creyó que finalmente caminaba por la senda apropiada.

Hasta ese momento poco sabía de la IOCC, de la gente que lo integraba ni de su organigrama; pero pronto descubrió que poseían unos ordenadores y un *software* excepcionales. Los sistemas I-24/7 e I-link eran un portento.

Las bases de datos, los algoritmos y la propia red hacían posible conocer desde el lugar más recóndito del planeta y en tiempo real cualquier hecho relacionado con un delito: víctimas, desaparecidos, criminales, prófugos, objetos robados, métodos empleados y un largo etcétera. Y para tener acceso era tan fácil como solicitar el correspondiente comunicado conforme al protocolo establecido. A los pocos días de morir Udrev acertó a remitirles una *blue notice*. Cuando supieron del robo de la escultura del artista, Carla emitió una segunda notificación, la conocida para esos casos como *orange notice*. Desde entonces, la IOCC —o, mejor dicho, su *software*— le informaba puntualmente de todo lo relacionado con la palabra clave: «Udrev».

El primer comunicado que recibió fue el relativo al episodio de la galería Vostaniya en San Petersburgo, una nota publicada por la Oficina Nacional Central de Rusia. Días después le notificaron la muerte en extrañas circunstancias del millonario Denis Crawford en Filadelfia, que había causado un gran revuelo mediático en Estados Unidos; y no solo por su posición

social, sino porque, a pesar de haberle sido practicadas dos autopsias, los informes policiales todavía dudaban entre asesinato y suicidio. Al principio, Carla no atinó a comprender por qué la IOCC le había comunicado el caso de ese Crawford —aparentemente ajeno a lo que llevaba entre manos—, pero pronto dio con la respuesta. A los cinco días de la muerte de Crawford, sus familiares denunciaron la desaparición de una obra de Udrev. A partir de ahí los ordenadores relacionaron el informe policial de Crawford con la denuncia, y esta a su vez con una póliza de seguro en la que constaba inventariada la obra robada. Todo vinculado gracias a la palabra mágica «Udrev».

Más recientemente, apenas hacía tres días, los de la IOCC también le habían notificado el asesinato de un tal Andy Jackson, el chófer de los Coleman, una familia de prestigio en Cabo Vizcaíno, Miami. La noticia, probablemente porque el fallecido era un chófer negro, no transcendió más allá de la prensa local, y por tanto hubiera pasado desapercibida si no fuera porque, gracias al sistema I-24/7, volvía a vincularse con Udrev. De nuevo había desaparecido uno de sus cuadros.

Cuando el sistema de la IOCC relacionó aquel robo en Rusia con el de Filadelfia, Carla llegó a pensar que era pura casualidad, pero ahora, tras el asesinato en Miami, se hacía evidente que el azar poco tenía que ver: tres delitos vinculados a la obra de Udrev no podían interpretarse como una vulgar coincidencia. Esa era la razón por la que en las últimas cuarenta y ocho horas se había dedicado a investigar esos dos casos, ampliado la documentación y visionado gran parte de su producción artística. Ya no tenía duda de que su teoría era suficientemente sólida para planteársela a Jan.

Carla aprovechó que ya eran las dos del mediodía, y que la mayoría de sus compañeros habían abandonado las dependencias, para ocupar la sala de reuniones y desplegar uno

tras otro los informes, fotos y esquemas. Tras tomarse uno de esos perversos cafés, fue en busca de Jan. Cuando cruzó el umbral de su despacho, lo encontró recostado en su silla, con unas botas camperas horrendas, unos pantalones pitillo raídos, una camiseta con las mangas rotas y las gafas de sol todavía en la frente.

«What the fuck!», se reprimió.

Recordó entonces que a Jan lo habían reclamado para un operativo a primera hora de la mañana; una de esas colaboraciones especiales entre departamentos. Afortunadamente Carla había quedado al margen porque no era «uno de ellos». A la vista estaba que la orden mandaba vestir de paisano, algo habitual y comprensible, pero si algo odiaba con toda su alma era esa obsesión de algunos agentes por procurarse el peor atuendo, el más chabacano, el más extremo y hortera. ¡Es que ni los quinquis vestían así! ¡Su solo aspecto asustaba! ¿Eso era mimetismo? Hizo de tripas corazón y trató de mirarlo con cariño.

Carla lo arrastró hasta la sala de reuniones. Jan abrió los ojos como platos cuando vio la infinidad de papeles dispuestos sobre la mesa. Ella, a modo de introducción, quiso remarcar las similitudes entre los asesinatos de Filadelfia y Miami. Jan la miró con cierta reticencia.

—¿Y el robo en la galería de San Petersburgo? Su *modus operandi* es totalmente diferente —opuso él. Carla juntó las manos a la altura del pecho rogando que la dejara continuar:

—Lo sucedido en Rusia resulta tan particular que mejor relegarlo a una anécdota dentro de la secuencia que pretendo explicarte.

—¡Conforme, conforme! Dejemos de momento a los rusos a un lado. Te doy la razón en cuanto que los dos asesinatos en Estados Unidos se han producido en casas de gente muy adinerada y que el único móvil visible son sendos cuadros de

Udrev, pero hay muchos otros detalles en que difieren. A uno le descerrajaron un tiro, o se lo descerrajó, y al otro lo mataron golpeándole repetidas veces la cabeza.

—Tal vez puedan haber sido perpetrados por bandas diferentes y en circunstancias también diferentes, pero el objetivo es el mismo —rebatió ella.

—Ni siquiera sabemos si la muerte de Denis Crawford en Filadelfia está relacionada con el robo; recuerda que la denuncia de la desaparición del cuadro tuvo lugar días más tarde. Tal vez ese Crawford se deshiciera de él poco antes, quizá pagase una deuda…, a fin de cuentas estaba arruinado.

—¡Aquí quería llegar! —clamó Carla.

—¿Dónde exactamente?

—Que ese Crawford tenía un Udrev —dijo mientras le mostraba la póliza de seguros—, pero ese Udrev estaba rodeado de otros veintiséis cuadros, entre ellos obras de Kandinsky, Mondrian, Kooning, Pollock, Jasper Johns y David Hockney. ¿Sabes lo que valen?

—No, no lo sé.

—Te lo diré en dólares: sus precios oscilan entre los tres y ochenta millones cada uno —dijo con la vista puesta en la póliza—. Ese hombre tenía asegurada toda su colección por casi quinientos millones de dólares. ¿Para qué robarle un puñetero Udrev, que vale una ínfima parte, cuando podían haberle robado por millones?

—Te doy la razón, no tiene sentido —admitió Jan.

—¿Y en el caso de Coleman? Reconozco que su patrimonio artístico no era el de Crawford —anticipó ella—, pero valga resaltar que en el salón tenía colgados nada menos que a Roy Lichtenstein, Andy Warhol y Basquiat. Pero los ladrones eligieron el Udrev que tenía en la biblioteca. ¿No te das cuenta? —insistió con vehemencia.

—¿Tal vez una confusión? ¿Tal vez una cuestión de

tamaños? —Jan carraspeó. «El tamaño de tu cerebro es lo que me preocupa», pensó Carla, y se abalanzó sobre la mesa, agarró dos grandes fotos y se las enseñó a su compañero.

—Esos son los dos cuadros robados.

—Se parecen bastante, tienen un aire.

—¡Tan parecidos como que uno se titula *El Muro de las Lamentaciones #1* y el otro *El Muro de las Lamentaciones #2*! El primero era propiedad de Crawford y el segundo de Coleman. Jan se sentó a la cabecera de la mesa con gesto incómodo.

—¿Sabes dónde está ese muro? —preguntó Carla.

—En Jerusalén.

—En efecto, en el muro occidental de lo que hoy son los vestigios del templo de Salomón.

Carla tomó asiento a su lado. Respiró profundamente y lo miró implorando complicidad; eso era todo lo que anhelaba en ese momento. Le explicó que allí se venían reuniendo los judíos en los últimos dos mil años con la certeza de que era el lugar más sagrado de la Tierra; al menos, mientras tuvieran prohibido acceder al interior de la Explanada de las Mezquitas. Ahí fue donde Jacob soñó con la escalera que subía al cielo; ese era el punto exacto en que sus súplicas serían escuchadas por Dios, directamente, sin intermediación. También allí leían el libro de los Salmos, realizaban ceremonias, y lo que resultaba más importante: judíos y católicos se apostaban junto a ese muro para suplicar sus deseos. Carla tomó otro juego de fotocopias.

—Esta es una de las tantas monografías sobre la obra de Udrev. Te voy a leer en sus propias palabras la significación de esas dos obras.

Carla buscó el pósit que había introducido como marcapáginas y empezó a leer:

> Allí donde los judíos y católicos rezan e introducen en las rendijas

> del muro pequeños trocitos de papel donde previamente han escrito sus peticiones, plegarias y súplicas. Es una obra que he querido dotar de equilibrio, poesía y misticismo, pero también de dolor; plasmar el sufrimiento de sus gentes, hablar de las cicatrices y heridas que cubren sus cuerpos. Un dolor que he deseado modelar por medio de las cuerdas cosidas que atraviesan el lienzo: la confrontación de religiones, el antagonismo entre un ideal y lo real.

—¡Udrev nos está hablando de mensajes ocultos en rendijas!

—¿Más *pendrives*? —concluyó Jan.

—No lo creo. Esos cuadros son mucho más antiguos. Muy probablemente esos chismes no existían todavía.

—¿Entonces?

—Al igual que en el muro, Udrev disponía mensajes en sus cuadros. Al menos en esos dos…

—¿Cómo estás tan segura?

Carla abandonó el legajo sobre la mesa, tomó un dosier y le mostró las ampliaciones fotográficas de los cuadros analizados. Sintió un pinchazo en la herida de la oreja. Se palpó el lóbulo y comprobó que no sangraba. Jan reparó en su gesto.

—¿Te pasa algo? —preguntó con delicadeza.

—No es nada, tan solo una punzada. Debe ser la excitación. —Se sonrió.

Carla le hizo ver que en el primero de los cuadros el pintor había encolado al lienzo un trozo rectangular de cartón, del cual partían unos cordeles que volvían a introducirse en la tela, probablemente anudados en el reverso. Enrollados alrededor de las cuerdas se podían identificar unos minúsculos cilindros de papel. Apenas eran apreciables, pues lienzo, cartón, cordeles y rulos estaban pintados de blanco.

—¿Los mensajes? Muy pequeños los veo…

—Tienes razón, demasiado minúsculos para que contengan algo en su interior. Además parecen firmemente pegados. Más bien creo que se trata de una alegoría a esos mensajes que los

fieles introducen en las grietas del muro.

Al instante le presentó otra ampliación del mismo cuadro, concretamente de su esquina inferior. Allí le hizo notar que Udrev había encolado otro retal de cartón a la tela.

Apenas se podía distinguir porque todo él estaba igualmente pintado de blanco.

—Fíjate en las sombras —le pidió ella—. Los bordes izquierdo, superior e inferior no proyectan sombra alguna, lo cual significa que están perfectamente encolados al lienzo; sin embargo, el borde derecho, el que queda justo a ras del bastidor, presenta una ligera sombra, como si estuviera algo abombado.

—Lo veo.

—Entiendo que Udrev confeccionó algo parecido a un sobre, un compartimento secreto donde introducir una cuartilla de papel.

—¿Y el otro cuadro?

—La misma técnica, solo que el compartimento está a media altura, junto al bastidor izquierdo —señaló ella mostrándole la otra ampliación fotográfica.

—¡Dios santo! —exclamó el inspector.

—¿Te he convencido?

—Creo que sí.

—¡Mensajes a la vista de todos! Miles de personas contemplando la obra sin reparar en su verdadero secreto —afirmó ella con una sonrisa tan amplia que de nuevo sintió la punzada en la oreja.

—Todos ciegos, menos uno que sí supo descubrir el mensaje —matizó él.

Jan se repanchingó en la silla y se frotó los labios durante un buen rato.

—Tan solo me pregunto por qué razón nos ha tocado Udrev en vez de esos Yves, Lucio y demás colegas. Seguro que no

resultarían tan complicados… —dijo esgrimiendo una sonrisa amable.

—Porque murieron hace ya un tiempecito.

—Ahora en serio, ¿conoces a algún otro pintor con tantos enigmas? —Probablemente Leonardo da Vinci nos hubiera amargado la vida.

—Mañana habrá que explicárselo a Márquez, aunque no estoy muy seguro de que le vaya a gustar. Ahora me tendrás que disculpar, pero llevo desde las seis de la mañana en danza. Estoy reventado y quisiera irme a casa. Necesito una ducha y ponerme cómodo —dijo Jan dando la conversación por finalizada.

«*Holy shit!* Hasta el pijama te sentará mejor que lo que llevas puesto», pensó Carla.

33

Barcelona, 27 de abril, 9:15 horas

El día se había levantado tan radiante como si fuera pleno mes de junio. La luz era clara y diáfana, sin una nube en el cielo. Martina se animó a abrir de par en par las puertas del balcón, cerró los ojos y respiró profundamente. Se preparó un café con leche, unas tostadas y se sentó en el salón. Saboreó el café y evocó al maestro Udrev. Cada día y con cada café se acordaba de él. Se estremeció pero no lloró; quiso pensar que el tiempo la estaba sanando. Untó la tostada preguntándose una y otra vez cómo debía afrontar su vida: «¿Buscar trabajo? ¿Dónde? ¿A mi edad?». Cuando sonó el teléfono, se anudó la bata, tomó el inalámbrico y pronunció: «Dígame».

Al otro extremo le habló una voz grave y pausada. Se quedó blanca como la cera, y lo único que llegó a murmurar fue: «No tengo nada. Ni siquiera tengo acceso al estudio. La Policía se ha hecho cargo de todo». Segundos después la comunicación se cortó. Martina dejó el aparato sobre la mesa y arrancó a llorar.

Al poco, y aun dudando de que fuera la decisión acertada, volvió a tomar el teléfono y llamó a Carla. La agente intentó dejarla hablar, pero era tal su atropello y la intensidad de sus sollozos que resultaba imposible entenderla. —Tranquila, Martina, por favor. Le voy a hacer unas preguntas y usted responde, ¿de acuerdo? ¿Qué ha sucedido?

—Me acaban de llamar al teléfono fijo. Era la voz de un

hombre.

—¿Quién?

—Un anónimo.

—¿Qué quería?

—Que le entregara unas esculturas de Udrev.

—¿Cuáles?

—Las de su última serie, del mismo estilo de la que usted se llevó.

—¿Cuántas?

—Me ha hablado de siete. ¿Siete? ¡Pero si yo misma no sé cuántas son!

—¿Qué más le ha dicho ese hombre?

—Que me daba siete días, hoy incluido, para que las localice y se las entregue. Me ha prometido una recompensa, pero…

—Pero ¿qué?

—Me ha insistido en que si no las consigo o si hablo con ustedes me matarán en menos de veinticuatro horas. ¡Me matarán! ¡Estoy perdida! —gritó—. Y también ha amenazado a Alma.

—¿Qué ha dicho exactamente?

—Que después de mí, irán a por ella, allá donde se encuentre.

—Deduzco que ni se han puesto en contacto con Alma ni saben dónde está, ¿cierto? —conjeturó la policía.

—Sí, creo que podría interpretarse así —se avino a reconocer tras un breve silencio.

—A usted y a Alma no les va a pasar nada, se lo aseguro —dijo Carla con rotundidad—. Quédese en casa y no abra a nadie. Esta misma tarde iré a verla y me lo explicará todo con más detalle. Déjelo de nuestra cuenta.

—Pero es preciso que salga de casa, tengo un compromiso con mi sobrina.

—Pues anule la cita.

—No puedo, debo acompañarla este mediodía al ginecólogo. Le prometí a mi hermana que lo haría.

—¿Dónde está su hermana?

—Ha marchado unos días a Alemania por cuestión de trabajo.

—¿Y qué edad tiene su sobrina?

—Catorce años; comprenderá que no puedo eludir la cita. —Entiendo, pero aun así no puedo decirle otra cosa. Llame al médico y a su sobrina, y retrase la consulta a última hora de esta tarde, y de ser imposible aplácela para otro momento; si es necesario, ya las acompañaré yo. Pero por amor de Dios, no se mueva de donde está. La llamaré por teléfono en el mismo momento en que pise el portal de su casa, pero mientras tanto le suplico que no abra la puerta a nadie, ¿entendido? Martina no contestó. Carla oyó cómo gimoteaba y cortaba la comunicación. Carla se fue a paso rápido al despacho de Jan.

—¡Martina ha recibido una llamada anónima! ¡Alguien la está amenazando de muerte!

Jan la miró con cierta incredulidad, como quien escucha una exageración. Pero para cuando Carla terminó de explicarle los pormenores de la conversación, la cara del inspector había cambiado. Mostró un mohín extraño con el que hizo evidente que algo se estaba saliendo del guion.

—Bien, pues te pasas a hablar con Martina. Yo mientras tanto se lo haré saber a Márquez. Que sea él quien decida el tipo de protección o vigilancia que se debe desplegar; no sé de cuántos agentes disponemos.

Carla asintió algo más tranquila; de vuelta en su despacho, se desplomó en el asiento. Cerró los ojos, y al instante, como un flash, la asaltó una pregunta: «¿Siete? ¿Me ha dicho siete?». Trató de recapitular el historial de esas esculturas. Por un lado, tenían la requisada al coleccionista barcelonés Pere Batlle, pareja de Nat Bruguer; la segunda se la había entregado

Martina en el mismo estudio de Udrev, y la tercera era la que De Bruyn había mandado robar y probablemente, previa ingestión del *pendrive*, acabó facturando a Londres. Carla releyó la declaración que Martina efectuara en su día, y en la transcripción pudo identificar otras tres, las vendidas a sendos coleccionistas: el ruso Kozlov, el británico Waitley y el americano Ray. Seis en total.

De las recientes gestiones realizadas por Belloch y Navas se concluía que tanto Waitley como Ray se habían desprendido de ellas. Ambos habían sucumbido a las ofertas de un galerista inglés. Waitley cobró una cantidad que no quiso desvelar, pero que Carla imaginó indecente. Ray, por su parte, reticente a vender, acabó claudicando cuando, tras una larga negociación, no fue dinero lo que le ofrecieron, sino un cambio. La permutó por una pequeña obra de Paul Klee, cuya autenticidad le fue certificada hasta tres veces. Una proposición que Ray no supo rechazar. Pero eso era todo; el resto de las pesquisas encaminadas a identificar a ese misterioso galerista comprador toparon con la ley del silencio; algo habitual en ese tipo de negocios.

Por lo que respecta a Kozlov, los matices resultaban diferentes. Ese hombre, mezcla de galerista y funcionario, no tuvo reparo en declarar que trabajaba para el Hermitage; incluso presumió de ello. El ruso reconoció haber recibido ofertas de compra de un intermediario anónimo, pero aseguró haberlas rechazado. Así pues, podía deducirse que la escultura de Udrev seguía depositada en los fondos del Hermitage. «¿Creíble?», se preguntó Carla. Verdad o mentira, resultaba imposible confirmarlo. Los museos rusos eran tan opacos como un muro de hormigón. O bien la obra no había entrado nunca en el Hermitage, y por tanto Kozlov se había desprendido ya de ella. O, de haber ingresado en el museo, ese anónimo intermediario estaría llamando ahora a las puertas traseras de

la institución, tentando a algún corrupto comisionado. No tenía ningún fundamento para pensar así, pero intuyó que esa escultura ya no estaba en San Petersburgo.

Esas eran pues las seis esculturas conocidas, pero ¿verdaderamente existía una séptima? ¿Conocía el individuo que había amenazado a Martina el número exacto? La lógica le decía que, si ni la propia secretaria de Udrev lo sabía, nadie más podía saberlo; máxime si, por tratarse de obras recientes, tampoco habían sido incluidas en ningún catálogo. Así pues, trató de convencerse de que a Martina simplemente la habían sondeado. Eso pareció tranquilizarla. Cerró los expedientes, tomó el abrigo y el bolso, y abandonó la comisaría.

Dos horas más tarde deambulaba por la Rambla Catalunya, a muy pocos minutos del domicilio de Martina. Pasó junto al bar donde se había entrevistado con ella y miró el reloj; estaba siendo demasiado puntual. No tenía hambre pero tampoco sabía lo que iba a depararle el resto de la jornada; menos aún si iba a tener que acompañar a Martina y su sobrina al ginecólogo. Así que pensó que lo mejor era aprovechar esos minutos que le sobraban para tomarse un tentempié. Se sentó en una mesa de la terraza, toda ella entoldada con una lona de un intenso color granate. Del techo colgaban varias estufas que de forma innecesaria estaban todavía prendidas. Carla devoró dos bocadillos vegetales, bebió de un trago lo que quedaba del refresco y pagó la cuenta.

En cuanto alcanzó el edificio de Martina, y tal como habían acordado, la llamó al teléfono fijo, pero nadie contestó. Luego lo intentó al móvil y más tarde desde el portero electrónico; tampoco obtuvo respuesta. Carla se impacientó. Se quedó apostada junto al portal despotricando de esa mujer. A los pocos minutos vio a un vecino abandonar el edificio e, igual que haría un repartidor de correo comercial, se coló y subió las escaleras hasta alcanzar la vivienda de Martina. Llamó al

timbre e incluso golpeó la puerta con los nudillos, pero no respondió nadie. Angustiada, decidió marcharse. Al llegar al portal, oyó la sirena de una ambulancia y vio reflejarse en los cristales los destellos de unas luces intermitentes. En la calle divisó dos coches patrulla obstruyendo el vado de acceso al garaje del edificio, y a dos policías que guiaban precipitadamente a los sanitarios. Carla les mostró la placa.

—Un vecino ha encontrado el cadáver de una mujer —dijo uno de los agentes.

Carla los siguió. Se internaron por una rampa hasta la zona de aparcamiento. Avanzaron entre los coches, y al fondo, tras un pequeño utilitario de color gris metalizado, vieron asomar los pies de una mujer. Carla se adelantó a los agentes, sacó la linterna del bolso y miró bajo el vehículo hasta que un haz de luz enfocó el rostro de Martina. Sus ojos azules todavía parecían pedir ayuda. Carla murmuró unas palabras y se llevó las manos a la cabeza.

—¿La conocía? —le preguntó uno de los policías.

34

Barcelona, 28 de abril, 17:20 horas

El cuerpo de Martina no presentaba ninguna herida de bala ni de arma blanca, pero sí unas magulladuras en el cuello. Todavía estaban pendientes del informe de la autopsia, pero todo indicaba que había muerto asfixiada.

Por desgracia, ni el edificio contaba con cámaras de vigilancia, ni los vecinos recordaron haber visto a ningún sospechoso en las escaleras o en el aparcamiento. La única pista era la declaración del conserje. El hombre afirmó que la víspera se habían personado dos empleados de una compañía telefónica. Después de acreditarse, subieron hasta la azotea para verificar el funcionamiento de la fibra óptica. Las pesquisas no habían concluido, pero todo indicaba que intervinieron el teléfono de Martina. Así pues, era casi seguro que los asesinos habían llegado a escuchar la conversación que mantuvo con Carla. Esa fue su sentencia de muerte.

Carla estaba consternada, convencida de que le habría salvado la vida si hubiera acudido antes. Ni las palabras de Jan y Márquez la pudieron consolar. Había decidido culparse de la muerte de esa mujer, y nada ni nadie, tal vez solo el tiempo, podrían hacerle cambiar de opinión.

Jan visitó a Carla en su despacho por quinta vez en ese mismo día. No para consolarla, sino para intentar mantenerla ocupada.

—Los informáticos ya han concluido su trabajo con el ordenador portátil de De Bruyn y también con su teléfono —le informó.

Carla levantó los ojos de la mesa, con apatía. Guardó los dibujos que había garabateado en un sobre, por lo general flores de diferentes tamaños, y se hundió en el respaldo de la silla.

—¿Y bien?

—Ninguna información relevante —reconoció él con resignación—. Lo borró todo unas pocas horas antes de morir.

—Pero eso se puede recuperar —objetó ella.

—No, De Bruyn los borró usando programas específicos como DBAN, Wipe File o Disk Redactor —dijo Jan releyendo la nota de los técnicos—. Al menos, esos son los programas de borrado que han encontrado instalados en el ordenador. ¡Eso no hay quien lo recupere!

—Entonces, ¿lo único que se ha salvado es ese listado en clave que los informáticos nos suministraron?

—Así es, ese archivo y los correos de una de sus cuentas. El resto ha sido borrado o son auténticas memeces que en nada nos atañen.

—¿Cómo es que no borró también el correo?

—Probablemente se olvidó de esa carpeta, o simplemente no la supo localizar.

—¿Tenemos al menos todos los correos enviados y recibidos?

—Solo de los tres últimos meses, esa es la fecha en que adquirió el ordenador y abrió la cuenta. Están todos aquí transcritos —dijo Jan tendiéndole unos folios.

—¿Y qué tenemos?

Jan le dijo que la mayor parte era correspondencia profesional, correos cruzados con diversos coleccionistas, marchantes y museos. Tenían a Belloch y Navas haciendo las comprobaciones, pero no parecía que esos textos pudieran ser

de utilidad. Tan solo había tres dirigidos a un tal AD que podían resultar extraños. En el primero había escrito: «Confirmo mi asistencia a la reunión de LDN»; el segundo rezaba: «Su gente está complicando las cosas», y el último: «El envío está realizado». En cuanto al teléfono móvil, el único mensaje relevante era el enviado al mismo AD a las 10:32 horas del día de su muerte. Se limitó a escribir «*C'est la vie*».

—¿Otra vez esa frase en francés? *C'est fini, c'est la vie*. ¿No era esa la nota que entregó a la prostituta? —rezongó ella.

—Eso parece.

—¿Y a dónde nos remite AD? —La dirección de correo, a nada por el momento, pero sabemos que el mensaje fue enviado a un móvil británico titularidad de una empresa con sede central en Londres.

—Algo empieza a cuadrar, ¿no?

—Todavía no me atrevo a decir que algo cuadre en este caso, pero al menos es una pista —reconoció. Carla se volvió a hundir en la silla, cerró los ojos y se rascó la nuca. Era evidente que su cabeza bullía de actividad. Jan se quedó de pie, expectante.

—Ahora quien me preocupa es Alma, la hija del artista —dijo ella—. Si los asesinos de Martina cumplieron su promesa, ¿por qué no van a hacer lo mismo con Alma?

—También a mí me inquieta —respondió Jan—, y por eso ya me he ocupado de ella personalmente.

—¿Y?

—La he llamado al móvil que nos facilitó pero no contesta nadie.

—¡Dios! ¿También ella?

—¡No seas tan pesimista! —le reprochó él con severidad—. Se fue a Estados Unidos para visitar a su hermana, que daba a luz, ¿no lo recuerdas?

—Sí. ¿Y?

—Pues, dadas las circunstancias, no sería tan extraño que haya decidido quedarse una temporada con su hermana. Esperar a que se reponga del disgusto y ayudarla con el recién nacido.

—¿Y eso justifica su silencio?

—Es perfectamente posible que haya adquirido un teléfono móvil americano para evitar que las compañías telefónicas le cobren el *roaming* y todas esas otras estafas legales. Tal vez, simplemente, su hermana le ha prestado un teléfono americano y ella ha desconectado el suyo… ¡Vete a saber!

—¿Y el teléfono de su hermana? —Ya he puesto a Navas en ello. En cuanto lo consiga, la llamaremos urgentemente.

—Eso si todavía están juntas. Presiento que la filosofía de Alma es vagar por el mundo, sin más. Tal vez ahora esté en Hawái, en Guatemala o en Eritrea.

—Mejor para ella —respondió él—. De ser así, va a ser difícil que la localicen. —Jan comprobó que su compañera seguía abatida y que poco más iban a hacer esa tarde—. ¡Venga, vámonos! Ya has tenido bastante por hoy.

—¿Irnos? ¿Dónde?

—A cualquier sitio; nos irá bien airearnos.

Carla asintió no muy convencida. Tras bajar a la calle, Jan se acercó a una moto, levantó el asiento y sacó dos cascos. Ella lo miró con extrañeza, pero no se sintió ni con ganas de preguntar. Le pareció que lo más cómodo era dejarse llevar; realmente le convenía airearse. Carla se caló un casco que afortunadamente para su oreja era dos tallas mayor de la que le correspondía.

El sol del atardecer todavía iluminaba con nervio la ciudad, resistiéndose a desaparecer. Ambos se sumergieron en el tráfico sin rumbo definido. Bajaron por la Vía Layetana hasta alcanzar Jaume I. Jan estacionó la moto y dudó si acercarse al Museo Picasso o derivar hacia las Ramblas. Resolvió que ya tenía

demasiado arte en la cabeza y se decantó por la segunda posibilidad. Caminaron por Jaume I y se adentraron en las intrincadas callejuelas del Barrio Gótico. Había gente por doquier, turistas y más turistas, vendedores, ciclistas, bohemios, rastas, gentes elegantes y otras de mal vivir. Pasaron por la plaza del Rey y la catedral gótica antes de sumergirse en los antiguos callejones del Call, el barrio judío, y desde ahí a la plaza Real. Jan la invitó a sentarse en uno de tantos bares y restaurantes que anidaban bajo los soportales. Pidieron un par de cervezas y unas tapas. Él propuso una conversación relajada e intrascendente, pero Carla, con rostro severo, pareció ignorarlo y se inclinó por adoptar un largo silencio.

—Comprendo que lo de Martina te haya afectado —dijo Jan con aire contrito—, pero no debes culparte de nada.

—No deseo hablar de ella. Jan trató de cortar con el tenedor un espléndido solomillo de atún a la plancha.

—Necesitamos saber quién se esconde tras las siglas AD —exigió ella de improviso. Jan aparentó no oírla y dio un largo sorbo a su cerveza. Luego pinchó un aro de calamares a la romana y volvió a dar otro trago. Carla repitió la frase con desgana.

—No dudo que AD y Londres nos puedan llevar a una pista certera, pero en estos momentos hay algo que me preocupa más —dijo él.

—¿Qué? —preguntó Carla con interés.

—He aprendido a mirar las cosas desde una perspectiva algo distante, y…

—Comprendo. Admiro a las personas que saben proteger sus emociones; sufren bastante menos —interrumpió ella.

—No, no es eso. A lo que me refiero es a analizar los hechos desde la distancia.

—¿Y?

—Que alguien asesinara a Udrev por esos *pendrives* puede

tener sentido, pero que practicaran la muerte ritual ya me parece bastante más difícil. Carece de lógica. En segundo lugar, debemos analizar los tiempos.

—¿Qué sugieres?

—Que entre el asesinato de Udrev y hasta que la maldita prensa filtró la noticia del *pendrive* no hubo ninguna otra muerte. Por tanto fueron los medios de comunicación los que alentaron al asesino o asesinos a que perpetraran sus crímenes.

—¿Tal vez estás olvidando el robo de San Petersburgo y el asesinato de Crawford? —refutó Carla.

—No, no me olvido de ellos. Pero advierto que hay un antagonismo entre lo acontecido aquí y lo sucedido en Rusia y Estados Unidos.

—Es posible, también opino que son patrones distintos —reconoció ella—. Es como si los asesinatos ligados a los cuadros siguieran un modelo diferente a los vinculados a las esculturas. ¿Cierto?, es…, no sé bien cómo expresarlo, da la impresión de que los primeros fueron perpetrados por auténticos profesionales, y los realizados para conseguir esos dichosos *pendrives* fueran obra de simples aficionados.

Él asintió. Carla acarició el borde del vaso de cerveza e hizo un gesto con el que quiso expresar su falta de argumentos sólidos.

—Y además alguien —agregó Jan—, ya desde un principio, nos quiso confundir y trató de mostrarnos a Overmars como chivo expiatorio.

—Y entre Overmars y De Bruyn no hay vínculo de momento —apostilló Carla—; como tampoco parece haberlo entre De Bruyn y los asesinatos de Estados Unidos. Ni tenemos nada para relacionar a De Bruyn con el asesinato de Udrev. ¿Quizá la solución esté en Londres?

—O tal vez, simplemente, hay dos historias paralelas, ¿no te parece? —propuso él.

Carla, bastante más confortada, sacó su *tablet* del bolso y releyó una vez más la primera declaración de Martina: ahí constaban Zimmerman, Clay y Johnson, los galeristas estadounidenses que junto a De Bruyn fueron etiquetados por la secretaria de Udrev como gente *non grata*.

—Si Martina acertó con De Bruyn, no creo que errase con estos otros. Seguramente son lobos de la misma camada —valoró Carla.

Ese comentario hizo que Jan también evocase unas palabras de la secretaria: aquel momento de su declaración en la que llegó a precisar que entre esos tres galeristas habían llegado a apalabrar la compra de hasta una docena de obras de Udrev, pero finalmente solo adquirieron cuatro. Y le devolvieron al artista las otras ocho. El inspector arrugó la nariz y sugirió:

—¿Y si lo que pretendían era inspeccionar las obras de Udrev?

—¿Comprobar si en su interior contenían algún tipo de mensaje? —preguntó Carla con expectación.

Esa idea estalló en sus cerebros como el primer rayo de una tormenta nocturna. Lo que parecía una posibilidad remota adoptaba una forma cada vez más definida y siniestra.

—Haz los preparativos para interrogarlos, aunque si están en Estados Unidos, eso va a ser tarea imposible, ¿no?

—En realidad, ya estoy en ello —dijo Carla con satisfacción.

—¿Cómo?

—Que ya he iniciado las gestiones.

—¿Sospechabas de ellos?

—Sí, pero no por tu razonamiento, sino por sus antecedentes. Hace unos días contacté con Interpol Washington, y precisamente la víspera del asesinato de Martina recibí un correo del NYCDA.

—¿La fiscalía de Nueva York?

—Sí, y no soy muy optimista respecto de Clay y Johnson,

pero creo posible tomar declaración a Zimmerman —concluyó.

Jan trató de disimular su sorpresa llamando la atención del camarero; le indicó que trajera una nueva ronda de cervezas. El inspector sacó un paquete de cigarrillos, se encendió uno y ofreció otro a Carla. Con la primera bocanada de humo, Carla le explicó que el Departamento del Tesoro de Estados Unidos iba tras Aaron Zimmerman. Estaba imputado por un delito fiscal y al parecer se jugaba la pena de cárcel. La Hacienda estadounidense, siempre a través de Interpol, se avino a remitirles las facturas de Zimmerman en las que figurase Udrev; dos cumplían ese requisito, y las dos estaban ya en su poder. Jan no salía de su asombro y de un solo trago se bebió medio vaso de cerveza.

—La cuestión es que Zimmerman está dispuesto a hablar con nosotros a través de una videoconferencia.

—¿Así de fácil?

—Ese Zimmerman es muy astuto, y seguro que forma parte de su estrategia.

—Hablar con nosotros solo le puede reportar problemas y ningún beneficio. Muy convencido debe estar de su inocencia, de que nada tiene que ver con Udrev.

Como había dicho Carla, Zimmerman sabía muy bien lo que se hacía. Era muy consciente de que no podría declarar si no era con la autorización expresa del juez que llevaba su caso. Y eso, a la postre, acabaría por convertirse en una prueba de su buena disposición para colaborar con la justicia; en definitiva, una forma sibilina de congraciarse con el tribunal y posiblemente de reducir su pena. Carla miró el reloj y se sorprendió al ver la hora.

—Se ha hecho muy tarde, creo que deberíamos irnos.

Jan pidió la cuenta al camarero. En cuanto se giró, distinguió a tres individuos bajo los soportales, uno con billetes en la mano, el segundo con una papelina y un tercero, más alejado,

supervisando la operación. Estuvo tentado de intervenir, pero ese no era el momento. Minutos después vieron a una turista joven y atractiva, probablemente alemana, que se dirigía a un paquistaní que llevaba latas de cerveza en una bolsa de plástico. La mujer entabló una breve conversación; el hombre parecía dudar. Al poco sacó su teléfono móvil e hizo una brevísima llamada. Menos de un minuto después apareció a lo lejos un tercer paquistaní que mediante señas la alentó a seguirlo. Jan y Carla se in quietaron. Una mujer sola a esas horas y en ese barrio no hacía presagiar nada bueno. Vista la situación, decidieron ir tras ella con paso rápido, temerosos de perderle el rastro. Después de recorrer varios metros por las intrincadas calles, los vieron detenerse en una esquina; el individuo realizó una llamada telefónica mientras escrutaba la calle. Casi al instante vieron cómo se abría una ventana del primer piso y una mano anónima dejaba caer una pequeña pelota de papel. El paquistaní la recogió del suelo y se la entregó a la mujer. Ella le dio un billete de veinte euros y se marchó apresuradamente.

—¿Cocaína? ¿Marihuana? —se preguntó Carla.

—Qué más da —respondió Jan—. Anda, vámonos de aquí.

35

Barcelona, 29 de abril, 16:20 horas

No fue fácil poner al día de sus nuevas deducciones al comisario Márquez, y todavía resultó más complicado tratar de convencerlo de que esa videoconferencia con Zimmerman podía ser definitiva. Márquez, de contrastada competencia y con un olfato innato, sabía que sus chicos tenían razón, pero se mostró reticente; la nueva tecnología no iba con él. Había recibido cursillos de informática de todo tipo y oficialmente ya era un policía reciclado, pero su especial idiosincrasia, a la que no era ajena su edad, le hacía desconfiar de todo lo que no pudiera tocarse. Seguía aferrado al papel, al negro sobre blanco, y convencido de que no había interrogatorio mejor que el cara a cara; sin duda, su corpulencia había hecho confesar a más de uno. Dudó pues de la efectividad que pudiera tener una conversación mantenida a miles de kilómetros, pero acabó dando su beneplácito; nada tenían que perder, y tampoco quería que lo tacharan de retrógrado.

Dado el carácter oficial de la conexión, los informáticos dispusieron el ordenador en la sala de juntas de la segunda planta. Revisaron la cámara web, el SAI y el sistema de copia de seguridad externo. A las cuatro y media en punto se estableció la comunicación con la oficina del fiscal del distrito de Manhattan.

Carla se situó frente a la pantalla. En el centro estaba una

mujer que se anunció como ayudante del fiscal de la causa abierta contra Zimmerman. A su lado, con una camisa de cuello italiano y encorbatado, se encontraba el abogado del galerista, que se limitó a mover la cabeza en silencio. Y junto a él, Aaron Zimmerman. Era un hombre de aspecto refinado, de mediana edad, de formas redondas y mirada nerviosa. Carla se presentó en inglés. La ayudante del fiscal, de aspecto severo y reminiscencias thatcherianas, preguntó si la conversación sería íntegramente en ese idioma. Cuando Carla se lo confirmó, ordenó al intérprete que abandonara la sala. Después de chequear la identidad de los presentes, le indicó a Carla que iniciase el interrogatorio.

A la vista de que todos parecían estar al corriente del motivo de esa conexión, Carla decidió prescindir de la introducción que había preparado y empezó directamente la ronda de preguntas.

—¿Su factura número 0450D14 hace referencia a la comisión cobrada a un tal señor Fletcher por la venta de una obra de Udrev, así como los costes del transporte de la mercancía de Barcelona-Nueva York-Barcelona. ¿Nos lo puede confirmar? —le preguntó a Zimmerman mientras mostraba el documento a la cámara.

—En efecto —dijo el galerista.

—¿Sabe de qué cuadro se trataba?

—No recuerdo su nombre, aunque en la factura creo que se especifican las medidas.

—¿Le explicó el señor Fletcher la razón por la que decidió solicitar sus servicios?

—No, nunca lo hizo, aunque imagino que mi reputación como experto en arte contemporáneo europeo determinó mi elección.

—¿Por qué no intervino directamente Fletcher en la compra? A fin de cuentas, Udrev estaba vivo y su secretaria hacía las

funciones de marchante…

—Lo ignoro —la interrumpió Zimmerman—. Nunca pregunto las motivaciones que mueven a mis clientes, aunque atino a pensar que, como es usual entre los multimillonarios y personajes famosos, cuando deciden contratarnos es para que los artistas o sus marchantes no se sientan tentados a inflar los precios. Algo habitual, por desgracia.

—Pero si es tan inmensamente rico, ¿qué le podía importar el precio?

—Tal vez tenga razón, pero como ya he dicho, no hago preguntas. A veces, simplemente desean permanecer en el anonimato; una decisión que debe respetarse.

—¿Le enseñó los cuadros a Fletcher?

—Así es, lo cité en mi galería para que los examinara.

—¿Y? —Decidió adquirir solo uno; el que consta en la factura. Le aseguro que ese fue el único pago que hubo…

—Pero usted apalabró con Udrev la compra en firme de cuatro, y los cuatro se remitieron a su galería. ¿Es así? —tanteó Carla.

—En el último momento el cliente se echó atrás y solo compró uno. Ya sabe…, el que paga manda. Eso me supuso un gran disgusto.

—¿Perdió la comisión?

—Así fue, pero no solo eso. También me costó un berrinche con la secretaria del artista. Recuerdo que incluso tuvo que intervenir un abogado…

—¿Devolvió los otros tres cuadros a Udrev?

—Afirmativo. Por fortuna, Fletcher se avino a pagar los portes de vuelta a Barcelona. Ese es, precisamente, el otro importe que figura cargado en la factura —añadió mirando a la ayudante del fiscal con un gesto de no haber roto nunca un plato.

—¿Había alguien con Fletcher?

—Sí, lo acompañaba un experto, probablemente el asesor de su colección, pero no recuerdo su nombre.

Jan y Márquez se encontraban sentados fuera del enfoque de la webcam, junto al informático que supervisaba la conexión. Jan captó el sentido de la última pregunta de Carla y la respuesta de Zimmerman. Entonces se precipitó a escribir una nota con grandes letras y se la mostró, igual que haría un regidor de televisión.

—Imagino que tanto Fletcher como su asesor examinaron los cuadros —dio por sentado Carla, con la vista puesta en el papel que le mostraba el inspector.

—En efecto, y muy concienzudamente, incluso los llegaron a descolgar de la pared.

—Eso no es habitual —dijo Carla frunciendo el ceño. —No, no lo es —reconoció Zimmerman—. Tal vez, de haber estado yo presente, no se hubieran tomado esa libertad.

—Pero ¿no acaba de decir que estaba usted con ellos? —replicó Carla con extrañeza.

—Sí, sí —exclamó el galerista atropelladamente—. Verá, el señor Fletcher exigió que la cita tuviera lugar fuera del horario comercial. En un momento de la entrevista me pidió un café, y como mi secretaria no se encontraba en la galería, yo mismo fui al bar de enfrente. —Por lo tanto, ¿lo dejó a solas con los cuadros?

—Sí, claro. Es un hombre de total confianza. Apenas tardé cinco minutos —se justificó con la misma vehemencia que si estuviera declarándose inocente de un crimen.

—Ahora le preguntaré sobre otra factura, la número 0455J14 —dijo Carla mostrándole el documento—. En esta ocasión los conceptos facturados son por «Asesoramiento obra Udrev: colecciones privadas» —citó Carla textualmente—. ¿No hubo pues ninguna venta?

—No, ninguna —respondió Zimmerman con gesto aplomado

—. Todo lo que me pidió fue el nombre de los propietarios de obras de Udrev.

—¿Para que le vendieran los cuadros?

—Eso nunca me lo dijo, solo me pidió una relación de esas obras y sus dueños actuales. Su confección me supuso muchas horas de trabajo; infinidad de consultas a galerías y casas de subasta —añadió con gestos ampulosos con los que justificar la ingente suma de dólares que había cobrado por ese servicio.

—¿Tiene esa relación?

—Sí, seguramente la debo tener guardada en el ordenador.

—¿Qué mencionaba exactamente en esa lista?

—Le indicaba el nombre del propietario, el título de la obra y las especificaciones técnicas habituales. En ocasiones también adjunté la imagen correspondiente.

—¿Sería posible que nos hiciera llegar una copia? —le pidió Carla.

Zimmerman buscó la mirada de su abogado. Este tomó unas notas e hizo un gesto de asentimiento.

—¿Conoce a los galeristas George Clay y Kenneth Johnson? —preguntó Carla tras echar un vistazo al guion que tan cuidadosamente había preparado.

—Sí, en efecto, son colegas míos.

—¿Qué nos puede decir de ellos?

—George Clay trabaja en el sur, pero viene a menudo a Nueva York. Nos vemos un par de veces al año, por lo general coincidimos en las principales ferias o exposiciones que se celebran en la ciudad. A Johnson no lo conozco personalmente, él trabaja en la Costa Oeste.

—¿Comentó con Clay ese interés de Fletcher por la obra de Udrev?

—Así fue —asintió algo azorado.

—¿Y con Johnson?

—Solo por teléfono —reconoció con el semblante tenso.

—¿Por algún motivo especial?

—Bien, a fin de cuentas era lo más lógico.

Esa respuesta hizo que Carla recelara aún más de ese tipo. Miró fijamente a la cámara y con la mano izquierda hizo el acostumbrado gesto de quien necesita alguna explicación más.

—Lo que quiero decir —añadió Zimmerman midiendo cuidadosamente sus palabras— es que no es muy normal que alguien se interese más por los coleccionistas y propietarios que por las obras en sí. Ciertamente nos llamó la atención. De ahí que uno hablara con otro, ese con un tercero y así sucesivamente hasta que al final dedujimos que Fletcher nos había encomendado el mismo trabajo. Es extraño pero no un delito. Acabé por concluir que todo cuanto pretendía Fletcher era tratar directamente con cada propietario y evitarse nuestra comisión en la intermediación. No era su estilo, pero tampoco acerté a darle otra explicación.

—¿Tal vez llegaron a un pacto entre ustedes tres? —planteó Carla con suspicacia.

—Tan solo delimitamos nuestras zonas de operación, eso fue todo —adujo Zimmerman sin poder disimular el nudo que se le había asentado en la garganta.

—¿Pactos de no competencia?

—Así fue.

—¿Y acordaron unos precios mínimos? En fin, unos precios y unas comisiones a la par, para sacar a Fletcher el máximo precio posible.

—No, en absoluto. —Zimmerman hablaba con un parpadeo excesivo, azorado, y empezó a manifestar un tic nervioso en el brazo izquierdo.

—¿Sabe si Clay y Johnson le vendieron obra de Udrev a Fletcher?

—Me consta que algo le vendieron, pero no sabría decirle el número.

Carla revisó el guion y miró de reojo a Jan y Márquez. Ambos pusieron cara de no querer añadir nada. Carla optó por despedirse cortésmente de su conferenciante, no sin antes recordarle que, según lo acordado, quedaba a la espera de ese listado. El abogado intervino por primera vez para solicitarle el correo electrónico donde remitírsela. Carla anotó en un folio y con grandes letras la dirección y la mostró a cámara. Con una protocolaria sonrisa que pretendía enmascarar su aburrimiento, la ayudante del fiscal concluyó la entrevista con una parrafada infinita.

El informático se levantó, echó un vistazo a la pantalla, cerró las aplicaciones e inició el proceso para volcar la videoconferencia en una memoria externa. Mientras tanto, Carla tomó asiento en la larga mesa de la sala de juntas y releyó las notas que había escrito en los márgenes de su guion. Márquez y Jan se sentaron a su lado. Ella se tomó su tiempo, y a buen seguro, de no estar presente el comisario, se hubiera fumado un cigarrillo. En cuanto consiguió poner en orden el hervidero de ideas que rondaban por su cerebro, procedió a explicarles los detalles de la entrevista. En un principio se ciñó a sus notas, pero luego fue introduciendo su punto de vista.

—¿Y bien? —les preguntó Carla al finalizar su exposición.

—Opino que ese Zimmerman es un listillo y también un cabronazo, pero no creo que sea nuestro hombre —apuntó Jan.

—No, no lo es. De tener algo que ver con el asesinato de Udrev, jamás se habría sometido a nuestras preguntas.

—Quien me preocupa es ese Fletcher. Supongo que los tres pensamos lo mismo —concluyó Jan.

—Si consiguiéramos un careo entre Zimmerman, Clay y Johnson, estoy convencida de que desenmascararíamos a ese tal Fletcher —propuso Carla.

—¡Sin duda, un gran trabajo! —interrumpió Márquez levantándose—, pero mejor que olvidéis la posibilidad de un

careo. Zimmerman se ha ofrecido voluntario, y mientras Clay y Johnson no decidan imitarlo va a ser imposible sentarlos ante la cámara. En cuanto a ese Fletcher, cierto es que da mala espina pero, por muy obcecado que esté en la obra de Udrev, eso no lo convierte en un delincuente. Al menos por el momento. Mejor nos centramos en lo que tenemos entre manos: localizar a Alma y darle nombre y apellido a las siglas AD. Por cierto, agente Janerich —añadió dirigiéndose a Carla—, aunque solo sea de forma resumida, desearía que en el expediente se incluya una traducción de esa videoconferencia. No todos tenemos el idioma inglés como lengua materna.

Márquez giró pesadamente sobre sí mismo, levantó la mano a modo de despedida y se fue. Carla le preguntó a Jan:

—¿Por qué me ha llamado por el apellido?

—Porque está contento…

—¿Contento? He visto cadáveres con expresión más alegre que la suya.

—Es su forma de ser. Cuando está satisfecho, nos suele llamar por el apellido. —¿Y cuando está enojado?

—Por el rango. Esa es una mala señal. —Se sonrió Jan.

36

Nueva Jersey, 2 de mayo, 10:30 horas

*D*an Levinson se acurrucó en el asiento trasero de un añejo Bentley Continental que Fletcher había puesto a su disposición. En varias ocasiones el chófer lo había mirado a hurtadillas por el retrovisor buscando el momento propicio para iniciar algún tipo de conversación, pero Dan supo rehuirlo durante todo el trayecto. Ese tipo de charlas, a la larga y por muy intrascendentes que fueran, terminaban resultando incómodas.

Se le hizo un nudo en el estómago cuando el chófer le mostró a través de los cristales la silueta del aeropuerto Newark Liberty. Minutos más tarde, cuando lo condujo hasta un avión Falcon 900 y pudo por fin distinguir con claridad sus doce ventanillas, sintió que el corazón se le salía por la boca. La incertidumbre lo reconcomía.

No supo aguardar a que el chófer le abriera la puerta. Tomó su bolsa de mano y se dirigió con paso rápido al avión, con la mirada puesta en la persona que parecía esperarlo en una silla de campaña junto a la escalerilla. El chófer lo siguió tres pasos por detrás con una abultada maleta.

Cuando llegó al pie del Falcon, Levinson se limitó a saludar. El chófer intercambió unas breves palabras con el tripulante de cabina y este le franqueó el paso.

Ya en su interior, una azafata lo guio a su asiento. A un lado y otro del pasillo caían densas cortinas de color beis, y más

adelante, tras una mampara del mismo color se abría la cabina de pasajeros bellamente enmoquetada. Seis de los ocho asientos se encontraban ya ocupados por individuos a los que no conocía de nada. Unos y otros lo saludaron con la mirada; una expresión tan distante y fría como la de quien saluda a un vecino cargante.

—Más adelante le haré las presentaciones, pero ahora debemos despegar sin más dilaciones, vamos con un poquito de retraso. ¿Tiene alguna intolerancia o alergia? —le preguntó la azafata.

—No, ninguna —farfulló Dan.

—¿Qué bebida desearía tomar cuando hayamos despegado?

—Tal vez un zumo de naranja —dijo poco convencido.

—Abróchese el cinturón y dentro de unos minutos estaré de nuevo con usted.

Después de que la azafata indicara que podían liberarse de los cinturones de seguridad, Dan observó cómo sus compañeros de viaje procedían a mover con gran presteza los asientos, haciéndolos girar a un lado y otro hasta formar pequeños corrillos. Dos permanecieron en la misma posición, desplegaron sus respectivas mesitas y se sumieron en la lectura. Dan se limitó a abrir su bolsa de mano, sacó un expediente con espiral de alambre, lo apoyó sobre las rodillas y bebió la naranjada con fruición. Tenía la garganta tan seca como una piedra del desierto. Luego reclinó el asiento y, siempre con los papeles en la mano, aguzó el oído con la intención de cazar alguna de las conversaciones que se sucedían a sus espaldas. De vez en cuando se rascaba la frente y se repetía con inquietud: «Este viaje va a ser diferente».

Había transcurrido poco más de una hora cuando la azafata le indicó que su anfitrión, Angus Fletcher, deseaba saludarlo en privado. Levinson comprobó con sorpresa que donde antes caían gruesos cortinajes ahora se abría un pequeño salón

compuesto de un sofá cama de amplias proporciones y una mesa cercada por tres butacas. Fletcher estaba sentado en una de ellas, absorto en su lectura. La azafata tosió discretamente para llamar la atención del magnate y al acto desapareció.

—¡Estimado señor Levinson! —pronunció mansamente Fletcher retirándose las finas gafas de lectura—. Qué gusto tenerlo de nuevo entre nosotros. Disculpe que no me levante, pero me temo que todavía llevo puesto el cinturón —agregó alargando el brazo.

Dan lo saludó con una leve inclinación de cabeza, le estrechó la mano y, siguiendo sus indicaciones, se sentó en la butaca frente a Fletcher.

—¿Ha estado alguna vez en Escocia? —Nunca, pero tengo entendido que es preciosa.

—Sin duda, la tierra más bonita del mundo, a veces algo severa, pero maravillosa. Espero que, ya entrada la primavera, no nos sorprendan en exceso las inclemencias del tiempo. ¿Qué le ha parecido el equipo que nos acompaña?

—No he sabido reconocer a nadie.

—Es de suponer, ninguno es de los suyos, la mayoría son doctores en Medicina y físicos.

—Algo he podido adivinar de sus conversaciones. ¿Tal vez está usted indispuesto? ¿No se encuentra en buenas condiciones? —se atrevió a preguntar el arqueólogo.

—¿Condiciones? Hace años que no sé lo que significa encontrarse en condiciones —dijo esbozando una sonrisa artificial—, y en parte ese es el motivo del viaje, pero ya hablaremos de eso en otro momento.

—¿Y los físicos?

—De eso también hablaremos más adelante. Levinson puso cara de circunstancias. Ya no tenía ninguna duda de que esa expedición iba a ser diferente y arrugó la nariz. Fletcher se percató de ello.

—Pero no se apure, allá le esperan algunos de sus colegas.

—¿Ya hay gente allí? —preguntó Dan con sorpresa.

—Hace dos semanas envié una avanzadilla a Roslin. Alguien debía encargarse de visar las autorizaciones, montar los andamios…

—¿Una excavación oficial? —lo interrumpió Levinson con incredulidad.

—Digamos que oficialmente he destinado trescientas mil libras para restaurar la fachada oeste de la capilla.

—Tengo entendido que, según las teorías de Robert Lomas y Cristóbal Knight, esa fachada reproduce el Muro de las Lamentaciones de Jerusalén.

—Veo que, tal y como le pedí, ha estudiado el tema. ¿Acaso no cree en esas tesis?

—No le sé decir, al menos hasta que no la vea con mis propios ojos, haga las mediciones y levante los planos.

—Comprendo, comprendo, pero no es solo ese el motivo de nuestra expedición —añadió Fletcher con tono contemporizador—. Digamos, como probablemente sabrá, que muchos estudiosos coinciden en afirmar que las excavaciones realizadas en el siglo XIX ya apuntaban que la actual capilla formaba parte de una estructura mucho mayor, y que su subsuelo esconde una segunda cripta. No sabemos dónde, tal vez en el exterior, incluso pudiera encontrarse bajo la misma capilla, ¿por qué no? Levinson exhibió una amplia sonrisa. Su anfitrión esbozó una mueca de placidez y se recostó en la butaca.

—¡Ya ve! De alguna forma había que estar allí con carácter oficial. ¡Habría resultado imposible actuar clandestinamente! Así pues, las autoridades escocesas están encantadas conmigo, y yo con ellas. Tendremos el honor de ser el último equipo de rehabilitación que intervenga en el templo, los últimos de una larga serie de actuaciones que ha durado más de diez años.

—¿Qué busca exactamente? —planteó Dan sin tapujos.

—Se lo diré, pero no ahora. ¡Relájese! ¿Le apetece beber algo?

Fletcher oprimió uno de los botones que tenía en el reposabrazos y al instante apareció la azafata.

—¿Qué desea?

—Si me promete no decírselo a los matasanos que tenemos ahí al lado, me hará muy feliz si me sirve un Balblair. Y no me diga que no tiene, porque yo mismo he ordenado a mi chófer subir una botella a bordo —dijo Fletcher con una mueca cómplice. —¿Y el señor Levinson? —le preguntó la azafata al arqueólogo.

—No sabría decirle…

—Le aconsejo otro Balblair —terció Fletcher sin darle elección—. Es un whisky exquisito y, si nos lo sirven con unas gotitas de agua de Uisge Source, sabe a gloria bendita.

En cuanto la azafata desapareció por el pasillo, el magnate se sumergió en un tenso silencio que indujo a Dan a mirar por la ventanilla. Solo nubes y mar. Su rostro volvió a dibujar una mueca de felicidad pensando en lo acertado que había estado al aceptar la proposición de Fletcher. Se imaginó de nuevo rodeado de tierra y piedras, y aunque todavía no supiera bien en qué iba a consistir su trabajo, seguro que merecía la pena.

La azafata sirvió las bebidas en la mesita que había entre ambos, rogando a Dios que ninguna turbulencia la dejara en ridículo. El filántropo tomó su vaso entre las manos y contempló su color a contraluz.

—¿Qué opina de mi apellido? —preguntó Fletcher oliendo el Balblair con los ojos cerrados.

—Imagino que se trata de un apellido inglés —titubeó Dan desconcertado.

—¿Inglés? —refunfuñó el magnate—. No podía haberme ofendido de peor forma. ¡Inglés dice! Fletcher es un apellido

escocés, puro escocés. Este whisky es como yo, escocés, solo que envejecido en roble americano —se carcajeó.

—Lamento mi torpeza.

—No le culpo, en realidad Fletcher es la traducción inglesa de mi verdadero apellido, Mac-an-Leistear. En gaélico, el vocablo *leisdear* significa ‘el hombre de la flecha’, probablemente una alusión a los fabricantes de flechas o tal vez a los expertos en el uso del arco. Esos eran mis antepasados, algo montaraces.

—No tenía ni idea, pero no sé ver la similitud fonética entre Fletcher y Mac-an-Leistear.

—Los ingleses se apropiaron del patronímico y lo tradujeron; así son ellos. Fue en 1507 cuando empezaron a marranear nuestro apellido, y para el siglo XVIII ya nadie de la familia conservaba el original. Tan solo nos quedan el escudo de armas y, por supuesto, nuestros colores. Este fue el *kilt* del clan —añadió señalándose la corbata y el pañuelo que adornaba el bolsillo de su americana, ambos de cuadros escoceses en color azul, verde y negro, con finas líneas rojas—. ¿Cómo podría visitar la tierra de mis ancestros sin los colores de la familia?

—¿Conserva familiares en Escocia?

—No, por desgracia. Alrededor de 1820 la mayoría se marchó a Estados Unidos; otros, apenas un puñado, emigraron a Canadá. El último jefe que ejerció como tal fue mi abuelo, John Fletcher, que murió en Nueva York en 1911. Así pues, nadie me espera allí —apuntó con melancolía.

—Debe resultar emocionante conocer la historia de sus ascendientes —musitó Dan.

—¡Conozco la vida y milagros de todos mis antepasados desde 1450! —exclamó Fletcher—. De esa época data el primer registro escrito del jefe Angus Mac-an-Leistear. ¡Angus! ¡Tenía el mismo nombre que yo! —exclamó llevándose la mano al corazón—. Él fue el primero de la saga y probablemente yo sea

el último, qué irónicos son los caprichos del destino, ¿verdad?

—¿Dónde ha conseguido tanta información?

—He gastado mucho tiempo y dinero en reconstruirla. Tuve la suerte de heredar una fortuna, y si de algo me vanaglorio es de haberla triplicado. Esto, para un escocés, es el mayor orgullo. Por tanto, qué mejor destino que emplear los caudales en contratar a los más destacados especialistas para rescatar del olvido nuestra historia. Lo sé todo sobre mis ancestros, sé dónde encontrarlos.

—¿Encontrarlos?

—Le ruego que me disculpe, es una forma de hablar —rectificó Fletcher azorado—, quiero decir que, afortunadamente, muchos de ellos fueron personajes relevantes, es fácil seguirles la pista.

El filántropo se refirió entonces a los Fletcher más insignes. Dio detalles sobre aquel que salvó la vida al famoso Rob Roy, de otro que participó en la rebelión jacobita y también del patriota escocés Andrew Fletcher, que se opuso a la famosa Ley de la Unión de 1707. Tampoco se olvidó de sus rivales, en especial de sir Duncan Campbell, las gentes del castillo de Kilchurn o descendientes del Caballero Negro de Loch Awe, como le gustaba llamarlos. Los citaba con la misma intensidad y vehemencia que si hablara en presente, como si todos aquellos fantasmas estuvieran aún esperándolo en las montañas con las espadas en alto.

Dan estaba expectante; y aunque esa no era su especialidad ni tampoco la parte de la historia que más apreciaba, seguía siendo la historia, y esa pasión la llevaba en la sangre.

—Me alegrará visitar el castillo de Achallader, en la parte alta de Glenorchy, nuestro hogar ancestral. Y si pudiera, también visitaría el castillo de Dunans y las casas de Inveroran y Bartavurich —dijo Fletcher con aire nostálgico.

—¿Quedan lejos de Roslin? —preguntó Levinson.

—A unas cien millas al norte, más o menos. Ya ve que soy extremadamente afortunado: lo tengo todo a tiro de piedra. —Saboreó el último sorbo de whisky y planteó de improviso—: Por cierto, ¿qué sabe de Udrev?

—¿El artista recientemente fallecido? —preguntó Dan.

—Veo que lo conoce.

—No supe de su existencia hasta que los periódicos publicaron la noticia de su asesinato, y fue por azar —admitió Dan.

—Una lástima. —Suspiró Fletcher—. Un artista inigualable, era mucho más que un pintor —añadió con un tono enigmático.

—Me sorprendió saber que su obra estaba íntimamente relacionada con la arqueología, la antropología y la historia —reconoció Dan—. Algo poco usual, que para mí resultó ser un descubrimiento apasionante.

—Sin duda —dijo Fletcher con gesto cansado—, por esa razón le he preparado un dosier con su obra más relevante. Puede pedírselo a la azafata. Estúdielo con cariño, aún tiene muchas horas por delante. Ahora, si me lo permite, me convendría descansar. Continuaremos la conversación ya en Edimburgo.

37

Barcelona, 3 de mayo, 9:30 horas

Esa mañana Jan la acompañó de nuevo a la clínica. Tal como era de esperar, el reconocimiento médico duró escasos minutos: los que tardó el facultativo en quitarle el vendaje, examinar la herida y tramitar el alta definitiva. Apenas le había quedado señal del corte, solo una manchita rosada y unos diminutos puntos de costra a lo largo del lóbulo interior de la oreja.

Al salir de la clínica, situada en lo alto de la ciudad, tuvieron oportunidad de admirar Barcelona; la urbe parecía rendida a sus pies. En primer plano emergían miles de edificios dispuestos en perfectas cuadrículas; al fondo, junto al mar, se esbozaban los barrios más antiguos, cientos de calles anárquicamente trazadas que parecían arremolinarse una sobre otra sin orden ni concierto. El sol lucía ya con fuerza, el Mediterráneo no era azul sino un inmenso mantel de plata que anunciaba tímidamente el verano. Jan dijo reconocer el perfil brumoso de la mallorquina Serra de Tramontana en el horizonte más remoto, una visión que Carla no pareció compartir. Pero fuera o no la isla de Mallorca, Jan ya había decidido que esa mañana no iban a ir a la comisaría. Ella aún no conocía sus intenciones.

Bajaron a la ciudad en moto, disfrutando de ese aire cálido que solo una primavera ya muy avanzada puede ofrecer. Carla sintió cierta alarma cuando advirtió que Jan dejaba atrás la

comisaría y se lanzaba de semáforo en semáforo por el Passeig de Sant Joan y el Arc de Triomf hasta detenerse en el Parc de la Ciutadella.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —le recriminó ella.

—Celebrar tu alta, ¿te parece poco?

—¿Me estás tomando el pelo?

—Oficialmente tienes la mañana libre, y a mí nadie me reprochará si llego un par de horas más tarde a la comisaría —dijo consultando el reloj—, te he acompañado a la clínica, ¿no?

—Así que me has convertido en tu coartada —dijo ella con una sonrisa.

—Allí arriba —añadió indicando la parte alta de la ciudad— me he dado cuenta de que hace un día demasiado bonito para perdérselo, y, además, un poco de aire le hará bien a tu oreja —agregó con expresión divertida y poniéndose las gafas de sol. Carla asintió con gesto cómplice.

Entraron en el parque, luego deambularon por las calles del Born y, ya de regreso, bordearon el zoológico para acabar sentados en uno de los chiringuitos del Port Olímpic, frente al mar. Al poco el teléfono de Jan lo avisó de la entrada de un mensaje. Carla también lo oyó y miró a su compañero esperando que echara un vistazo a la pantalla, pero Jan no pareció inmutarse. «¿Una pretendiente?», se preguntó ella.

—¿No vas a leerlo? ¿Y si es del trabajo? —le reprendió. Jan accedió de mala gana. Se sacó el teléfono del bolsillo y miró la pantalla.

—Es Belloch —anunció con desinterés y, tras iluminar la pantalla y quitarse las gafas, leyó en voz alta—: «AD = Arthur Doyle, abogado y socio de la firma Goldman & Roth. Londres. Seguimos investigándolo». ¿Qué pinta un abogado en todo esto?

—¿Y por qué De Bruyn le enviaría esos mensajes y correos? —se preguntó Carla.

Los agentes trataron las diferentes posibilidades que podían derivarse de esa nueva información. Carla dejó la taza de café con leche sobre la mesa, sacó la *tablet* del bolso y releyó en voz alta los correos que De Bruyn le había remitido a Doyle: «Confirmo mi asistencia a la reunión de LDN», «Su gente está complicando las cosas» y «El envío está realizado». Salvo que LDN se refería a Londres, ningún otro dato era concluyente. ¿Y qué decir del mensaje de texto con esas tres palabras: «*C'est la vie*»? Sabían que con eso no podrían demostrar que Doyle estaba implicado en la trama. Ningún juez iba a darles luz verde para interrogarlo, y conociendo a Márquez, ni siquiera les dejaría intentarlo. Además, imaginaron al abogado negando los hechos o amparándose en el secreto profesional.

Carla pidió otro café con leche, y con el primer sorbo se atrevió a plantear una cuestión: si De Bruyn borró deliberadamente los datos de su ordenador, pero respetó los tres correos enviados a Doyle, y además, tampoco se molestó en borrar el mensaje de texto que le remitió el mismo día de su muerte, quizá podía inferirse que De Bruyn lo estaba señalando con el dedo acusador. ¿Una venganza?

Jan tomó el vaso de cerveza, se recostó en la silla y miró al cielo:

—Tienes razón —reconoció en voz baja.

Carla siguió trasteando en la *tablet*, accedió a su correo electrónico y lo sincronizó. Al punto vio cómo le entraba un nuevo mensaje del que desconocía el remitente. Comprobó que se lo enviaba la oficina del fiscal de Manhattan y que llevaba adjunto un archivo. Se trataba de la relación que le había solicitado a Zimmerman y contenía seis nombres.

—¡Crawford está en la lista! —exclamó tras una somera lectura—. Zimmerman lo incluyó en su informe para Fletcher.

—¿Relacionó a Crawford como propietario de una obra de Udrev?

—En efecto.

—¡Dios! Entonces, Zimmerman condenó a Crawford.

—Tal vez fuera involuntariamente, pero lo hizo.

—¡Joder! —exclamó Jan llevándose la mano a la frente.

—Estaba segura de esa conexión, como también estoy convencida de que, si consiguiéramos la lista de Clay, aparecería el nombre de Coleman.

—¿Por qué?

—Zimmerman apuntó que los galeristas se distribuyeron las zonas de actuación. Zimmerman se ocupó de la Costa Este, y Crawford fue asesinado en Filadelfia. De igual forma, Clay se encargó de la zona sur, y el chófer de Coleman fue asesinado en Miami.

—Pero no hay ningún asesinato ni robo en el oeste —objetó Jan.

—No que sepamos. Tal vez Johnson no confeccionara ninguna lista, o, si lo hizo, esas obras no resultaron de interés para Fletcher.

—Tendría sentido —admitió él.

—Con o sin sentido, lo que parece indudable es que nuestros agresores nos llevan a De Bruyn, y este nos remite a Doyle. Por otro lado, los galeristas Zimmerman y Clay nos conducen a los asesinatos de Crawford y al chófer de los Coleman, y estos a ese tal Fletcher —concluyó Carla—. Lo que no veo es la forma de vincular a Fletcher con Doyle.

—Sigo manteniendo que hay posiblemente dos historias paralelas y dudo que se crucen en algún momento. Por un lado, está lo ocurrido en América, y por otro, lo acontecido en Europa —afirmó Jan con convicción—. A Márquez no le va a hacer ninguna gracia todo esto.

—¿Por qué?

—Porque es de la vieja escuela. Considera que el muerto es suyo, y que por lo tanto el caso es de nuestra exclusiva

competencia. Odia todo lo que huela a internacionalización, odia iniciar expedientes para que luego se le escapen de las manos.

—Pues habrá que convencerlo. ¿Vamos a dejar de interrogar a Doyle y a Clay simplemente porque residan en el extranjero?

—¡Dios nos coja confesados! Se nota que no lo conoces.

Esa tarde se sentaron frente a Márquez para explicarle la deriva del caso. La sonrisa del comisario duró escasos segundos, los mismos que trascurrieron desde que Carla anunció su alta médica hasta que le informaron que habían conseguido ubicar a Doyle en Londres y debían interrogarlo. Márquez comenzó su pesado respirar. Para cuando Jan y Carla se refirieron a la lista de Zimmerman y plantearon la posibilidad de que Clay hubiera confeccionado una lista similar, su jefe ya se había desplazado a la ventana y jugueteaba nerviosamente con las laminillas de la cortina, resoplando como un toro acosado en la plaza. Tras reflexionar unos instantes, pareció implosionar:

—¿Ir a Londres? ¿Interrogar a ese tal Doyle? ¿Una videoconferencia con Clay? ¿Estáis de broma? ¿Con qué orden judicial? ¿La vais a pintar vosotros con lápices de colores?

Las preguntas y objeciones se sucedieron durante un buen rato hasta que la secretaria de Márquez golpeó la puerta y entró sin esperar respuesta.

—Es Alma Udrev, ha preguntado por Carla Janerich. ¿Le paso la llamada? Jan y Carla se miraron con expectación. Márquez abandonó la ventana agitando los brazos.

—¡Por supuesto! —ordenó indicándole a Carla que respondiera desde el teléfono que tenía en su mesa.

Ella se precipitó sobre el aparato y tomó el auricular al tiempo que Márquez presionaba el botón de manos libres para oír la conversación.

—¿Alma Udrev? —la saludó Carla con afabilidad.

—Sí, soy yo. He escuchado sus mensajes, esos en los que me solicitan que contacte con ustedes, pero me ha sido imposible hasta ahora —se disculpó—. He estado con mi hermana en Estados Unidos y tuve desconectado el teléfono hasta hace un par de días.

—No tiene importancia —acertó a decir Carla consciente de que todavía estaría pasando su duelo.

—Lamento las incomodidades que les haya podido suponer. ¿Tienen alguna novedad? Carla miró a Jan y a Márquez. Ambos levantaron las manos para que fuera discreta en la respuesta.

—Se han realizado muchas gestiones y creemos que empiezan a dar resultado.

—Me anima escuchar esto.

—¿Cuándo podremos verla y ponerle al corriente? —preguntó la agente.

—Imagino que dentro de una semana podré estar en Barcelona. ¿Qué saben de Martina? Tengo mensajes suyos en el contestador, pero aún no he podido hablar con ella.

Los tres se miraron con congoja. Márquez empezó a gesticular como un poseso negando con la cabeza y con el dedo índice. Carla tragó saliva y respondió con desazón:

—Nos comunicaron que sufrió un accidente.

—¿Un accidente? No me diga eso —sollozó Alma—. ¿Qué le ha sucedido?

—Ha sido algo muy reciente y todavía estamos a la espera del parte médico —mintió ante el beneplácito de sus superiores.

—¿Es grave?

—No lo podemos confirmar todavía, pero no se preocupe.

—¿Cree preciso que adelante mi regreso a Barcelona?

—Como usted considere, pero si es cuestión de una semana, tal vez no haga falta que modifique sus planes —afirmó con voz pausada. —Lo cierto es que mis previsiones eran estar ya

en Barcelona, pero al conectar el teléfono móvil comprobé que uno de los mensajes me citaba en Londres.

—¿En Londres? ¿Quién la ha citado? —preguntó Carla con sobresalto.

—Un bufete de abogados. Ayer hablé con una secretaria que requirió mi presencia en ese despacho, dijo que tenían que pagarme una importante suma.

—¿Por qué razón?

—Me comentó que uno de sus clientes, un galerista, debía liquidarme los derechos que me correspondían por la venta de unos cuadros de mi padre. Alrededor de ciento ochenta mil libras; incluso traigo la autorización de mi hermana para cobrar la cantidad íntegra. Ya sabe, somos las dos únicas herederas y ella no está en disposición de viajar.

—¿Cuál es el bufete?

—No lo recuerdo, tendría que revisar la nota.

Jan, Carla y Márquez se miraron con extrema preocupación. El comisario se llevó la mano a la boca y murmuró: «Van a por ella».

—Tenemos que pedirle encarecidamente que no viaje a Londres —dijo tajantemente Carla.

—¿Que no viaje? Pero si les estoy llamando desde el aeropuerto de Heathrow.

—¡Santo cielo! ¿Ya está ahí?

—Eso es lo que estoy diciéndole.

—Escúcheme con atención —articuló Carla como si estuviera deletreando las palabras—, no acuda a esa cita. Evítela, ofrezca cualquier excusa, pero no vaya allí. Diga que ha perdido el avión o cualquier otro pretexto que se le ocurra. Tenemos la absoluta certeza de que es una trampa.

—¿Pretende asustarme? ¿Una trampa?… —preguntó con incredulidad.

—No tenga ninguna duda. La muerte de su padre forma parte

de una compleja trama —se vio obligada a decir Carla para convencerla—, y uno de los hilos nos lleva a Londres, precisamente a un despacho de abogados. No estoy bromeando, se lo aseguro. Alma pareció ausentarse durante unos segundos que a los inspectores les parecieron una eternidad.

—No sé qué decirle, quizá tenga razón —expresó con titubeo —. Bien pensado, resulta poco creíble que alguien reconozca y pague alegremente una deuda sin decirme siquiera el nombre del galerista. De momento haré lo que me dicen.

—No le diga a nadie que está en Londres y mucho menos dónde se aloja. Le volveré a llamar dentro de unos minutos y le comunicaremos el operativo de actuación.

—El accidente de Martina ¿tiene que ver con la muerte de mi padre? —acertó a preguntar Alma sin estar muy segura de querer escuchar la respuesta.

—No lo sabemos —mintió de nuevo, y se despidió con el mismo afecto que dedicaría a una amiga.

Los tres policías se quedaron en silencio y bajaron la cabeza como si quisieran ocultar sus pensamientos. Carla sintió que se le helaba la sangre al imaginar que lo sucedido con Martina pudiera repetirse. Fue Jan quien decidió tomar la palabra:

—No entiendo qué puede tener Alma en su poder para que decidan ir a por ella. ¿Es solo venganza?

—¡Id y sacadla de ahí! —les ordenó Márquez—. Decidle a mi secretaria que se encargue de los billetes, del papeleo y de efectuar los comunicados a la Policía británica. Os quiero allí. ¡Ya!

38

Capilla Rosslyn, Escocia, 3 de mayo, 10:15 horas

Después del desayuno, una discreta Nissan Vanette de color blanco se detuvo frente al The Original Rosslyn Hotel, donde había quedado alojado el equipo de Fletcher. Cuando el chófer abrió las puertas, los científicos se precipitaron a tomar asiento, igual que cuando de niños iban a la escuela. Ya con un pie en el interior, Dan Levinson dio un paso atrás y expresó su deseo de acercarse al templo caminando; ese breve paseo le iría bien para desentumecer los huesos y poner en orden sus ideas. Le preocupaba ensamblar la teoría con la práctica; una cosa eran los estudios previos, y otra muy diferente, los datos que se obtenían sobre el terreno. En Roslin casar ambos parecía especialmente complicado. Además, tampoco tenía muy claro cuál iba a ser su función allí.

Al enfilar el tramo final, y bajo un cielo gris, divisó la entrada al recinto de la capilla, un edificio de cristal custodiado por un hombrecillo regordete y bonachón, de acento endiabladamente difícil, para quien el concepto de felicidad parecía reducirse a romper los *tickets* por la línea troquelada. Dan no atinó ver a nadie más, y tampoco se extrañó. Fletcher se las había apañado para que todo el complejo, incluido el castillo que quedaba a escasos minutos, permaneciera cerrado al público entre semana. Eso era lo acordado con los propietarios de la capilla hasta el mes de junio.

Después de registrarse en recepción, Dan se detuvo a observar los andamios metálicos y la inmensa lona azul que los operarios habían desplegado sobre el muro oeste, donde se reproducía el templo de Salomón o Muro de las Lamentaciones, que tanta devoción parecía despertar en Fletcher. Un poco más allá constató, como el astuto filántropo ya le anticipara, que también se habían tendido lonas sobre la capilla. No estaba previsto ningún trabajo en la fachada, tampoco en su interior; es más, el permiso prohibía expresamente cualquier otra intervención que no fuera en el muro oeste; pero Fletcher había conseguido tender las cubiertas con el pretexto de proteger su entorno. Una estrategia que le permitiría intervenir en cualquier punto del complejo sin apenas causar sospechas.

Levinson decidió tomarse un tiempo más de reflexión y guio sus pasos hasta el cementerio adyacente. Docenas de cruces y lápidas de piedra emergían del exuberante césped, tan uniforme y bello que parecía un lienzo pintado de verde intenso. Se sentó sobre una piedra junto a una lápida que rezaba: *In loving memory of James Steward & Anne McLaren*, abrió su bloc de notas y contempló detenidamente la capilla Rosslyn. Ese templo, inicialmente concebido como colegiata consagrada a san Mateo, había sido fundado en 1446 por William Saint Clair, transcrito en ocasiones como Sinclair, Saintesclaire o Saint Clair: el primer conde de Caithness y tercero de Orkney. Había discrepancias sobre su año de construcción. Para unos debía considerarse la fecha que figuraba en la carta fundacional dictada por Roma; otros preferían manejar distintas fuentes históricas. En cualquier caso, la diferencia apenas era de diez años, un lapso que para nada influía en las investigaciones de Dan Levinson.

Los estudios arqueológicos más recientes habían desvelado que la idea original del noble Saint Clair era construir un edificio mayor, con planta de cruz latina, pero la muerte lo

sorprendió en 1484 y su hijo, probablemente porque no disponía de dinero o le traía sin cuidado tanta piedad, dejó interrumpidas las obras. Quedó pues inacabada y relegada al rango de capilla. Pero, con independencia del tamaño, lo que era incontestable es que, en esos aproximadamente cuarenta años que duró su construcción, su fundador se obsesionó con plasmar en cada una de esas piedras todos sus conocimientos, credos y miedos. Había logrado grabar en su superficie una espiritualidad aterradora, como si de ello dependiera su salvación eterna. Las esculturas y símbolos resultaban tétricos, pero también mágicos; estaban pidiendo a gritos que alguien se detuviera a escucharlos.

Para el arqueólogo, acostumbrado a bregar con arte griego, olmeca y maya, cualquier monumento posterior al románico le parecía poco más o menos una expresión contemporánea. Y por esa razón, esa capilla del gótico tardío jamás le habría despertado ningún interés si no fuera, precisamente, por ese encantamiento que transpiraban sus poros. Pero no todo era tan prodigioso.

Sus estudios previos le habían hecho ver que, por muy gótica que fuera, varios de sus elementos parecían postizos. Había tanto que admirar que le infundía sospechas. Demasiados detalles por todas partes; rebosaba símbolos y alegorías. Esa capilla había sufrido tantas restauraciones e intervenciones que, aun sabiendo hacer hablar a las piedras, resultaba difícil llegar a distinguir lo original de lo añadido. Y lo peor no era eso, sino las diferentes interpretaciones, por lo general tendenciosas, que a lo largo del tiempo se habían dado a sus enigmas. Toda ella estaba construida sobre leyendas.

Levinson rodeó el templo hasta la puerta principal. Dos imponentes gárgolas flanqueaban la entrada: unos irreales leones con las fauces abiertas parecían darle la bienvenida al túnel del terror.

El interior, de planta rectangular, quedaba articulado por una nave central y otras dos laterales bastante más angostas. En una de ellas, al fondo, se abría la entrada a la cripta. Toda la capilla estaba plagada de los llamados por los lugareños Hombres Verdes, tallas en piedra de grotescas cabezas humanas de cuyas bocas brotaban distintas formas vegetales. Proliferaban igualmente infinidad de ángeles, extraños personajes que parecían quererle hablar, anhelantes por contar historias. Todos eran diferentes. Uno portaba el escudo de la familia Saint Clair, otro el corazón de Robert Bruce y un tercero exhibía un cáliz; pero, si alguno resaltaba por su dramatismo, ese era la encarnación de Lucifer, el ángel caído, cuyo cuerpo atado con cuerdas colgaba boca abajo, como si pendiera del techo.

Cerca de la sacristía, Levinson se detuvo a observar los dos elementos más significativos del templo: la Columna del Maestro constructor y frente a ella la Columna del Aprendiz. Decía la tradición que, iniciadas las obras del santuario, alguien, probablemente el mismo William Saint Clair, imaginó un bello pilar alrededor del cual se retorcían y enroscaban como serpientes diversos motivos florales. Al parecer, el maestro de obra contratado le manifestó a Saint Clair que antes de afrontar esa pilastra debía viajar a Roma en busca de antiguos modelos donde inspirarse. El noble le permitió partir, pero transcurrieron los meses y el maestro no dio señales de vida. Cierto día un joven aprendiz de cantero se acercó a Saint Clair y se ofreció a tallar la ansiada columna. Tiempo después, y para sorpresa de todos, el principiante consiguió esculpir una pieza de inigualable belleza. Pero la alegría duró apenas unos días, pues el maestro acabó por regresar. Este, al contemplar tan hermosa obra de arte, y poseído por la ira y los celos, tomó uno de los martillos y golpeó la cabeza del aprendiz hasta matarlo. Fue voluntad de Saint Clair que el asesino fuera

ajusticiado, la capilla nuevamente consagrada y aquella dramática historia inmortalizada por los siglos de los siglos. Y así fue como, tiempo más tarde, los rostros del maestro, el aprendiz y su madre llorando quedaron esculpidos en una esquina de la capilla, en el lado opuesto al pilar, de tal modo que el maestro asesino se viera obligado a admirar la Columna del Aprendiz noche y día, para toda la eternidad.

Levinson sabía que esa historia no era más que una recreación de la leyenda de Hiram, el célebre arquitecto del templo de Salomón, solo que con los sujetos alterados. En aquel caso, la víctima fue el maestro al negarse a revelar sus secretos a los aprendices. Esa leyenda de Hiram, conjuntamente con los dragones tallados en la basa de la columna, aludían sin duda al árbol Yggdrasil de la mitología nórdica. No en vano, William Saint Clair era descendiente de una familia normanda. De ese fresno nórdico nacía el Árbol del Conocimiento, la cábala y las sefirot, pero también la acacia sagrada masónica. Y precisamente a esa columna se aferraron los masones para reinterpretar la historia, para tender un puente con el que demostrar que sus orígenes se remontaban al siglo XV. Y ese mito, para desespero de Levinson, era solo una décima parte de las verdades, medias verdades y mentiras que cobijaba el templo.

El arqueólogo estaba sentado en uno de los bancos junto al pasillo principal, admirando las bóvedas que se elevaban entre arco y arco, intentando contar las decenas de estrellas de cinco puntas que se reproducían en el artesonado. No había espacio sin decorar; era el más claro ejemplo de ese *horror vacui* tan propio de las culturas orientales, de los celtas, los vikingos, y también característico de la estética del Barroco y del Rococó. Reflejaba el pánico al infinito. Pero Levinson sospechó que ahí, además, podría tener un significado diferente. Abandonó súbitamente sus pensamientos al oír el chasquido de la puerta

principal. Atisbó la silueta recortada de un hombre a contraluz: el chófer de Fletcher empujando la silla de ruedas del magnate. Dan cerró su libro de notas. Fletcher acabó deteniéndose junto a él e hizo indicaciones a su chófer para que los dejara solos. El filántropo se recreó en las bóvedas unos segundos y tomó la palabra:

—Es odioso ir sentado en este cacharro, pero los médicos insisten en que debo dosificar las fuerzas —se lamentó sin dejar de mirar el altar.

—¿Quiere que le lleve a algún lado? —se prestó Dan.

—No, quédese sentado y siga estudiando. Me reconforta verle absorto ante una obra tan inquietante.

Fletcher pulsó el botón de la silla de ruedas y avanzó por el pasillo central para girar a su derecha y detenerse ante la Columna del Aprendiz. Al punto se perdió en el templo, y solo los leves bisbiseos del motor eléctrico permitían adivinar que todavía se encontraba en su interior. El magnate llegó hasta la escultura del ángel caído. Ahí dejó la silla de ruedas, se inclinó ante su figura y susurró unas palabras. Finalmente volvió a aparecer en el pasillo central en su silla. Desde ahí, a hurtadillas, observó a Levinson tomando notas. En cuanto vio que el arqueólogo cerraba su bloc, decidió regresar a su lado.

—¿Y bien? ¿Qué le parece todo esto? Ya sé que no ha tenido todavía mucho tiempo para estudiarla, pero aun así desearía conocer su primera impresión —dijo Fletcher.

—En efecto, poco llevo sobre el terreno, pero afortunadamente los estudios previos que realicé me permiten tener una opinión bastante formada. Esta no es una obra templaria —sentenció Dan con aire rotundo—. No dudo de que rezuma toda la espiritualidad de la época, como sucede en tantas y tantas otras construcciones, pero entre el fin del Temple en 1314 y la construcción de esta capilla pasó demasiado tiempo.

—¿Tampoco usted ha encontrado un vínculo?

Dan le explicó que, desde que los templarios Molay, Charney, Peraud y Gonneville fueron encadenados al patíbulo de Notre Dame hasta que se colocó la primera piedra de la capilla Rosslyn, habían transcurrido más de ciento treinta años.

—No digo que sea imposible relacionarlos, pero es harto improbable —se atrevió a decir el arqueólogo—.

Resulta difícil imaginar a los templarios rondar durante más de un siglo por una tierra hostil como entonces era Francia, perseguidos, acosados y cargando con los tesoros. ¿Llevando a cuestas el santo grial, el arca de la alianza, los rollos perdidos del templo de Jerusalén, la cabeza embalsamada de san Juan el Bautista y la Virgen Negra? ¿Capaces, aun así, de zarpar en varios barcos desde La Rochelle para ser acogidos por el rey escocés Robert Bruce y acabar en los territorios de los Saint Clair?

—Pero la familia Saint Clair tenía un origen noble, vikingo y francés, y Catalina Saint Clair fue nada menos que esposa del fundador de la orden del Temple, Hugo de Payens —objetó Fletcher.

—No lo dudo, pero esa circunstancia es todavía más remota en el tiempo —contrapuso Levinson.

—¿Y esa leyenda que habla de la participación de William Saint Clair junto a otros templarios en la guerra que el rey Robert Bruce mantuvo contra los ingleses para conseguir la independencia de Escocia? Me refiero a la célebre batalla de Bannockburn de 1314 —aclaró Fletcher.

—¡Mire! —exclamó Levinson con determinación—. Los Saint Clair tomaron prestado su apellido del castillo Saint Clair-sur-Epte, en Bretaña, y esa familia ya existía en 1066. Ese mismo año nos aparece un tal William Saint Clair peleando en la batalla de Hastings, y para entonces, probablemente incluso algunos años antes, ya tenían en arrendamiento vitalicio la

propiedad de Roslin. ¿Para qué tantas leyendas si los Saint Clair estaban aquí desde los albores del primer milenio? ¿Por qué inventarse historias con las que argumentar su rancio abolengo si ya disfrutaban de él? No conozco la razón de tanta leyenda cuando los hechos históricos son de por sí concluyentes —dijo el arqueólogo.

—Pero entonces no me negará que esos primeros Saint Clair pudieran ser templarios.

—Es probable, pero lo que trato de decirle es que esta capilla, aunque se inspire en las tradiciones templarias, no lo es.

Fletcher miró a Levinson con gesto adusto, hizo un ademán para que lo siguiera y apretó el botón de su silla de ruedas. El aparato arrancó con tanta celeridad que el arqueólogo tuvo que precipitar sus pasos para darle alcance. El magnate se detuvo en la entrada a la cripta y echó una mirada a la inscripción que aparecía en el dintel: *Forte es vinum, fortior est rex, fortiores sunt mulieres, super omnia autem vincit veritas*.

—«El vino es fuerte. El rey es más fuerte. Las mujeres son más fuertes aún, pero por encima de todo triunfa la verdad» —tradujo Fletcher—. ¿Y qué me puede decir de ese William Saint Clair que está enterrado ahí abajo?

—Un antepasado del que fue el constructor de la capilla. Según la leyenda, murió en 1330 luchando en España contra los musulmanes, tratando de llevar el corazón de Robert Bruce a Jerusalén.

—Luego, era un templario —aseveró Fletcher con una leve inclinación del cuello.

—Tengo mis dudas.

—Pero si la propia inscripción reza: *William de Saint Clair Knight Templar*.

—No crea todo lo que lea —sugirió el arqueólogo con una tímida sonrisa—. No dudo que la lápida funeraria corresponda

a esa época, pero tenga por seguro que la inscripción a la que se refiere no es del siglo XIV. Puedo garantizarle que es un añadido postrero; uno de tantos postizos a los que me refiero.

—¿Y los masones?

Dan negó con la cabeza. Sabía bien que la capilla tampoco era masónica o, mejor dicho, lo que había de masónico era muy posterior. Sin duda, los masones habían intervenido en ella, pero no en el siglo XV, sino en una restauración realizada a mediados del XIX.

—Lamento no poder decirle otra cosa —se disculpó Levinson —. Tal vez no soy el tipo de arqueólogo que necesita —dijo con el rictus de quien se siente ya despedido y ve evaporarse la nómina. Levinson se mordió los labios. Se reprochó esa falta de mano izquierda, su poca habilidad para complacer al cliente.

—En absoluto, me gusta su forma de pensar. Es racional, meticuloso y libre de influencias. Y estar libre de ellas aquí, donde todo son mitos y leyendas, es muy loable —opinó Fletcher—. Sé que no me he equivocado trayéndolo a Roslin. Imagino que no se molestará si le digo que previamente he consultado con colegas suyos.

—Siempre es bueno disponer de otras opiniones —estableció Dan con artificial indiferencia.

—Muchos piensan como usted, y yo como ellos. Opinan que los templarios y los masones aquí no pintan nada. Mamarrachadas para atraer turistas y producir películas muy poco convincentes. Pero, aun así, existen algunos elementos que siguen sorprendiéndome —dijo Fletcher señalando el otro extremo de la nave.

En esta ocasión el magnate prescindió del motor eléctrico e hizo gestos elocuentes para que Levinson empujara la silla y lo trasladara hasta el muro este. Allí ordenó que se detuviera ante una cabeza humana tallada en piedra.

—¿Y esos Hombres Verdes? ¡La capilla está plagada de esos

bafomets! —exclamó Fletcher agitando las manos y reclamando una respuesta que ya parecía conocer.

El arqueólogo no tenía ninguna duda de que esas testas barbudas seguían los patrones templarios, y que precisamente fueron las que acabaron por constituirse en la acusación que llevó al patíbulo a los seguidores del Temple. Sus delatores trataron bajo tortura de que los templarios se confesaran culpables de adorar a ese ídolo, el bafomet, pero nunca lo consiguieron. Levinson estaba convencido de que, al menos en sus inicios, el interés templario por esas representaciones solo tenía por objeto el culto a la cabeza embalsamada de san Juan el Bautista, decapitado por expreso deseo de Salomé, hijastra de Herodes Antipas. Pero reconoció que algo extraño había en ese ídolo, tan extraño como que, muy probablemente, la propia palabra *bafomet* se había conformado a partir de la unión de las sílabas *bap* y *homet*. La primera remitiría al Bautista, en latín *baptista*, y la segunda derivaba de Mahoma, más concretamente de la voz Mahomet. Resultaba difícil entender que unos cristianos devotos como los templarios quisieran referirse al fundador del islam. Tal vez se hizo con la intención de mostrar el sincretismo entre el cristianismo y el islamismo; o quizá venía a señalar esa intrusión de las creencias musulmanas en el interior del Temple. Sea como fuere, a los templarios mucho debió costarles explicar la razón de ese ídolo, máxime si con el tiempo acabó por distorsionarse, representándose con dos o tres rostros, cuernos, y, en ocasiones, tomando la identidad de macho cabrío.

—Las he estudiado con detalle —indicó el arqueólogo—, las hay por doquier, pero curiosamente en este templo muchas de ellas están dispuestas de forma peculiar. La que tenemos frente a nosotros —añadió acariciando la piedra— tiene rasgos juveniles, pero conforme nos desplazamos al sector oeste del templo sus rostros van envejeciendo gradualmente. Entiendo

que pretenden mostrarnos las diferentes edades del hombre.

El magnate se quedó atónito e incluso hizo el gesto de incorporarse para acercarse a ellas. El arqueólogo lo retuvo suavemente de los hombros y se prestó a empujar la silla de ruedas.

—¡Puedo caminar! ¡No soy ningún paralítico!

—Lo sé, lo sé, pero lo que quiero enseñarle lo verá mejor sentado que de pie.

El magnate dejó que Levinson lo transportara hasta la última cabeza clava del muro oeste. La talla tenía un semblante tremendamente avejentado, más una calavera que un rostro humano. Fletcher repasó toda la secuencia y advirtió que Levinson llevaba razón. Esos Hombres Verdes arrancaban su serie en el lado este, allí donde se abrían dos vidrieras por las que penetraba la luz del amanecer. En ese punto el rostro que se representaba era joven, con vigorosas hojas surgiendo de la boca. Sin duda, un canto al inicio de la vida y la primavera. Por el contrario, los que quedaban en el lado de poniente, a los que solo bañaba la luz del ocaso, representaban la vejez y la muerte. Fletcher estuvo un largo rato callado. Finalmente asintió y realizó tres breves y sordos aplausos.

—Por lo tanto, y siguiendo su teoría, si quisiera rejuvenecer, viajaría al contrario de las agujas del reloj —planteó Fletcher con disimulado interés.

—Sin duda.

—Tal vez piense que le estoy poniendo a prueba —comentó Fletcher con voz franca e íntima.

—Está en su perfecto derecho —respondió Dan con serenidad.

—Reconozco que me han sorprendido gratamente sus observaciones sobre esos bafomets, pero si debo serle sincero, si le he traído hasta aquí es, esencialmente, por esos doscientos trece cubos musicales que inundan la capilla. Sabe de qué le

hablo, ¿verdad?

Levinson asintió al tiempo que se dirigía a la columna más próxima y se apoyaba en ella.

—Soy de la opinión de que tanto los bafomets, los ángeles, como también esos cubos musicales a los que se refiere son las piezas más interesantes del templo —afirmó con rotundidad.

Tenía muy claro que se trataba de elementos absolutamente originales. Se correspondían plenamente con la época de la construcción de la capilla, y no habían sido reubicados ni retocados.

—¿Ha estudiado la obra de Udrev? —preguntó súbitamente Fletcher.

En ese instante se volvió a abrir la puerta de la capilla. El chófer tosió con timidez desde el umbral y se aproximó sigilosamente.

—Lamento interrumpirle, señor, pero debo recordarle que tiene un compromiso en Edimburgo —le susurró al oído.

Fletcher lo miró con aire contrariado, pero no le contestó, limitándose a asentir con la cabeza.

—Sepa, amigo Levinson, que tengo una comida con el dueño de todo esto —murmuró con la mirada perdida en las bóvedas —. Sé de antemano que ese maldito conde me coserá a preguntas, y la mayor parte de ellas me resultarán muy incómodas de responder, pero no puedo hacerle un feo. Lo entiende, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Mañana seguiremos la conversación, tengo varias cosas que comentarle acerca de esos ángeles y cubos musicales. Además, probablemente para entonces tengamos los planos en tres dimensiones que le encargué al profesor Kubler. Ha tenido ocasión de conocerle, ¿verdad?

—Así es, ayer compartí la cena con él, pero nadie me habló de esos planos. Pensé que sería yo el encargardo de

confeccionarlos —se quejó el arqueólogo sin poder disimular su decepción.

—Ese Kubler, aunque muy bueno, solo sabe hacer planos —comentó Fletcher como si estuviera disculpándose. —Había leído sus trabajos, pero no lo conocía personalmente. Sin duda, es una eminencia en ese campo, pero creí que Kubler estaba en la pirámide de Guiza.

—¡Lo estaba, lo estaba!, pero lo secuestré durante unos días. —Se carcajeó el magnate—. Lo envié aquí con la primera expedición para que fuera adelantando el trabajo. Dispone de unas técnicas que parecen sacadas de la ciencia ficción: el láser, la termografía infrarroja y la modulada, fotogrametría y también el método de detección de muones para descubrir estancias secretas. ¿Sabía usted que la madera y la piedra emiten distintos grados de temperatura? Pero no se apure, ese profesor es un cabeza cuadrada que en breve regresará a Egipto. Lo que necesito es a alguien como usted, capaz de interpretar e intuir —añadió con entonación animosa.

—¿Qué sabe Kubler de nuestra intervención en Roslin? —preguntó Levinson interesado en conocer hasta qué punto ese eminente profesor podía ser su rival.

Fletcher captó el mensaje y le dedicó una taimada sonrisa.

—Nada. ¿Qué hay de extraño en que antes de afrontar una restauración se soliciten planos del monumento y del subsuelo? Las técnicas de Kubler son costosas pero, según dicen, las mejores, y al propietario de este lugar se le cae la baba con solo pensar que dispondrá de unos planos en tres dimensiones.

39

Londres, 4 de mayo, 12:15 horas

Jan no había estado nunca en Inglaterra. En realidad, había viajado muy poco fuera de su país. Desde que tiempo atrás sufriera un accidente aéreo, que por fortuna quedó en un tremendo susto, se decantó por opciones más tradicionales, como el coche, el tren y el barco, que por lo general implicaban recorridos más breves. Además le parecía que viajar en avión resultaba de lo más vulgar: colas interminables, controles exhaustivos y asientos para liliputienses. Ese conjunto de factores, encabezados por el miedo, le decidieron a enchufarse una pastillita de lorazepam, y rezó para que no le vinieran a la cabeza las imágenes de cuando aquel maldito avión tomó tierra sin tren de aterrizaje, rodeado de espuma, como si fuera un fresón en un plato de nata.

Por suerte, el viaje fue breve y sin turbulencias. En Heathrow los recibió un cielo gris, el mismo que la imaginación de Jan esperaba encontrar. Desde que bajaron las escalerillas del avión, Jan cedió toda la iniciativa a su compañera. Carla hablaba inglés tan bien o mejor que el castellano, aunque su acento estadounidense la hiciera tan extranjera como pudiera serlo él. Además, ella conocía bien la ciudad; había estado allí en cuatro ocasiones. Y por si fuera poco, el lorazepam seguía haciendo su efecto.

Los trámites para salir del aeropuerto fueron complicados; en

especial cuando se presentaron a retirar las armas que habían facturado reglamentariamente junto al equipaje. Tuvieron que visitar hasta tres negociados y presentar un sinfín de papeles: la licencia, la guía de pertenencia del arma, la tarjeta europea, amén de cumplimentar otros tantos formularios que parecían eternos.

Tomaron el tren hasta la estación de Paddington. Al salir de ese inmenso edificio blanquecino, Carla sopesó la posibilidad de acercarse al hotel tomando el metro hasta Baker Street, la estación que quedaba junto al museo de Sherlock Holmes, para luego hacer transbordo hasta Green Park, pero se lo pensó dos veces. Llevaban ya mucho retraso. Así pues, optó por lo seguro y acudieron a la parada de taxis.

El coche bordeó Hyde Park y los llevó hasta el hotel Park Lane, ubicado en Piccadilly Street. Era un edificio regio, amplio, de tejas rojas y muros blancos, sustentado sobre seis poderosas columnas grises y rodeado por los frondosos jardines de Green Park, y algo más allá el de Saint James's, muy cerca del palacio de Buckingham. Tanto lujo parecía casar mal con unos policías de servicio, pero nada era fruto del azar. Si la secretaria de Márquez había reservado dos habitaciones en ese hotel era porque allí se hospedaba Alma Udrev. Además, conociendo la forma de pensar de la secretaria, tacaña hasta lo indecible, seguro que ya había calculado que todo lo que llegara a pagar de más por el hotel se lo ahorraría en transporte.

El interior era incluso más ampuloso de lo que podía adivinarse desde la calle. Salas y más salas decoradas según los estándares más refinados del *art déco*, una maravilla que requería de tiempo para admirarla, algo de lo que Jan y Carla no disponían.

Tras registrarse subieron a las habitaciones, abandonaron el reducido equipaje, se ciñeron las armas y se rencontraron en el

bar de la planta baja, el Smith & Whistle. Su nombre, según se leía en la carta de bebidas, era en honor a dos personajes de ficción de los años veinte: el inspector Smith y el villano señor Whistle. Desde ahí llamaron por teléfono a la habitación de Alma Udrev.

La mujer hizo su aparición justo cuando los policías pedían un segundo refresco, vestida con zapatillas de deporte, pantalones blancos de algodón y un jersey color hueso. No había ninguna duda de que Alma necesitaba muy poco para lucir con todo su esplendor. Los policías fueron a su encuentro. Ella los miró con reprimida emoción, estrechó la mano de Jan y se abrazó a Carla entre contenidos sollozos.

—¿Cuándo acabará toda esta pesadilla? —repitió Alma varias veces.

—Estamos aquí para ayudarle, le prometemos que pronto se acabarán los problemas.

—¿Qué pudo hacer mi padre para verme en esta situación?

Carla la sujetó suavemente del brazo y la acompañó hasta el fondo del local. Los tres ocuparon una de las mesas redondas dispuestas junto al ventanal. Nada más pedir un zumo al camarero, Alma preguntó por Martina. A los policías les fue imposible esconderle por más tiempo la realidad. Alma se quedó hierática, como si sus facciones se hubieran congelado, y dejó correr dos gruesas lágrimas. Se limitó a secarse los ojos con las mangas del jersey. Su rostro adoptó una expresión resignada, como si ya hubiese presagiado ese triste final. El camarero le sirvió a Alma un zumo de naranja. Jan esperó a que diera el primer sorbo antes de preguntarle por ese maldito despacho de abogados.

—Me han llamado dos veces, pero no les he contestado —dijo Alma frotando con nerviosismo el borde del vaso. —¿Tal vez era alguien del despacho de Goldman & Roth? —insinuó Carla.

—No, el mensaje que me dejaron únicamente hablaba de un tal Evans.

Jan y Carla se miraron con vacilación. Quizá habían actuado precipitadamente, y ese Evans nada tenía que ver con Doyle ni con el caso Udrev. Cabía pues la posibilidad de que tan solo pretendieran liquidar las deudas con la hija del artista.

—Bien, ya que estamos aquí, convendría que llamara a ese tal Evans y le pidiera una cita para esta tarde —sugirió Jan con impaciencia.

—¿Para esta misma tarde? —preguntó Alma con aprensión.

—No sabemos quién o quiénes son, y mejor no darles tiempo a que puedan preparar nada. ¿Lo entiende? —dijo Carla haciendo gestos de quien solo pretende extremar la seguridad.

—¿Y cómo los convenzo?

—Dígales que ha llegado hoy a Londres y mañana sin falta debe partir a Barcelona. Alegue que le ha salido una urgencia, precisamente con la herencia de su padre. ¿Tal vez una cita con el notario?

Alma, aunque poco convencida, tomó su móvil y remarcó el número de ese despacho. La llamada pareció interrumpirse, como si se hubiera desviado, sonó una melodía clásica y por fin contestó una secretaria que le pasó con el señor Evans. El abogado la saludó afablemente y se deshizo en elogios con la obra artística de su padre, pero ese tono cordial cambió bruscamente en el instante en que Alma propuso la cita para esa misma tarde. El hombre se esforzó en disimular con flema británica la contrariedad que suponía. De nuevo sonó la sintonía clásica y se ausentó durante medio minuto. Cuando retomó la conversación, confirmó la hora: a las cinco de la tarde en su despacho de Great Castle Street, paralela a Oxford Street, entre Regent y Great Portland.

Alma subió a su habitación para cambiarse de ropa mientras Carla y Jan aprovechaban para comer algo. A sugerencia de

Alma, fueron al Hard Rock Cafe que había dos calles más allá. Carla se pidió una ensalada César, y él, una hamburguesa Original Legendary; una torre de colesterol a base de carne, bacón, queso, cebolla, tomate y alguna cosa más que Carla prefirió no averiguar.

A las cuatro y media se encontraron con Alma en la recepción del hotel y tomaron un taxi. Siguiendo las indicaciones de Carla, el taxista los llevó hasta Oxford Circus Station. Allí se apearon los tres. Alma y Carla se quedaron junto a la entrada del metro mientras Jan se adelantó hasta Great Castle Street con intención de efectuar un rápido reconocimiento de la zona. Localizó un pequeño restaurante que lucía un llamativo toldo verde a muy pocos metros de donde habían citado a Alma. Jan regresó a por ellas y propuso que, mientras Alma se reunía con el abogado, ellos se quedaran apostados en ese restaurante a la espera de cualquier novedad. Jan aprovechó para hacerles notar que el número de la calle indicado por Evans se correspondía con un gran edificio residencial y que, al menos desde su posición, no había distinguido ninguna placa de abogados. Ese detalle hizo que Alma torciera el gesto y Jan se percató de que la mujer podía venirse abajo. En un intento de inculcarle confianza propuso, a falta de un sistema mejor, que le hiciese una llamada a Carla en cuanto pulsara el timbre de ese despacho y dejara abierta la conexión para que la agente escuchara la entrevista. Convinieron también que, en el caso de interrumpirse, Carla le enviaría un mensaje para que discretamente pulsara la rellamada. Alma pareció respirar más tranquila.

—¿Tu teléfono puede grabar la conversación? —le preguntó Jan a Carla.

—Sí, dispongo de la aplicación.

—Pues inicia la grabación tan pronto recibamos su llamada.

Alma pulsó el timbre. Le abrió un hombre de poco más de

treinta años, con unas grandes gafas de pasta marrón y de muy escasa presencia, que le estrechó la mano y se presentó como Walter Evans. Alma lo siguió a través de un amplio salón decorado al estilo clásico, con las paredes vestidas con grandes cuadros de mujeres de época, pintadas con minucioso detalle y gran colorido. Evans la condujo hasta una segunda estancia y le ofreció asiento frente a una fina mesa de estilo Chippendale. Alma se sentía confundida; ese no era un despacho de abogados al uso. Evans se retiró cuando hizo su aparición un hombre de unos cincuenta años, vestido con fino traje azul marino, camisa azul y corbata roja que se presentó como Arthur Doyle.

En cuanto Carla escuchó a través del auricular ese apellido, miró a Jan con sobresalto y le escribió en una servilleta: «Está con Doyle». Jan se palpó el arma y se dispuso a salir hacia allí, pero Carla lo retuvo por la muñeca.

—Lamento enormemente la pérdida de su padre, un artista inigualable —dijo Doyle mientras le estrechaba la mano.

Evans regresó sosteniendo una bandeja de plata con una tetera humeante, una jarrita de leche y dos tazas. La dejó sobre la mesa y desapareció sin más. Doyle se encargó de servir el té con una sonrisa tan falsa como la de un político en campaña electoral. Agarró un estrecho maletín recostado sobre la silla contigua, lo abrió, sacó un cheque y lo depositó en la mesa.

—Estupendo. Si le parece, le firmo el recibo y damos el asunto por finiquitado —exclamó Alma haciendo esfuerzos por aparentar naturalidad.

—Por supuesto, pero hay una serie de detalles, pequeños inconvenientes, si me permite decirlo así, que antes deberíamos zanjar. Alma frunció el ceño y dejó la taza de té sobre la mesa con gesto contrariado.

—Se trata de una nimiedad —se excusó Doyle al percibir el aspaviento de la mujer.

—Usted dirá.

—Es acerca de su padre. Seguramente estará al día de esos *pendrives* que introdujo en algunas de sus obras y que han causado gran revuelo en el mundo del arte.

—Solo sé lo que he leído en la prensa —interrumpió Alma con entereza.

—¿Nada más?

—Absolutamente nada más. No sé cuántas esculturas realizó ni a cuántas les pudo introducir un *pendrive*

—dijo con absoluta convicción.

Carla, al otro lado de la línea, estaba atónita por el devenir de la conversación. Pensó que por fin se cerraba el círculo y que ya tenían a Doyle en el saco; pero se hizo evidente que ese círculo podía resultar letal, y Alma estaba precisamente en el centro. El riesgo era enorme. Escribió una breve nota en otra servilleta y se la enseñó al inspector: «Doyle le está hablando de los *pendrives*». Jan no supo cómo reaccionar. Admitió que tal vez habían sido unos insensatos permitiendo que Alma acudiera sola a la reunión. «Pero ¿qué otra cosa podía haber hecho? ¿De qué otra forma podemos reunir pruebas contra él?», pretendió justificarse.

—¿Quién es ese galerista que desea liquidar los cuadros de mi padre? —preguntó Alma con máximo recelo.

—Digamos que son varios, pero, como le he comentado, existe ese pequeño inconveniente —insistió sin querer darle importancia.

—¿De qué se trata?

—Que usted y su hermana se avinieran a firmar una mera declaración —dijo abriendo la cartera para mostrar unos folios.

—¿Y qué deberíamos declarar?

—Algo tan sencillo como que reconozcan que su padre bromeó con los *pendrives*. Tal vez fueran el resultado de un simple juego o fruto de una apuesta.

—¿Un juego o una apuesta? —preguntó Alma con

indignación.

—Nos valdría con que se avinieran a ratificar que años atrás ya les manifestó su deseo de crear un montaje, de una sucesión de imágenes falsas que tenían por objeto la mera provocación; una de esas *performances* tan habituales entre artistas. El porqué es un simple matiz que podríamos discutir, y le garantizo que eso no va a ser un problema. Seguro que podemos acordar un texto que satisfaga a ambas partes.

—¿Y eso para usted es una «mera declaración»?

—Así es, un documento privado que exprese los hechos y su consentimiento para que pueda publicarse en prensa. Es algo muy sencillo.

Alma no sabía qué hacer ni qué decir. Doyle, gato viejo en negociaciones, no quiso dejar pensar a la mujer. Tomó el cheque de nuevo, lo levantó a la altura de la vista y lo examinó como si fuera la primera vez que lo contemplaba. Luego lo deslizó lentamente sobre la mesa, hasta dejarlo frente a ella.

—No puedo traicionar la memoria de mi padre, me resulta imposible aceptar lo que me propone —dijo Alma.

—Piense que hay muchos inocentes afectados, galeristas que no le deseaban ningún mal a su padre. El daño ya está hecho, pero todavía podría enmendarse —añadió con voz afligida—. Quizá fuera suficiente que lo firmara solo usted, tal vez no haría falta que lo suscribiera su hermana. Incluso podríamos doblar el pago acordado. Ella no se enteraría si usted no quisiera. «¡Será hijo de puta!», pensó Carla al otro extremo de la línea.

—Insisto en que eso no es posible —afirmó Alma con un nudo en la garganta.

Doyle advirtió que no iba a ceder. Se levantó y desapareció por unos instantes. Cuando regresó llevaba una nueva tetera. Vertió el té en la taza, le añadió una nube de leche y se la sirvió a Alma con gesto risueño.

—No tiene por qué precipitar sus decisiones —le aconsejó con tono paternal—. Tiene tiempo para reflexionar.

Alma estaba muy nerviosa, y pensó que esa segunda taza le permitiría ganar unos minutos en los que idear una excusa convincente para salir de ahí sin comprometerse a nada. Dejó caer un terrón de azúcar y movió lentamente la cucharilla.

—Podrá suponer que estar a bien con esa gente le resultará muy beneficioso —añadió el abogado.

—No atino a entender la razón —expresó Alma tras sorber de la taza.

—Sospecho que usted y su hermana son las herederas, y con seguridad conservarán todavía mucha obra en el estudio de su padre, ¿correcto? —preguntó Doyle levantando las cejas.

—Así es —afirmó Alma.

—Ha podido comprobar que los cuadros de su padre han experimentado un alza importante en las últimas semanas, algo habitual cuando acontece una desgracia como esta —razonó Doyle con voz reposada y distante—, pero debe considerar la posibilidad de que los precios se multipliquen por ocho, nueve e incluso por diez si esa es la voluntad de galeristas, museos y casas de subastas. Verá pues que conviene estar a bien con ellos. ¿Van a renunciar a multiplicar su patrimonio por un simple papel?

No había duda de que ese hombre sabía poner sus cartas sobre la mesa. Lo hacía lenta y distraídamente, como si ese juego no fuera con él. Tal vez ya no le quedaban más ases en la manga, pero los que había mostrado los jugaba a la perfección. Alma trató de recapacitar para evaluar de nuevo todos los factores, pero cada vez le resultaba más difícil pensar. Tenía la cabeza embotada y sintió que los párpados le empezaban a pesar. Doyle le siguió hablando, pero lo oía lejano, como si le estuviera murmurando desde el final de un profundo túnel. Su voz se diluía como el eco, y a cada palabra iba entornando un

poco más los ojos, como hipnotizada.

Carla seguía con el teléfono en la oreja, pendiente de que Alma y Doyle remprendieran la conversación, pero eso no sucedió. A los pocos segundos la conexión se cortó definitivamente. Carla miró la pantalla de su dispositivo pensando que la batería se habría agotado, pero ese no era el problema. Miró a Jan con la cara demudada.

—¡Hay que ir a buscarla! —prorrumpió con ímpetu.

—Tal vez se ha quedado sin batería o está fuera de cobertura. ¡Envíale antes un mensaje! —propuso Jan.

—¡No podemos esperar más!

Jan tuvo que darle la razón. ¡No tenían elección! Carla guardó el móvil en su mochila y se tentó el arma que llevaba alojada en la riñonada. La sacó, revisó el cargador, retiró el seguro y la devolvió a su funda.

—Iremos a por ella —le advirtió Jan—, pero te recuerdo que no somos nadie en Londres, ni siquiera nos hemos presentado a Interpol. Lo correcto es hablar antes con Márquez y solicitar ayuda a la Policía británica.

—Eso nos va a llevar demasiado tiempo. No sé tú, pero yo no pienso cargar con más culpas —le contradijo mientras se colgaba la mochila en la espalda y echaba a andar hacia la mansión. Visto que nada podía frenarla, Jan le expuso su plan:

—Tú entrarás por la puerta principal y te harás pasar por una amiga que había quedado con ella en el portal, que se está retrasando, en fin, lo que veas más apropiado. Necesito un poco de tiempo para comprobar si hay alguna salida trasera. ¿Conforme?

Carla se acercó a paso ligero al edificio. Pulsó el timbre y le abrieron la puerta. Apareció la triste figura de Walter Evans. Ni sus gruesas gafas pudieron disimular la expresión de sorpresa.

—¿Qué desea?

—He quedado con una amiga aquí, en este portal.

—Pues como puede ver aquí no hay nadie, tal vez se equivoca de número.

—Se llama Alma Udrev y tenía una entrevista con usted.

—Lo lamento, puedo asegurarle que estoy solo.

—Disculpe, probablemente se trata de un error —se despidió Carla teatralmente disponiéndose a darse la vuelta para irse.

Pero antes de apoyar el pie derecho, se giró y le propinó un puñetazo a Evans en el entrecejo partiéndole las gafas. El hombre perdió el sentido y cayó hacia atrás. Carla miró a ambos lados de la calle, tomó el cuerpo de Evans por las solapas de la americana y lo arrastró al interior. Cerró la puerta, lo esposó al paragüero de hierro fijado a la pared y le embutió en la boca el pañuelo que el propio Evans llevaba en la pechera de la americana. Atravesó el recibidor y el salón hasta llegar a la última estancia. No había nadie. Tan solo dos tazas de té, una bandeja con tetera y jarra, y una cartera sobre la mesa.

En el suelo descubrió el bolso de Alma.

«¡No, otra vez tarde no, por amor de Dios!», se recriminó conmocionada.

Se desplazó pistola en mano hasta la cocina, y luego a las dos pequeñas habitaciones anejas, probablemente antiguos dormitorios del servicio, que estaban vacías. Se lanzó escaleras arriba hasta la primera planta, examinó las estancias abriendo y revisando uno por uno todos los armarios. Por último subió a la buhardilla. Al abrir la puerta se encontró con decenas de trastos: sillas, mecedoras, un sofá de piel raspada, varias cómodas y estanterías de madera, y sobre ellas cientos de libros y cuadros polvorientos. De las vigas inclinadas colgaban varias jaulas para pájaros, repletas de nidos y comederos que al menos debían llevar ahí medio siglo. Carla inspeccionó cada rincón del desván apuntando con la pistola en todas direcciones. Sentía cómo le palpitaba el corazón y le temblaba

el pulso. Tenía la seguridad de que tras esos cachivaches aparecería Doyle amenazándola con una pistola. Reunió valor para llegar hasta el fondo del desván. Allí no había nadie.

«¿Dónde se habrá metido ese cabrón?», pensó con el corazón en un puño.

Bajó sigilosamente a la planta baja intentando que la escalera de madera no crujiese bajo sus pies. Volvió a la estancia y se agachó para recoger el bolso de Alma. Lo palpó, olió el perfume que desprendía y arrancó a sollozar. Todavía arrodillada, creyó oír un levísimo gemido. Aún trataba de situar su procedencia cuando le llegó otro gimoteo, una agonía lenta, sin cadencia ni continuidad. Pensó que provenía de la cocina y allá regresó precipitadamente; pero seguía vacía. Entonces oyó un leve ruido metálico que parecía difundirse por las tuberías de la casa. Intuyó que tal vez procedía de la cámara contigua. Se trasladó a esa habitación y comprobó que nada había a excepción de una alfombra extendida que previamente le había pasado inadvertida. Era marrón, basta y del mismo color madera que el pavimento. Se percató de que estaba mal doblada y presentaba gruesos pliegues.

La retiró de un patadón y ante sus ojos apareció una trampilla de hierro. Al abrirla dedujo que se trataba del acceso a una de esas antiguas carboneras tan usuales en Londres. La oscuridad era absoluta. Con los nervios a flor de piel, tomó el teléfono móvil de su mochila, activó la linterna e iluminó la escalera de roble que parecía bajar hasta el infierno. Paso a paso, con mucho tiento, descendió apuntando con la pistola aquí y allá al compás de los haces de luz. Tras el último peldaño se abría una gran estancia dividida por paneles de madera ennegrecida. Revisó las secciones una a una, mirando a izquierda y derecha hasta llegar al último compartimento. El haz de luz iluminó una antigua caldera, y allí, en el suelo, atada de pies y manos yacía Alma.

Tenía los ojos cerrados y no se movía. Carla acercó la oreja a los labios de la mujer. Respiraba superficialmente, sin apenas mover el pecho, igual que si hubiera sufrido un desmayo. La vio tan indefensa y frágil que la abrazó, le tocó la cara y la iluminó esperando alguna reacción. Alma llegó a entreabrir los ojos ligeramente. Carla le sujetó la cabeza, que se le ladeaba como a un cordero sacrificado. La desató con cuidado, le susurró unas palabras tranquilas e intentó izarla sin éxito. El cuerpo de Alma era un peso muerto imposible de levantar sin ayuda.

Corrió hasta las escaleras. A medio tramo oyó unos tremendos golpes en el portón. Llegó al recibidor y se quedó apostada tras la jamba sin atreverse a abrir. Con la pistola en la mano, se decidió a preguntar:

—*Who's there?*

—¡Soy Jan!

Carla desplazó ligeramente el cuerpo de Evans, que seguía desvanecido, y abrió la puerta.

—¿Qué sabes de Alma? —preguntó el inspector con angustia.

—Abajo…, en las carboneras —dijo entre jadeos.

—¿Está viva?

—Sí, pero ha perdido el sentido.

Jan desapareció unos segundos y regresó arrastrando a un hombre esposado, al que conminó a arrodillarse a punta de pistola.

—¿Y este? —preguntó Carla.

—Es Doyle, el muy cabrón había escapado por uno de los conductos de la carbonera y lo he pillado intentando saltar a la casa vecina.

Carla hincó la rodilla en el suelo, agarró a Doyle por el pelo y le gritó:

—¿Qué le habéis hecho?

El abogado se resistió en un primer momento a contestar,

pero al ver a Evans tendido en el suelo, temió que también pudieran propinarle un puñetazo, y se avino a reconocer que le había suministrado un somnífero.

40

Roslin, 5 de mayo, 11:40 horas

Fletcher decidió sentarse en la mesa de Dan Levinson durante el desayuno. Tuvieron una charla breve pero lo suficientemente explícita como para que el arqueólogo se percatara de que ese hombre jamás iba a dejar de sorprenderlo. Sabía que, además de rico, era un perfecto excéntrico; pero tras escuchar su propuesta, llegó incluso a pensar que también pudiera estar loco. Fletcher tenía esos malditos doscientos trece cubos musicales de Roslin entre ceja y ceja, y si no fuera por el competente equipo de profesionales que parecían refrendar sus disparatadas teorías, Dan habría pensado que esa rara enfermedad que decía padecer ya le había afectado el cerebro. Pero fuera disparate, locura o paranoia, lo cierto es que el magnate no estaba dispuesto a perder el tiempo y ya le había programado para esa misma mañana una cita con Collier y Willet, los otros dos técnicos del equipo que pasaban a ser sus nuevos compañeros. Los tres habían recibido el encargo de analizar esos cubos musicales, cada uno desde su respectiva especialidad. Al menos le quedó el consuelo de saber por fin cuál era la tarea encomendada, y eso le causó cierta complacencia.

Tras su habitual paseo en solitario, cuando llegó a la capilla Dan consultó el reloj. Al comprobar que todavía faltaba más de media hora para que Collier y Willet se reunieran con él,

decidió introducirse bajo las lonas que protegían las obras de rehabilitación del muro oeste. Poco le importaba conocer el estado de la restauración, ese no era su cometido, pero aunque solo fuere por mera deformación profesional, le apeteció ver los avances del jefe de obras, un bisoño arqueólogo lleno de buenas intenciones, ajeno a los verdaderos planes de Fletcher. Al traspasar la lona, creyó sumergirse en un mundo mágico. Se sintió flotar bajo la tenue luz azulada que ofrecía la cubierta de plástico, lejos de cualquier mirada inquisidora. Fisgoneó distraídamente entre los andamios y acabó por sentarse en una de las escaleras metálicas.

«¡Ese Ra la ha cagado bien!», se dijo con sorna.

Ra era el nombre con el que decidió apodar a Kubler; se había inspirado en el dios egipcio, dado que Kubler era un eminente egiptólogo, pero había otra razón de peso. Su ánimo mordaz lo llevó a concebir un juego de palabras aún más complejo. Dan adoraba el término español *rápido*, ya fuera por la rotunda vocalización de esa erre tan endiabladamente hispana, ya por el tiempo que le llevó saber interpretarlo en su justa acepción. En el Yucatán mexicano, el español que él conocía, *rápido* no equivalía siempre a inmediatez, sino más bien a una simple declaración de buenas intenciones que habitualmente quedaban en nada; aun así, resultaba inmensamente más efectivo y veloz que ese *ahorita* que tanto odiaba. Y en eso estaba pensando cuando decidió quedarse con la primera sílaba de *rápido* para burlarse de la inusitada rapidez demostrada por Kubler: ese tipo había hecho los planos en un santiamén, cobrado una indecencia de dólares a tocateja y esa misma mañana regresaba a Egipto, junto al dios Ra y a su amada pirámide de Guiza. Y lo peor es que los resultados dejaban mucho que desear. «Más le hubiera valido a Fletcher encargarme la confección de los planos y no a ese pedante tecnócrata», pensó con aflicción.

En efecto, los planos, y también el vídeo confeccionado por Kubler en tres dimensiones, ponían en duda la existencia de una segunda cripta; ni tan siquiera las más refinadas técnicas habían podido confirmar su presencia. Tal vez la profundidad a la que se encontraba o su perfecto encaje bajo la actual cripta hicieron imprecisos los sondeos y por tanto la delimitación de sus formas. Ese pésimo resultado había conseguido encolerizar a Fletcher hasta tal punto que había llegado a tildar públicamente a Kubler de *aficionado*. Había sido un momento de máxima tensión que el egiptólogo trató de resolver con la mayor dignidad. Alegó en su defensa que los resultados pretendidos por Fletcher hubieran requerido transportar íntegramente el equipo técnico de Guiza a Roslin; lo cual, aseveró, era materialmente imposible. De ese breve intercambio de palabras pudo deducirse que Kubler había hecho uso de una parte del material adscrito a Guiza sin la autorización de la universidad que lo patrocinaba, y por ende, cabía concluir que sus honorarios tampoco quedarían reflejados en ningún registro. De ahí, muy probablemente, la inusitada fugacidad de su misión. Ra era un mote que le venía ni que pintado.

Con o sin segunda cripta, lo que sí confirmaban las imágenes era la existencia de un largo pasadizo subterráneo que desde la capilla llevaba hasta el jardín del castillo de Roslin. Ese descubrimiento, intuido por muchos pero nunca antes visto, resultaba fascinante. Se trataba de un largo túnel que partía de la cripta, tenía casi un metro de ancho por metro y medio de alto. Desde la puerta sur seguía un tramo recto de unos ocho metros, para luego girar 90 grados al este y descender la ladera a unos tres metros y medio por debajo del suelo hasta alcanzar los cimientos del castillo. A Levinson no se le escapó la semejanza entre ese pasadizo y el que mandó construir el rey Salomón, un diseño muy similar al que conectaba el palacio

con el templo de Salomón: ocho bóvedas subterráneas seguidas de una novena inmediatamente situada bajo ese santísimo lugar, allí donde el rey celebraba sus conferencias privadas con Hiram Abif, el arquitecto que posteriormente fue asesinado por tres de sus discípulos. El mismo personaje que a la postre se convertiría en una figura simbólica de la masonería y cuyo mito se reproduciría siglos más tarde en la Columna del Aprendiz de Roslin. Una prueba más, para muchos, de la conexión que había entre una y otra construcción.

Después de sus particulares cavilaciones, Dan bajó del andamio y se dirigió a la capilla. Antes de entrar echó un vistazo a la verde campiña y respiró profundamente, igual que si tomara aire antes de sumergirse en las profundidades; sintió cómo se hundía en un mar desconocido, pleno de incertidumbres.

Ya en el interior, miró hacia el altar, alzó la cabeza y avanzó sobre las losas centrales. Seguramente llevado por la británica atmósfera que impregnaba esa campiña, y por los ángeles pétreos que lo observaban, empezó a recitar en voz alta un poema de Oscar Wilde; fueron las breves estrofas que recordaba de *La flor del amor*:

> Hubieran mis labios sido doblegados hasta hacerse música por besos que solo hicieran sangrar,
> habrías caminado con Bice y los ángeles
> en el prado verde y esmaltado.
> Si hubiera seguido el camino en que Dante viera los siete círculos brillantes,
> ¡ay!, tal vez observara los cielos abrirse, como se abrieran para el florentino.

A cada paso procuraba darle una entonación diferente, callando bruscamente tras cada verso para evaluar sus resonancias. No tardó mucho en percatarse de que en un tramo

intermedio del pasillo central la sonoridad se multiplicaba casi de forma infinita. Repitió la operación a la inversa, caminando de espaldas y recitando el poema desde el pie del altar hasta la entrada de la capilla. No dejó de recitar hasta confirmar que la reverberación se incrementaba de forma exponencial siempre en el mismo punto. Miró el suelo y descubrió que estaba pisando una pequeña inscripción: una cruz de estética templaria cuyo interior contenía lo que parecía un ángel cantando con una partitura en las manos. Sin duda, no era una casualidad; siglos antes alguien había anticipado sus cálculos.

Volvió a repetir el último verso a pleno pulmón. El eco de su voz le permitió imaginarse a sí mismo como un minúsculo gusano observado desde lo más alto de las bóvedas.

Se desplazó nuevamente hasta el altar, abrió la mochila, desplegó los planos que Kubler le había entregado y les echó otro vistazo. Al poco los volvió a doblar y miró su reloj con impaciencia; el profesor Collier se estaba retrasando en demasía. Aunque solo fuera por relajar la tensión, se dedicó a admirar una vez más la representación de la danza de la muerte labrada en las dovelas de la bóveda de crucería, allí donde los muertos trataban de buscar una pareja de baile entre los vivos. Un rey, una mujer, un campesino…, personajes de toda condición y linaje declinando la letal invitación de los difuntos. Todos se sabían perdedores del envite. «¡Qué tétrica representación del triunfo de la muerte sobre la vida!», pensó.

Se encontraba resiguiendo con el dedo índice las costillas de uno de los esqueletos cuando Collier hizo por fin su aparición; llevaba casi una hora de retraso. El hombre, de pelo blanco y poblado, se deshizo en disculpas, lo tomó de las manos y miró al techo con ojos extraviados.

—Lamento de veras mi retraso. Uno de los archivos del programa informático se ha dañado.

Levinson lo miró con reticencia tratando en vano de

disimular su enfado. Collier lo percibió y volvió a justificarse. Precisó que había tenido que quedarse en el hotel a la espera de que un colega de la Universidad de Texas le hiciera llegar por Internet la copia de ese maldito archivo; uno de esos programas informáticos complementarios que, por muy secundarios que sean, dejan inoperante el programa principal. A Dan le pareció sincero y terminó por aceptar las disculpas.

Collier era ingeniero de sonido, un prestigioso profesor que pronto abandonó las aulas para incorporarse a una de las más grandes empresas estadounidenses de electrodomésticos. Allí se especializó en diseñar los transistores que acabaron por poblar las entrañas de los aparatos de radio y televisión de la década de los ochenta. Luego fue fichado por la NASA, y ahora, jubilado, acudía aquí y allá para dar conferencias y colaborar con aquel que se lo solicitase. A pesar de su impresionante currículo, no se vanagloriaba de sus éxitos; de ninguno, salvo de haber inventado a los catorce años el mando a distancia más elemental del mundo: unos vulgares cascabeles con los que era capaz de sintonizar todos los canales de televisión. «Una simple cuestión de frecuencias», afirmaba todavía ufano mientras movía las manos para hacer sonar unos imaginarios sonajeros.

Collier había llegado acompañado de su ayudante, un joven que cargaba con los aparatos de medición y sonido. Tras este asistente, apareció Willet, un músico profesional experto en *ars antiqua* de los siglos XII a XIII y en *ars nova* del siglo XIV. Se distinguía por tener una mirada muy incisiva y grandes orejas. Hablaba poco, pero le encantaba escuchar. Gustaba de entrometerse en todas las conversaciones, especialmente con extraños. Pero no era por cordialidad, sino por satisfacer esa rara obsesión que tenía por la tonalidad de la voz humana; le excitaba saber en qué punto entre un do2 y un do5 hablaban sus interlocutores. Esa extravagancia le había hecho ganar fama de lunático.

Mientras el joven ayudante conectaba los aparatos sobre los bancos de la iglesia, el doctor Collier y Levinson se dedicaron a conversar distendidamente. Willet se mantuvo a poco menos de un metro, frunciendo el ceño, probablemente analizando una vez más la voz de sus compañeros. Luego los tres se desplazaron con paso resuelto hasta uno de los arcos de la capilla.

Estos, lejos de asemejarse a la típica decoración de las catedrales góticas, aparecían adornados con pequeños cubos de piedra arenisca que sobresalían a intervalos regulares. Cada uno de ellos incorporaba diferentes motivos geométricos que se alternaban caprichosamente por la bóveda. En la base de cada arco, a excepción del primero y último, emergía un ángel de piedra tocando un instrumento o cantando. Ese era el desafío que les había planteado Fletcher: aplicar la teoría de la cimática y todo cuanto tuviera que ver con el sonido y las vibraciones; estaba obcecado en descubrir la razón de los doscientos trece cubos musicales de la capilla Rosslyn.

Hasta entonces, Dan Levinson solo conocía la cimática por referencias; apenas una idea vaga y difusa, pero desde que el magnate lo contrató se vio compelido a estudiar esa ciencia tan extraña como sorprendente. Había aprendido que fue el físico alemán Chladni —tal vez inducido por los ensayos previos de Galileo Galilei— quien en 1787 comprobó la forma en que reaccionaban ciertos materiales al ser sometidos a la vibración del sonido. Bastaba con depositar sal, arena o polvo fino sobre una placa, habitualmente metálica, para a continuación aplicar un arco de violín sobre uno de sus bordes. A partir de esa oscilación sonora, y como por arte de magia, los granos adoptaban formas geométricas que variaban en función del tono emitido. En ocasiones se modelaban círculos concéntricos, y en otras, triángulos, cruces, diamantes, rombos y un sinfín de formas simétricas. A mayor frecuencia, más se complicaban sus

estructuras. Esas formas fueron bautizadas como figuras sonoras de Chladni. Cuando ese físico le mostró su hallazgo a Napoleón, le valió una recompensa de seis mil francos y la entusiasta exclamación del emperador: «¡El sonido puede verse!».

Napoleón llevaba razón, porque las formas de Chladni respondían perfectamente a las notas musicales. Lo sorprendente es que los doce patrones descritos por Chladni en 1787 ya habían quedado perfectamente representados en la capilla Rosslyn trescientos cincuenta años antes. ¿Cómo podía explicarse su origen? Todo en el interior de esa capilla se asemejaba a un manicomio; un tesoro conformado por cientos de piezas de un rompecabezas diseñado por una mente atormentada y empeñada en que nada fuera lo que parecía.

En 1967 Hans Jenny repitió los experimentos de Chladni con idénticos resultados. En este caso, el empleo de técnicas más sofisticadas le permitió concluir que el grado de complejidad molecular de un cuerpo depende de las frecuencias de energía recibidas, y que, por tanto, descubrir la frecuencia de resonancia de los enlaces moleculares podría cambiar el estado de la materia; o lo que es lo mismo, controlando la frecuencia, cualquier cuerpo podía mutar a una u otra forma. Y esa era la obsesión de Fletcher.

Aplicar esas teorías en Roslin estaba resultando una tarea difícil, y por el momento parecía superar las habilidades del doctor Collier y también la esmerada educación musical de Willet. Llevaban meses desarrollando ensayos en laboratorios y sistemas informáticos, y algo más de una semana intentándolos plasmar en la capilla, pero las pruebas no obtenían, ni de lejos, los resultados esperados. A pesar de las contrariedades, ambos le habían prometido a Fletcher que hallarían la solución más pronto que tarde, un optimismo que Dan no compartía. Para el arqueólogo, el problema era de planteamiento; partían de una

premisa falsa. Pero Dan no quería inmiscuirse en asuntos que *a priori* le resultaban ajenos, al menos no pensaba hacerlo hasta tener las ideas más claras.

41

Londres, 5 de mayo, 13:10 horas

Alma Udrev quedó ingresada en el London Bridge Hospital. El reconocimiento médico confirmó que solo padecía los efectos secundarios de un potente somnífero, y lo previsible era que al cabo de unas pocas horas le dieran el alta. Jan y Carla se apearon del taxi en Tooley Street, frente a la clínica. Consultaron el servicio de información y se pusieron en la ordenada cola que conducía al ascensor. Ya en el interior de la cabina, atestada de gente, Carla se vio obligada a gruñir a más de uno para evitar que le aplastasen el hermoso ramo de flores con el que querían obsequiar a Alma.

Cuando enfilaron el pasillo de la cuarta planta, advirtieron la presencia de un guardia de seguridad sentado junto a la puerta de una habitación. Estaba leyendo las páginas deportivas del diario *The Sun*, era mayor y su mirada parecía estar pidiendo a gritos la jubilación. Dejó el periódico en el suelo, agarró con gesto cansino la tabla metálica que tenía apoyada sobre una pata de la silla y solicitó la acreditación de los policías. Tomó una serie de notas, llamó a la puerta y con gesto amable los invitó a entrar.

Alma los recibió agradecida y nerviosa. Carla la besó en las gélidas mejillas, le entregó el ramo y se sentó a su lado, en el borde de la cama. Jan permaneció en pie y se limitó a sonreírle con timidez y gesto azorado, intentando disimular la

incomodidad que le suponía estar en presencia de esa mujer que seguía siendo hermosa aun vistiendo esa amplia bata de color verde moco. Ella algo intuyó en su mirada y se cubrió con la sábana.

Las primeras palabras de Alma fueron para expresar su angustia por no recordar nada de lo sucedido desde que diera ese maldito sorbo a la segunda taza de té; una espesa neblina empañaba su memoria hasta minutos después de ser rescatada. Ni una sola imagen de lo que pudieron haber hecho con ella; únicamente las magulladuras de sus muñecas atestiguaban lo sucedido. Carla optó por susurrarle:

—Qué más da, todo ha acabado bien.

Alma se encogió de hombros, resignándose a aceptar que jamás llegaría a recordar aquellos minutos de su vida.

Irguió la espalda, recolocó las dos almohadas y, siguiendo el consejo de la enfermera, se sirvió agua mineral en un vaso de plástico. Dio un par de sorbos, les preguntó por Evans y Doyle, y les manifestó abiertamente su temor a ser víctima de represalias. Los agentes fruncieron el ceño e intentaron evitar la respuesta; pero ella insistió. Carla le aseguró que no tenía nada de que preocuparse.

Doyle se había negado a declarar en comisaría. Altivo y seguro de sí mismo, alegó que cuanto tuviera que decir lo haría ante el juez. En esos momentos estaba en la cárcel, a disposición del juzgado. Por su parte, Evans, un tipo pícnico de manual, había arrancado su declaración pretendiendo eludir cualquier responsabilidad. Quiso mostrarse como un humilde e infeliz asistente, siempre dispuesto a acatar las órdenes de Doyle. Le costó acertar con las palabras adecuadas, pero atinó a dar con ellas: «Doyle me infundía temor reverencial», y eso fue lo que el abogado que lo asistía pidió que quedara transcrito en la declaración. Esa era una clase de atenuante de responsabilidad ya muy manida, pero casaba bien con su

carácter apocado; sin duda, podría beneficiarlo ante el tribunal. Además, Evans no se había cansado de repetir que ignoraba por completo la trama de Doyle, y contaba con una importante baza a su favor: sabía que la Policía no encontraría sus huellas dactilares en la segunda taza de té ni tampoco en la cucharilla. Solo aparecerían las de Doyle y Alma. Nunca podrían probar que él hubiera preparado la dosis de somnífero.

En los compases iniciales, los policías londinenses creyeron que tal vez estaba diciendo la verdad, e incluso uno de ellos llegó a garabatear «¿Colaborador casual?». Evans parecía satisfecho de su actuación, convencido de que estaba llevando el asunto por los cauces que más le convenían. Pero en la segunda fase de la declaración las tornas cambiaron. De forma perspicaz, los policías ciñeron el interrogatorio a su condición de secretario, esa en la que tan repetidamente se amparaba. Le mostraron su agenda personal y algunos de los correos que habían extraído de su ordenador. Las anotaciones de Evans eran escasas, apenas unas someras acotaciones de las reuniones que había preparado para Doyle y de algunas llamadas telefónicas que habría realizado en su nombre. Evans continuó mostrándose muy seguro, transmitiendo esa serenidad de quien no tiene nada que ocultar. Pero su representación teatral se truncó cuando la Policía simuló estar en posesión de la agenda de Doyle, amenazándolo veladamente con cotejar una con otra. En ese momento se vio acorralado, se hundió en los abismos y acabó por responder a todas las preguntas sin ningún tipo de reserva. Citó los nombres de Bischberger, Lang y Malkvich. El nombre de Evgeni Morózov también había aparecido en su declaración. Esa confesión había propiciado la inmediata orden de búsqueda internacional de los tres primeros. En cuanto al ruso, cabía suponer que su imputación iba a resultar algo más complicada.

Su vinculación con la embajada lo hacía todo más difícil.

Después de los repetidos ofrecimientos de Alma, el inspector accedió a acomodarse en la silla de acompañante, en una esquina de la habitación. Se sentó sin recostarse en el respaldo y con las manos sobre los muslos; se sentía a disgusto, como si estuviera profanando la intimidad de esa mujer. Alma irradiaba una fuerza singular que en ocasiones lo hipnotizaba y en otras lo turbaba.

Jan permaneció sumido en sus propias cábalas. Confiaba en que la declaración de Evans esclareciera la relación que pudiera haber existido entre el fallecido De Bruyn y Doyle. Cada vez estaba más convencido, como en su momento apuntó Carla, de que los *mails* y mensajes de texto remitidos por el suicida al abogado solo perseguían imputarlo: «¿Qué otra explicación tiene que el belga borrase de su ordenador todos los correos a excepción de los tres remitidos a Doyle? ¿Por qué conservó en su teléfono móvil ese único mensaje con el lacónico: "*C'est la vie*"?», se volvió a preguntar. La lógica resultaba aplastante, pero solo se convertiría en prueba de cargo si se confirmaba la reciprocidad. Quería pensar que la agenda de Evans acabaría por demostrar que De Bruyn se había reunido con Doyle.

Pero con Doyle o sin él, había una cuestión todavía más preocupante. Jan percibía un ruido de fondo, un leve murmullo. Y eso todavía lo inquietaba más: ¿quién estaba detrás? ¿Quién era el ideólogo? Doyle bien podía haber organizado la trama, pero un abogado necesitaba órdenes, y las órdenes las imparte el cliente. ¿Bischberger? ¿Lang? ¿Malkvich? ¿Morózov? ¿Todos o solo alguno de ellos? Tal vez ninguno lo era y aún faltaba dar con el cerebro.

Jan y Carla decidieron ocultarle a Alma que las señas de su hermana Chantal habían aparecido en un expediente de Doyle. Su nombre, la dirección en Estados Unidos, el número de pasaporte y su foto, todo recopilado en un fino dosier que

Arthur Doyle había ocultado tras un archivador. Esa circunstancia les previno de hasta dónde podían llegar los planes de Doyle. La Policía británica le preguntó sobre ellos a Evans, que negó saber nada sobre la hermana de Alma, pero nadie lo creyó porque en su agenda se repetían hasta tres veces las iniciales CU. La Policía le cosió a preguntas hasta el límite de lo legalmente admisible, y Evans acabó por reconocer que había escuchado una conversación telefónica entre Doyle y un tercero, de quien juró no saber su nombre, en la que hablaron sobre las hijas de Udrev. Y aunque sus siguientes declaraciones fueron confusas, todo apuntaba a que el plan pasaba por secuestrar a Alma si, como sucedió, se negaba a las pretensiones de Doyle. En ese caso, parecían estar dispuestos a exigir que Chantal firmara los documentos interesados a cambio de liberar a su hermana; y en el supuesto de que una y otra se hubieran negado a colaborar, la solución podría pasar por liquidarlas. La Policía británica trató de confirmar esas suposiciones, pero Evans, consciente de lo que se estaba jugando, ya no quiso decir una palabra más. Insistió en que todo era «supuestamente» pues, al fin y al cabo, tan solo reconoció haber sido testigo de media conversación telefónica. Tal vez por esa razón había logrado quedar en libertad bajo fianza.

El teléfono móvil de Jan sonó mientras se despedían de Alma. Cuando comprobó que se trataba del comisario Márquez, se retiró a una esquina de la habitación.

Márquez, perfectamente informado de cuanto había sucedido el día anterior, se interesó por el estado de Alma y se limitó a felicitarlos con un escueto «Bien hecho». Jan conocía a su jefe y sabía que tras esa sincera y lacónica felicitación había algo más. Ahora venían las noticias, y casi nunca eran buenas. Y así fue. El agradable tono de voz de Márquez cambió bruscamente:

—Fletcher está en Gran Bretaña.

—¿Fletcher en Inglaterra? —preguntó Jan enarcando las cejas. Carla se acercó con el rostro demudado.

—No, lo hemos localizado en Escocia.

—¿En Escocia? ¿Desde cuándo está allí?

—Desde el lunes se encuentra en Roslin, un pueblecito próximo a Edimburgo.

—¿Roslin? ¿Cómo es que no se nos ha informado antes? —se quejó Jan.

La gravedad de la situación hizo que Márquez se detuviera en los detalles. Le explicó que Interpol había localizado el avión de Fletcher en Edimburgo hacía unas pocas horas. Voluntaria o involuntariamente, el piloto deletreó de forma inexacta la matrícula de la aeronave al solicitar el permiso de vuelo. Tal vez, sencillamente, alguien la transcribió mal. Ello provocó la alarma entre los controladores escoceses cuando el avión tomó tierra. Ese episodio no tuvo mayores consecuencias que el papeleo correspondiente, pero obligó a Fletcher a personarse en las oficinas aeroportuarias en calidad de representante de la propietaria del aparato, la American Arts & Antiquities Foundation. Como el magnate ya constaba en los ordenadores de Interpol, la Policía realizó las comprobaciones de rigor. La consulta en tres empresas de alquiler de vehículos próximas al aeropuerto les bastó para averiguar que Fletcher había alquilado una furgoneta que frecuentaba el trayecto de Edimburgo a Roslin, y que tenía reservadas unas habitaciones en The Original Rosslyn Hotel. Por su parte, la Policía Local les informó de que Fletcher poseía una autorización especial para afrontar la reforma de una capilla a las afueras de ese pueblo.

—Todavía no sé con quién estamos tratando, pero por si acaso debéis ir allí de inmediato —le ordenó Márquez con voz rotunda—. Le pediré a mi secretaria que os encuentre alojamiento en Edimburgo para esta misma noche. Ella os enviará un mensaje con las señas de la reserva dentro de unos

minutos, y se os comunicará el nombre y teléfono del contacto de Interpol en esa ciudad. ¿Entendido?

Márquez cortó la comunicación sin darle oportunidad de pedir más detalles. Carla, que había permanecido junto al teléfono de Jan, le dio a entender que no hacía falta que precisara nada más.

—¿Quién es ese Fletcher que ha mencionado? —preguntó Alma.

—Un sospechoso —contestó Carla con aparente tranquilidad.

—¿El que asesinó a mi padre? ¿Tiene algo que ver con Doyle?

—Todavía no podemos confirmar nada —respondió Carla desviando la mirada.

—Iré con vosotros —pronunció Alma con desasosiego.

—¿Con nosotros?, ni hablar. Para empezar, no está en condiciones, aún no tiene el alta médica —se opuso Jan tratándola repentinamente de usted.

—Pero están a punto de dármela. ¿Qué voy a hacer aquí? ¿Quién me va a proteger de Doyle? —planteó con preocupación, y tragó saliva.

—¿De Doyle? —la tranquilizó Carla—. Ya hemos dicho que está en la cárcel.

—¿Y sus compinches?

Carla la miró con un gesto de resignación; sabía que poco más podía hacer. La besó en la mejilla y se despidió de ella. Jan, visiblemente inquieto, se limitó a extenderle la mano con tanta delicadeza y protocolo que acabó por parecerse a quien presenta las condolencias en un funeral.

Durante el trayecto en taxi, de regreso al hotel, Carla dio por hecho que viajarían en avión y empezó a pulsar su *tablet* para reservar los billetes. Jan miró de reojo la pantalla y, al ver la publicidad de las compañías aéreas, frunció el ceño.

—No creo que de Londres a Edimburgo haya mucho trecho,

¿no te parece? ¿Qué tal el tren? —le propuso él. A los pocos minutos, cuando estaban llegando al hotel, Carla le mostró la *tablet* a Jan.

—Si nos damos mucha prisa, podríamos tomar el próximo directo a Edimburgo, sale a las cuatro de la tarde. ¿Reservo los billetes?

Jan la miró con una mueca agradecida y le guiñó el ojo. Carla y Jan llegaron exhaustos a King's Cross. En algo menos de una hora y media, habían conseguido hacer las maletas, liquidar la cuenta del hotel y desplazarse hasta la estación. Y les sobraron diez minutos, el tiempo justo para comprar un par de sándwiches y llegar al andén número cinco.

El tren tenía prevista su llegada a Edimburgo sobre las diez de la noche. Disponían pues de algo más de seis horas de trayecto, un intervalo perfecto para darse un respiro y tratar de ordenar las ideas.

Parecía confirmarse, como días atrás presintieron, que en esa trama existían dos historias distintas. Parecidas pero no iguales; y como sucedía con la salsa de soja y la teriyaki, apenas sin diferencias hasta que no se catan juntas. El ataque en Verges, la muerte de De Bruyn, los asesinatos de Martina y de Fátima y el intento de secuestro protagonizado por Doyle y Evans iban de la mano de quienes a toda costa querían rescatar los *pendrives*, una forma desesperada de tratar de salvar su reputación y su negocio. Y por otro lado estaban la muerte de Crawford, el asesinato del chófer de Coleman y el alunizaje en San Petersburgo. En estos casos no parecían importar esos malditos *pendrives*, sino robar los cuadros de Udrev. Y ahí, en ese segundo grupo, se vislumbraba la mano de Fletcher. Dos bandos diferentes con intereses distintos, pero siempre con Udrev por medio. ¿Por qué? ¿Qué diantres podría estar haciendo Fletcher en ese pueblecito de Escocia? ¿Restaurando una capilla?

En cuanto tomaron asiento en el vagón, recibieron un mensaje de la secretaria de Márquez con la dirección del hotel de Edimburgo. Como si se hubieran puesto de acuerdo, el comisario les envió otro mensaje sobre el inspector encargado del caso en Escocia, un tal Ron McColl. También les informó del sobrenombre de la operación: Elephant's Tear.

—¿La Lágrima del Elefante? ¿Y eso por qué? —preguntó Carla.

Jan se limitó a encogerse de hombros.

Quien así la había bautizado era el coordinador de Interpol Mánchester, el departamento encargado de las investigaciones internacionales para todo el Reino Unido. La inspiración le llegó mientras tomaba un té de la marca Williamson, conocida por lucir como logo un elefante en su etiqueta. No parecía haberse esforzado mucho, y menos siendo británico: llamar al animal por su nombre y añadirle una erre a *tea* era suficiente indicio de poca imaginación.

Carla y Jan disfrutaron del paisaje mientras la luz del crepúsculo continuó iluminando la verde campiña; a lo lejos, de tanto en tanto, se dejaba ver un retazo de mar. Al anochecer, cuando las tenues luces del vagón alumbraron sus rostros, el cansancio se apoderó de ellos. Estuvieron de cháchara todavía una hora, yendo y viniendo del bar, pero al final los ojos de Carla empezaron a entornarse lentamente. Jan cayó también dormido.

La alarma del teléfono móvil de Carla, una nerviosa melodía de blues, sonó media hora antes de que el tren llegara a Edimburgo. Se despertó con cierto sobresalto, sin saber muy bien dónde se encontraba. Al poco, vio cómo el tren pasaba a los pies de una colina custodiada por un enorme castillo mágicamente iluminado, y se acercaban a la estación de Waverley.

Desde ahí tomaron un taxi y, conforme al mensaje de la

secretaria de Márquez, se desplazaron al Abbey Hotel, un discreto tres estrellas de estilo georgiano situado en el centro de la capital escocesa, muy cercano a la estación.

42

Capilla Rosslyn, 6 de mayo, 10:30 horas

Esa mañana, y tras el desayuno, Collier y Willet se brindaron a acompañar a Dan Levinson en su habitual paseo hasta la capilla. No se podía decir que fuera amistad lo que había entre ellos, pero el día a día había desembocado en un compañerismo aceptable, al menos bien tolerado, más aún desde que se sabían confidentes de Fletcher. Eso añadía un punto de complicidad. Muy distinto a lo que sucedía con los dos médicos que atendían al magnate y que supuestamente estaban ahí para hacer más llevadera esa extraña enfermedad que padecía.

Durante las comidas y las cenas, los médicos evitaban mezclarse con el resto del equipo y eran reacios a entablar una conversación. Ese comportamiento hizo sospechar a Dan. Tan solo una noche en que el whisky corrió más de la cuenta, el propio Dan pudo sonsacarle algunas palabras al médico más joven. Lo que escuchó le hizo palidecer, una extraña mezcla de realidad y fantasía que quiso achacar al exceso de alcohol.

Levinson, Collier y Willet aguardaron en la puerta sur de la capilla a que llegara la furgoneta que transportaba al ayudante de Collier, un becario que se pasaba la mayor parte del día con los auriculares puestos, aislado del mundo, machacándose los oídos con ritmos raperos. El joven descargó cuatro grandes bafles y, ayudado de una escalera metálica, los colgó de la

bóveda, precisamente sobre la losa del pasaje central en la que Dan identificó el dibujo de la cruz templaria; ya nadie dudaba de que ese era el mejor punto acústico del recinto. Uno de los altavoces llevaba incorporado un amplificador de gran potencia, así como un ecualizador de múltiples bandas. Su conexión, el volumen y demás controles se manejaban a través de un mando a distancia que Collier guardaba celosamente en el bolsillo de la pechera. Dispusieron sobre un banco el equipo de reproducción y un teclado color rojo, el Nord Electro 5 con el que Willet trabajaba las composiciones musicales.

Las experimentaciones de Collier y Willet se basaban en simples variaciones del *Motete de Rosslyn*, una pieza reciente compuesta por el pianista escocés y excriptógrafo de la Royal Air Force Thomas Mitchell, en la que colaboró su hijo Stuart. Padre e hijo estaban convencidos de que los cubos musicales de la capilla escondían una obra musical secreta. En ella habían estado trabajando durante los últimos años, decodificando los cubos y trasladando las notaciones musicales a un texto inspirado en el *Ut queant laxis*, un himno a san Juan Bautista escrito por Pablo el Diácono en el siglo VIII. La elección de esa pieza no tenía nada de caprichoso; sus siete breves versos —*Ut queant laxis, resonare fibris, mira gestorum, famuli tuorum, solve polluti, labii reatum, sancte Ioannes*— fueron precisamente los que a la postre, uniendo las primeras sílabas de cada estrofa, permitieron a Guido de Arezzo, en el siglo XI, dar nombre a las seis notas musicales de la notación latina moderna: ut, re, mi, fa, sol y la. Siglos más tarde Anselmo de Flandes introdujo la nota si combinando precisamente las iniciales de Sancte Ioannes del último verso. Y en el siglo XVII el musicólogo italiano Giovanni Battista Doni, al objeto de facilitar el solfeo, decidió sustituir la nota ut por do. Cuando los Mitchell, siguiendo el *Ut queant laxis* y los modelos de Chladni, transcribieron a una partitura los patrones dibujados en los

doscientos trece cubos musicales, obtuvieron una melodía que llamaron *Motete de Rosslyn*; una composición de connotaciones fantasmagóricas y hechizantes, cuyo principal mérito era haber empleado los instrumentos y afinaciones del siglo XV.

Cuando entraron en la capilla, Dan se separó de ellos, se sentó en el altar frente a los bafles y dejó que sus compañeros realizaran las pruebas programadas para ese día. Collier y Willet cruzaron los dedos e hicieron sonar las composiciones pregrabadas de la noche anterior, el fruto de muchas horas de reclusión en una sala del hotel. Esperaron pacientemente, pero pasó el tiempo y nada aconteció. Nadie sabía a ciencia cierta lo que debía suceder; existían diferentes teorías, todas contrapuestas. Willet, desesperado, se animó a repetir la cadencia subiendo el tono una octava, pero fue en vano. Ni el *Motete de Rosslyn* ni sus variantes conseguían efecto alguno.

El arqueólogo los miró con lástima, pero tampoco pareció sorprenderle ese nuevo fracaso. La idea de aplicar el *Motete* le parecía muy romántica; no podía negarse que la melodía sonaba tan misteriosa como la más tremenda de las películas de espectros, pero era evidente que nada aportaba a las intenciones de Fletcher. Para Dan el problema, con toda probabilidad, radicaba en que la notación musical del *Motete* partía de conceptos actuales, ajenos a los simbolismos propios de la época en que se edificó la capilla.

—¿Y si no fuese esa la melodía? —les dijo Dan a sus compañeros con discreción—. ¿Por qué empeñarse en seguir el *Motete de Rosslyn* como si fuera la única solución? Tal vez deberíamos abrirnos a otras posibilidades.

—¿Está opinando de música? —planteó Willet visiblemente contrariado.

—No, en absoluto, jamás me atrevería. Soy un completo inútil al respecto —reconoció Dan con humildad—. Ustedes son los que saben de música y física, yo solo estoy aquí para tratar

de leer las pistas y secretos que encierra la capilla, pero intento sugerir que no creo que ese sea el camino. Fletcher nos contrató para que esos doscientos trece cubos musicales nos brinden una secuencia, una concatenación musical que obre un prodigio, y es obvio que no lo estamos consiguiendo.

—¿Alguna aportación? —preguntó Collier con gesto adusto.

—Aquí trabajaron docenas de maestros artesanos, escultores y talladores —apuntó el arqueólogo—. Acudieron de todos los rincones de Europa y también de Oriente con el fin de que este templo nos pudiera hablar a través de sus piedras, para transmitirnos todo cuanto William Saint Clair había imaginado. Por esa razón estamos rodeados de infinidad de detalles, tantos que carecemos de suficientes ojos para apreciarlos. ¿Conocen la técnica de la distracción?

—No sé de qué habla —reconoció Willet.

—Tengo la sensación de que los artistas que aquí trabajaron siguieron un patrón concreto.

—¿Cuál?

—El de distraer nuestra atención, nos invitan a mirar hacia otro lado, hacia objetos y adornos sin importancia, simples bagatelas.

—¿Hacia dónde debemos mirar? ¿Cómo podemos trabajar así? ¡Pero si ni tan siquiera sabemos lo que tiene que suceder! —se lamentó Collier.

—¿Qué pretende Fletcher? —gritó Willet fuera de sí—. ¿Acaso cree que con la melodía adecuada las estatuas nos hablarán? ¿Que las columnas girarán sobre sí mismas y nos mostrarán una catacumba con el santo grial? ¿Que se nos va a aparecer san Juan Bautista?

—Quizá ni el mismo Fletcher lo sepa —estableció Dan.

—¿Entonces?

—Tal vez algo que desencadene un proceso…

—Pero ¿para qué? —lo interrumpió Collier.

A Dan le vinieron a la memoria los comentarios de uno de los médicos de Fletcher y algunas palabras del propio magnate, pero le pareció tan endiabladamente fantástico que prefirió callar. Además, si Fletcher no les había confiado toda la información, sus razones tendría.

—Tal vez deberíamos dejar esos aparatos —dijo Willet señalando su teclado con desdén—. Probablemente la solución está en reproducir cuanto hemos compuesto con el órgano de la capilla —proclamó con la vista puesta en los inmensos tubos que emergían del instrumento—. Es posible que sus registros den los resultados que estamos buscando.

—Lo dudo —respondió Dan de forma tajante.

Y les explicó que el órgano no siempre había estado ahí, que su instalación fue muy posterior a la construcción de la capilla, y por tanto jamás pudo entrar en los planes de William Saint Clair. Dan avanzó a paso rápido hasta el pasillo central y se detuvo sobre la losa que llevaba inscrita la cruz templaria, justo bajo los potentes bafles que Collier y Willet habían mandado instalar.

—Creo que los tres estamos de acuerdo en que este es el lugar idóneo para emitir cualquier sonido —les dijo con el tono de quien pretende recapitular.

—Sin duda, ese es el punto exacto donde se alcanza mayor potencia y reverberación —le confirmó Collier.

—¿Y también mayor vibración? —le preguntó Dan.

Los profesores hicieron un discreto gesto de asentimiento. Dan se desplazó al primero de los bafomets del ala este. Acarició la cabeza que surgía de la pared y deslizó el dedo índice sobre la boca pétrea resiguiendo los elementos vegetales que salían de ella. Les reveló, como hiciera con Fletcher, que los rostros de piedra dispuestos en el lado oriental mostraban semblantes jóvenes y que, según se desplazaban al oeste, sus caras envejecían hasta quedar reducidos a calaveras. Sus

compañeros no supieron disimular la sorpresa.

—No dudo de las múltiples significaciones que aquí y en otros lugares puedan tener esos bafomets —argumentó Dan señalando esas cabezas clavas que parecían acecharlos—, pero cuando en esta capilla se insiste en representarlos con unas bocas de las que surgen tallos y flores, el mensaje es que la voz es sinónimo de vida. Y si de la voz surge la vida, lo que a su vez expresa es que esta nace del sonido. Verán pues que nada es gratuito, sino plenamente deliberado. Me atrevería a decir que este templo está dedicado pura y simplemente al sonido —apostilló con énfasis.

—Y, por tanto, consagrado a la música —intervino Willet con gesto grandilocuente.

—Perdone que le corrija —añadió Dan—; antropológicamente hablando, el término *voz* es sinónimo de 'sonido', pero no de 'música'. Por lo tanto, debemos centrarnos en el sonido. Y quiero insistir en ese matiz, porque ahí puede estar nuestro error.

—¡Pero por todas partes hay ángeles de piedra sosteniendo instrumentos musicales! —exclamó Willet.

—Lo sé, pero cuando esta capilla nos quiere hablar de música, lo hace con otras formas.

—Prosiga —dijo Collier con interés y rogándole a Willet con la mirada que no interrumpiera.

Dan les explicó que, en su opinión, los doce patrones musicales de Chladni que se representaban en la capilla se referían a los doce apóstoles de Jesús, y que, de todos ellos, aquel especialmente representado por los bafomets era san Juan Bautista; no en vano era considerado por Jesús el más grande entre sus apóstoles —dijo volviendo a acariciar el semblante pétreo—. Así pues, era necesario centrar los trabajos en el favorito de Jesucristo, y por tanto en el *Ut queant laxis*, que a fin de cuentas era un himno en su honor.

—¡Eso es lo que estamos haciendo! —refunfuñó el profesor Willet—. Como bien sabe, el *Motete de Rosslyn* está basado en el *Ut queant laxis*.

—Lo sé, y ese es el principal de nuestros errores —advirtió el arqueólogo—. No dudo que esté inspirado en esos cubos musicales y en el *Ut queant laxis*, pero hay que considerar que ese motete es una simple recreación musical que tan solo adoptó como texto esos versos; nada más. Una cosa es que el trabajo de los Mitchell, al igual que el nuestro, se centre en interpretar esos cubos, y otra muy distinta es que ese motete pueda dar solución a nuestros problemas. Le están dedicando un tiempo inútil.

—Entonces, ¿qué propone? —preguntó Collier frotándose el mentón.

—Olvidarnos del *Motete de Rosslyn* y centrarnos exclusivamente en el *Ut queant laxis* ateniéndonos a las notas que el ángel de piedra señala sobre el pentagrama —dijo girándose hacia el otro lado de la iglesia.

Existían varios ángeles sosteniendo instrumentos musicales, pero la figura a la que Dan se refería era la de un ángel concreto. Según había deducido, ese era el que de forma clandestina oficiaba como director de orquesta de la silente obra musical que se escenificaba en la capilla. Sus manos angelicales sostenían una partitura y las yemas de sus dedos pisaban tres líneas del pentagrama. Apenas eran apreciables, pues el paso del tiempo había hecho mella en la piedra, pero no había duda de que un experto tendría la posibilidad de revelar las tres notas musicales que pulsaba. Dan intuía que ese detalle era mucho más que un simple capricho del escultor; probablemente indicaba el tono, o incluso el inicio de una melodía que por fin podría guiarlos en ese laberinto.

—¿Quién sabría decirme las notas que pulsa el ángel en ese pentagrama? —formuló Dan. Willet se aproximó a la escultura,

se ciñó las gafas y observó con detenimiento.

—Bien pudieran ser las notas si, do y la, pero el relieve ha perdido definición y temo equivocarme —dijo el músico retirándose las gafas.

El arqueólogo abrió su libro de apuntes y releyó los versos de *Ut queant laxis*. Si Willet tenía razón, las notas se corresponderían con los versos *Sancte Ioannes, ut queant laxis, labii reatum*, que traducidos en ese orden significarían: «San Juan, para que puedan de nuestros labios impuros». Dan, aun sin ser un experto en latín, negó con la cabeza al ver que no alcanzaba a tener sentido, se sentó en un banco y punteó con el lápiz los tres versos que en orden sucesivo llegaban a tener un significado coherente. Concluyó que solo la combinación *Sancte Ioannes, ut queant laxis, solve polluti* podía cumplir ese requisito. La traducción resultaba más lógica: «San Juan, para que puedan perdonar las faltas». Se apostó junto a la escultura que estaban examinando.

—¿Cabe la posibilidad de que las notas señaladas por el ángel sean si, do y sol? —propuso el arqueólogo.

Willet desplazó un banco, se subió a él y, utilizando las gafas como si fueran una lupa, miró con detenimiento la figura. Se bajó y asintió. Dan se mostró satisfecho, pero el músico no pareció compartir su optimismo. Cruzó las manos a la espalda, miró al suelo y torció el gesto como si se hubiera topado con un problema de difícil solución. —¿Algún inconveniente? —preguntó Dan.

—Acabo de advertir que la mano derecha del ángel señala un si, mientras que con la izquierda pulsa las notas do y sol. Tal vez nos estuviera dando a entender otra cosa —propuso Willet.

—¿Como qué? —planteó Collier.

—Que la nota principal sea el si.

—Sería lo lógico si el himno está dedicado a *Sancte Ioannes* —valoró Dan.

—Ya, pero eso puede suponer una grave complicación, pues tal vez esté indicando los modos de la escala diatónica —respondió Willet con preocupación.

—Me temo que no puedo seguirle —se excusó Dan.

Willet se tomó su tiempo para hablarles de las escalas musicales y de la forma en que cualquier nota de una escala puede asumir la función de tónica. Les dio a entender que por cada sonido que asumiera este rol dentro de una escala, se obtendría un modo; y sin duda, el modo más utilizado de la escala diatónica era el jónico. Sin embargo, y después de deambular arriba y abajo por el pasillo central, el músico concluyó que de todos los modos posibles solo el locrio parecía encajar en esa capilla.

—¿Por qué? —preguntó Dan.

—Porque en ese modo la función de tónica recae en la nota si, precisamente la nota de *Sancte Ioannes*.

Lo curioso, a decir de Willet, es que el modo locrio era residual, un sistema tonal que apenas había sido empleado porque su disonancia resultaba una afrenta al sistema perfecto modal, todo él basado en proporciones ideales. A esa anomalía musical, a fin de cuentas un tritono, se lo llamó *diabolus in musica*. Dan poco entendió de esa precipitada clase, salvo al final, cuando Willet puntualizó que ese tritono llegó a prohibirse en la Edad Media por considerarse que invocaba a Satanás. En tiempos más recientes era habitual escucharlo en algunas canciones de Black Sabbath.

—Eso me hace pensar en las octavas y sus frecuencias —dijo Collier después de reflexionar unos segundos. Dan le suplicó que le instruyera lo justo para seguir la conversación.

—Hay que saber —agregó Collier con indulgencia— que un piano normal tiene siete octavas, o, lo que es lo mismo, las notas vuelven a repetirse siete veces, pero con la particularidad de que con cada octava se duplica su frecuencia, o sea, el

número de vibraciones por segundo.

—¡Y precisamente la nota si es la que más frecuencia emite! —exclamó Willet visiblemente alterado.

—En efecto —dijo Collier como si hubiera encontrado la piedra filosofal—, un si en la primera octava marca una frecuencia de unos 61 hercios, pero en la séptima logra los 3951 hercios. En el supuesto caso de que alcanzásemos una décima octava, estaríamos hablando de más de 31000 hercios. Y lo más importante: ¡la nota si prácticamente duplica las frecuencias de un do en cualquiera de las octavas posibles!

—Creo que hablan de unas magnitudes que no puedo asimilar —reconoció el arqueólogo.

—Lo lamento, no era mi intención —se disculpó Collier—. Para que se haga una idea de los rangos de los que estamos hablando, le diré que el oído humano solo capta las frecuencias que estén por encima de los 20 hercios y por debajo de los 20000.

—Tal vez sea correcta su teoría —admitió Willet mirando a Dan.

El ingeniero y el músico se enfrascaron en una serena discusión en la que a cada paso que creían avanzar parecía que se les abrían nuevas expectativas inabarcables. Alternaron discursos anárquicos, igual que dos sabios que siguen pensando mientras hablan. Finalmente ambos parecieron estar conformes en que el himno *Ut queant laxis* seguía siendo la principal vía por explorar, pero teniendo como dominante la nota si en conjunción con el modo locrio.

Al cabo de unos minutos oyeron chirriar la puerta y vieron aparecer a Fletcher en la silla de ruedas empujado por su chófer. Enseguida el magnate le hizo un gesto para que se detuviera, agarró el bastón que llevaba sobre los muslos y se incorporó. Avanzó lenta pero firmemente por el pasillo central, y a medio recorrido los miró con gesto risueño.

—Es un honor tener a los tres trabajando bajo el mismo techo. ¿Tienen alguna novedad?

Collier y Willet se miraron como dos niños sorprendidos por su maestro sin la lección aprendida. Balbucearon unas breves palabras con las que pretendían justificar sus fracasos, pero recordaron que con Fletcher no cabían disculpas. Decidieron entonces anunciarle las nuevas líneas de investigación que tenían en mente. Fletcher los miró con una incredulidad insultante.

—Ya que ninguno de nosotros es británico, ¿les parece si mañana a las cinco nos citamos aquí y me muestran sus avances?

—Si nos concediera tres horas más, podríamos completar las pruebas previstas —propuso Collier con un nudo en la garganta.

—Conforme, a las ocho pues —sentenció Fletcher con gesto adusto.

Los tres asintieron con nerviosismo. El magnate se sentó en su silla de ruedas y le hizo señas al chófer para que lo sacara de la capilla.

43

Edimburgo-Roslin, 6 de mayo, 12:30 horas

Al salir del hotel, Carla y Jan fueron a una empresa de alquiler de coches. La mujer que los atendió, tras el papeleo de rigor, les entregó las llaves de un Vauxhall Corsa de cinco puertas y de un espantoso color verde. Era prácticamente nuevo y apenas disponía de extras, tan solo el aire acondicionado y el calefactor de asientos que, en esa época del año, resultaban de muy poca utilidad. El día era gris y amenazaba lluvia pero, a decir de la dependienta, acabaría despejando. Jan y Carla dudaron de su pronóstico; les pareció que ese tiempo jamás podría arreglarse. Él tomó las llaves y fue hasta el coche deteniéndose frente a la puerta izquierda del vehículo. Carla, más avezada, se situó junto a la puerta derecha y preguntó con retintín:

—Supongo que querrás que conduzca yo. A Jan le costó unos segundos reparar en que el volante quedaba al otro lado.

—¿Tú? ¿Conducir? —replicó Jan con fingida aprensión.

—Lo que decidas me parecerá bien, pero me temo que es la primera vez que conducirás por la izquierda, y yo, al menos, ya lo he hecho en un par de ocasiones. —Se sonrió. Jan le lanzó las llaves por encima del coche.

Apenas llevaban tres minutos en dirección a Roslin cuando el teléfono de Jan sonó de forma estridente.

—¡Es Márquez! —exclamó el inspector con aire severo.

La conversación con el comisario duró diez largos y tensos minutos. Jan apenas pronunció una palabra limitándose a negar con la cabeza y a mirar a Carla con expresión azorada.

La noticia de Márquez los dejó conmocionados: Arthur Doyle había muerto en circunstancias insólitas. El abogado había sido conducido por la Policía británica desde la prisión hasta los juzgados para una primera comparecencia, un mero trámite procesal antes de que se iniciase el juicio, pero alguien, tal vez el propio Doyle, no estaba dispuesto a que eso tuviera lugar. Los guardias lo sentaron en una sala anexa al tribunal, donde pasó más de una hora, hasta que minutos antes de ser llamado por el juez el acusado solicitó ir a los servicios. Lo acompañaron dos policías; uno se quedó en la puerta junto al detenido mientras el segundo entró en los lavabos para cerciorarse de que no hubiera nadie. El agente tuvo que aguardar unos minutos, a la espera de que un individuo de mediana edad acabara de asearse y ensayara el nudo de la corbata hasta tres veces; una de esas corbatas extremadamente finas con las que jamás se consigue lucir un nudo digno. Cuando los servicios quedaron libres, el policía tomó a Doyle del brazo y lo acompañó hasta el cubículo. El abogado había elegido el tercero de los cinco disponibles y se cerró por dentro. El policía se apartó unos metros y esperó. Transcurrieron más de diez minutos en absoluto silencio, hasta que el agente, intranquilo, decidió pronunciar la irrespetuosa frase: «¿Todo bien?». Al no obtener respuesta, se aproximó a la puerta y la golpeó con los nudillos. Al confirmarse el mutismo, la reventó de una patada y encontró a Doyle sentado en la tapa del inodoro, con los pantalones subidos y la cabeza recostada en los azulejos de la pared. Una jeringa sobresalía del bolsillo de su pechera y un fino reguero de sangre se deslizaba por el cuello empapando sutilmente la camisa; el abogado había acertado a pincharse en la arteria carótida. En el suelo hallaron

un trozo de plástico transparente y un pequeño estuche del mismo material. Doyle tenía los ojos abiertos y la expresión serena. Los servicios médicos nada pudieron hacer por él. Todo apuntaba a que alguien había dejado la jeringuilla oculta en el servicio, probablemente tras la cisterna del inodoro. Parecía pues evidente que se trataba de un suicidio, pero las circunstancias y la planificación hacían sospechar que era inducido. ¿Quién podría haberlo empujado a acabar con su vida?

La Policía británica estuvo revisando los vídeos grabados por la única cámara que controlaba los servicios, un dispositivo que, por respeto a la intimidad, solo cubría parcialmente la entrada a los cubículos. Realizaron el visionado, minuto a minuto, remontándose hasta el día anterior a que el juez decretara la comparecencia de Doyle. La Policía contaba también con los listados diarios de todo aquel que había entrado en los tribunales, tenían señalados en rojo los que habían accedido a la segunda planta y subrayados los nombres de quienes habían entrado en ese tercer cubículo. A pesar de esa tremenda criba, los sospechosos resultaron ser nada menos que cuarenta y seis hombres y ocho menores de edad, a los que había que sumar las asistentas que dos veces al día realizaban la limpieza.

Pero esa solo era la primera de las malas noticias. La otra venía de la mano de Evans. El secretario de Doyle había sido también citado por el tribunal para ese mismo día, pero no compareció. A diferencia de Doyle, el juez no había estimado necesario su ingreso en prisión, sino que optó por decretar su libertad bajo fianza; un grave error. En los corrillos de la Policía británica se jugaban varias apuestas: cincuenta libras para el supuesto de que el cuerpo de Evans apareciera en un callejón y setenta para el caso de que su cadáver fuera localizado en el extranjero. También se barajaban otras

apuestas más precisas, y por tanto más elevadas, que oscilaban entre las doscientas y trescientas libras. Todo dependía del medio empleado: un tiro en la cabeza, un navajazo o ahogado en el Támesis.

44

Roslin, 6 de mayo, 13:15 horas

Los policías españoles no tardaron en divisar Roslin. Era un pueblo de ensueño, rodeado de una inmensa campiña verde. Sus chalés y jardines privados le conferían un aire límpido, ordenado y feliz.

Jan abrió el plano de la población y guio a Carla por Chapel Loan. El inspector chasqueó discretamente los dedos cuando pasaron frente a The Original Rosslyn Hotel, el establecimiento donde según los informes estaba alojado el equipo de Fletcher. Carla giró a la izquierda y tomó Manse Road hasta llegar al Norwood B & B, donde tenían reservadas las habitaciones. Como su propio nombre indicaba, era un modesto *bed and breakfast*, pero su aspecto elegante y simpático, como todo en ese pueblo, rezumaba paz y sosiego.

Jan ni siquiera deshizo el equipaje. Abandonó la maleta sobre la cama de su habitación y desplegó el plano de Roslin sobre la mesa camilla. Una vez que se hizo una composición del lugar, se percató de que el Norwood B & B apenas distaba cuatro o cinco casas del hotel de Fletcher, tan solo separado por los jardines y patios interiores. Eso suponía, de hacerse necesario, que podrían llegar caminando en menos de tres minutos.

Poco había que hacer en la habitación, y para cuando Jan bajó a la recepción distinguió, a través de la cristalera, que

Carla ya lo aguardaba en la calle, sentada sobre el capó del coche, jugueteando con las llaves del vehículo y siguiendo los nubarrones con la vista.

Jan volvió a cederle el volante a Carla. En poco menos de dos minutos pudieron distinguir a su derecha, y tras un largo muro de piedra, los pináculos de la capilla. Carla detuvo el vehículo junto a una casita de color ocre, miró a través de la ventanilla y sintió cómo se le erizaba el vello del brazo. La construcción no era imponente en cuanto a dimensiones, ni de lejos tenía la majestuosidad de una catedral, pero los ventanales y los demás elementos arquitectónicos le sobrecogieron. Le pareció una imagen espectral.

En un primer reconocimiento desde el coche no detectaron ningún movimiento, el lugar parecía desierto, pero una furgoneta aparcada tras el templo les previno de que tal vez hubiera alguien en el interior. Jan, temeroso de que pudieran estar observándolos, le hizo un discreto gesto a Carla para que siguiera la marcha. Ella soltó el freno y condujo por la angosta carretera hasta Slatebarns Caravan Park, un camping despoblado, custodiado por una caseta de vigilancia vacía. La calzada moría allí. Esperaron cinco minutos de reloj y dieron la vuelta.

Cuando de nuevo pasaron junto a la capilla coincidieron con un individuo que marchaba en su mismo sentido, cabizbajo y de andar lento. Una vez que lo rebasaron, Jan atinó a mirarlo por el retrovisor. Al instante sintió un destello en su cerebro. Esa cara le resultaba familiar. El inspector esperó a que el coche avanzara otros cien metros y le pidió a Carla que se detuviera.

—¿Qué sucede?

—¡Ese hombre! Lo conozco… —musitó—. Necesito tu *tablet*, necesito ver la carpeta de archivos donde figuran las fotos de los que se hospedan en el hotel, esas que nos acaba de enviar

Interpol. Carla apagó el motor, buscó las imágenes y le entregó la *tablet*.

—¡Dios! —exclamó Jan—. Ese es Dan Levinson, uno de los hombres de Fletcher.

—¿Qué hacemos?

—Nada por ahora, dejemos que sea él quien se aproxime a nosotros.

En cuanto Levinson rebasó el vehículo, Jan abrió la puerta y, con el mapa en la mano, se le acercó simulando haberse extraviado. El hombre le sonrió y con extrema afabilidad se aproximó para ayudarlo. En ese instante, Jan le esposó una muñeca y, girándolo sobre sí mismo, lo empujó contra el coche. Le ordenó que mantuviera las manos sobre el cristal, lo cacheó y, retorciéndole el brazo, le colocó la otra esposa. El detenido trató de girarse, pero Jan le presionó la nuca y lo inmovilizó. Levinson estaba tan desconcertado que ni llegó a protestar. Jan abrió la puerta trasera del vehículo y lo empujó dentro. Se sentó a su lado y le pidió a Carla que se desplazara al asiento del acompañante, se girara hacia ellos y lo ayudara con la traducción de cuantas preguntas tenía en la mente.

—¿Es usted Dan Levinson? —preguntó Jan mostrando su placa.

—Sí, así es.

—¿Qué está haciendo en Roslin?

—Yo…, yo soy arqueólogo —musitó el estadounidense señalando el bolsillo de su chaqueta.

El inspector metió la mano en la pechera de Dan y le sacó una cartera con su tarjeta de identidad, el carné de conducir y una ajada credencial de la universidad, un simple cartoncillo sin plastificar con una foto de cuando era profesor.

—Le he preguntado qué hace aquí —insistió Jan.

El hombre se encogió de hombros y pareció vacilar.

—¿Está con Angus Fletcher? —preguntó sin más preámbulos.

Dan Levinson asintió con la cabeza.

—¿De qué se conocen?

El arqueólogo pensó que lo mejor sería omitir cualquier referencia a sus correrías ilegales por el Mediterráneo de la mano de la American Arts & Antiquities Foundation. Eso no haría más que complicarle la vida. Además, por fortuna, no necesitaba mentir; por una vez, trabajar para Fletcher no tenía que suponerle ningún problema.

—Estoy a sus órdenes —reconoció Levinson con gesto cohibido—. Estamos emprendiendo una restauración que cuenta con todos los permisos.

—¿Conoce a Aaron Zimmerman, George Clay o a Kenneth Johnson? Son estadounidenses, igual que usted —le preguntó la agente.

—No, nunca he oído hablar de ellos.

—¿Le suenan los nombres de Andy Jackson, Denis Crawford o Arthur Doyle?

—No, tampoco.

—¿Y de Udrev? ¿Qué sabe? —insistió Carla.

—¿El artista fallecido? —sondeó sin atinar a entender la razón de esa pregunta.

—¡Sí! ¿De qué lo conoce?

Levinson se sintió tan intimidado, y al tiempo tan seguro de que nada tenía que ocultar, que optó por referir brevemente la entrevista que había mantenido con Fletcher a bordo del avión, cuando le entregó un dosier con las obras que el magnate parecía tener en tanta estima.

—¿Tiene Fletcher esos fetiches? ¿Están en su poder esas malditas esculturas? —preguntó Carla con gesto nervioso.

—No sé de qué fetiches me hablan. Solo me entregó fotocopias de algunas pinturas de Udrev. Únicamente eso —insistió.

—Ya, pero entonces, ¿qué relación tiene la obra de Udrev

con Fletcher? —preguntó Jan.

—Resulta complicado —susurró el arqueólogo—. ¿Realmente son policías? —preguntó doliéndose de las muñecas.

—Policía española, y estamos trabajando para Interpol —respondió Carla mostrándole la placa—, y yo concretamente sirvo en el Departamento de Patrimonio Histórico. Será mejor que nos cuente todo cuanto sabe antes de que la Policía británica entre en escena, y eso será, más o menos, dentro de unas tres horas —agregó consultando su reloj.

Carla estaba siendo sincera. A tenor de las últimas noticias del comisario Márquez, ese era el tiempo previsto para que el inspector Ron McColl y su brigada partieran de Edimburgo con destino a Roslin.

—Ya les digo que todo es muy complejo —se excusó Levinson.

—Tenemos hasta tres horas para escucharlo —le dijo Jan con gesto paciente—. Le propongo un trato: usted nos cuenta todo lo que sabe y yo le quito las esposas —agregó con un mohín indulgente al mismo tiempo que con el rabillo del ojo observaba la furgoneta negra que en ese instante pasaba junto a ellos. Cuando la campiña volvió a quedar en silencio, Jan procedió a liberarle las muñecas y le ordenó a Carla que bloqueara las puertas del automóvil.

Dan Levinson suspiró, se aclaró la voz e inició su relato a partir de la entrevista que a finales de abril había tenido con Angus Fletcher en la sede de la fundación en Nueva York. Allí fue cuando por vez primera le habló sobre la capilla Rosslyn. Rememoró en voz alta el momento en que le encargó que estudiara la cimática, las resonancias y los cubos musicales.

—¿La cimática? ¿Resonancias? —preguntó Jan con perplejidad.

Levinson les habló brevemente de las formas de Chladni y sus fundamentos, pero silenció cualquier detalle que

relacionara la cimática con esa capilla. Probablemente sintió vergüenza de que lo tomaran por loco, o consideró que sería demasiado lo que tendría que explicar. Carla lo observaba atónita, mientras que a Jan parecía traerle al pairo toda esa explicación que se le antojaba perfectamente inútil para su cometido. —Pero ¿por qué razón Udrev y Roslin están conectados? —le planteó Carla al arqueólogo.

—Por la obra de Udrev, por los dibujos que realizó.

—¿Le suena la obra titulada *El Muro de las Lamentaciones*?

—No, aunque, a decir verdad, bueno…, es probable que solo sea una casualidad —murmuró Levinson.

—¿El qué? —preguntó Jan.

—Que en la capilla hay una fachada a la que llaman así, y esa es precisamente la que estamos restaurando. Para muchos, una simple reproducción del Muro de las Lamentaciones de Jerusalén —apostilló.

Jan y Carla se miraron. Demasiadas coincidencias para ser una simple casualidad.

—Disculpe —estableció con tiento Carla—, aun salvando esa coincidencia entre el título del cuadro de Udrev y la fachada que están restaurando, sigo sin entender por qué Fletcher le dio a estudiar unas obras del artista.

—Ya le he dicho que es una cuestión compleja…, difícil de entender. —El arqueólogo realizó una mueca con la que evidenció que no deseaba hablar de ese asunto. Carla volvió a consultar su reloj de pulsera, se retiró el pelo a un lado y miró a Levinson con determinación.

—Todavía nos queda mucho tiempo.

Levinson se acarició las muñecas una vez más, como si todavía se doliese de las esposas. Se reclinó y con cara de circunstancias anticipó que todo lo que podía decirles se basaba en simples conjeturas, conclusiones provisionales tomadas de los comentarios del filántropo. Tras respirar profundamente,

reconoció que en esa capilla todo era especial. No era templaria, pero el aliento del Temple transpiraba por cada poro de sus piedras. Tampoco era masónica, pero los masones hicieron un símbolo de ella. A fin de cuentas, concluyó, nadie excepto su fundador, William Saint Clair, conocía la razón por la que fue construida.

—Y ahí está ahora ese Saint Clair, enterrado en la cripta y guardando celosamente su secreto —se lamentó. Carla recordó los símbolos masónicos que cubrían el cadáver de Udrev y se preguntó sobre si podían estar relacionados. El inspector agarró a Levinson del brazo, lo sacudió levemente y lo instó a retomar la explicación.

—Verán, ese Fletcher está, por algún motivo, obsesionado con sus antepasados, parece poseído por ellos. Diría que sus ojos cambian de expresión cuando…

—¿Por Saint Clair? —interrumpió Carla con desconcierto.

—No, por Saint Clair seguro que no —contestó el arqueólogo —. Reconozco que llegué a pensar como usted, pero no es el caso; resultaría del todo imposible. Fletcher procede del clan escocés de los Mac-an-Leistear. Conoce al dedillo toda la historia de sus ancestros desde el siglo XV.

—Pero ¿no es estadounidense? —objetó Jan.

—Sí, pero de origen escocés. Al parecer, él será el último de su clan.

—¿Acaso ha venido a Escocia para ver a alguno de los suyos?

—Más bien diría que a despedirse de ellos —dijo Levinson—. Es viejo y parece estar enfermo.

—¿Qué enfermedad sufre? —preguntó Carla.

—Supongo que una degenerativa, pero nunca ha llegado a especificarme nada. Va rodeado de sus médicos, no lo dejan ni a sol ni a sombra.

—Y sus médicos ¿qué dicen?

—Ni una palabra, son gente muy reservada y evitan

relacionarse con nosotros. Ellos y el chófer son los que cargan con su silla de ruedas.

—¿Es paralítico?

—No, pero los médicos le han aconsejado que administre sus fuerzas. Aunque a decir verdad, no sé qué creer.

Levinson les habló del profesor Kubler, de los planos que había realizado y de la posibilidad de que existiera una segunda cripta de donde partía un largo pasadizo subterráneo que llevaba hasta el jardín del castillo de Roslin. Carla parecía extasiada con esa historia, pero Jan fruncía el ceño.

—Llevamos ya un buen rato —objetó el inspector señalando con el dedo la esfera de su reloj— y todavía, salvo la coincidencia entre el título del cuadro y el nombre de la fachada que están restaurando, no nos ha dicho la razón por la cual Udrev aparece en este asunto. Y se me está agotando la paciencia.

Levinson se encogió de hombros. Se sentía atrapado, sabedor de que ya no podía evitar la cuestión.

—Verán, yo solo soy un arqueólogo, y cuanto pueda decirles carece de fundamento razonable —anticipó con un mohín retraído—, meras conjeturas, pero…

—¡Pero qué!

—Creo que la intención de Fletcher es viajar en el tiempo —exclamó.

—¿Nos toma por necios? ¿Cree que hemos venido hasta aquí para escuchar esas memeces? —dijo Jan exasperado.

—No, no, en absoluto. Ya les he avisado de que no entra en lo razonable, pero tengo por seguro que eso es lo que pretende. Pensé que era una locura, sin embargo ahora… ¡Les puedo asegurar que ha contratado a especialistas de extraordinaria valía! Se hizo el mayor de los silencios en el interior del vehículo.

—¿Cree realmente posible que Fletcher pueda ir atrás y

adelante en el tiempo? —preguntó Carla sin dar crédito a que pudiera estar haciendo esa pregunta.

—Hacia el futuro es imposible, porque ni el espacio ni el tiempo ha sido creado todavía, solo podemos trasladarnos al pasado —sentenció Levinson con una seguridad sorprendente.

Jan se rascó el mentón y Carla se frotó la sien. Levinson enrojeció, trasluciendo la vergüenza que le suponía sincerarse. Era consciente de la aparente sinrazón de cuanto decía, pero ya no dudaba de que Fletcher y su equipo pudieran tener razón.

—El tiempo es como una bufanda —explicó Levinson sacudiéndose la timidez de encima—. Imagínense una bufanda desplegada en la que en un extremo transcurrió la historia del siglo I y en el otro se suceden los acontecimientos del actual siglo XXI. Más de dos mil años separan uno y otro lado. Así pues, resulta imposible atravesar ese espacio de cabo a rabo si no es deteniéndonos en cada siglo, y para ello sería preciso vivir esos dos mil años, pero el tiempo no adopta una línea recta y continua, el tiempo simplemente se solapa —expresó con una convicción sorprendente.

Jan y Carla se miraron con tal escepticismo que Levinson llegó a sentirse ofendido. Odiaba que lo tomaran por un perturbado.

—Siguen sin creerme, ¿verdad? Quiero que sepan que esto no lo digo yo, lo dicen reputados científicos de todo el mundo. Simplemente repito sus planteamientos.

Insistió en que, igual que una bufanda se enrollaba al cuello, el tiempo también era capaz de solaparse sobre sí mismo. Así, para el caso de que el siglo I estuviera superpuesto al xi, su transición resultaría más fácil que hacerla linealmente. Según esa formulación, la Roma de los césares estaba más próxima a la llegada del hombre a la Luna que a la Edad Media. Esos puntos de contacto eran los que permiten la deformación del tiempo, pero para ello se hace preciso que previamente se

hayan creado puertas estacionales que permitan el tránsito, y son muy limitadas. Hay quien afirma que existe una en Egipto, otra en la India y un par más en Europa; la más reciente era la capilla Rosslyn. Ese templo había sido el último en recoger el testigo de una tradición milenaria. Pese a todo, quiso matizar de nuevo que en ningún caso puede viajarse al futuro, y solo cabe trasladarse al pasado.

—Se precisan pues de esas puertas —acabó por lamentarse Levinson.

—¿Esa es la razón por la que Fletcher está en Roslin? —preguntó Jan frunciendo el ceño.

—Así es, ahora ya está en Escocia, junto a sus antepasados. No deberá pues depender del espacio, sino solo del tiempo. Saldrá de Roslin y llegará a Roslin. ¿Conocen el templo de Angkor Wat, en Camboya?

—Sí, he oído hablar de él —contestó Carla.

—Pues tal vez sepa que la disposición de la calzada y sus setenta y dos templos imitan las estrellas de la constelación de Draco, del mismo modo que las pirámides de Egipto reproducen la de Orión. Duplican pues la imagen del cielo en la tierra, siempre referida a una época concreta. El equipo de Fletcher sostiene que la distribución de las puertas sigue también el patrón de una constelación, pero todavía no han atinado a saber cuál. El día que lo descubran será posible determinar el número exacto de puertas existentes.

—Esto es una locura —estableció Jan negando con la cabeza.

—Ese Fletcher puede ser un excéntrico, pero no un loco —replicó el arqueólogo.

Y reiteró que no era una locura ni un juego, que resultaba perfectamente posible desde el punto de vista de la física. Según la teoría de la relatividad, el espacio y el tiempo contienen tres dimensiones espaciales y una dimensión temporal. Si el universo es concéntrico, la historia también; y si

el espacio puede plegarse, entonces el tiempo tampoco supone un problema.

—Poco a poco la propia NASA va confirmando las mismas teorías que antes tachaba de ridículas —agregó Levinson—. ¡Cuántos científicos han visto dañado su trabajo y credibilidad! Pero tarde o temprano las evidencias salen a la luz. En este caso, las formulaciones del mismísimo Albert Einstein ya apuntaban en esta dirección —argumentó Levinson con firmeza.

Carla miró al arqueólogo con estupefacción. Jan, por su parte, ojeaba el paisaje a través de la ventanilla, con los ojos puestos en el horizonte, tratando de que su metódico cerebro asimilara el mero enunciado de esas teorías.

—Verán —agregó Levinson—, lo poco que sé de todo esto se lo debo a los especialistas contratados por Fletcher, nada más. Ellos hablan de las teorías de un tal Clifford Will, de la Universidad de Washington, y de la posibilidad de llegar a entender los puentes de Einstein-Rosen y de otros muchos eventos espacio-tiempo que ni comprendo ni recuerdo. Pero hay algo en lo que insisten una y otra vez —enfatizó como si estuviera justificando una obsesión personal.

—¡Le escucho! —dijo ella alzando la voz en un intento de atraer la atención de Jan.

—Eso no supone que pueda viajarse de aquí para allá libremente; se viaja en el tiempo, pero nunca en el espacio. Como les he dicho, aquel que entre en una puerta se queda en ella, y lo único que se modifica es el tiempo, pero se requiere de energía para traspasarla.

—¿Y esa energía? —preguntó Carla.

—Las frecuencias de Chladni a las que antes me he referido —se limitó a responder el arqueólogo.

—Bien, bien…, supongamos que eso es posible —apuntó Jan deseando poner fin a tanta locuacidad—. ¡Sigue sin explicarnos

qué demonios pinta Udrev en todo esto!

—Udrev conoció esas puertas y sus secretos —confesó con rubor.

Carla le pidió que siguiera. Levinson suspiró profundamente, se palpó de nuevo las muñecas con fingido gesto de dolor y retomó la palabra:

—Hay quien dice que un descendiente actual de la familia Saint Clair le pidió a Udrev que visitara Roslin.

—¿Para qué? —preguntó Jan.

—Verán, según cuentan existía un antiguo retablo que antaño decoró uno de los altares laterales de la capilla, pero ese retablo se perdió. De ahí que se decidiera encomendar a Udrev la realización de una copia tomando como referencia las antiguas descripciones narradas por los historiadores y el bosquejo de uno de tantos ilustradores que desfilaron por aquí —dijo señalando la capilla que quedaba a sus espaldas—. Pienso, y es una opinión muy personal, que lo más probable es que los Saint Clair nada tuvieran que ver con el encargo, más me inclino a creer que la encomienda partiera de algún potentado de la orden masónica, pero eso da igual ahora, pues al fin y al cabo la cuestión es que Udrev acudió a la capilla, estudió todo su conjunto y, tras meses de trabajo, pintó la obra y al mismo tiempo creyó descubrir lo que oculta este templo.

—Y el retablo pintado por Udrev ¿está en el templo? —planteó Carla.

—No, desapareció hace un par de años.

—¿Por qué está tan seguro de que Udrev acabó por descubrir los secretos de esa capilla? —Creo poderlo explicar.

El arqueólogo pareció tranquilizarse un poco, se acomodó en el asiento y pasó a describirles las obras de Udrev incluidas en el dosier que Fletcher le había facilitado. Se trataba de pequeñas láminas de papel, no mayores que una cuartilla, con textos iluminados con pequeños dibujos. Eran diseños en tonos

marrón, beis y negro, en ocasiones salpicadas de blancos. Había empleado una mínima paleta de colores, como si su finalidad no fuera artística, sino la de reproducir antiguos pergaminos. Ahí se plasmaban estrellas, círculos, símbolos mágicos, cruces, columnas, algún plano de planta de iglesia, animales, especialmente aves…

—¿Qué tipo de aves? —preguntó Carla.

—Recuerdo un águila, un cuervo y… también un pelícano.

—¿Un pelícano?

—Así es, figuraba acompañado por una gran variedad de signos cabalísticos —afirmó Levinson sorprendido de que los policías prestaran atención a esos detalles—. Recuerdo el árbol de las sefirot y diversas miniaturas medievales.

Carla se quedó perpleja. Una parte de su cerebro quería seguir las explicaciones de Levinson, pero la otra se preguntaba, una vez más, cómo relacionar todo eso con aquellas extrañas ilustraciones que los asesinos de Udrev depositaron sobre su cuerpo.

—Pero lo más importante —continuó explicando Levinson— es que una de esas cuartillas de Udrev está dedicada a la capilla Rosslyn. Llevaba por título *La primera puerta de la secuencia del Motete de Rosslyn*.

El arqueólogo tenía la boca seca y rasposa, pero no se quejó y se limitó a tragar saliva. Aseveró que la capilla era un tributo al sonido, un templo construido a partir de la teoría de la cimática y todo aquello que tuviera que ver con las vibraciones. De ahí las numerosas representaciones de ángeles con instrumentos y partituras, y por supuesto de los doscientos trece cubos musicales labrados en la piedra.

La identificación de esos cubos musicales abrumó a Carla, que por vez primera vio la posibilidad de encajar en el rompecabezas ese dibujo que depositaron sobre el abdomen de Udrev: aquellas extrañas formas geométricas y la inscripción

«213 cubes». No supo disimular su entusiasmo e instó al arqueólogo a que les explicara con detalle la función de esos cubos. Levinson pensó que por fin lo creían, y se mostró bien dispuesto a recapitular todas sus anteriores explicaciones sobre las frecuencias de Chladni, para a continuación hablarles, por vez primera, de las experimentaciones que Collier y Willet estaban realizando con el *Motete de Rosslyn*. Y le faltó tiempo para, con voz ampulosa, pronosticar que nunca conseguirían nada.

—Entonces, ¿esos doscientos trece cubos son inútiles? —preguntó Carla.

—No exactamente —señaló el arqueólogo—. Quizá sí para descubrir la melodía, pero son básicos para introducirnos en las frecuencias y en la cimática; son la clave. ¡Ahí están! ¡Ahí quedaron reproducidos más de tres siglos antes de que la ciencia los descubriera oficialmente! —exclamó con fervor.

—Entiendo pues que esos cubos son la materialización del fenómeno, pero no enuncian la forma de conseguirlo —añadió Carla.

—En efecto, y lo lamento por Fletcher, que está obsesionado con ellos.

—Pero Udrev reprodujo esos cubos, ¿no es así? —planteó Carla.

—Efectivamente él fue quien redescubrió la aplicación de la cimática en esta capilla, pero deduzco que la importancia de sus cuartillas estriba en un aspecto aún más interesante. «¿Aún hay más sorpresas?», se preguntó Jan.

—Prosiga —le pidió Carla.

—Como ya les he dicho, Fletcher me entregó la reproducción de las seis cuartillas de Udrev; no sé si esas son todas las existentes o si me ocultó alguna, pero lo cierto es que, al margen de esa que versa específicamente sobre esta capilla, las otras cinco remiten a los siglos XI a XV.

—¿Y qué contienen? —preguntó Carla.

—Al margen de la simbología cabalística, creo que se tratan de invocaciones; dibujos y palabras, básicamente. Constan los nombres de personajes célebres de esas épocas, frases, poemas, breves fragmentos del Apocalipsis… Tengo la sensación de que cada una de ellas opera como salvoconducto para transitar por cada una de esas centurias.

—Vamos a ver —interrumpió Jan—, si no le he entendido mal, Udrev estuvo en Roslin para reproducir un cuadro, al tiempo que, casualmente o no, creyó descubrir cuál era la finalidad real de la capilla, esto es, la existencia de unas puertas estacionales que permitirían viajar en el tiempo, y para ello ilustró otras obras que posibilitarían esa transición; obras que están en poder de Fletcher. ¿Correcto?

—Sí, más o menos —contestó Levinson sorprendido de que alguien pudiera realizar una síntesis tan burda de algo tan extraordinario y complejo.

Jan salió del vehículo y le indicó a Carla que lo siguiera. Tras cerciorarse de que Levinson se quedaba en su asiento, cerraron el coche y se fueron a la cuneta opuesta. Jan se frotó con vehemencia el mentón.

—¡Todo esto es una locura! —soltó.

—¡Qué más da si es una locura! —respondió Carla—. Sea cierto o no, ese Fletcher y su equipo de científicos lo creen firmemente y por eso estamos aquí.

Jan reparó en que Carla tenía razón. Verosímil o no, estaban ahí exclusivamente por esa creencia.

—De acuerdo. ¿Qué opinas entonces de Levinson? —preguntó con gesto nervioso.

—Ese hombre no ha visto nunca *El Muro de las Lamentaciones* de Udrev.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque le ha sorprendido la coincidencia entre el título de

ese cuadro y la fachada de la capilla que están restaurando. Creo que es sincero. Y por mi parte, quedaría confirmada la tesis de que ese cuadro, como muchos otros, escondían precisamente las cuartillas a las que se refiere Levinson; las que Fletcher ha recopilado sin importarle el coste de vidas humanas —dijo ella con vehemencia.

—Pero seguimos sin poder relacionar directamente a Fletcher con los asesinatos —contrapuso Jan con su habitual rigor.

—Tal vez nos sea difícil vincularlo con los asesinatos de Andy Jackson y Denis Crawford, pero sí podremos imputarle el de Udrev.

—No lo veo tan claro.

—¿Por qué? El arqueólogo acaba de detallarnos el contenido de esas cuartillas, y coinciden con los dibujos depositados sobre el cuerpo de Udrev. ¿Quién va a fijar en el cuerpo de su víctima el esbozo de un pelícano y los cubos musicales? Solo pudo hacerlo aquel que estaba en posesión de las malditas cuartillas, y ese únicamente pudo ser Fletcher. ¿Aún tienes alguna duda al respecto?

—Ninguna, pero…

—Es más —interrumpió ella con ímpetu—, me apostaría la mano derecha a que las ilustraciones de aquella planta de iglesia, así como las columnas y el arco que colocaron sobre sus piernas acabarán coincidiendo con los de la capilla Rosslyn. ¡Todo señala a Fletcher!

—No te quito razón, pero el problema, como siempre, va a ser la prueba. Sé de qué hablo… Va a ser difícil relacionarlo salvo que lo atrapemos llevando encima esas cuartillas. ¿Y ese pájaro que tenemos en la jaula? —añadió con la mirada puesta en Levinson—. ¿Estás de acuerdo en que es un simple asalariado de Fletcher y que nada sabe de los asesinatos?

—Me apostaría la otra mano —sentenció Carla con determinación. Los agentes se subieron de nuevo al vehículo.

Levinson los miró con recelo, temiendo que volvieran a esposarlo.

—¿Siguen pensando que les miento?

—Comprenderá que, cuando menos, su historia es difícil de asimilar —estableció Carla con un retintín mezcla de ironía, prevención y pura consternación.

—Entiendo —musitó Levinson—, pero descuiden porque pronto lo sabremos. Tal vez esta misma noche conozcamos si esas teorías son ciertas.

—¿Qué sucederá esta noche? —preguntó Jan desconcertado.

—Fletcher nos ha convocado en la capilla para que le mostremos nuestras últimas líneas de investigación. Está impaciente por ver los resultados, y solo Dios sabe cómo puede reaccionar si le volvemos a fallar.

—Deduzco pues que usted y el resto del equipo tienen la misión de conseguir abrir esas supuestas puertas estacionales.

—Así es.

—¿Quién estará ahí? —preguntó Jan.

—Collier, Willet y Fletcher; imagino que acompañado de sus médicos y del chófer. No creo que estén convocados ni los ayudantes ni el resto de los operarios.

—¿Todos ellos se hospedan con usted en el Original Rosslyn? —quiso confirmar Jan. El estadounidense asintió con un leve movimiento de cabeza. Esa cita suponía un serio contratiempo para los policías; las cosas se estaban precipitando.

Jan se sumió en uno de sus acostumbrados silencios a fin de valorar la situación. Consideró que debía informar al comisario Márquez. Salió del coche, desbloqueó su teléfono móvil y le indicó a Carla que estuviera pendiente de que Levinson no hiciera ninguna tontería.

La conversación con Márquez duró apenas tres minutos. Los felicitó por duplicado, y eso era la primera vez que sucedía.

—El jefe se encargará de coordinarnos con el inspector

escocés —le susurró al oído a Carla mientras consultaba su reloj y calculaba las horas que faltaban para que McColl y su brigada hicieran su aparición en Roslin.

—¿Qué van a hacer conmigo? —quiso saber Levinson.

—¿Está dispuesto a colaborar? —replicó Jan.

—¿Qué quieren que haga? Yo ya les he dicho todo lo que sé.

—Le dejaremos en libertad y volverá al hotel como si no nos hubiera visto. ¡Ni una palabra a nadie! ¿Entendido? Después acudirá a la cita que tiene con Fletcher en la capilla.

El estadounidense torció el gesto, miró a través de las ventanillas y asintió.

—¿Y luego? ¿Qué me pasará? Ese Fletcher me intimida, en ocasiones su mirada refulge de una forma especial. Siento como si hubiera tejido lentamente una espesa telaraña a mi alrededor —admitió con aprensión.

—No tendrá que preocuparse de ese hombre. Además, si como dice resulta ser un arqueólogo autorizado, y tampoco está implicado en los crímenes de Fletcher, no creo que le puedan culpar de nada. Y con más motivo si colabora con nosotros. Ahora bien, si al salir del vehículo se le ocurre dar la alarma, le acusaremos de obstrucción a la justicia y de ser cómplice de Fletcher, y puedo asegurarle que ese tipo acumula ya muchos muertos a sus espaldas. Le caerán unos cuantos años, no lo dude —sentenció el inspector.

45

Roslin, 6 de mayo, 19:10 horas

Los mensajes de Márquez resultaron poco halagüeños. Sus notas de texto decían que la brigada del inspector McColl había sufrido alguna complicación en un operativo de apoyo en Edimburgo y su presencia en Roslin se demoraría una hora. Ese retraso suponía una grave contrariedad para Jan y Carla, pues se quedaban sin equipo de soporte. Era evidente que ellos dos no podrían controlar los accesos al templo y al mismo tiempo realizar las detenciones. Eso en el caso de que el arqueólogo no traicionara su palabra y ya los hubiera delatado.

Tras fumarse un par de cigarrillos dentro del coche, se refugiaron en la minúscula cafetería del Norwood B & B. Allí, con un café entre las manos, maldijeron su mala suerte. En esas circunstancias no podían más que improvisar, y lo más sensato —expuso Jan— pasaba por intentar entrar en la capilla con antelación, aguardar en su interior y esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Llegado el caso, tal vez podrían contactar a través del móvil con Ron McColl y darle las instrucciones para que irrumpiera en el templo. Carla no parecía muy convencida con la idea, le resultaba precipitada, pero tampoco vio alternativa.

Comprobaron que quedaba menos de una hora para que el equipo de Fletcher se citara en la capilla. Si querían estar allí para cuando llegara el magnate, tenían que moverse muy

rápido. Al poco de subir al coche, vieron cómo las nubes empezaban a apoderarse del lugar y cuatro gotas salpicaban el parabrisas. Carla detuvo el vehículo una vez rebasada la capilla, ya en el camino que desembocaba en el camping de Slatebarns, y decidió estacionar tras unos frondosos arbustos.

Minutos más tarde se encaramaron al muro del recinto, allí por donde, según el reconocimiento de la mañana, resultaba más fácil de franquear. Las ráfagas de viento comenzaron a agitar las ramas de los árboles, altos y viejos, que bailaban a diferente compás, sin orden ni concierto. Enseguida empezó a llover con esa pertinaz serenidad tan habitual de los lugares húmedos, y observaron los pájaros volar de aquí para allá buscando dónde guarecerse. En el horizonte unos densos y negros nubarrones les dieron a entender que la tormenta iba directamente hacia ellos.

Era de suponer que si Levinson los había traicionado, ya los estuvieran aguardando. Eso les decidió a acercarse a la capilla por el lado del cementerio. Avanzaron entre las tumbas tratando de hacerse invisibles a las gentes que Fletcher pudiera haber dispuesto.

Sortearon las lápidas funerarias hasta avistar la misma furgoneta marrón que horas antes habían visto aparcada en el recinto, pero alguien la había movido de lugar. Ahora se encontraba junto a la puerta del lado este. Probaron a acceder al templo por la puerta opuesta, pero la encontraron cerrada. Jan frunció el ceño, y con las espaldas pegadas al muro resiguieron el perímetro del templo hasta la entrada principal. Tantearon el inmenso portón custodiado por horrendas gárgolas, pero también tenía echada la llave. Jan hizo una señal a Carla para que la siguiera hasta el tercer y último acceso, que quedaba en el lado oriental. Jan advirtió entonces que la furgoneta aparcada frente a esa entrada tenía las puertas traseras abiertas. Todo indicaba que alguien se les había

adelantado. Desenfundaron las armas automáticas y se aproximaron con cautela. Al ver que el portón de madera estaba entreabierto, Jan no se lo pensó dos veces y decidió entrar aun a riesgo de que pudieran dispararle; ella lo siguió al instante. En el interior no distinguieron a nadie, solo la luz de un foco portátil de campaña apoyado en una columna. Al poco oyeron unas voces, pero no supieron identificar su procedencia. Se desplazaron de columna en columna hasta que Jan distinguió, en el pasillo central, a un joven encaramado a una escalera, atareado en el montaje de unos bafles que colgaban de la bóveda. El individuo llevaba auriculares y tarareaba una canción ajeno a cuanto lo rodeaba.

—Bajemos a la cripta —dijo Jan indicando los escalones que tenían a pocos metros.

Descendieron las escaleras a la luz de sus teléfonos móviles. Jan se sentó en el suelo recostando la espalda en un sarcófago de piedra. Carla se acomodó en una esquina. No habían transcurrido más de dos minutos cuando oyeron un fuerte portazo y cómo echaban las llaves. Se habían quedado solos y atrapados. En ese instante fueron conscientes de que no tenían salida; estaban en una ratonera. ¿Habían caído en una trampa?

—Volverán, no te preocupes. No nos quedaremos encerrados por mucho tiempo —dijo Jan con forzado sosiego, rogando a Dios que ese Dan Levinson no los hubiera traicionado.

Enfundó la pistola, encendió su móvil e iluminó el sarcófago que tenía detrás. Leyó la inscripción «*William de Saint Clair Knight Templar*» y resiguió las letras con las yemas de sus dedos. A los pocos minutos, con gesto inquieto, Carla le iluminó el rostro y en voz baja le sugirió que lo más acertado sería regresar a la nave central para inspeccionar la capilla y decidir el lugar más adecuado donde esconderse. Él asintió en silencio.

Los policías tuvieron ocasión de ver entre penumbras las dos columnas más representativas de la capilla Rosslyn: la del

Aprendiz y la del Maestro. Su visión propició que Carla rememorara las fotografías del cadáver de Udrev. No había duda de que los grabados que le colocaron sobre las piernas reproducían las dos columnas que tenía delante.

Al poco oyeron unas voces en el exterior y de inmediato el chasquido de la llave y el chirriar de la puerta. Jan y Carla todavía estaban frente a las columnas y no habían decidido dónde ocultarse. Miraron a su alrededor y de forma improvisada resolvieron refugiarse tras el órgano. Apagaron los móviles y aguardaron.

El primero en entrar fue Levinson, que se encargó de encender el foco de campaña y arrimarlo a un banco de madera que se había convertido en una improvisada mesa de trabajo. Lo siguió Willet, cargado con su teclado, renegando de la lluvia que acababa de arreciar, y tras él accedió Collier. Los tres se arremolinaron como mariposas de noche junto al foco. Willet sacó su teclado de la funda, lo depositó en el banco y efectuó las conexiones. Collier hizo lo propio con su ordenador portátil. Luego desplazaron el banco unos pocos centímetros a fin de que quedara bajo la vertical de los bafles que colgaban de la bóveda. Entretanto, Levinson abrió su bloc, escribió una nota y acabó por dirigirse al coro. Allí se inclinó ante los ángeles tallados en piedra y les imploró su protección.

El viento tomó fuerza y su silbido penetró en la capilla como un canto de sirena. Al poco eclosionó un portentoso trueno. Cuando todavía retumbaba su eco, el chófer de Fletcher abrió de par en par la puerta, salió y regresó arrastrando la silla de Fletcher. El magnate entró a continuación por su propio pie seguido de sus médicos, que vestían una bata corta de color blanco, y de sus espaldas colgaban sendas mochilas. Se hizo un gran silencio. Fletcher, apoyado en un bastón, se dirigió a los bancos centrales y arrebató a Willet el mando a distancia que controlaba el volumen y la ecualización del amplificador.

—¿Están ustedes dispuestos? —preguntó mientras se volvía hacia su silla de ruedas y tomaba asiento—. Espero no me fallen porque tengo asuntos que me obligan a regresar a Estados Unidos en breve.

Willet utilizó su teclado a fin de recuperar las secuencias que tenía pregrabadas y asintió inclinando la cabeza con la rigidez de un militar. Se escuchó una música tétrica que lentamente fue incrementando el volumen hasta alcanzar un nivel ensordecedor.

Eran las notas del *Ut queant laxis* transmutando la nota si como dominante, tal y como había aconsejado Levinson según la nota que parecía indicar el ángel de piedra con una mano. A pesar del insufrible volumen, todo permanecía igual; todo menos el siniestro resplandor de los relámpagos que una y otra vez se dibujaban tras las vidrieras anunciando el inmediato trueno que al poco retumbaba en el interior.

Fletcher esperó paciente unos segundos más hasta que, harto de ese sonido, decidió silenciarlo con el mando a distancia. Miró a Willet con tremenda decepción. El músico le devolvió la mirada con un artificial gesto tranquilizador, como si todavía guardara un as en la manga. De nuevo volvió sobre el teclado para probar la misma melodía pero incrementando su frecuencia hasta llegar a la décima octava, alcanzando un rango algo superior a los

31000 hercios. Fletcher esperó con aire contrariado hasta que optó por silenciar de nuevo la interpretación. Luego oprimió el mando de su silla y se acercó a ellos.

Collier, a la vista de la embarazosa situación, quiso echar un capote a su compañero Willet y lo animó a que probara las mismas frecuencias en modo locrio, convencido de que podría dar resultado. Fletcher los miró con fastidio; estaba harto de todos ellos y de sus continuos fiascos. Regresó junto a su chófer con gesto encolerizado y le preguntó de muy mal humor:

—¿Está todo listo?

El chófer negó con la cabeza. Fletcher le dirigió una mirada tan iracunda que no le hizo falta más comentario. El chófer agarró de inmediato una de las mochilas que habían quedado en el suelo, junto a la Columna del Maestro, tomó las escaleras que descendían hasta la cripta y desapareció.

Willet y Collier inundaron de nuevo el espacio con un sonido inmenso, que alcanzaba hasta el más remoto rincón del templo, pero por más que modificaban las frecuencias, no lograban generar ningún cambio, ningún temblor, ninguna variación en las estructuras de la capilla. Fletcher los miró exasperado. Jan y Carla observaban la escena preguntándose si había llegado el momento de actuar. «Si ese maldito McColl estuviera aquí, los detendríamos a todos», pensó Jan en medio del infernal ruido.

Levinson había permanecido poco menos que ausente, como si estuviera en otro mundo; probablemente más pendiente de la llegada de los policías que de Fletcher. Le preocupaba que una vez en la capilla los españoles respetasen el pacto acordado, y por supuesto que no lo descubriesen en público. Eran tantos sus miedos que, si por él fuera, ya habría salido de ahí corriendo, pero el temor que sentía por Fletcher era todavía superior, lo tenía paralizado; incluso llegó a pensar que ese hombre ya intuía que lo estaba traicionando. Se esforzó en aparentar normalidad para que su comportamiento no acabara por delatarlo.

El arqueólogo siguió enfrascado en sus particulares tribulaciones hasta que, haciendo un gran esfuerzo, y a la vista de que ninguna de las propuestas de Collier y Willet funcionaban, decidió intervenir. Había profundizado en una de las teorías de Hans Jenny, la que refrendaba que la vocalización en antiguo sánscrito del mantra Om dibujaba en las superficies el mismísimo símbolo del mandala Sri Yantra, el sonido de la creación: «¿Y si no se trataba de reproducir una

melodía sino una única frecuencia?», se había planteado. Si un sonido no es más que una vibración del aire, y los tonos dependen de la frecuencia de esa vibración, tal vez ahí estuviese la solución. Alzó sus brazos tímidamente solicitando que sus compañeros detuvieran el sonido. Fletcher reparó en él, y desde su mando a distancia lo silenció. —Les sugiero que interpreten las mismas notas señaladas por el ángel —indicó el arqueólogo—, el si con la mano derecha y con la izquierda las notas do y sol, naturales; manténgalas pulsadas como si quisieran emitir una única frecuencia, igual que si reprodujeran el sonido Om —añadió entonando tímidamente el mantra.

Collier y Willet se quedaron quietos y miraron a Levinson con aire desafiante, igual que harían con un lobo de una manada rival. Fletcher se percató de ello y exclamó:

—¿Acaso no han escuchado a su compañero? ¿Es que siquiera saben pronunciar Om?

Al tiempo que otro rayo se dibujaba en las vidrieras, Carla sintió que su cerebro se inundaba también de luz al escuchar por segunda vez la sílaba Om. Visualizó mentalmente las imágenes del cadáver de Udrev y recordó el grabado con el que le sellaron los labios. Aquel dibujo reproducía la sílaba sagrada del sonido primigenio, el rumor vibrante.

Willet se aplicó con el teclado y pulsó las notas que le había solicitado Levinson. Fletcher, inquieto, incrementó el volumen hasta el límite de lo imposible. Tras unos segundos, el zumbido se hizo tan potente que todos los presentes tuvieron que taparse los oídos con las manos. Una vidriera estalló en pedazos, y a continuación se rompieron otras dos. Se desataron las corrientes de aire y el rugido del viento inundó la capilla como si mil fantasmas se hubieran apoderado de ella. En ese preciso instante se entreabrió la puerta lateral.

Una delicada sombra se detuvo bajo el dintel y permaneció ahí absolutamente inmóvil. Unos y otros contemplaron atónitos

la aparición. Fletcher, con gesto asombrado, tomó el mando y anuló ese endiablado sonido. Una figura femenina avanzó entre la penumbra hasta que un rayo iluminó su rostro. Era Alma Udrev. A Carla y Jan les dio un vuelco el corazón. Esa mujer había osado personarse en la misma boca del lobo. Carla hizo ademán de ir a por ella, pero Jan la retuvo.

—¿Quién de ustedes es Fletcher? —preguntó Alma con voz temblorosa.

—¿Quién lo pregunta? —replicó el propio Fletcher con extrañeza.

—Soy Alma Udrev —anunció tratando de sobreponerse al pánico que la inundaba. El magnate disimuló su desconcierto con una leve sonrisa, llamó a su chófer, que movió su silla de ruedas, y se quedó a unos tres metros de ella.

—Su padre era un grandísimo hombre. Un superdotado, puede estar muy orgullosa de él. Con seguridad, sería el único que sabría aconsejarnos en una situación como esta, probablemente incluso nos hubiera dado la solución —dijo mirando los bafles que colgaban de la bóveda.

—¿Por esa razón lo asesinaron?

Fletcher no respondió y le dedicó a su chófer una mirada siniestra. Al hombre no le hicieron falta más indicaciones, se precipitó sobre la joven, la tomó por los brazos y la empujó hasta la verja que daba acceso a la cripta. La colocó frente a los barrotes y la estampó contra ellos. Alma gritó de dolor.

Carla sintió un nudo en la garganta. Ese hombre, al igual que había acabado con la vida de Udrev, tampoco tendría inconveniente en liquidar a su hija. No esperó más, se alzó tras el órgano y se fue a por ella con intención de liberarla del chófer, que continuaba sujetándola ferozmente contra las rejas. Jan desenfundó la pistola y la siguió.

El habitual semblante apático de Fletcher se transformó en la viva imagen del odio al ver que dos intrusos armados emergían

de la penumbra. Guardó el mando en el bolsillo de su pechera, tomó la mochila que sostenía uno de sus médicos y en tres pasos se plantó frente a la verja. Entró en la escalera de la cripta, cerró la reja desde dentro, pasó las cadenas y las aseguró con el candado guardándose la llave en el bolsillo del pantalón.

Jan se abalanzó contra el chófer. Consiguió asestarle dos puñetazos en el vientre, pero el individuo acertó a defenderse con un puntapié lateral en el torso que desarmó al policía. Acto seguido volvió a agarrar de la nuca a Alma y la estrujó de nuevo contra las rejas. El inspector decidió entonces asestarle un duro golpe en la rodilla y a continuación un puñetazo en plena cara, sintiendo cómo la nariz de su contrincante se aplastaba por el impacto. El chófer profirió un grito de dolor y cayó al suelo, pero seguía consciente. Se llevó la mano al tobillo, sacó una pistola y encañonó al policía. Jan, sabiéndose indefenso, levantó los brazos a media altura.

En ese instante sonó un disparo que retumbó por todo el templo. El chófer emitió un quejido seguido de un estertor. Carla había acertado a darle en el pecho. Jan se apresuró a recoger su arma del suelo y se agachó junto al chófer. Advirtió cómo se estremecía y cómo la vida se le escapaba con cada breve inspiración. Carla se aproximó a Alma, la tomó del brazo y la obligó a agacharse tras uno de los primeros bancos.

Cuando Fletcher vio el cuerpo inerte de su chófer al otro lado de la verja, dejó caer la mochila al suelo, la abrió y sacó un pequeño mando. Jan se lanzó contra la reja y la empujó con todas sus fuerzas tratando de que el candado cediera; pero no pudo. Fletcher le sonrió con sorna. —¡No tiene salida! ¡Entréguese! —gritó Carla.

—¿Entregarme? ¿Por qué razón debería hacerlo? Para cuando me juzguen, estaré enganchado en alguna de esas malditas máquinas de hospital, y para cuando me condenen, ya

estaré muerto. No he llegado hasta aquí para eso, para esperar simplemente —sentenció con una media sonrisa.

Seguidamente el magnate oprimió simultáneamente dos botones del mando que mantenía en su mano izquierda, y al momento sonó un gran estruendo en las profundidades de la cripta. Una gran nube de polvo y humo ascendió hasta la capilla. Fletcher tomó la mochila, se la colgó del hombro y desapareció escaleras abajo.

Al poco de la deflagración, y como nacidos de la oscuridad, hicieron su aparición los policías de McColl. Cinco entraron por la puerta lateral y otros dos quedaron apostados tras las vidrieras rotas. Iban vestidos de negro, con casco, y apuntaban sus armas automáticas en todas direcciones. Jan y Carla levantaron los brazos.

—¡Somos policías! —repitió Carla hasta tres veces.

Dos agentes británicos se acercaron a Jan y Carla encañonándolos y los conminaron a que soltaran el arma y mostraran la placa. Ambos obedecieron mientras señalaban a Alma para hacerles ver que la mujer estaba con ellos. Simultáneamente, otros dos policías se dirigieron hacia Levinson, Willet, Collier y los dos médicos, les ordenaron que se tumbaran en el suelo boca abajo y los esposaron con cintas de plástico.

Tras unos momentos de confusión, McColl se acercó a Jan y Carla, les extendió la mano con gesto cordial y trató de iniciar una conversación que Carla interrumpió:

—¡Debemos apresar a Fletcher! —exclamó con gran excitación mientras señalaba la cripta.

McColl tomó la radio que colgaba de su torso y habló con alguno de sus hombres que se habían quedado en el exterior. Minutos más tarde apareció un agente con una enorme cizalla y en apenas un suspiro rompió las cadenas que obstruían el acceso a la cripta.

Jan y Carla bajaron precipitadamente seguidos por Ron McColl. Iluminaron con las linternas entre la densa neblina de humo y polvo que todavía flotaba en el ambiente. Los haces de luz reflejaban millones de partículas que dificultaban la visión. Enfocaron las paredes y el suelo confiando en sorprender a Fletcher en alguna esquina, pero todo cuanto distinguieron a ver fue el sarcófago de piedra de Saint Clair y sus propias sombras. El magnate había desaparecido, como si la tierra se lo hubiese tragado. Jan y Carla se miraron incrédulos.

Con el oído atento y el ojo avizor, esperaron unos minutos a que la nube de polvo fuera posándose en el suelo. Finalmente uno de los haces de luz acertó a dar con un agujero abierto en un muro de la cripta; la brecha parecía muy reciente. Sospecharon que ahí se habría originado la explosión. Los agentes, encabezados por McColl, se metieron en el boquete de apenas un metro de altura. Frente a ellos se abría un pasadizo excavado en la piedra y flanqueado por pequeñas columnas; después se angostaba sin que pudiera vislumbrarse su final. Ron McColl comprendió que no llevaban equipo suficiente para continuar y les ordenó a Jan y Carla que se detuvieran. Llamó por radio y al instante bajaron dos agentes provistos de armas cortas, sogas y cascos con linternas incorporadas. Jan y Carla los vieron introducirse en el agujero y desaparecer en la oscuridad. Quisieron seguirlos, pero Ron McColl les ordenó que volvieran a la capilla.

Los dos policías de McColl regresaron algo más de una hora después. Volvieron cabizbajos, con expresión de abatimiento. Relataron que el túnel era bastante largo y estrecho, y que uno de sus tramos había quedado bloqueado por un desprendimiento de piedras. De Fletcher, ni rastro. Adujeron que tal vez había podido huir por cualquiera de los tres pasajes laterales que llegaron a entrever. Uno de los policías entregó a su jefe un mando de plástico roto que dijeron haber encontrado

al poco de internarse en el pasadizo, seguramente con el que Fletcher había explosionado la cripta. Al menos, a Jan y Carla les quedaba la prueba de que no estaban tratando de cazar a un fantasma.

Ron McColl dejó a tres de sus hombres de guardia. Dos en la cripta y el tercero en la puerta principal de la capilla. Poco más había que hacer, salvo llevarse a los cinco detenidos a los calabozos de la Policía Local.

Jan y Carla optaron por quedarse algún tiempo más en el templo, sentados sobre el altar. Alma también tomó asiento y al poco estalló a llorar.

—Fue Fletcher, ¿verdad? —preguntó sin estar convencida de querer saber la verdad.

46

Roslin, 8 de mayo, 12:20 horas

Fletcher fue localizado en los alrededores del castillo de Roslin, a unos trescientos metros de la capilla. Lo interceptó uno de los controles que la brigada de McColl había establecido en la zona. El hombre vagaba por la campiña desorientado y con la mirada perdida, como si hubiera presenciado una aparición divina. Sus labios exhibían una expresión risueña y eufórica que le daba el aspecto de un inofensivo chiflado. McColl mandó una unidad médica para que lo atendieran y lo transportaran en ambulancia hasta el pueblo de Roslin, pero, pese a su edad y sus limitaciones físicas, los médicos que lo reconocieron no detectaron ningún daño ni enfermedad, y solo por prudencia decidieron que debía pasar la noche en observación.

47

Roslin, 9 de mayo, 13:15 horas

Tras el almuerzo, McColl se entrevistó brevemente con Fletcher para anunciarle que iban a interrogarlo y era imprescindible que le asistiera un letrado.

—¿Un abogado? Ni hablar, mi abogado está a miles de kilómetros de aquí. ¡No necesito a ningún abogado británico, a ninguno! ¿Me entienden? Me basto y me sobro para contestar a sus preguntas.

—Quiera o no, va a tener un abogado porque sin su presencia el interrogatorio quedaría invalidado —afirmó McColl—. ¿Quiere llamar a uno de su elección o desea que le asignemos el que hoy está de turno?

—Hagan lo que quieran, ni le voy a pagar una libra ni pienso hacerle ningún caso.

Media hora después apareció en las dependencias de la Policía Local de Roslin un abogado de oficio. Lo llevaron a la sala donde estaba Fletcher y terminó de leer los documentos que le acababa de entregar McColl. Al poco miró al detenido y le preguntó si le habían leído sus derechos. A continuación, y sin esperar respuesta, le recitó de memoria una retahíla de formalidades legales. El magnate se encogió de hombros, mostrando su absoluta indiferencia.

—¿Desea declarar? ¿Quisiera tener una entrevista previa conmigo? ¿Alguna información que precise? —le preguntó el

abogado al detenido con apatía, haciendo evidente que esas tres preguntas constituían su ritual diario.

—No tengo reparo en declarar, pero como le he dicho a este caballero —dijo Fletcher señalando a McColl—, no deseo contar con sus servicios. No sé para quién trabaja; y como tampoco seré yo quien le pague, me merece muy poca confianza. Disculpe mi sinceridad, pero no desearía que entre nosotros hubiera malentendidos.

—Sepa que mi presencia aquí es inevitable, pero si lo desea me abstendré de intervenir, incluso en las aclaraciones o enmiendas finales. Tan solo verificaré que su declaración se lleve a cabo conforme a la ley.

McColl abrió la puerta de la sala, dio una voz con la que requirió la presencia del oficial encargado de la grabación e hizo llamar a Jan y a Carla. Fletcher torció el gesto cuando los vio entrar; no esperaba que estuvieran presentes en el interrogatorio. McColl hizo las presentaciones de rigor. El letrado los saludó con frialdad, tomó unas notas y dio a entender que por su parte ya podía empezar la declaración.

McColl abordó las primeras preguntas, todas ellas de carácter genérico, un mero tanteo para evaluar la disposición de Fletcher. El resultado fue tan decepcionante como previsible. Fletcher hablaba de forma juiciosa y con frases bien estructuradas, pero sus respuestas no guardaban relación con las preguntas que le formulaba, como si se la trajera al pairo lo que pudiera pasarle. Probablemente todavía estaría evaluando la forma en que podía afectarle la presencia de Jan y Carla, o tal vez formaba parte de su estrategia para descolocar a los policías. A medida que fue sosegándose, y por su propia iniciativa, se arrancó a hablar de Udrev. Lo hizo con tono pausado y una naturalidad asombrosa, como si charlara de un amigo al que en breve volvería a ver. Cada vez que pronunciaba su nombre se le acentuaba una intrigante sonrisa.

Los policías trataron de aprovechar esa momentánea buena disposición para sonsacarle información, para tratar de vaciarle el alma, pero Fletcher, impasible, siempre se atuvo a un mismo guion. Hablaba y hablaba, pero solo para evocar al artista. Era como si ese crimen no hubiera existido para él; como si Udrev siguiera vivo.

Al terminar la primera tentativa de declaración, solicitó unos minutos de descanso para llamar por teléfono a su abogado en Estados Unidos. Hasta ese momento no había realizado llamada alguna, y estaba en su derecho. Lo llevaron al locutorio y lo dejaron a solas. Nadie supo lo que pudieron hablar entre ellos durante esos pocos minutos, pero en cuanto salió, para asombro de todos, regresó con decisión a la sala del interrogatorio, se sentó con aire arrogante y les aseguró que tenía cosas importantes que decir. Jan, Carla y McColl se miraron convencidos de que les estaba tomando el pelo. Pidió un vaso de agua y se llevó a la boca una minúscula pastilla que sacó de la pechera; lo hizo de forma tan rápida que los policías no tuvieron tiempo de reaccionar. Los agentes entraron en pánico pensando que estaba ingiriendo algún tipo de veneno. Quizá quería acabar con su vida delante de sus narices; un suicidio *in extremis*, como había sucedido con Doyle. McColl se situó frente al teléfono por si tenía que llamar a las asistencias médicas. Fletcher terminó de beber el vaso de agua y los miró con una expresión diferente, como si de pronto hubiera descendido a la tierra.

—¿Qué era esa pastilla? —preguntó McColl con un nudo en la garganta.

—No deben preocuparse, no tengo intención de despedirme de ustedes todavía —bromeó—; esa píldora me vendrá bien, especialmente para la memoria —dijo golpeándose suavemente la sien.

—Bien, y eso que quiere explicarnos, imaginamos que es

sobre Udrev. Llevamos ya un rato tratando de averiguar cómo y quién acabó con él —dijo McColl con ironía.

—¿De verdad son tan torpes que necesitan que les explique todo?

—Necesitamos su declaración.

—Quizá la tengan —asintió con vacilación—. Miren, sé que nada me va a pasar, y por tanto estoy dispuesto a hablar, pero deberán saber preguntar, deberán aprender a ganarse las respuestas. En la vida no todo es sí o no, y menos aún en una historia tan larga. Pero tal vez pueda decirles algo. —Fletcher se masajeó la barbilla. Hizo una larga pausa y murmuró dos frases—: Lo honramos con un fin que él mismo hubiera anhelado. Un sacrificio que nadie deseó pero fue del todo necesario.

Los policías enmudecieron al oír esas palabras. «¿Está reconociendo el delito? ¿Qué demonios pretende decirnos? ¿Ha hablado en plural? ¿Cuántas personas habían deseado la muerte de Udrev?», se preguntó Carla.

Fletcher los miró fijamente a los ojos y les dedicó una dilatada sonrisa. Al poco se puso a divagar de nuevo. McColl trató de encauzar la conversación, pero el magnate lo ignoró a conciencia, y eso enfureció al inspector británico, que, harto de tanta palabrería, dio una fuerte palmada sobre la mesa.

—Pero ¿asesinó o no a Udrev?

—Esa no es la pregunta correcta; soy muy consciente de que me han detenido, pero eso no significa que puedan culparme de nada, al menos hasta que yo lo decida.

Quedó claro que Fletcher no iba a consentir que le impusieran un ritmo diferente al que tenía previsto. Carla siguió escuchándolo atentamente, esperando que diera un paso en falso en su medido discurso o les ofreciera algún detalle que lo dejara en evidencia, pero eso no acabó por suceder. Consideró entonces la posibilidad de cambiar de táctica, o al

menos de dar otro matiz a las preguntas; quizá debían dejar de interesarse por el quién y el cómo para ahondar en el porqué; conocer la causa, el fin último que lo llevó a iniciar esa locura. Tal vez así conseguirían abrir una brecha en esa defensa numantina. Su pregunta fue tan directa como simple:

—¿Y la razón? Fletcher le dedicó una mirada de satisfacción y asintió.

—Hace años acudí a una exposición de Udrev en una galería de arte de Nueva York y adquirí por vez primera uno de sus cuadros —reconoció el magnate rascándose los ojos, como si eso le activara el recuerdo—. Jamás pude imaginar lo que sucedió después. La expectación de los agentes hizo que al magnate se le iluminara el rostro.

—Fue al enmarcar la pieza —prosiguió arqueando la ceja—; fue entonces cuando el operario advirtió que se había desprendido algo de la obra; era una cuartilla de papel. Me llamó por teléfono azorado, me pidió disculpas convencido de que había perjudicado la tela. Carla y Jan se sonrieron sin que McColl entendiera su satisfacción.

—Advertí que Udrev había ocultado una nota en un compartimento secreto, lejos de la vista de todos. Era algo así como un código en clave, un mensaje.

—¿Sobre qué? —lo interrumpió Carla.

—Estaba relacionado con la capilla Rosslyn: dibujos, palabras, detalles de la planta del templo, referencias a la ciencia de la cimática, a los doscientos trece cubos…

—¿Y después? —preguntó ella con gesto agitado.

—Le dicté una carta a mi secretaria.

—¿El destinatario era Udrev?

—En efecto, pero no me contestó —se lamentó—. Meses después le escribí una segunda carta, esta vez manuscrita de mi puño y letra.

—¿Qué le decía?

—Le expuse directamente que me comprometía a comprarle todos los cuadros que incorporaran mensajes como ese; lo tenté con una cifra astronómica —reconoció con ademán ostentoso.

—¿Y?

Fletcher torció el gesto, colocó las dos manos sobre la mesa y se miró los dedos durante unos segundos. A esa carta Udrev sí le contestó, pero no como el magnate hubiera deseado.

—Se negó —respondió quejoso.

—¿Adujo alguna razón especial? —Que ya no tenía ninguno de esos cuadros en su poder. Me dijo que había dado instrucciones para que se repartieran por galerías de todo el mundo y luego fueran vendidos únicamente a coleccionistas particulares —agregó con consternación—. Parece obvio que si se molestó en ocultar y diseminar las cuartillas era porque no quería que nadie poseyera la información completa. Y a buen seguro pensó que con esas palabras me desalentaría, que acabaría por olvidarme del asunto, pero logró el efecto contrario.

—Ahí es cuando aparecen en escena Zimmerman, Clay y Johnson, contratados por usted para localizar a los propietarios de esas otras obras —acertó a decir Carla.

—Les veo muy bien informados. —Se sonrió—. Vulgares galeristas, unos ladronzuelos…

—¿Y alguno de esos cuadros, casualmente, lo tenían Crawford y Coleman?

—No le puedo contestar.

—¿Ordenó asesinar a Crawford y al chófer de los Coleman? El abogado de oficio hizo un aspaviento que luego trató de disimular acariciándose el lóbulo de la oreja.

—Tampoco debo contestar a eso.

—¿Martina Güell, la secretaria del artista? ¿Su empleada Fátima? ¿El belga De Bruyn? ¿El abogado Doyle? ¿Le son conocidos? —le sondeó Jan.

—Solo me suena el nombre de esa secretaria. Del resto, no sé de quiénes me hablan. —Fletcher respondió con tanta rotundidad y con una expresión tan sincera que resultó muy convincente.

Tal vez decía la verdad, y esa parte de la trama no iba con él. De ser así, les quedaba el triste consuelo, al menos *a priori*, de que Fletcher no estuviera vinculado con ese otro rosario de cadáveres que adornaban la tumba de Udrev. Parecía pues confirmarse que esos muertos formaban parte de otra historia. «Aun así, ¿cuántos otros cadáveres podrán estar vinculados a la operación Elephant's Tear y nunca jamás saldrán a la luz?», se preguntó Carla.

La agente especuló sobre esa posibilidad, pero reparó en que ese no era el momento; ahora, con Fletcher delante, lo importante era tratar de desandar el camino hasta el instante en que los asesinos se abrieron paso hasta Udrev.

—¿Suplantó usted a Overmars para abordar a Udrev en su domicilio? —preguntó espontáneamente Carla.

El magnate se mordió el labio y reflexionó unos instantes. Estaba tan convencido de que nada le pasaría, y al tiempo tan orgulloso de sus actos, que le pudo la soberbia. Tomó aire, exhaló pesadamente y afirmó con la cabeza.

Los policías adoptaron una expresión exultante, felices de haber obtenido esa silente proclama de culpabilidad que tanto habían ansiado, pero pasados los minutos acabó por resultarles nimia e inútil. Ningún juez procesaría a alguien por un simple gesto. Nada de lo que tenían podría sustentar una acusación.

Estaba claro que con ese hombre todo avance implicaba un retroceso. Era lo más parecido a subir a una noria de feria. Tan pronto estaban en lo alto —convencidos de que ya casi tenían todas las piezas del puzle, y la mayor parte, además, correctamente encajadas— como caían rueda abajo y veían que no tenían dónde agarrarse. Sabían también que les iba a

resultar muy difícil atribuirle los asesinatos de Crawford y del chófer de los Coleman. Era predecible que en ambos casos se habría valido de sicarios profesionales, delincuentes de aquí y de allá, que después de realizar el encargo se habrían evaporado.

La ambigüedad del magnate era exquisita, perfectamente medida.

El abogado se levantó y señalando su reloj estableció que era necesario un receso para que su cliente pudiera descansar unos minutos. McColl accedió, e incluso pareció disculparse ante Fletcher con la mirada.

48

Roslin, 9 de mayo, 15:30 horas

Fletcher regresó a la sala de interrogatorio acompañado de un policía y con otro botellín de agua en la mano. Tras tomar asiento, quiso aprovechar que el abogado y el responsable de la grabación estaban ausentes para llamar la atención de Carla con un carraspeo.

—Deduzco por su acento que es americana como yo.

—De padre estadounidense —contestó ella.

—¿Puedo preguntarle de dónde?

—De Kingston, Pensilvania.

—Así que su padre es de nuestro querido Keystone State. Magnífico. He de reconocer que, desde el principio y a pesar de las circunstancias, me ha resultado usted especialmente agradable; sin duda es quien formula las mejores preguntas, la más intuitiva. Sería muy buena abogada, ¿lo sabe?

—Lo siento, no me está permitido entrar en temas personales.

—¿Y consideraría un tema personal que le hiciera una confesión?

—¿De qué tipo?

—Que soy la persona que buscan, yo acabé con la vida de Udrev.

McColl se giró bruscamente al escuchar esas palabras. Jan arqueó las cejas y miró a Carla para que le confirmase que lo

había entendido bien. Instantes después, en un acto reflejo miraron el aparato de grabación y comprobaron que el agente encargado lo había desactivado durante el receso. Esa había sido una confesión a micrófono cerrado; se habían quedado sin registro.

«Bloody hell!», maldijo Carla.

McColl salió como una exhalación de la sala y llevó a empellones al agente encargado del vídeo. Jan y Carla le dedicaron una mirada de reproche. El policía adujo que había necesitado ir al baño y se puso de inmediato a su tarea. En breve dejó todo a punto para remprender la grabación, a la espera de que volviera el abogado, que se había marchado al pub de la esquina a tomar un Irn-Bru. Los dos inspectores y Carla aprovecharon esa pausa forzada para darle la espalda a Fletcher y conversar en voz baja entre ellos. Trataron de consensuar el orden de las preguntas con el fin de contrarrestar ese juego equívoco en el que el detenido resultaba ser un maestro. Eso en el supuesto de que quisiera ratificarse en las palabras que acababa de pronunciar.

El abogado regresó con parsimonia, tomó asiento y mostró las palmas de las manos para indicarles que podían continuar. Carla se acercó a Fletcher.

—¿Podría repetir lo que ha tenido a bien decirme durante el receso?

—Sí, por supuesto. —Se sonrió—. Estoy cansado y no tengo inconveniente en volver a confesarlo; además, como les digo, no creo que en Escocia, y menos en Estados Unidos, puedan meterme en la cárcel.

—No estaría tan segura.

—Descuide, verá como el tiempo me da la razón.

—Fletcher fue escueto—: Yo fui quien acabó con la vida de Udrev.

—¿Y quiénes fueron sus cómplices?

—Lo hice solo.

Esa era una afirmación imposible. Una cosa era que ya nadie pusiese en duda que Fletcher había sido el ideólogo e instigador, y otra muy diferente que fuera el único ejecutor material del asesinato. Fletcher no tenía ni edad, ni envergadura, ni fuerza. Para cometer ese crimen se necesitaba de otras personas y, además, de una gran corpulencia.

Cada vez estaban más convencidos de que esa confesión no era más que una provocación, una bravata de la que, para colmo, podía retractarse ante el juez. Le bastaba con desdecirse, o no ratificarse en su declaración. Y poco más iban a poder hacer porque hasta ese momento nadie lo había podido situar en la escena del crimen. Era un espectro. Además, autoinculparse del asesinato de Udrev era tanto como atribuirse un crimen horrendo, un ritual de connotaciones satánicas; y Fletcher no parecía adaptarse al perfil de ese tipo de asesino. Tampoco transpiraba odio; antes al contrario, sus palabras sobre Udrev eran siempre de admiración, incluso de veneración.

Carla acertó a reconsiderar la situación. Si quería más respuestas debería dejar de lado las técnicas de interrogatorio habituales; debía preguntar desde un punto de vista que consiguiera avergonzar a Fletcher no ya del asesinato, sino de la forma en que se ejecutó. Quizá fuera ese el punto débil del magnate. Tenía que existir una causa, una explicación plausible para esa barbarie. Desequilibrado o no, debía haber un razonamiento lógico en su mente.

—Usted apreciaba a Udrev, ¿cierto? —planteó con cierta candidez.

—Así es, le tenía en gran consideración, ya se lo he dicho.

—Entonces, ¿por qué acabó con su vida? ¿Por qué depositó esas estampas sobre su cadáver? ¿Por qué crucificarlo? ¿Por qué extraerle la sangre? —osó preguntarle de improviso, con

tanta pasión como rabia.

Fletcher torció el labio inferior, se recostó en la silla y miró fijamente la potente bombilla que colgaba del techo intentando no pestañear, forzando sus pupilas hasta reducirlas a un diminuto punto.

—Reconozco que me sentó muy mal su carta, no estoy acostumbrado a esos desplantes, a que se opongan a mis deseos, pero jamás le guardé rencor —dijo con entonación sincera—. Siempre lo admiré; ese hombre estaba un peldaño por encima del resto. Él fue quien me abrió la puerta de la esperanza.

—¿Y por esa razón lo sacrificó? —preguntó Carla con desconcierto. —Cuidé de que no sufriera.

—Eso ya lo sabemos —se atrevió a interrumpir Jan.

—Simplemente hice que se cumpliera su *Testamento*.

—¿De qué testamento habla?

—Uno de sus cuadros lleva ese título; lo adquirí hace tres años. Es una pequeña pieza repleta de caracteres cirílicos, y que al parecer nadie se ha molestado nunca en traducir —dijo como si les estuviera recriminando su ignorancia.

—¿Y qué es lo que dice?

—Algo parecido a un poema, pero no recuerdo al pie de la letra su contenido. Aunque si me dejaran por un momento la agenda de bolsillo que me han requisado les podría leer el texto íntegro.

Jan y Carla miraron a McColl y este asintió al momento, abandonó la sala y regresó con una bolsa de plástico transparente que contenía la agenda del detenido. Los tres se sentaron frente a Fletcher y esperaron impacientes a que encontrara la cita entre las pequeñas hojas cuadriculadas. Finalmente se detuvo y, mirando a unos y otros, recitó:

> El día que muera odiaré esas lágrimas que no merezco.

Deseo irme solo, igual que he vivido.
Querré ser anónimo.
Apostarme en el lado oscuro,
a la sombra de otros.
Para entonces no deberá quedarme una palabra por decir,
una pincelada por dar,
ni una gota de sangre en mi cuerpo que derramar.
Y al igual que un Cristo románico,
sea crucificado para ver por fin al mundo rendido a mis pies.
Que sobre la piel depositen mis poemas y versos,
también mi obra inacabada y mis lamentos.
Que me cubran con el azul del cielo, con el azul turquesa del mar y ese maravilloso azul tierra de mis sueños.

—¿Y lo desangró por eso? ¿Por unos simples versos en ruso? —objetó Carla con incredulidad.

—No eran unos simples versos, era su voluntad expresada por escrito, su testamento; yo cumplí su deseo. ¿Cómo no acatarlo si tenía una doble deuda con él? ¿No lo entienden?

—¿Cuál era su doble deuda?

—Cierto es que todo empezó con aquel primer cuadro, pero ese solo fue el principio. Su hallazgo me obligó a adquirir muchas otras obras y también a investigar al artista como persona. Me costó mucho tiempo concluir que Roslin me permitiría soñar con un futuro mejor, pero lo que no podía imaginar es que las pesquisas sobre Udrev también me ofrecían un presente: su sangre. Es su sangre la que llevo en mis venas —afirmó Fletcher mientras les mostraba su antebrazo derecho —. Él me dio las ideas pero también la vida, sin su sangre probablemente estaría ya muerto.

Los policías sintieron un nudo en la garganta, y durante unos segundos no fueron capaces de articular ni una sola palabra, abstraídos en valorar las consecuencias que se derivaban de esa revelación inesperada.

—Le ruego que se explique con claridad. Tenga presente que, además de Levinson, Willet y Collier, también tenemos arrestados a sus médicos —murmuró McColl con tono amenazador.

Fletcher trató de disimular, pero su mueca evidenció que esa intervención del inspector lo intranquilizó. Sus médicos eran gente avezada y se debían al secreto profesional, pero siempre existía el riesgo de que hablaran de más o se contradijeran entre ellos. Ciertamente podían dejarlo en evidencia.

—Mi tipo sanguíneo es el AB negativo, un grupo extraño que solo comparte un 0,4 por ciento de la población mundial, y precisamente por sus venas corría el mismo tipo de sangre que el mío. Necesitaba de Udrev para todo, incluso para una transfusión que aplazara unos meses mi muerte, el tiempo suficiente para encontrar una cura a mi enfermedad. ¿Casualidad? No, en absoluto —se respondió el magnate—. Estaba escrito que solo Udrev podía salvarme la vida, era mi alfa y mi omega, mi principio y mi fin. ¿Iba a hacer sufrir a mi salvador? ¿Están locos?

—¿Cómo conocía el grupo sanguíneo de Udrev?

—Utilicé al mismo detective que me llevó hasta otros muchos coleccionistas y galeristas.

—¿Incluido Overmars?

—En efecto. Le pedí al detective que me informara sobre Udrev con detalle: cuentas corrientes, impuestos, multas, cónyuge y amantes, descendientes, obsesiones…, absolutamente todo, y, por supuesto, sobre su salud. Él falsificó el documento de identidad de Udrev, se presentó en los hospitales más cercanos a su vivienda y se hizo con una de sus analíticas. Cuando me pasó el informe, supe que el destino había puesto a Udrev en mi camino.

—Pero ¿por qué todo ese ritual? —no pudo evitar preguntarle Carla.

—Ya se lo he dicho, lo dejó escrito en su *Testamento*. ¿Cómo no iba a cumplirlo? Era preciso preparar su cuerpo para la muerte, era mi deber purificarlo. Había que santificarlo igual que se hace con un altar o un templo, y todo conforme a sus expresos deseos. ¿No se dan cuenta? Él era el donante y yo el receptáculo. ¿Cómo iba a negarme? Por eso lo cubrí con esas estampas, con esos fragmentos que reproducían sus cuartillas, las formas para él más sagradas.

Fletcher empezaba a hablar con un tono alterado, lejos del sosiego al que los tenía acostumbrados. Quien lo escuchara por vez primera podía llegar a interpretar que había sido el propio Udrev quien ofreciera voluntariamente su cuerpo y su sangre para que el magnate consagrara su Gran Obra, su propio renacimiento y resurrección. Su visión del asesinato parecía abrazar una realidad inversa, la verdad opuesta; y eso ya no era excentricidad, sino paranoia. Tal vez sus palabras obedecieran a algún insólito concepto de honor o compasión; quizá fuera una mera cuestión de arrepentimiento. De ese hombre cabía esperar cualquier cosa; incluso que todo fuera mentira.

—¿También se sirvió de él para viajar en el tiempo? —preguntó Carla.

Fletcher esbozó una fina sonrisa.

—Nada sucede si antes no se sueña. A partir de ahí, lo posible es todo —sentenció con un gesto artificial de cansancio con el que quiso poner fin a su declaración.

Hacía un buen rato que McColl no entendía de qué estaban hablando. Pretendió interrogar a Jan y Carla con la mirada, pero ambos lo esquivaron.

49

Roslin, 10 de mayo, 17:20 horas

Esa mañana habían procedido a interrogar a los médicos de Fletcher, un tal David Jones y su colega Lewis Reed. Tras una larga sesión, se avinieron a reconocer que el magnate padecía una enfermedad hereditaria, pero silenciaron el diagnóstico. No obstante, de la documentación que le habían requisado a Jones se podía inferir que Fletcher sufría una enfermedad mitocondrial, en la que los órganos que más energía necesitan —como el corazón, los músculos y el cerebro— se deterioran de forma irreversible. Por contra, de atenerse a las notas del otro médico, el magnate padecería hemofilia B o la distrofia muscular de Duchenne, que, aunque transmitida por las mujeres, solo padecían los hombres. La disparidad de criterios, y las contradicciones en las que uno y otro incurrieron, acabaron por conformar una neblina tan densa como artificial; tal vez era el objetivo deseado. De lo que no había duda es de que ambos médicos transpiraban miedo, estaban atenazados, como si la oscura sombra de Fletcher siguiera planeando sobre ellos.

A raíz de ese interrogatorio, Carla recordó la conversación que habían mantenido con Levinson en el coche. Presintió que esa obsesión de Fletcher por viajar al pasado y por contactar con sus ancestros tal vez estuviera motivada por un tema de salud. ¿Acaso quería sanar un gen hereditario? ¿Cómo se

entendía si no que a Fletcher le hubieran encontrado un completísimo árbol genealógico familiar?

Podría ser un sinsentido o incluso un mero delirio, pero quizá Fletcher pretendía transitar al pasado con el fin de inyectar una vacuna a algún ascendiente enfermo. Sonaba a locura, cierto, pero con o sin ella los asesinatos estaban ahí, y cualquier teoría que pudiera explicarlos y conducir a sus responsables debía ser al menos considerada. Carla y Jan decidieron ahondar en esa hipótesis.

Se valieron de sus médicos forenses para contactar por videoconferencia con tres prestigiosos investigadores de genética. Las conclusiones fueron sorprendentes. Para el primero de ellos cabía la posibilidad de interferir en el árbol genealógico con el propósito de lograr un embrión sin mutaciones manipulando el óvulo de la mujer portadora de la deficiencia. El segundo especialista apuntó la posibilidad de inyectar proteínas artificiales en la célula dañada para eliminar el ADN mutado, con lo que no solo conseguiría prevenir la transmisión a la primera generación sino erradicar la enfermedad definitivamente. Y para el tercero, cabía incluso la terapia génica germinal, interviniendo un embrión temprano, que corregía el defecto no solo en las células somáticas del cuerpo, sino también en las germinales.

A decir de los especialistas, con cualquiera de esas técnicas actuales Fletcher podría ser un hombre sano. Jan y Carla comprendieron que debían formular la pregunta de forma diferente. Si la medicina podía modificar un gen, ¿por qué la física no podía retroceder en el tiempo? Hace tan solo unos años ambas premisas habrían sido un disparate. Ahora era muy diferente. ¿Fue este avance lo que empujó al magnate a intentar trasladarse al pasado?

50

Roslin, 11 de mayo, 16:16 horas

Había empezado a llover de forma mansa, como casi todas las tardes.

Jan y Carla resolvieron acercarse a las dependencias policiales para hacer unas copias de las declaraciones que se habían practicado hasta ese momento. El inspector se brindó a fotocopiar y escanear los documentos, y ella, entretanto, aprovechó para confirmar los billetes del tren en el que regresaban a Londres al día siguiente.

Con las copias en la mano, se dirigieron a la sala de reuniones para ordenar los documentos y tomar un café de máquina. Al leer los informes redactados por Interpol comprobaron que apenas recogían cuatro notas de Levinson y una pincelada de las declaraciones de Collier y Willet. Los doscientos trece cubos eran prácticamente una anécdota, y la motivación que pudiera tener Fletcher parecía ser una cuestión demasiado remota. Se hacía evidente que al procesar los interrogatorios habían querido pasar de puntillas sobre esas cuestiones; incluso se percibía cierta inclinación a esquivarlas. Los británicos parecían contentarse con encajar las piezas más elementales. Para ellos, al asesinato ritual de Udrev lo seguían unos simples cuadros; los cuadros escondían unos mensajes, y esos mensajes conducían a Roslin. La otra realidad les resultaba tan inimaginable, tan desbordante, que no sabían más que

darle la espalda. Muy probablemente sintieran vergüenza de abrazar otras líneas de investigación; resultaba mucho más fácil reducirlo a una muerte ritual llevada a cabo por un paranoico que acabaría sus días encerrado en un psiquiátrico.

Estaban recogiendo la documentación y dando el último sorbo a su café cuando llegó a las dependencias policiales un hombre alto, vestido con un traje y sombrero negro. Usaba gafas de pasta negra y cristal ligeramente tintado del mismo color. Se detuvo en el vestíbulo, dejó la cartera de piel en el suelo y cerró el paraguas delicadamente, cuidando de no mojar el suelo. Al deshacer el grueso nudo del fular de seda blanco, dejó a la vista un medallón de pequeñas dimensiones, algo más grande que una moneda de dos euros. Se dirigió al mostrador, exhibió el pasaporte y se presentó como el abogado de Fletcher. El policía de guardia tomó unas notas, rellenó una ficha y le entregó una tarjeta de visitante que el individuo se colgó de la solapa de la americana. El agente fue con paso rápido hasta el despacho de McColl.

—Hay un abogado que quiere ver a ese Fletcher —susurró.

—¿El estadounidense? ¿Ya está aquí? —preguntó McColl.

—Es un tal Bauer, inglés.

—¿Qué te apuestas a que viene a preparar la declaración de Fletcher ante el tribunal? Seguro que le aconsejará retractarse de su declaración —dijo indignado—. En fin, de nada sirve lamentarse, sabíamos que pasaría…

—Creo que los españoles están todavía en la sala de reuniones, ¿los aviso?

—Sí, avísalos y después lleva a Fletcher a la sala de entrevistas, pero antes inspecciona que no haya conectada ninguna cámara u otro medio de escucha. ¡No la vayamos a liar! Encárgate también de que ese letrado firme la documentación habitual, y pon el cronómetro en marcha. ¡No le concedáis ni un minuto más de la cuenta!

—¿No desea hacerse cargo personalmente?

—Me va a resultar imposible, ocupaos vosotros —dispuso McColl—. Dentro de unos minutos tengo una videoconferencia con la central de Gartcosh. El policía llevó a Fletcher a una pequeña habitación sin ventanas ni ningún otro punto de luz natural, con una mesa, dos sillas y una lámpara de techo. Le anunció que en breve se entrevistaría con su abogado.

—¿Con mi abogado?

—Así es, el señor Bauer.

Fletcher trató de disimular su sorpresa y ensayó un gesto de indiferencia. Minutos más tarde entraron Jan y Carla, y tras ellos el letrado Bauer, que se detuvo bajo el dintel y miró a ambos lados con recelo.

—¿Qué hay en la habitación contigua? —le preguntó al policía que custodiaba a Fletcher.

—Material de limpieza.

—¿Ningún sistema a través del cual puedan vernos u oírnos?

—En absoluto, y si lo desea puede comprobarlo usted mismo. Bauer negó con la cabeza dando por buena la respuesta. El policía ojeó unos formularios que llevaba en la tabla portapapeles y anotó unos datos.

—Le ruego que firme aquí —le dijo mostrándole a Bauer el documento—, y le prometemos no molestarle más. Le dejamos a solas con su cliente; aguardaremos en el pasillo por si necesita cualquier cosa —añadió apostándose junto a la puerta, al lado de Jan y Carla.

El letrado firmó, cerró la puerta y se giró lentamente. Miró a Fletcher por unos segundos y se sentó frente a él.

—Estimado Araziel, ¿cómo te encuentras? —preguntó Bauer con especial delicadeza.

Al oír ese nombre, Fletcher dio un respingo y lo miró con una tímida sonrisa. Luego asintió con un suave movimiento, dando a entender que se encontraba bien, pero sus ojeras no

parecían decir lo mismo. El letrado esbozó un gesto de compasión.

—Deduzco que vienes por encargo de mi asesor legal —dijo Fletcher.

—En efecto, y tanto él como los otros caídos te envían sus respetos —añadió Bauer jugueteando con el medallón.

—Os lo agradezco.

—Todos ellos saben de tu objetivo en Roslin. ¿Algún progreso? ¿Algo que pueda adelantarles? —Puedes decirles que estaba en lo cierto —respondió con altivez.

—¿Algo más concreto?

—Estamos en el buen camino, pero por desgracia esa capilla todavía resulta demasiado inestable para poderla transitar; deberemos esperar un poco más, pero tened por seguro que antes o después lo lograremos; entonces cambiaremos el rumbo de nuestra historia. A fe mía que hay muchas afrentas que reparar.

—Entiendo —se limitó a decir Bauer—. ¿Tal vez nos falta algo?

—No lo sé, quizá una cuartilla, otro cuadro…, o tal vez nada —contestó con reserva.

El abogado puso la cartera de piel sobre la mesa y sacó un expediente que releyó.

—Me gustaría preguntar sobre tu declaración —anunció con los folios en la mano—. ¿Piensas que esos policías te han creído? ¿Sospechan algo?

—Eso es lo que os preocupa, ¿verdad?

—En absoluto, confiamos plenamente en ti. ¿Entonces? —preguntó Bauer.

—Creo que están muy confusos. Les hablé de Udrev, de sus cuadros, de mi salud y de otras muchas cosas —respondió Fletcher.

—Lo sé, lo sé.

—¿Acaso alguien se ha ido de la lengua?

—Tal vez Levinson se explayó en exceso —dijo Bauer—. Les habló de los doscientos trece cubos y de la posibilidad de trasladarse en el tiempo, poco más que los policías no supieran. Afortunadamente nada dijo de los nuestros; ni un atisbo.

—Nada podía decir puesto que nada sabía. ¿Me he de preocupar por algo?

—En absoluto, quédate tranquilo —respondió Bauer—. En breve tendremos la declaración ante el juez, y para entonces bastará con que te retractes de lo declarado ante esos policías. Además, ya nos hemos puesto a trabajar para que regreses a casa…

—Os lo agradezco de nuevo.

—Por cierto, hay algo que Balam no entiende, y me ha pedido que te pregunte.

—Balam siempre pregunta; solo sabe hacer eso, preguntar —lo interrumpió de mala gana—. ¿Cuál es su duda?

—Nadie desea cuestionar tus métodos —anunció con prevención el abogado—, pues incluso la crucifixión se atiene a…

—Seguí el rito y a la par ejecuté su deseo. ¿Qué otra cosa debía hacer?

—Cierto, ya he leído esa parte de la declaración —dijo volviéndole a mostrar los documentos—, pero ¿por qué abrirle el costado? Eso es ajeno a…

—Ya sé que es impropio.

—¿Entonces?

—Al verlo crucificado, me ofusqué, me asaltó el deseó de matar por segunda vez a Cristo; quise reproducir su muerte en el Gólgota. Pero fue un error, lo reconozco, lo traté como a un traidor y no lo merecía. Nada hizo en nuestra contra; toda su desgracia fue acercarse demasiado, e incluso sospecho que sabía de nuestras intenciones.

—Así es.

—Simplemente me equivoqué en ese extremo —reconoció Fletcher—. ¡Ojalá Udrev hubiera sido uno de los caídos! Todo habría sido más fácil.

—Así lo transmitiré. En breve volveremos a vernos —zanjó el abogado mientras se incorporaba.

—Antes de que te vayas, desearía hacerte una única pregunta: ¿Udrev pudo ser en otro tiempo un arrepentido?

Bauer aparentó no haberlo oído, salió y cerró la puerta. Allí se topó con los tres policías que deambulaban por el pasillo.

—¿Necesita algo? —sondeó el policía británico.

—No, gracias. Ya hemos terminado.

—¿Tan rápido?

Bauer asintió. Jan y el policía lo acompañaron hasta el vestíbulo. Carla se quedó apostada junto a la puerta de la sala, esperando a que sus compañeros volvieran a por el detenido. A los pocos segundos oyó una carcajada estremecedora. Carla abrió la puerta y sorprendió a Fletcher todavía con la sonrisa en el rostro. El magnate la miró fijamente y susurró unas frases:

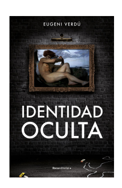
Pleased to meet you.
Hope you guess my name,
but what´s puzzling you
is the nature of my game.[*]

Carla tuvo que emplearse a fondo en revisar cada una de esas palabras a fin de descartar cualquier malentendido. Pero no, no era ningún error: se trataba de la estrofa de *Sympathy for the devil*, de los Rolling Stones. Se le abrieron los ojos de par en par y miró al magnate esperando en vano una explicación que nunca llegó.

Epílogo

Fletcher solo estuvo dos semanas en Gran Bretaña; el tiempo que tardó en ser reclamado por la justicia estadounidense. Fue una solicitud tan pertinaz como extraña. La CIA se implicó vivamente en conseguir su repatriación alegando la previa comisión de delitos en su territorio. Preguntados por cuáles, no supieron o no quisieron responder. Todo acabó con una tajante frase: «Una cuestión de Estado». Una vez en Estados Unidos, Fletcher desapareció, como si nunca hubiera existido.

UN *THRILLER* POLICIACO QUE NOS SUMERGE EN EL LADO MÁS OSCURO DEL MUNDO DEL ARTE.



Udrev, un reconocido pintor y escultor, es salvajemente asesinado; su cadáver aparece pintado y cubierto de extraños dibujos y grabados. El recién ascendido inspector Jan Balasch se hará cargo de la investigación ayudado por la agente Carla Janerich, adscrita a la Brigada de Patrimonio, experta en arte y dotada de una especial intuición. Pese a la incansable labor de los policías, los resultados son desalentadores. Ya resignados a archivar el caso, el azar los lleva a descubrir un pendrive en el interior de una de las esculturas del artista. Inicialmente parece tratarse de una broma póstuma de Udrev, pero la inesperada filtración de su contenido a la prensa desencadena una serie de robos, asesinatos y suicidios en diferentes ciudades de Europa y Estados Unidos que pondrán a Balasch y Janerich, en coordinación con Interpol, tras la pista de la trama criminal urdida por un poderoso lobby del mundo del arte. Inmersos en la investigación advertirán que existe una intriga paralela todavía más inquietante.

Eugeni Verdú (Barcelona, 1957) estudió la carrera de Derecho en la Universidad de Barcelona. Es abogado y pintor. Por su trayectoria profesional como jurista fue invitado a formar parte del libro de carácter institucional 50 abogados de Barcelona. Su obra pictórica viene recogida en el libro monográfico *Origens* (2007). Se inició como escritor con la novela de intriga histórica *Opus Spicatum: La Crónica Prohibida*. En 2022 publicó, también con Roca Editorial, *La abadía de los herejes*, un thriller histórico que se convirtió en best seller, con un gran éxito de público y crítica. *Identidad oculta* es su tercera novela.

Twitter: @eugeniverdu
Instagram: eugeniverdu



Primera edición: octubre de 2023

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021, Barcelona

ISBN: 978-84-19743-60-2

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: PenguinLibros
Twitter: @penguinlibros
Instagram: penguinlibros
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

[*] Encantado de conocerte. Espero que adivines mi nombre, pero lo que te desconcierta es la naturaleza de mi juego.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Índice